

Selecta

Pasajero 64A



Luciana V. Suárez

Pasajero 64A

Luciana V. Suárez

Selecta

Índice

Pasajero 64A

Capítulo 1. El primer encuentro
Capítulo 2. El señor debe estar en Nueva York
Capítulo 3. La compañía Fitzpatrick
Capítulo 4. El segundo y tercer encuentro
Capítulo 5. Algo que no esperabas
Capítulo 6. Hay algo acerca de ti
Capítulo 7. Dulces sueños, Emerson
Capítulo 8. Algo oscuro
Capítulo 9. Él piensa que soy hermosa
Capítulo 10. El cumpleaños de Cameron
Capítulo 11. El clan Fitzpatrick
Capítulo 12. Un día sin Cameron
Capítulo 13. La verdad sobre la excusa
Capítulo 14. Muchacha hermosa de Vermont Vol. 1
Capítulo 15. Más allá del cielo
Capítulo 16. Al fin te encontré
Capítulo 17. Una tormenta de nieve
Capítulo 18. Tu presencia
Capítulo 19. Tienes mi corazón
Capítulo 20. Un año nuevo junto a ti
Capítulo 21. Algo más que humano
Capítulo 22. Mi razón de ser
Capítulo 23. Mi existencia sin ti
Capítulo 24. Memorias de ti
Capítulo 25. Mi único cielo eres tú
Epílogo. Tú, el amor y yo
Agradecimientos

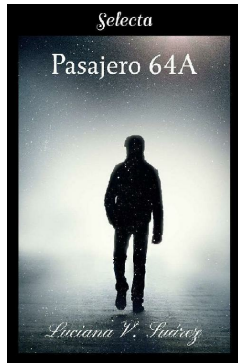
[Si te ha gustado esta novela...](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre Luciana V. Suárez](#)

[Créditos](#)

El hombre a quien ama no es quien ella cree.



En un viaje de avión, Emerson se fija en que uno de los pasajeros del vuelo tiene la mirada puesta en ella.

Una semana después se encuentra con ese hombre en Nueva York y casi de inmediato inicia una relación sentimental con él.

Sin embargo, le advierten de que él guarda un secreto... y no es quien dice ser.

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*La soledad es el fondo último de la condición humana;
el hombre es el único ser que se siente solo
y el único que es su búsqueda de otro.*

Octavio Paz

*Para Paulina Burgos,
mi primera lectora y amiga
desde hace muchas vidas atrás*

Capítulo 1

EL PRIMER ENCUENTRO

Aeropuerto LAX, Los Ángeles, domingo 2 de noviembre de 2014

Cuando las puertas del avión se abrieron, yo ascendí. En cuanto llegué al asiento 70C, me senté allí. Nunca antes había viajado en primera clase, pero la empresa para la que estaba trabajando me enviaba a Nueva York y corría con los gastos, por lo que era la primera vez que viajaba en esa categoría, o en avión siquiera. El asiento que estaba a mi lado estaba desocupado; pensé que alguien se sentaría allí, pero luego las puertas del avión se cerraron y nadie se sentó. Saqué un libro, disponiéndome a leer, cuando una azafata se acercó a mí.

—¿Desea algo de beber? —me preguntó amablemente.

—¿Un té podría ser? —le pregunté.

—Desde luego. ¿Algo de comer?

—No, gracias, solo el té —le dije.

La azafata regresó casi al instante con lo que le había pedido, por lo que dejé el libro que iba a leer sobre mi regazo y me dispuse a beber el té. Mientras lo bebía volteé a mirar a los pasajeros, no porque tuviera curiosidad de ellos, sino solo por mirar alrededor, cuando me percaté de que en diagonal, en el asiento 64A, había un muchacho observándome fijamente. Al principio fijé mis ojos en los de él esperando que se percatara de ello y dejara de escrutarme, pero no lo hizo; siguió con su vista puesta en mí. Yo me quedé contemplándolo un rato más hasta que ya no pude; me sentía inhibida y avergonzada al mismo tiempo. No sabía por qué me sentía así; no era yo quien debía sentir vergüenza, sino él por su actitud.

En cuanto terminé de beber el té, dejé la taza sobre el respaldo de la mesa, tomé mi libro y comencé a leerlo. Luego de leer las dos primeras páginas, aparté la vista de manera cautelosa hacia donde estaba el asiento 64A y observé que el pasajero que estaba sentado ahí todavía me miraba; pensé que era un descarado. ¿Podía alguien tener tanto descaro de escudriñar a otra persona de esa manera? Probablemente era un acosador, le gustaba elegir a sus presas y las inhibía con la mirada, pero no tenía mucho sentido; los instigadores, por lo general, no acechan en lugares públicos y con gente alrededor.

Una hora después aparté mi libro porque sentía la vista cansada y el cuerpo también. Había sido un día largo: desde la mañana que había estado armando mis valijas y embalando cosas. Cerré los ojos y en un santiamén me quedé dormida.

Me desperté de manera brusca, sin recordar ni en dónde estaba. Miré la hora y vi que eran las siete: había dormido cuatro horas. Tomé mi bolso de mano, saqué unas píldoras para el dolor de cabeza, dado que sentía el cerebro embotado; debía ser porque era la primera vez que viajaba en avión, por lo que las ingerí. Observé a través de la ventanilla y unos relámpagos comenzaban a asomarse entre las nubes. De manera sigilosa comencé a voltear hacia el asiento 64A, pero el muchacho ahora estaba dormido. Tomé el libro que había estado leyendo y continué con mi lectura.

Una hora después el avión aterrizaba en Nueva York. Las puertas se abrieron y los pasajeros comenzaron a descender de él. Yo tomé mi bolso de mano y me dispuse a bajar cuando observé hacia el 64A, que el muchacho se estaba yendo, pero me sorprendió que esta vez ni siquiera me mirara; incluso, cuando pasé por al lado de él, no reparó en mi presencia. Era como si de repente yo hubiera dejado de existir. No es que me sintiera mal por ello; durante muchos años me había sentido invisible (por no decir durante toda mi vida), pero el hecho de que, hasta hacía unas horas atrás, me hubiese estado mirando como si yo fuera una extraterrestre y ahora pareciera ser un fantasma

ante sus ojos era algo que me extrañaba.

Luego de tomar mi equipaje, me dirigí hacia la salida del aeropuerto John F. Kennedy, disponiéndome a buscar un taxi, cuando volteé a mirar hacia la multitud que estaba concentrada en el aeropuerto, esperando divisar al muchacho, pero no lo vi por ninguna parte. Subí al taxi y emprendí rumbo hacia mi nuevo hogar.

Capítulo 2

EL SEÑOR DEBE ESTAR EN NUEVA YORK

Desde el taxi que me llevaba hacia mi nuevo departamento observé la ciudad de Nueva York. Los edificios eran inmensos e interminables, los árboles estaban llenos de vida. En mi cabeza comenzó a sonar la canción «I guess the lord must be in New York city». Siempre que escuchaba aquella canción me imaginaba cómo sería Nueva York; ahora finalmente lo comprobaría.

Después de unos minutos llegué a Lower East Side; el vecindario parecía lindo, aun cuando había algunos edificios que parecían ser viejos y las construcciones, de antaño. Antes de descender del taxi, observé que el edificio en el cual viviría parecía ser uno de los más modernos de la cuadra.

El departamento era más pequeño que el que tenía en California, pero definitivamente más acogedor, o tal vez más a mi gusto; tenía un recibidor grande, una pequeña cocina con desayunador, dos dormitorios con baños y un balcón. En el mismo recibidor, ya estaban colocadas las mesas con sillas para almorzar o cenar; en el frente había un enorme sofá blanco de cuero con cojines naranjas; dos anaqueles se encontraban contra las paredes y un televisor plasma, enfrente del sofá.

Cuando yo llegué, Sienna ya se encontraba allí. Ella iba a ser mi compañera de piso, también trabajaba para la misma compañía que yo, solo que ella era de Brooklyn y hacía poco se había mudado a Manhattan. Cuando hacía unos meses atrás me habían comentado acerca de la sucursal en Nueva York, yo le había dicho a mi jefe que estaba pensando cambiar de aire.

California no estaba mal, pero no me sentía del todo a gusto. A decir verdad: yo nunca me sentía del todo a gusto en ningún lugar; probablemente esa era la razón de haber vivido en doce estados diferentes en mi vida. Bueno, esa y otra razón más. Cuando mi jefe me dijo que era una buena idea trasladarme a Nueva York, me preguntó si estaba interesada en compartir un departamento con una muchacha que también trabajaba para la compañía. No dudé en decir que «Sí» sin siquiera preguntar su nombre dado que, con los precios elevados de Nueva York, sabía que no podría costear sola el alquiler.

—Bienvenida a tu nuevo hogar —me dijo Sienna de manera afectuosa mientras me daba un fuerte abrazo. Aquello me pareció extraño; siempre había creído que los neoyorkinos eran fríos, pero ella era de Brooklyn y tal vez allí fuesen más cálidos. Traté de devolverle el abrazo de la forma que pude.

—Muchas gracias —le dije mientras acomodaba mis valijas a un lado de la puerta.

—Luego te mostraré tu habitación. Ahora dime qué te apetece beber: ¿un té o café? —me preguntó amablemente.

—Me da lo mismo, bebo ambos, así que cualquiera está bien —le dije.

—Entonces siéntate, que prepararé café —me dijo, yendo hacia la cocina. Yo me asomé hacia el balcón; era grande, lleno de flores y tenía dos sillones con una mesa en el medio. Desde allí se divisaba una parcela de Nueva York; más que nada se veían los edificios del frente pero, al asomarme hacia las barandillas, observé que a lo lejos una parte de un parque y, hacia el otro lado, más edificios. Enseguida regresé al *living* y me senté en una silla junto a la mesa. Al rato regresó Sienna con una bandeja; me levanté para ayudarla, pero se rehusó a ello.

—Debes estar exhausta —me dijo mientras me servía una taza de café.

—Un poco —le dije—. Viajar en primera clase es realmente relajante y, además, dormí un rato.

—Me alegra oírlo —dijo mientras se servía su taza de café. Tenía el cabello rubio, muy rubio, le pasaba un poco los hombros; sus ojos eran

celestes cristalinos y tenía rasgos muy delicados.

—¿Hace mucho que vives aquí? —le pregunté con curiosidad.

—Seis meses —me respondió—. Como te habrá dicho Peter, yo soy de Brooklyn, por lo que venía en el metro todos los días hasta aquí, pero ya me estaba cansando. Además de que adoro Manhattan y anhelaba vivir aquí por lo que, cuando encontré este departamento, me mudé de inmediato.

—Es muy bonito —comenté.

—Me alegra de que te guste, dado que ahora es tu hogar también —me dijo ella—. Lo que me recuerda que estas son tus llaves —me dijo, entregándome un manojo de llaves—. ¿Puedo preguntarte cuántos años tienes?

—Dieciocho —dije tímidamente.

—Me pareció que tenías esa edad —comentó sonriendo—. Yo tengo veinte.

—¿Parezco joven? —le pregunté con curiosidad.

—No, solo pareces de tu edad —me respondió sonriendo.

—Oh, ¿y hace cuánto que trabajas en la compañía Fitzpatrick?

—Ya llevo dos años y medio allí. Como yo decidí no asistir a la universidad tras finalizar mis estudios secundarios, tuve que ponerme a buscar trabajo y esa era la única empresa que encontré que contrataba a jóvenes sin estudios y con un buen salario, por lo que entré en el Área de Finanzas —dijo—. ¿Tú en qué área estás?

—En Redacción —respondí—. Yo siempre fui buena redactando, en la escuela siempre tenía facilidad haciéndolo, por lo que me contrataron para trabajar en esa área.

—¿Y hace mucho que empezaste a trabajar? —me preguntó a continuación.

—Hace diez meses; entré poco después de cumplir los dieciocho —le dije.

—O sea que, dentro de poco, cumplirás los diecinueve.

—En diciembre, el 6 de diciembre —respondí.

—Oh, falta solo un mes —me dijo sonriendo. Sonreía mucho, casi como si

tuviese una sonrisa impresa en el rostro.

—¿Tú cuándo cumples años? —le pregunté.

—En julio, así que falta bastante. —Tras su respuesta, yo me quedé en silencio por un momento mientras bebía el café—. Creo que tienes un nombre muy bonito, Emerson —comentó Sienna a continuación.

—Gracias —le dije tímidamente. Siempre había creído que mi nombre era una maldición: no era muy común, nadie famoso lo tenía, excepto de apellido, y encima no me gustaba el hecho de que también fuera masculino.

—¿Tenías novio en California? —Quise reír ante aquella pregunta.

—No, ¿qué hay de ti? —le pregunté, tratando de desviar la conversación hacia ella.

—De momento, no. Estuve de novia hasta hace unos seis meses atrás, pero era del tipo posesivo, así que ahora estoy disfrutando de mi soltería —dijo sonriendo.

—¿La empresa queda lejos de aquí? —le pregunté, tratando de cambiar de tema.

—A unas veinte cuadras, que en Nueva York es poco. Esa fue la razón por la que me he mudado a este edificio: porque está relativamente cerca de aquí —me dijo—. Así que, si nos levantamos temprano, podemos ir caminando hasta allí. —Me agradaba escuchar eso; pensé que sería bueno no tener que gastar en un medio de transporte ya que, de seguro, la vida allí sería muy costosa.

—¿Sueles ir seguido a tu hogar? —le pregunté a continuación.

—Todos los fines de semana. De hecho recién regresé. A veces voy los sábados; otras, los domingos, o a veces me quedo todo el fin de semana, ya que está muy cerca —me explicó—. ¿Tú tienes a alguien allá en California? —Negué con la cabeza y ella asintió, sonriendo de manera compasiva, tal como lo hacían todos cuando se enteraban de que estaba sola en el mundo.

—Me gusta el departamento —dije, tomando mi bolso de mano—; le diste un buen estilo con la decoración.

—Oh, muchas gracias, y me alegra saber que te gusta —repitió de nuevo, agradecida.

—Aquí está mi parte del mes —le dije, entregándole un sobre con el dinero del alquiler.

—Oh, no hacía falta que me lo dieras de inmediato —me dijo ella tomándolo.

—Es mejor si te lo doy ahora; aparte ya tenía el dinero listo —le dije.

Cuando me enteré de que iba a vivir con ella, uno de mis jefes de California me había pasado su correo electrónico, por lo que de inmediato le escribí para presentarme y preguntarle cuestiones relacionadas al departamento y a los precios.

—¿Quieres conocer tu habitación? —me preguntó, viendo que yo había terminado el café.

—Desde luego —le dije. Me levanté y tomé mis dos valijas; por suerte las dos tenían rueditas, por lo que me desplazé con ellas por un pasillo hasta que llegamos a una puerta blanca y entramos.

La habitación era demasiado grande, o tal vez era grande en comparación con mi antigua habitación de California. Estaba pintada en color crema, la cama era de dos plazas con dos mesas de luz a los costados, en el frente había un clóset y a la derecha, un tocador; tenía una ventana en el lado izquierdo y un escritorio al costado de ella.

—Desde luego que tendrás que decorarla a tu gusto —me dijo Sienna, que estaba apoyada en la puerta.

—No puedo esperar a hacerlo —le dije sonriendo tímidamente.

—Te daré privacidad para que desempaques. Estaré en el *living* por si necesitas ayuda con algo —dijo, saliendo de la habitación.

Puse la primera valija sobre la cama, la abrí y comencé a sacar mi ropa de ella; no tenía mucha, tampoco muchos calzados, por lo que tendría lugar de sobra en el clóset. Tomé la segunda valija y saqué mis accesorios, cremas y fragancias, y los puse sobre el tocador. Dejé mi portátil encima del escritorio.

No traía mucho conmigo porque en el avión no me lo permitían, por lo que tuve que contratar una empresa de envíos de encomiendas para que me trajeran las cajas con cosas de California hacia Nueva York; desde luego que eran unos cuantos adornos, libros y CDs. No tenía más que eso y tampoco podía transportar más que eso. Cuando supe que me mudaría a Nueva York, hablé con mi arrendatario de Los Ángeles y le pregunté si podía venderle los muebles que tenía en el departamento; por suerte me dijo que la persona a la que se lo iba a alquilar, una vez que me fuera, estaba interesada en rentar un departamento amoblado, por lo que me los compró de inmediato y me pagó una buena suma por ellos. Desde luego que en Nueva York los muebles debían de costar más que en California, pero de todas formas no tenía pensado comprar mucho tampoco, y por suerte Sienna me había dicho que los muebles de mi habitación ya venían con el departamento, por lo que no debía pagar por ellos.

Luego de que terminé de desempacar, fui hacia el *living*, en donde Sienna se encontraba viendo televisión, sentada en el sofá.

—¿Ya terminaste de desempacar? —me preguntó sonriendo. Asentí con la cabeza—. Entonces ven a sentarte aquí conmigo —me dijo, haciendo señas hacia el sofá.

—¿Qué veías? —le pregunté, sentándome a su lado.

—Una serie nueva, es acerca de unos seres que son de otro mundo, pero adquieren forma humana —me explicó—. Todavía no sé muy bien qué son porque no lo revelaron, pero también están involucrados el Gobierno y unos espías. ¿Te apetecen unos pochoclos? —Asentí con la cabeza—. Enseguida regreso —me dijo, yendo hacia la cocina; al rato apareció con un cuenco lleno.

—¿Qué es lo que haces aparte de trabajar y de visitar a tu familia? —le pregunté, tratando de entablar conversación.

—A veces salgo con unas muchachas de la empresa o con amigas de Brooklyn que residen aquí también; otras, solo me quedo a escuchar música.

Abajo hay un bar en donde tocan bandas de *jazz* y se escucha hasta aquí, por lo que tenemos conciertos gratis los fines de semana —repuso sonriendo—. ¿A ti te gusta salir a bailar o ir a bares?

—Nunca fui a bailar y solo una vez fui a un bar. No me molesta salir, pero prefiero las actividades en la privacidad de un hogar, como ver una película, leer o solo escuchar música —le dije.

—Pues en Nueva York tendrás que salir aunque sea una vez en tu vida. El fin de semana que viene podemos ir a un bar que está cerca de aquí; tocan buena música y la comida es exquisita —me dijo. Sonreí ante aquello; ella parecía ser una buena persona. Cuando supe que conviviría con una muchacha allí, me pregunté cómo sería cohabitar con alguien y cómo sería ella como persona. Por suerte era agradable, alguien con quien yo podría congeniar. Yo no era muy buena fraternizando con mortales; confiar y estar rodeada de ellos compartiendo momentos era algo que me costaba bastante. Pero esta muchacha era alguien con quien yo podría relacionarme; pensé que tal vez encontraría una amiga en ella después de todo.

Capítulo 3

LA COMPAÑÍA FITZPATRICK

El lunes me levanté a las siete de la mañana porque a las ocho debíamos entrar al trabajo.

Luego de desayunar salimos del edificio con Sienna para dirigirnos a la empresa. Yo me había puesto un *jean*, unas botas y un abrigo azul eléctrico encima, y una bufanda en el cuello, ya que Sienna me había dicho que, en esa época del año, había que abrigarse bien, pero que diciembre y enero eran los meses más fríos del año en esa parte del país.

Mientras íbamos caminando, iba admirando los edificios; la mayoría eran rascacielos interminables y muy imponentes. Los rostros de la gente mostraban las diferentes etnias que convergían allí.

Luego de haber caminado unas veinte cuadras y de haber aspirado aire neoyorkino, finalmente llegamos a la compañía Fitzpatrick. Era un edificio de veinte pisos, parecía ser más grande que el de California y, dado que esa era la sede central, supuse que lo era. La compañía Fitzpatrick era una empresa de medios de comunicación. Cada piso tenía un sector diferente; por ejemplo, en un piso se encontraba el Área de Redacción periodística; en otro, el de Marketing y publicidad; en otro, el de Finanzas, etc. Yo estaba en la parte de Redacción; desde luego que, antes de ingresar a trabajar, me habían hecho varias entrevistas y había tenido que demostrar mis habilidades gramaticales, dado que yo no asistía a la universidad pero, como estaba bien recomendada por mis profesores de Literatura y por la naturaleza de mi condición, de inmediato me contrataron. Cuando finalicé la escuela secundaria, comencé a trabajar allí; corrí con la suerte de obtener un empleo en una de las compañías

más prestigiosas de Norteamérica, con un buen salario y cobertura médica y dental, aunque yo bien sabía que mi suerte se debía a que había algo en común entre mí y el dueño de la empresa, pero aun así estaba agradecida por ello.

Mientras cursaba el último año del instituto secundario, mi tutora me preguntó qué haría una vez que finalizara mis estudios. En un principio sopesé la idea de asistir a una universidad local y seguir en el mismo empleo, atendiendo una librería, pero, dado que tendría que buscarme un lugar propio para vivir y pagarlo, con el salario que ganaba allí, no me alcanzaría para ello, por lo que Marlene, mi extutora, me contó acerca de aquella compañía y sobre quién la había fundado. Me dijo que de seguro me contratarían. De inmediato solicité una entrevista y de ahí me hicieron tres más y varios exámenes y luego me contrataron.

En California había vivido solo dos años, pero la verdad era que no extrañaba. Cualquiera pensaría que, el primer día en una nueva ciudad, uno extrañaría su antiguo lugar; pues no era mi caso, dado que yo no tenía apego a los sitios o a las personas.

En cuanto entramos en el edificio, saqué mi tarjeta de identificación y la pasé por la lámina; luego subimos por un ascensor hasta que yo llegué al piso que me correspondía. Sienna se había bajado en el cuarto, ya que allí se encontraba Finanzas; yo seguí hasta el quinto y entré. Me sentía algo nerviosa porque el ambiente se veía más lujoso que el de California (aun cuando la estructura arquitectónica y los colores eran iguales) y los empleados, más distinguidos. Caminé hasta donde estaba una puerta con el nombre «Dougray Benford, gerente», y llamé a ella. De inmediato un muchacho joven la abrió.

—¿Es usted Dougray? —le pregunté.

—Sí, lo soy —dijo—

—Yo soy Emerson Adkins —le dije presentándome.

—Oh, sí, la muchacha de California —me dijo sonriendo—. Pasa, por favor —dijo extendiendo su mano para estrecharla. Su oficina era espaciosa, con paredes de vidrio y un enorme escritorio en el medio—. Toma asiento, por

favor —me pidió Dougray. Parecía un muchacho joven, de unos veinticinco tal vez; era castaño, de ojos celestes y de piel algo bronceada.

—Tengo entendido que Peter le mandó mi currículum por fax —le dije.

—Así es: me los envió la semana pasada junto con un correo electrónico en el que te recomendaba muy bien —dijo sonriendo.

—Me alegro —le dije.

—¿Tienes dieciocho, verdad? —me preguntó.

—Sí, en un mes cumpliré los diecinueve —le dije.

—¿Y ya estás instalada aquí? —me preguntó a continuación.

—Sí, llegué ayer y estoy viviendo en un departamento con otra muchacha que trabaja en esta misma empresa, pero en el Área de Finanzas —le dije.

—Qué bien —me respondió él—. ¿Ya desayunaste? ¿Quieres un café o un té?

—No, gracias, ya desayuné —le dije.

—Entonces déjame acompañarte hasta tu nuevo puesto —me dijo levantándose de su asiento. Yo me paré también y lo seguí a través de un pasillo hacia un enorme salón lleno de escritorios hasta que llegamos a uno que estaba vacío.

—Este será tu nuevo escritorio. Luego preséntate ante tus compañeros, cuando tengas la oportunidad, con cada uno, ya que ahora parecen estar absortos en sus tareas —me dijo mirando alrededor.

—Está bien, gracias por recibirme y acompañarme hasta aquí —le dije amablemente.

—No hay de qué. Estoy a tu disposición por cualquier cosa que necesites —me dijo.

—Gracias de nuevo —le respondí mientras me sentaba en mi asiento.

Mientras Dougray se iba, yo volteé a mirar hacia la derecha y una muchacha de cabellera rubia ondulada me devolvió la mirada.

—Hola —le dije—, yo soy Emerson y este es mi primer día aquí.

—Hola, soy Catherine —dijo extendiéndome su mano.

—Mucho gusto —le dije estrechándola.

—¿Eres de aquí? —me preguntó, volviendo la vista hacia su monitor.

—No, vengo de California. Trabajaba en la sede de allá, pero pedí que me trasladaran para aquí —le respondí mientras encendía mi computadora.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó—, porque pareces joven.

—Dieciocho, cumpliré diecinueve en un mes —le respondí.

—Entonces eres la más joven aquí, por lo menos de este piso, aunque estoy segura de que de toda la compañía; la mayoría ya pasamos los veinte. Yo tengo veintidós, por cierto —dijo volviéndose a mí.

—¿Hace mucho que trabajas aquí? —le pregunté.

—Hace un año. Me gradué en Columbia, tengo un título en Periodismo y, en cuanto terminé la universidad, entré a trabajar aquí —me dijo sonriendo—. ¿Tú asistes a la universidad? —Negué con la cabeza y ella no dijo más nada.

Observé a mi escritorio; tenía una computadora, un teléfono y un portabolígrafos. En cuanto el monitor cobró vida, las palabras «Compañía Fitzpatrick» aparecieron en la pantalla. Luego tuve acceso al escritorio, abrí el archivador con el itinerario y comencé a trabajar.

A las doce del mediodía, me dirigí hacia el comedor junto con todos los de mi área. Cada piso tenía un comedor, por lo que solo almorzaría con el personal de mi sector. Me senté en una mesa sin saber si el proceso era como en California y te servían ellos, o si debías levantarte a servirte tú mismo, pero, como no vi una mesa con bandejas y los demás también se estaban sentando, supuse que no. La muchacha llamada Catherine me miró y se sentó enfrente de mí.

—Ella es nueva aquí —le dijo a una muchacha de cabello castaño, quien inmediatamente me sonrió.

—Yo soy Amanda, pero puedes llamarme Mandy si quieres —me dijo.

—Yo soy Emerson —le dije.

—Nunca antes había conocido a una Emerson mujer —me dijo.

—Me lo dicen a menudo —le dije sonriendo.

En ese momento un camarero apareció con un menú como el de los restaurantes y me entregó uno. Había diez menús diferentes y me decidí por un pollo con ensalada de champiñones. En California solo te preguntaban si eras alérgico a algo y cada día había una sola comida en la cual ninguno de los empleados tenía jurisdicción siquiera. Pero, por lo visto, allí era todo más sofisticado; supuse que se debía a que esa era la sede central y, por estar en Nueva York, los ingresos eran diferentes.

—¿Cuántos años tienes? —me preguntó Amanda.

—Dieciocho —le respondí—. ¿Y tú?

—Veintidós —me dijo sonriendo.

Observé a los demás empleados y la mayoría parecía tener más de veinte. Probablemente Catherine tenía razón y, tal como ella lo había dicho, yo era la más joven allí.

El camarero llegó al rato con una bandeja que contenía nuestros almuerzos. En cuanto probé bocado, me di cuenta de que incluso sabía mejor que la comida de la empresa de California. De inmediato me percaté de que había acertado en pedir el traslado hacia allí; en Nueva York no solo el sueldo era más elevado, sino que la vida allí era más sofisticada también.

Catherine y Amanda no volvieron a dirigirme la palabra (y en cierta forma me sentí agradecida por ello); solo hablaban entre ellas acerca de lo que habían hecho el sábado por la noche.

Cuando terminamos con el almuerzo, nos trajeron el menú para elegir el postre. Yo pedí una porción de torta de chocolate; estaba deliciosa, desde luego. Después nos levantamos y regresamos a nuestros escritorios para seguir trabajando.

A las dos de la tarde, ya había terminado con mi día, por lo que me despedí de Catherine y de Amanda y me fui hacia el elevador. Bajé al primer piso y esperé a Sienna en el vestíbulo, ya que me lo había pedido. Le mandé un mensaje de texto que decía ya estaba abajo y me respondió que ella ya se desocupaba. A los diez minutos bajó.

Regresamos caminando a nuestro edificio. Si bien el sol emanaba rayos muy brillantes, estaba bastante fresco. De camino, Sienna me preguntó qué tal había sido mi primer día y le respondí que no me había costado nada adaptarme; también indagó si había hecho alguna amistad y le respondí que no y ella me dijo que tomaría tiempo hacer amistades en Nueva York, dado que la gente no era muy confianzuda, que de a poco irían acercándose. No me importó aquello ya que, de todas formas, yo también era así.

En cuanto llegamos al departamento, tomé un baño y, después de cambiarme de ropa, me senté frente a la cómoda a peinarme. Mi cabello era castaño, lacio, muy lacio, tanto que a veces sentía que no tenía otra forma más que esa. Me puse un poco de rubor en las mejillas, aunque no estaba muy acostumbrada al maquillaje; nunca me había maquillado cuando iba a la escuela secundaria, incluso cuando la mayoría de mis compañeras de clase lo hacían. Por suerte mis labios eran rosados al natural; siempre había tenido los labios de ese color. Mi piel era pálida, muy pálida; cada vez que me miraba al espejo, solo veía un rostro que carecía de expresión. Yo no sonreía mucho, no lloraba tampoco —por lo menos no lo había hecho en los últimos cinco años—, ni siquiera me enojaba: era como si en los últimos años hubiera escogido despojarme de sentimientos. Mis ojos marrones miraban de igual manera a todos, la misma mirada iba dirigida a todos, por lo que supuse que era difícil para cualquier persona poder interpretarme, ya que difícilmente me sorprendía; al menos, en el exterior, aunque no se diferenciaba mucho de mi interior.

Capítulo 4

EL SEGUNDO Y TERCER ENCUENTRO

El sábado por la tarde me desocupé a las dos en el trabajo. Ya iba a hacer una semana que estaba en Nueva York y la verdad era que me gustaba estar allí. Me sorprendió ver que me estaba acostumbrando más fácilmente que a los otros estados en los cuales había vivido antes.

Durante la semana había hablado un poco más con Catherine y con Amanda en el almuerzo; por suerte no hacían muchas preguntas, por lo que no me incomodaban.

Cuando iba de salida observé el cielo; aquel día estaba nublado y un poco más fresco que de costumbre. Esta vez no esperé a Sienna porque ella salía más temprano.

Ya me estaba familiarizando con el trayecto de veinte cuadras que separaban la empresa de nuestro edificio y todos los días reparaba en los mismos negocios: una tienda Macy's, una casa de donuts y *cupcakes*, una librería y una cafetería. Me di cuenta de que hasta el momento no había entrado en ninguno de ellos, por lo que fui hacia la cafetería a beber un té. Cuando vivía en California, siempre salía a tomar un té conmigo misma; primero, porque no tenía amigas y segundo, porque me relajaba hacerlo. Me gustaba el café, pero cuando bebía té me sentía en compañía; tal vez por eso lo elegía.

La cafetería estaba atestada de gente, por lo que tuve que hacer fila para ordenar. Una vez que me tocó, hice mi pedido y, como me lo prepararon rápido, me lo entregaron de inmediato. Me senté a una mesa que se encontraba

contra la pared y me puse a beber el té de jengibre y miel; sabía delicioso. Mientras bebía me puse a inspeccionar unos cuadros que estaban colgados de la pared. Había una pintura azul llena de puntos que emanaban una luz brillante; otra que contenía una especie de copos de nieve; otra con una sola luz absorbente en el medio. Bajé la mirada porque sentía que alguien me observaba cuando me encontré con un par de ojos que me resultaban familiares y efectivamente me estaban inspeccionando con firmeza, tal como lo había hecho la primera vez. Se me paró el corazón cuando me percaté de que era él. ¡Era el pasajero 64A! Al principio mantuve mi mirada fija en él, pero luego me sentí intimidada, por lo que bajé la vista y me apresuré a beber lo que quedaba del té. Una vez que lo terminé, me levanté rápidamente de la silla, me dirigí hacia la puerta y salí de inmediato de allí.

Esa noche íbamos a salir a un bar con Sienna y unas amigas de ella; usualmente me rehusaría pero, tal como ella lo había dicho, algún día tendría que hacerlo. Me puse un pantalón negro ajustado con un bléiser beis y unas botas negras. Me miré en el espejo de la cómoda; mi complexión era delgada, por lo que la ropa se ceñía bien al cuerpo. Me senté en la silla y me puse un poco de *gloss* en los labios. Luego de cepillar mi cabello, me puse un poco de fragancia y ya estaba lista. Sienna se había puesto un vestido bordó ceñido al cuerpo y unas botas negras con tacones altos.

—¿Estás lista para la movida nocturna de Nueva York? —me preguntó. Yo solo me encogí de hombros.

Las amigas de Sienna nos esperaban en el bar. Cuando llegamos allí, un hombre de color estaba tocando una melodía con el saxofón.

—Ellas son Hanna y Laura —me dijo Sienna, presentándome a sus amigas. Yo estreché las manos de ambas. Parecían amables; las dos eran de Brooklyn, amigas de Sienna de toda la vida. Hanna estudiaba Escritura creativa y Laura era diseñadora de interiores; las dos tenían veinte años, como Sienna.

—¿Qué es lo que más te gusta de Nueva York hasta el momento? —me preguntó Laura.

—Supongo que el ambiente; es decir, cada día que salgo a la calle, me cruzo con millones de habitantes y todos de diferentes lugares del mundo. Puedes apreciar, por sus rasgos, que todos vienen de distintos lugares; todos tipos de etnias conviviendo en un solo lugar es algo que encuentro excitante —le dije—. Aunque, claro, la ciudad es de las más bellas de este país sin lugar a dudas.

Comimos unos mariscos que estaban deliciosos. El hombre de color siguió tocando; su música era realmente suave, pero de alguna manera sentía que atronaba en el ambiente. Era ese tipo de música capaz de imponerse en un lugar haciéndonos perder en ella.

—¿Te gustaría ir a un lugar a bailar? —me preguntó Hanna.

—Supongo que esta tiene que ser mi primera vez —le dije a Sienna, quien rió y dijo:

—Trajiste identificación, ¿verdad?

—Sí —le respondí.

—Bien, porque la necesitarás —me dijo ella.

De ahí nos fuimos a un club llamado Back Room. Tuvimos que bajar por unas escaleras y caminar por un pasillo que casi estaba en penumbras. Por un momento pensé que se habían confundido, dado que ese lugar estaba atestado de puertas en donde, según Laura, vivía gente. Una vez que llegamos a una puerta, esta llamó a ella y del otro lado le pidieron una clave. Aquello era extraño y temí que fuera a ser una especie de lugar clandestino; no obstante, cuando Laura dijo la contraseña, que era «La pequeña trampa», la puerta se abrió y descubrí que efectivamente era un club clandestino pero uno demasiado elegante. Los pisos eran de linóleo y la decoración era *vintage*, con arañas refinadas que pendían del techo, una escalera ancha con barandas de madera y varios sectores. De acuerdo con Laura, ese club se había fundado en los años 20, en la época en que las fiestas estaban prohibidas, y mantenía el estilo hasta la fecha.

Hanna y Laura nos llevaron hacia un sector en donde había sillones rojos

de cuero.

—¿Les gustaría algo de beber? —nos preguntó Hanna.

—Tal vez un *gin-tonic* —dijo Sienna, mirándome.

—Yo nunca bebí, pero supongo que podría probar eso —dije alzando un poco la voz ya que, por la música tan elevada, era necesario hacerlo. Hanna llamó a un camarero y le pidió las bebidas. Al rato las trajeron en tazas relucientes, algo que me extrañó porque era como si estuviésemos por tomar el té en vez de alcohol, pero Hanna me explicó que hasta eso mantenían de los años 20. Tomé la taza y bebí de a sorbitos, dado que no estaba acostumbrada a beber, ya que pocas veces en la vida había salido.

Cuando terminamos las bebidas, nos fuimos hacia la pista y empezamos a bailar. Yo solo había bailado cuando era niña, en la escuela pero, durante mis años de adolescencia, no había ido nunca a ninguna fiesta; tampoco era invitada a muchas, por lo que hacía mucho que no bailaba. La música era del tipo electrónica pero pegadiza. Observé a los demás individuos que se movían en la pista; la mayoría había ido en pareja y bailaban de una forma muy sensual, fusionando sus cuerpos.

Después de una hora seguíamos en la pista y la bebida que había bebido surtió efecto, por lo que decidí ir al baño. Por suerte había visto en dónde estaban cuando había entrado, por lo que me dirigí directamente hacia allí. Luego de orinar fui hacia el lavabo a lavarme las manos, observé mi rostro en el espejo de allí. Mis ojos estaban algo rojos; supuse que se debía al humo de la pista.

Tras salir del baño, me disponía a regresar a la pista cuando choqué con alguien.

—Oh, disculpa —le dije sin siquiera mirarlo a los ojos, pero luego sentí que me tomó fuertemente del brazo. Cuando levanté la vista, me encontré con sus ojos, los ojos del pasajero 64A; me escudriñaba de forma intensa. Por un momento me quedé atrapada en su mirada, pero luego comencé a inhibirme y quise apartarme de él, pero me tenía sujeta tan fuerte que me inmovilizaba.

—¿Crees... que... podrías? —comencé a decir separando las palabras con la voz algo temblorosa, pero él parecía no haberme escuchado o haberlo hecho y no querer hacerme caso, por lo que comencé a tratar de zafarme de su brazo cuando me soltó.

—Disculpa —me dijo; su voz era gruesa y firme.

—No es la primera vez que te veo. —No había pensado decirle aquello, pero las palabras salieron automáticamente de mi boca.

—Desde luego que no —dijo, pasando una mano por su cabello—. ¿Me acompañarías a tomar una copa? —me preguntó con ojos expectantes. Al principio pensé en rehusarme, pero por alguna razón le dije:

—Está bien, acepto. —Atravesamos un pasillo, me llevó hacia los sillones rojos y nos sentamos allí. Al parecer ese era otro sector, ya que allí la música no se escuchaba tan fuerte y casi no se podía ver hacia la pista. Tampoco había gente; éramos los únicos allí. Y justo cuando pensé que ese lugar era demasiado inusual para ser un club, vi que en la pared había anaqueles con libros. Él llamó al camarero y le pidió algo.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó volviéndose a mí.

—Emerson... Emerson Adkins, ¿y tú?

—Cameron —me dijo, desviando su mirada hacia la multitud—, solo Cameron.

—¿Eres de aquí o de California? —le pregunté a continuación.

—De aquí —me preguntó enarcando una ceja.

—Es que, la primera vez que te vi, venías de California —le dije con respecto al vuelo del domingo pasado.

—Solo estaba de paseo por allí —dijo con voz monótona.

—Oh —le dije.

—¿Tú... eres de ahí? —me preguntó a continuación.

—Lo era —le dije—, ahora vivo aquí.

—¿Viniste por cuestiones de trabajo? —me preguntó.

—Así es —le respondí—: me trasladaron de la empresa de California a la

de aquí.

—¿Y qué es lo que haces? —me preguntó.

—Es una empresa de medios de comunicación. De seguro escuchaste hablar de ella; se llama Compañía Fitzpatrick. —Él solo me miró con el rostro retraído, tal como si nunca hubiese oído acerca de ella—. Como sea. Estoy en el Área de Redacción allí —le dije.

—¿Y eso es lo que te gusta hacer? —me preguntó a continuación. En ese momento el camarero llegó con una bandeja y la depositó en la mesa.

—Sí, me gusta redactar. Soy bastante buena en ello y la empresa es una de las mejores de Estados Unidos, por lo que estoy feliz de trabajar allí. —Observé que él me miraba el rostro como inspeccionándome.

—Pero ¿es lo que te gustaría hacer para siempre? —me preguntó a continuación mientras me entregaba una taza con un líquido rosado.

—Supongo. No pienso mucho a largo plazo, solo lo que haré en un futuro inmediato —le dije mientras bebía el líquido; era dulzón y no parecía tener una pizca de alcohol—. ¿Qué es? —le pregunté.

—Jugo de cerezas —me dijo mientras bebía de su taza.

—Oh... —le dije, algo confundida porque hubiera pedido aquello.

—¿Creíste que te daría alcohol? —preguntó enarcando una ceja—. No soy del tipo que pretende emborrachar a las muchachas. —Lo miré extrañada y me pregunté cómo era que había terminado aceptando beber una copa con él; después de todo yo lo había visto dos veces antes y en ambas oportunidades se había quedado mirándome fijamente, tal como si fuese un acosador.

—Disculpa si tu indiscreción me hizo pensar lo contrario. —No había querido decirle aquello, pero por alguna razón lo había hecho.

—¿Mi indiscreción? —me preguntó con curiosidad.

—Las dos veces que te vi, me mirabas fijamente y no apartaste la vista en ningún momento —le dije encogiéndome de hombros.

—¿Te sentiste... inhibida? —me preguntó acercándose más a mí.

—Más bien... expuesta —le respondí.

—Discúlpame —me dijo, pero en su voz no había atisbo de remordimiento.

—¿Vas mucho a esa cafetería? —le pregunté a continuación.

—A menudo —me dijo. Sus respuestas eran monosilábicas; me recordaba a mí misma en el pasado. Me pregunté si así era como me veían los demás: como a una persona grosera.

—Es la primera vez que voy allí —le dije—. Me gusta ir a tomar té a las cafeterías porque me hace sentir bien.

—¿Qué más te gusta hacer? —me preguntó.

—Leer, ver películas, escuchar música, cocinar —dije enumerando.

—¿Te gusta mucho la música? —me preguntó mirándome fijamente, tal como lo había hecho las dos primeras veces que lo había visto.

—Muchísimo diría yo, la encuentro reconfortante.

—¿Qué hay de tu estatus? —me preguntó después.

—¿Mi estatus? —le pregunté sorprendida.

—Tu situación sentimental. ¿Tienes novio?

—Oh, no —le respondí secamente.

—¿Por qué? —me preguntó con curiosidad.

—¿Por qué?

—¿Por qué no tienes novio?, ¿no te gustan los muchachos?

—Desde luego, pero nunca tuve novio. Yo... —comencé a explicarle— me mudo de estado constantemente, no sé por cuánto tiempo me quedaré aquí.

—Pero en algún momento te sentiste atraída por alguien —dijo a modo de afirmación.

—Sí, así es, pero no fui correspondida —le dije. Se quedó mirándome fijamente tras aquello—. ¿Qué hay de ti?, ¿tienes novia?

—No de momento —me respondió.

—Pero hubo alguien —supuse.

—Hubo algo, pero sin importancia. —Fue todo cuanto me respondió. Se mostraba bastante críptico, pero por alguna razón me cohibía el hecho de

indagar.

—¿Cuántos años tienes? —Le pregunté algo a lo que supuse obtendría una respuesta concreta.

—Técnicamente diecinueve —me dijo.

—¿Técnicamente? —le pregunté intrigada.

—Cumpliré veinte en dos semanas —dijo esta vez.

—Oh, yo cumpliré diecinueve el mes que viene —le dije sin saber por qué, ya que no me entusiasmaba cumplir años.

—¿Lo festejarás? —me preguntó.

—No lo sé todavía —le dije. En ese momento sentí una vibración en el bolsillo de mi pantalón, por lo que saqué mi teléfono móvil y vi que tenía un mensaje de Sienna en el que me preguntaba en dónde estaba. Le respondí que estaba en otro sector del lugar con un conocido; no podía entrar en detalles y decirle que no conocía a Cameron en absoluto, si no enloquecería. Si bien llevábamos solo una semana viviendo juntas, enseguida reparé en que Sienna era muy protectora con la gente que estaba a su alrededor; supuse que se debía al hecho de que era la mayor de cuatro hermanas—. Lo lamento, era mi compañera de departamento. Vine con ella, está bailando en la pista —le expliqué.

—¿Te mudaste con una amiga aquí? —me preguntó.

—En realidad la conocí aquí. Ella es de Brooklyn y trabaja en la misma empresa que yo —le dije.

—¿Qué hay de tu familia? —me preguntó a continuación.

—No tengo —le dije. Al principio se quedó en silencio, tal como la mayoría de la gente que escuchaba aquello.

—¿Nunca tuviste una? —preguntó después.

—No, de hecho no. Me dieron en adopción cuando nací y luego crecí en diferentes orfanatos.

—¿Viviste siempre en California? —preguntó con curiosidad.

—No, viví en doce estados distintos hasta que llegué a California; allí viví

en una residencia para muchachas huérfanas hasta que me gradué de la escuela secundaria y empecé a trabajar en la Compañía Fitzpatrick. Entonces me mudé sola a un departamento —le dije.

—¿Trabajas en vez de ir a la universidad? —me preguntó.

—Si asistiera a una universidad, no tendría tiempo para ambas cosas; con los horarios de la empresa en la que trabajo, no me quedaría tiempo para estudiar y asistir a clases y, si no trabajara allí, no tendría modo de mantenerme económicamente —le expliqué.

—Lo lamento —me dijo de forma apenada. Era extraño, pero era la primera vez que mostraba un atisbo sentimental.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque no te merecías crecer sin una familia —me dijo.

—No a todos nos puede tocar la lotería —le dije encogiéndome de hombros.

—¿Así es como lo ves?: ¿como una moneda que es lanzada a la suerte y a cada uno le toca una parte?

—Supongo que sí —le dije.

—¿Y te parece bien que haya gente que lo tenga todo y otros que no tengan nada? —me preguntó.

—De la forma en la que yo lo veo, podría haber sido peor, como no conseguir empleo en una de las empresas más prestigiosas de Norteamérica y no tener un techo digno encima de mi cabeza —le dije.

—Si no te importa que te pregunte: ¿cómo conseguiste ese trabajo? —me preguntó.

—El año pasado, Marlene, mi exguardiana, me habló acerca de esa empresa, me comentó que el hombre que la había fundado era un huérfano que había tenido la suerte de ser adoptado por el doctor Fitzpatrick, el famoso neurocirujano de aquí; por lo que, cuando creció, fundó esa empresa y decidió, al contratar a sus empleados, dar prioridad a los que, al igual que él, eran huérfanos, así que Marlene supuso que de seguro me contratarían de

inmediato. Y de hecho lo hicieron; es un programa para jóvenes huérfanos —le expliqué.

—Ya veo —dijo él.

—Por ello considero que, después de todo, no he tenido tanta mala suerte —le dije—. La compañía Fitzpatrick tiene más sedes además de la de aquí: en Seattle, Arizona, Miami, Filadelfia y California. Yo justamente me encontraba en unas de esas ciudades; de no haber estado allí, es probable que hoy no estaría en tan buen trabajo.

—¿Y te trasladaron desde la sede de allá?

—Sí, mi jefe me lo sugirió y yo lo consideré y me pareció que era una buena idea —le conté. Usualmente no hablaba tanto; por lo general, mis respuestas eran monótonas, como las de él. No solía explayarme tanto al hablar, pero por alguna razón las palabras salían a borbotones de mi boca en su presencia. No sabía a qué se debía, tal vez él me inspiraba confianza (lo cual era extraño), o tal vez era todo lo contrario y me sentía obligada a contárselo todo (lo cual también era extraño).

—¿Querías cambiar de aire?

—Así es —le dije—, pero más que nada lo hice porque en California no me sentía como en mi hogar.

—¿Y alguna vez sentiste que algún lugar era tu hogar? —me preguntó.

—No —le respondí con sinceridad. Siempre me había sentido como una forastera en todos los lugares en los que había estado, incluso en California; con lo bien que me había ido en casi todo allí, no lograba sentirme del todo a gusto.

—Te entiendo perfectamente —me dijo. Aquello me desconcertó; me pregunté por qué se sentiría así, por ello decidí indagar acerca de su familia.

—¿Con quiénes vives? —le pregunté.

—Ahora mismo con un muchacho de Connecticut en el campus de Juilliard, la universidad —me dijo.

—¿Estudias allí?

—Música —me dijo.

—¡Qué interesante! —le dije.

—A mi familia, al principio, le pareció extraño y trataron de persuadirme de estudiar otra cosa, pero luego se dieron cuenta de que era bueno en ello, por lo que ya se hicieron a la idea.

—¿Tienes hermanos? —le pregunté a continuación.

—Tres —me dijo—: un varón y dos mujeres.

—¿Todos asisten a la universidad? —inquirí.

—No, Eddie, que es el mayor, es médico y vive con su esposa e hijo en la parte céntrica de aquí; Beth es arquitecta y vive con su prometido, y Sally es psicóloga y vive sola —me dijo.

—O sea que eres el menor —le dije. Me imaginé que, por ser el hijo menor, era muy consentido, pero no pude entender por qué me había dicho que entendía perfectamente el no sentirse parte de un lugar.

—Lo soy —dijo esbozando una media sonrisa. Era la primera vez que lo veía sonreír.

—¿Puedo preguntarte con quién viniste? —inquirí después.

—Con mi compañero de habitación, pero él regresó al campus justo antes de que te encontrara.

—¿Y por qué estás aquí? —le pregunté. Él enarcó una ceja al oír aquello —. Es decir, ¿por qué te quedaste aquí conmigo?

—¿Preferirías que me marchara?

—No, solo es una pregunta.

—Porque quiero conocerte —me respondió.

—¿Conocerme? ¿Por qué quieres conocerme? —le pregunté con curiosidad.

—¿Y por qué no?

—¿Qué puedo tener yo de especial para que tú quieras conocerme?

—¿No te consideras especial?

—No, de hecho no —le dije.

—Pues qué lástima que no puedas ver lo mismo que yo —me dijo.

Me quedé mirándolo por un instante sin entender todo aquello. En ese momento mi móvil volvió a vibrar; era Sienna de nuevo, preguntándome si estaba bien y si necesitaba que me rescatara. Le respondí dónde estaba y le dije que podía venir a buscarme.

—Mi compañera de departamento me está buscando, así que debo irme con ella —le dije.

—Oh, está bien —me dijo.

—Gracias por el jugo de cerezas —le dije dejando mi taza sobre la mesa.

—De nada —me dijo él dejando su copa.

—Pues fue un placer conocerte, supongo —le dije mientras me levantaba del sofá. Él se levantó al mismo tiempo.

—El placer fue mío, Emerson. —Era la primera vez que pronunciaba mi nombre; su voz sonaba más calma y serena ahora, aunque igual de firme.

Divisé a Sienna, que me buscaba con la mirada.

—Allá está mi amiga —le dije—. Adiós, Cameron.

—Adiós, Emerson —me dijo.

Me dirigí a donde estaba Sienna.

—Oh, ahí estás, no te veía —me dijo ella—. ¿Y tu amigo? —me preguntó a continuación.

—Se quedó en el otro sector —le dije mientras nos encaminábamos hacia la pista de nuevo. Hanna y Laura estaban bailando con dos muchachos.

—Tendremos que bailar entre nosotras o esperar a que algunos se acerquen a invitarnos a bailar —me dijo Sienna.

Nos quedamos un rato allí bailando solas, ningún muchacho se acercó a invitarnos a bailar. No me extrañaba que no quisieran bailar conmigo, pero sí que nadie la sacara a bailar a Sienna; era muy bonita y de estilo más neoyorkino.

De tanto en tanto volteaba a mirar a todas partes esperando encontrar a Cameron, pero no lo veía por ningún lado; supuse que había regresado a la

universidad. Fue extraño haberlo encontrado allí, mucha casualidad diría yo. Dados los dos primeros encuentros fortuitos, sopesé la idea de que tal vez me había seguido pero ¿cómo lo haría?, si ni siquiera me conocía. Después pensé en lo que había dicho de querer conocerme y me pregunté por qué querría hacerlo; él era un muchacho apuesto, alto, de cabello lacio amarronado, ojos marrones claros, rasgos bien delicados en su rostro, bien fornido y, lo más importante, parecía ser un muchacho de buena familia: todos profesionales y de buena posición social. El hecho de mencionar todas esas características físicas y sociales era para recalcar que éramos diferentes. De seguro él podía estar con cualquier muchacha que deseara: ¿por qué querría estar conmigo?

Capítulo 5

ALGO QUE NO ESPERABAS

El lunes por la mañana, Dougray me hizo llamar a su oficina.

—Emerson, te llamé para preguntarte qué tal te está yendo en esta primera semana —me preguntó.

—Oh, pues me gusta mucho esta sede y, si bien mi trabajo es el mismo que el que tenía en California, me gusta más este —le dije verdaderamente complacida.

—Me alegra saberlo. ¿Qué tal la relación con tus compañeros? —me preguntó a continuación.

—Oh, pues, buena —le dije tímidamente.

—Sé que la gente de aquí no debe ser tan amigable como en California, pero toma su tiempo hacer amistades en esta parte de la costa este —me dijo.

—En realidad yo tampoco soy muy sociable, por lo que no he procurado socializar mucho tampoco.

—Oh, pues, hablaba por experiencia propia cuando decía que en esta ciudad la gente no es muy sociable. Yo no soy de aquí, sino de Hoboken, Nueva Jersey, y cuando llegué, al principio me costó entablar amistad —me dijo.

—¿Entraste de inmediato en este puesto? —le pregunté.

—Sí, tengo un diploma en Filología y periodismo —me dijo— y, justo cuando me gradué, estaban buscando gente para mi puesto y, después de unas cuantas entrevistas, me contrataron.

—¿Y hace mucho que trabajas aquí? —le pregunté a continuación.

—Un año, así que estoy en la compañía desde la misma época que tú —me

dijo sonriendo; me recordaba a Sienna en la sonrisa.

—¿Puedo preguntarte cuántos años tienes? —inquirí con cautela.

—Desde luego, tengo veintitrés —me dijo. Sonreí ante aquello.

—¿Eso es todo lo que necesitabas saber? —le pregunté.

—Sí, quería asegurarme de que estabas adaptándote bien —dijo.

Tras salir de allí, fui directo al comedor, ya que era la hora del almuerzo. Catherine y Amanda hablaban sobre lo que habían hecho durante el fin de semana. Catherine comentaba que había asistido a la cena de compromiso de su hermana y Amanda, que había ido a una aburrida cena en casa de los amigos de su padre, los dueños de la empresa, solo para ayudar a su hermana a conquistar al hijo de la familia en cuestión, pero que ni siquiera estaba allí.

—¿Tú qué hiciste? —me preguntó Amanda.

—Fui a un bar en Greenwich Village y luego, a un club llamado Back Room en Lower East Side. —Las dos me miraron sorprendidas cuando dije aquello.

—Creí que eras demasiado joven para ir a clubes —me dijo Amanda.

—Me pidieron identificación al entrar —les dije—. Además, dentro de poco, cumpliré los diecinueve.

—Oh, está bien. ¿Y qué tal es ese club?; oí que es de los mejores en esa parte de la ciudad.

—El ambiente es bueno y las bebidas también —comenté.

—Un día podríamos ir —dijo Catherine— nosotras tres y Piper también.

—Me sorprendió que me incluyeran en sus planes.

—¿Qué te parece este fin de semana? ¿Tú estás libre? —me preguntó a mí.

—¿Yo? Hummm... supongo —dije titubeando dado que, a pesar de haber salido solo una vez a un club, me di cuenta de que ese no era un ambiente compatible conmigo; tal vez sí lo era el bar al que había ido primero.

Por la tarde llegó el camión con mis pertenencias de California. Yo había pagado por el servicio más económico, por lo que demoraron una semana en llevarme las cosas. Eran seis cajas solamente; las abrí y comencé a extraer lo

que había adentro. Llevé unos cuadros hacia mi dormitorio y los colgué en la pared; puse una lámina de madera sobre la pared, justo arriba de mi cama, y en ella coloqué un listón azul que había ganado cuando estaba en el equipo de natación en la escuela secundaria de California. También ubiqué una fotografía en la que estaba con Marlene, mi extutora; otra de Wilmington, Carolina del Norte, en donde había vivido antes de ir hacia California; una postal de la estatua de la Libertad (la tenía desde antes de ir hacia Nueva York, esperando conocer esa ciudad algún día); un tique de un concierto de Blind Pilot (el único concierto al que había asistido y bajo supervisión adulta), y un *colaje* de varios cantantes y bandas musicales, como The Avett Brothers, mi banda preferida, a los que ansiaba ver. Ese tablero prácticamente contenía imágenes de anhelos más que de realidades. Sobre mi escritorio puse unas velas aromáticas, una bola de nieve de Nueva York y unos sujeta-libros con un par de libros entre ellos. Sobre mi mesa de luz puse solo un ángel de acrílico. Casi todas las personas ponían fotografías sobre sus mesas de luz, pero porque la mayoría tenía familiares y amigos. Saqué de las últimas cajas algo de ropa y unos adornos que coloqué en el *living*.

Por la noche me conecté a internet. Tenía cuenta en dos redes sociales aunque, tal como en la vida real, no tenía vida social ni siquiera en el mundo virtual. Cuando entré en Facebook me sorprendió ver que tenía cuatro solicitudes de amistad y las cuatro eran de personas del trabajo: Dougray, Catherine, Amanda y la muchacha llamada Piper, con la que solo había intercambiado un saludo. Desde luego que acepté a las cuatro, pero me rehusé a entrar en sus muros; no me importaba la vida de la gente en la vida real o virtual. De repente recordé la noche del sábado y a Cameron; en ese momento, deseé haberle preguntado su apellido para poder buscarlo, pero él pareció mostrarse reacio ante aquello, como ante la mayoría de la información acerca de su vida privada. De repente me sentí una idiota por haberle dado tanta información sobre mi vida a un completo desconocido al que era probable que nunca más en la vida volviera a ver.

El martes por la mañana, todos los empleados de la compañía recibimos un sobre cerrado. Lo abrí y era de la empresa invitándonos a la fiesta aniversario de la compañía. Ese año se cumplían treinta años desde su fundación y nos invitaban a una velada en un complejo a las afueras de la ciudad.

—Había olvidado por completo la fiesta aniversario de la empresa —dijo Amanda—. Supongo que tendremos que posponer nuestra salida para después. —Ella y Catherine se embarcaron en una conversación sobre la ropa que se pondrían para ese evento. En cuanto me percaté de que era de etiqueta, supe que no iría, dado que no tendría qué ponerme; ni siquiera tenía un vestido largo de graduación, ya que no había asistido a la mía.

Por la tarde, cuando salí de la empresa, entré en la cafetería a la que había asistido el sábado. Pedí un té de jengibre y miel, tal como el sábado por la tarde, y me senté en la misma mesa en la cual me había sentado aquel día. Mientras bebía mi té miraba para todos lados esperando encontrarlo, pero no estaba allí. Cuando terminé de beberlo, salí de la cafetería desilusionada y, de camino al departamento, me regañé a mí misma mentalmente por sentirme así al respecto.

Por la noche me conecté a Facebook y vi que tenía un mensaje privado de Dougray en el que me preguntaba si iría a la fiesta de aniversario del sábado. Le respondí que no sabía porque era algo alejado de la ciudad y yo era nueva allí. Me dijo que era entendible y se ofreció a llevarme en su automóvil si suponía un gasto extra pagar por un transporte hasta allí. Le agradecí y le dije que en la semana le confirmaría. Me pareció amable de su parte el ofrecerse a llevarme, pero supuse que lo hacía porque, al igual que él, yo no era de Nueva York.

El miércoles por la noche, ordenamos comida china para cenar. Era la primera vez que comía *sushi* y rollitos de salmón en Nueva York, y eran deliciosos.

—¿Estás ansiosa por la fiesta de la empresa? —me preguntó Sienna.

—No, si no iré —le dije de inmediato.

—¿Por qué no? —me preguntó ella con los ojos desorbitados.

—Hay que vestirse de gala para asistir y es lejos —le dije.

—No te hagas problema por ello, yo puedo prestarte algo, aunque tampoco tengo ropa muy glamurosa; o, si quieres, el viernes por la tarde, podemos ir hasta Brooklyn, allí hay una casa de ropa elegante con un precio más que accesible para gente de nuestra clase. —Me llamó la atención que se encasillara dentro de mi posición social. Para mí yo era una persona desposeída de bienes; solo tenía un empleo bien remunerado, pero ninguna posesión y tampoco heredaría nada. Al menos ella tenía familia; de seguro le dejarían un cuarto de alguna propiedad.

—¿Estás segura de que podré costearla? —le pregunté. Sienna se levantó y fue hacia su habitación; de allí regresó con un vestido gris largo sin breteles con estrás en la parte superior.

—Este fue el que usé para la fiesta del año pasado; era tan elegante como el de las otras muchachas y solo pagué ciento veinte dólares por él. —Miré el vestido y se veía bonito, pero aun así seguía vacilando con respecto a asistir a la fiesta—. Por lo menos la mitad de las muchachas del personal son de nuestra posición social y aun así asistirán —me dijo esta vez.

—Está bien, vayamos a esa tienda en Brooklyn —le dije decidida.

—Genial. De paso podemos ir a mi casa a que conozcas a mi familia —dijo Sienna de manera eufórica—. Oh, y con respecto al transporte, cerca de aquí hay un servicio de taxis que cobra una tarifa moderada por viajes largos; aparte, si vamos las dos, nos saldrá más barato.

—Por eso no hay problema; el gerente de mi piso se ofreció a llevarme, así que no creo que tenga problema en llevarte a ti también —le dije.

—Le gustas —me dijo Sienna.

—No es eso, solo intenta ser amable porque sabe que soy nueva en la ciudad y en la empresa. Él es de Hoboken, así que sabe cómo se siente —le expliqué.

—Oh, pues, estupendo —me dijo sonriendo.

El jueves por la tarde, le envié un mensaje privado a Dougray en el que le avisaba que iría a la fiesta y le preguntaba si no tendría inconveniente en que mi compañera de piso también fuera con nosotros. De inmediato me respondió que no había ningún problema y se alegraba de que finalmente hubiera decidido ir a la fiesta; también me aseguraba que me divertiría mucho.

El viernes por la tarde, tomamos el metro con Sienna para ir hacia Brooklyn; era la primera vez en mi vida que tomaba el metro y aquello me parecía excitante. Cuando llegamos a la estación de Brooklyn, la madre de Sienna estaba esperándonos allí; era muy parecida a ella, especialmente en el semblante noble y en la sonrisa. Nos llevó en su automóvil hacia la tienda de ropa; era un escaparate bonito, con percheros colocados en filas llenos de vestidos en todos colores. Una dependienta muy amable se acercó a nosotras a atendernos, me miró de pies a cabeza y de inmediato me dijo cuál sería mi talla, por lo que me llevó hacia donde estaban los vestidos hechos a mi medida. Luego de ver varios modelos, encontré uno beis de seda entallado con un cinto plateado en la cintura; tenía un escote y estaba sujetado en unos tirantes plateados también. Lo tomé y noté que tenía una pequeña cola y en las puntas se formaban unos bolados. Realmente me gustaba, sentía que era mi estilo, a pesar de que me parecía muy escotado, pero supuse que me podría poner alguna especie de chal o túnica alrededor para cubrirme.

—¿Podría probarme este? —le pregunté a la dependienta, quien se había quedado esperando a un lado.

—Desde luego. ¿Es el único que quieres probarte?, ¿no quieres que te alcance otro más? —me preguntó.

—Por lo pronto me gustó este; todos los vestidos son bonitos, pero este es mi estilo —le dije.

—Ven por aquí —me pidió, llevándome a un probador. Entré y me puse el vestido; me quedaba ceñido al cuerpo, como hecho a mi medida. Nunca antes me había puesto un vestido largo aunque siempre había fantaseado con la idea.

Parecía una princesa en él. Me lo quité y me fijé en el precio; solo costaba ciento cincuenta dólares y, tal como Sienna me lo había dicho, era una buena inversión, dado que era un vestido de gala y lo conservaría por el resto de mi vida o, al menos, por unos años.

—Lo llevaré —le dije a la dependienta, quien de inmediato esbozó una sonrisa y lo tomó para envolverlo.

—¿Te interesa ver un par de calzados? —me preguntó.

—Desde luego —le dije.

—Entonces, ven conmigo —me dijo. Me volví hacia atrás y observé que Sienna seguía mirando vestidos junto a su madre. Llegamos al sector en donde estaban los calzados; allí otra dependienta me preguntó cuánto calzaba y qué estaba buscando. Le dije el color de mi vestido y de inmediato buscó unos plateados con tacones. Me los puse y caminé con ellos por una alfombra hacia un espejo. Me gustaba cómo me sentaban; tenían puntera y un diseño en estrás en el medio. Nunca antes había usado tacones, pero no los sentía incómodos.

—¿Cuánto cuestan? —le pregunté.

—Cien dólares —me respondió.

—Me los llevaré —le dije.

Luego de que la mujer envolviera los zapatos, pagué por ellos y pasé a pagar el vestido. Sienna seguía probándose vestidos. Al final se decidió por uno azul francia con unos zapatos negros.

Luego de salir de la tienda, fuimos hacia la casa de Sienna. Su padre era un hombre muy atento. Solo dos de sus hermanos se encontraban en la casa; el menor, llamado Ronny, y la más joven de las mujeres, llamada Stacy. Clara y Porter vivían en Manhattan.

Después de las siete de la tarde, regresamos a Manhattan en el metro.

El sábado al mediodía, mientras almorzábamos, Catherine y Amanda hablaban respecto a la fiesta de la noche y la muchacha llamada Piper se unió a nosotras.

Conforme pasaban las horas, mis expectativas respecto a la fiesta iban

creciendo (al igual que mi nerviosismo); nunca antes en mi vida había asistido a una fiesta, por lo que esta sería una experiencia nueva para mí.

Ese día, cuando llegué a mi departamento, me llegó un mensaje de texto de Dougray en el que decía que pasaría a recogernos a las ocho y me pedía que le pasara la dirección exacta.

Por la tarde me puse a pensar qué peinado me haría en el cabello; no contaba con la habilidad para hacerme un peinado elegante, pero sí con un alisador de cabello con el que podría hacerme algo. Después de ducharme me puse mi mejor lencería, me dejé puesta la bata de baño encima y empecé a secarme el pelo. Luego me lo alisé con el alisador hacia el costado; mi melena era muy lacia, pero con el alisador podía darle forma a las puntas. Después lo rocié con un spray y empecé a maquillarme. No tenía muchas pinturas pero, como el vestido era de color claro, no debía usar mucho tampoco. Había buscado en internet consejos para maquillarme y por suerte encontré unos muy buenos y fáciles de aplicar. Primero me puse una base color translúcida en el rostro (dado que era la recomendada para el color de mi piel) y por encima me pasé un polvo del mismo color. Luego esfumé mis párpados con una sombra plateada y pasé una mascarilla por mis pestañas. Por último me puse un rubor rosado en los pómulos, delineé mis labios con un delineador rosa y añadí un bálsamo con brillo por encima. Me gustaba cómo había quedado: casi como la modelo del sitio de internet que había visto. Me quité la bata y me puse el vestido y los zapatos; me pareció que lucía bien. Nunca creí que me sentiría tan cómoda con ropa elegante. Me miré al espejo y la imagen que me devolvió el reflejo era la de una muchacha completamente distinta a la que usualmente veía. No me puse joyas porque no tenía ninguna, pero mi vestido era tan lindo que no me importó. Fui hacia el clóset y saqué mi abrigo color beis, que hacía juego con el vestido; era ceñido también, por lo que me quedaba bien. Por último tomé mi cartera plateada y puse adentro el bálsamo de labios, dinero por si acaso, una identificación, la invitación y mi teléfono móvil. Luego apagué la luz y salí de la habitación.

A los quince minutos, Sienna estaba lista.

—Guau, Emerson, luces sensacional —dijo maravillada, lo cual me complació.

—Tú tampoco estás mal —le dije observando su vestido; era azul Francia, como lo mencioné antes, de satén en sin breteles. Se puso un abrigo largo, también de satén, en color negro por encima y unos zapatos negros en los pies. Llevaba el cabello suelto con una hebilla de estrás al costado.

A las ocho en punto, llamaron al portero; atendí y era Dougray.

En cuanto bajamos él estaba esperándonos en la entrada.

—Hola, Dougray, gracias por venir a recogernos —le dije saludándolo.

—Oh, Emerson, te ves despampanante —me dijo mirándome sorprendido.

—Gracias, tú también estás muy distinguido —le dije observando su esmoquin—. Ella es Sienna, mi compañera de piso —le dije presentándolos.

—Oh, hola —dijo parpadeando. Sienna extendió su mano para saludarlo y él la asió para besarla.

—Es un gusto —le dijo ella aleteando las pestañas, por lo que de inmediato intuí que se habían sentido atraídos el uno por el otro.

—Bueno, vayamos a la fiesta —dijo Dougray llevándonos hacia su automóvil. Era un Audi negro—. ¿Quién irá en el asiento de acompañante? —nos preguntó al abrir la puerta.

—¿Por qué no vas tú? —le dije a Sienna.

—Está bien —dijo ella de inmediato y se acomodó a su lado. Yo subí atrás y, en cuanto Dougray subió, aceleró hacia el salón.

Durante el trayecto hacia la fiesta, Dougray siguió flirteando con Sienna preguntándole cómo era que, trabajando en el mismo edificio y a solo un piso de distancia, nunca se habían cruzado; ella le dijo que, por suerte, ahora tenían una excusa para hacerlo. Me parecieron bastante directos en ese sentido, especialmente porque yo estaba en el asiento trasero.

Veinte minutos después, luego de atravesar casi toda la ciudad, finalmente llegamos a destino. Desde afuera se veía un enorme complejo con una entrada

rodeada de árboles y un enorme salón cerrado en el medio. Todos los autos estaban en la zona de aparcamiento y, luego de que Dougray estacionara el suyo, descendimos de él. Mientras nos dirigíamos hacia la entrada, reparé en que afuera habían unas bonitas palmeras; siempre me habían gustado las palmeras y estas tenían unas lucecitas amarillas adheridas a su alrededor.

En cuanto entramos al salón, nos recibió un hombre vestido en un esmoquin con una cola que lo hacía parecer un pingüino. Nos pidió nuestras invitaciones y luego nos hizo pasar hacia el recibidor. Allí otro hombre vestido en esmoquin nos pidió nuestros abrigos; se los entregamos y nos dio un número. En aquel momento reparé en que mi vestido era demasiado escotado o, por lo menos, muy escotado para mí, y había olvidado comprar una chalina para cubrirme.

Nos ubicaron en una mesa en la que estaban sentados dos muchachos a los que nunca antes había visto; supuse que trabajaban en otro piso.

El salón era inmenso y estaba plagado de mesas bien forradas en seda blanca. Del medio de la pista, pendía una enorme araña; en el frente, contra la pared, había una pantalla gigante y abajo había una mesa repleta de postres junto a una fuente de chocolate. Observé a los invitados que iban llegando y alcancé a divisar a Catherine y a Amanda, que habían llegado juntas y se habían sentado tres mesas más adelante; ellas no me habían visto y en parte prefería que no lo hubieren hecho.

Después de las ocho y media, se escuchó una voz masculina a través de un micrófono.

—Por favor, que todos los presentes se pongan de pie para recibir al señor Conrad Fitzpatrick.

Todos nos paramos y un hombre canoso, de ojos color celestes y contextura delgada, apareció por la entrada saludándonos a todos con la mano. Por su semblante parecía ser un buen hombre; es decir, desde luego que no tenía dudas de que lo fuera dada su contribución a la comunidad a través del programa de empleo para gente sin estudios o huérfana, como yo y como él,

pero parecía la clase de persona de las que te incitaban a conversar.

Después el microfonista siguió hablando acerca de la historia de la compañía Fitzpatrick y le dio el micrófono al señor Fitzpatrick para que dijera unas palabras. El dueño de la empresa comenzó relatando cómo había pasado de ser un niño huérfano a tener la suerte de ser adoptado por su padre, quien lo acompañaba esa noche: el famoso neurocirujano Simon Fitzpatrick. Había leído sobre él en un sitio de internet; en realidad, cuando me enteré de que trabajaría en esa compañía y de que quien la había fundado era un hombre huérfano, me puse a leer el panfleto que me habían entregado con la información acerca de esa empresa. En él se mencionaba una breve historia de Conrad Fitzpatrick y su adopción por parte del doctor Simon Fitzpatrick. Cuando había buscado en internet, había encontrado muchos artículos y publicaciones acerca del doctor Fitzpatrick. Como sea, el señor Fitzpatrick le agradecía a su padre por todo lo que era hoy; a su esposa Melinda por amarlo incondicionalmente en los últimos treinta y dos años, y a sus cuatro hijos, que eran la luz de su vida. Supuse que todos ellos estaban presentes, pero en alguna mesa delantera, ya que desde allí yo no lograba divisarlos.

Después de ello mostraron un video institucional de la empresa con entrevistas breves, en las cuales algunos de los empleados de las distintas sedes expresaban cuán gratificante era trabajar en aquella compañía. Por último mostraron fotografías de todos los empleados; me sorprendió ver una mía junto al equipo de trabajo de California.

Después de ello el microfonista (que parecía iba a dirigir todo) nos dijo que ya podíamos empezar a comer. Los mozos nos sirvieron unos canapés y tartaletas de entradas; después, una carne de ternera con ensalada de papas y luego, un plato que no supe bien qué era, pero era demasiado elegante y delicioso. De bebida había vinos finos, limonadas y, a un costado de la pantalla, había una barra con un *barman* que preparaba tragos.

Después de cenar nos sirvieron helado y pastel de postre; también había una mesa repleta de postres, de la cual cada uno podía servirse lo que

quisiera. Dougray y Sienna hablaron durante toda la noche, por lo que intuí que después bailarían y yo tendría que quedarme sentada; no era que me importara aquello, solo era una observación. Siempre podría ir a la barra a beber algo o a ver el patio trasero, lleno de palmeras.

Los presentes comenzaron a levantarse para ir a bailar a la pista, las luces amarillas se esfumaron un poco y un humo comenzó a mezclarse en el ambiente. Tal como lo había intuido, Dougray se paró y extendió su mano hacia Sienna, quien de inmediato la asió. Yo me quedé sentada un rato y, luego de ver cómo algunos de los presentes bailaban, resolví ir hacia la barra. Tomé mi cartera y me dirigí hacia allí. Miré al *barman*, quien me sonrió, y le pedí alguna bebida que fuera dulzona. Al rato me entregó una bebida rosa que sabía exactamente igual al jugo de cerezas que había bebido el sábado anterior en el club. Me di vuelta y empecé a caminar hacia la pista, pero me quedé parada a un costado observando a la gente bailar cuando mi corazón se detuvo al ver a una figura masculina sentada a una mesa.

Capítulo 6

HAY ALGO ACERCA DE TI

Él se quedó mirándome fijamente en cuanto me vio. Observé a su alrededor; estaba sentado en la misma mesa que el señor Fitzpatrick. Al lado de él había una señora, dos mujeres jóvenes, un hombre joven con una mujer y un niño y una pareja de ancianos. Sentí que la cabeza comenzaba a darme vueltas y que las luces parpadeaban rápidamente a mi alrededor. Él seguía mirándome fijamente, después se levantó de su asiento y vi que venía hacia mí.

—Emerson —me dijo en cuanto estuvo parado frente a mí. Tenía puesto un esmoquin azul oscuro con una camisa blanca y una corbata azul.

—¿Tu apellido es Fitzpatrick? —le espeté.

—Sí —respondió tratando de sonar abatido aunque no lo consiguió.

—¿Y por qué no me dijiste nada cuando te conté que estaba trabajando en la compañía de tu padre? —le pregunté.

—No me preguntaste mi apellido —dijo encogiéndose de hombros.

—Podrías haber mencionado que eras un Fitzpatrick cuando te dije el nombre de la compañía en la que trabajo —volví a espetarle.

—Discúlpame. —Fue todo lo que dijo, pero no sonaba arrepentido por ello—. Por cierto: te ves muy bonita —dijo a continuación, mirándome de pies a cabeza. Me sentí más expuesta que de costumbre ante él, dado que estaba muy arreglada y mi vestido era algo escotado.

—Gracias, tú estás muy distinguido —dije, observando que tenía el cabello bien peinado hacia atrás; estaba más apuesto que de costumbre.

—¿Qué estás bebiendo? —me preguntó a continuación.

—Algo que sabe como el jugo de cerezas que bebí cuando estaba contigo

el sábado pasado —le respondí dándole mi copa; él la tomó y bebió de ella.

—Sí, definitivamente sabe igual —dijo. Me sentí inhibida por el hecho de que hubiera bebido de la misma copa que la mía.

—Probablemente debas regresar con tu familia —le dije.

—Estuve toda la noche con ellos —me dijo—. Mis abuelos y mis padres se pondrán a bailar enseguida. ¿Quieres bailar? —Su pregunta me tomó desprevenida.

—Bueno —le dije tímidamente.

Dejé la copa sobre la barra y fui con Cameron hacia la pista. Una vez allí, él puso sus manos alrededor de mi cintura; yo, las mías alrededor de su cuello, y comenzamos a balancearnos. La música era lenta, pero con una cadencia movida. Pronto identifiqué que la canción era de Kenny Rogers. Cameron me miraba fijamente a los ojos mientras nos movíamos en el lugar. Cuando Kenny Rogers dejó de cantar, la canción «If you leave me now» ocupó su lugar. Cameron sostenía sus manos fijas en mi espalda, así como su mirada en la mía. «Strange Magic» comenzó a sonar en el ambiente a continuación. Observé los labios de Cameron; eran gruesos y rosados, pero de un rosado diferente a los míos, más oscuros. Parecían ser suaves. Aretha Franklin cantaba «You send me» de fondo mientras nosotros seguíamos moviéndonos. Cuando se escuchó «Lost in your eyes», yo ya estaba perdida en la mirada de Cameron; en realidad nunca había apartado mis ojos de los suyos. Me desconcerté y aparté la vista de la suya cuando en el ambiente oí «New York». Volví la vista hacia Cameron, quien seguía mirándome fijamente.

—¿Qué ocurre? —me preguntó.

—Me gusta esa banda —le dije.

—Blind Pilot —dijo.

—Así es. Hace un año atrás fui a un concierto que brindaron cerca de la residencia en la que vivía en California —le dije.

—Yo los vi por esa misma época, pero en un concierto que brindaron aquí —me dijo.

—¿Te gustan? —le pregunté sorprendida.

—De otra forma no hubiese ido a verlos —me respondió.

—¿Qué otras bandas te gustan? —le pregunté.

—Vampire Weekend, Jimmy Eat World, Smashing Pumpkins, Foo Fighters, Arcade Fire, The Avett Brothers...

—¿Te gusta The Avett Brothers? —pregunté, sorprendida, interrumpiéndolo—. A mí también —le dije sonriendo.

—¿Cuál es tu canción preferida de esa banda? —me preguntó él.

—I and Love and You —le dije tímidamente.

—Es una de sus mejores canciones —me respondió.

Observé alrededor y vi que Sienna y Dougray seguían bailando. Cuando desvié la vista hacia la mesa en donde estaba la familia de Cameron, me percaté de que todos nos estaban mirando con los ojos fijos.

—Toda tu familia nos está mirando —le dije.

—¿Quieres conocerlos? —me preguntó.

—Oh, no, no es eso lo que quise decir. Tal vez a ti te inhiba que te vean con una muchacha —le dije.

—No, en absoluto —me dijo—. Aunque creo que es la primera vez que me ven bailando con una muchacha, no me inhibe en absoluto.

—No te pareces a tus hermanos —observé.

—Tal vez porque no estamos relacionados desde la genética —me respondió con voz monótona.

—Oh..., ¿eres... adoptado? —le pregunté sorprendida.

—Así es —me respondió con naturalidad. Ahora entendía por qué me había dicho que se sentía fuera de lugar, como yo.

—Pues fuiste muy afortunado de que te hayan adoptado personas que parecen nobles —le dije.

—Debo serlo —me dijo.

—¿Alguno de tus hermanos es adoptado aparte de ti? —inquirí con curiosidad.

—No, solo yo —me respondió.

—Tu madre es muy bonita —le comenté, observando a su madre, que nos escudriñaba con sigilo a través de sus ojos azules.

—Lo es —comentó él.

—¿Puedo preguntarte cuantos años tenías cuando te adoptaron? —inquirí.

—Cinco —me dijo.

—Y antes de eso, ¿en dónde viviste?

—En un orfanato. —De inmediato cruzaron por mi mente unos destellos de imágenes, como retazos de una vida anterior de mi infancia.

—Pues, te vuelvo a repetir: tuviste suerte de que te adoptara tan buena gente. Yo pasé de orfanatos a albergues hasta que llegué a esa residencia; no corrí con la suerte de que alguien me adoptara.

—Lo siento. —Fue todo lo que dijo.

—No tienes por qué —le dije. Miré a sus ojos; de repente sentí que no éramos tan diferentes después de todo, que teníamos algo más en común aparte de nuestra afinidad musical.

—¿Con quién viniste? —me preguntó a continuación.

—Con mi compañera de piso y el gerente del área en la que trabajo —le respondí—. Son esos que están allá —dije señalándolos.

—¿Y te irás con ellos? —me preguntó.

—Supongo, dado que con ellos vine —le respondí.

—¿Quieres ir a otra parte? —me preguntó a continuación.

—¿Adónde? —inquirí con curiosidad.

—A ver los alrededores del lugar —me dijo.

—Supongo —le respondí.

—Ven —dijo llevándome de la mano hacia afuera.

Cuando íbamos de salida, observé que Catherine, Amanda y una muchacha que estaba con ellas me miraban con los ojos desorbitados. Yo las saludé con la mano y ellas me devolvieron el saludo con expresión atónita.

—Trajiste abrigo, ¿verdad? —me preguntó Cameron; asentí con la cabeza

—. Entonces, será mejor que te lo pongas.

Recogí mi abrigo del clóset y salimos al patio. Cameron extendió su mano y yo la tomé; era cálida y suave al tacto, muy suave, casi tan suave como el roce de una pluma. Comenzamos a caminar a través de los laterales hacia el patio trasero. El suelo era un césped bien cortado y mantenido; a los costados había flores y focos en el piso. Una vez que llegamos al patio me quedé impresionada al ver que un campo de golf se extendía de un lado ante nosotros, y del otro había una piscina. La noche estaba gélida, muy gélida, pero por alguna razón yo no tenía frío; de hecho me sentía algo cálida al lado de Cameron.

—¿Qué te parece la vista? —me preguntó él.

—Me encanta —le dije—. ¿Siempre alquilan este lugar para las fiestas aniversario?

—No, cada año es en un lugar diferente —me dijo.

—¿Quieres mucho a tus padres? —le pregunté.

—Supongo, son mis padres —me respondió con voz taciturna.

—Me refiero a que, como te adoptaron cuando tenías cinco años, tal vez te costó llegar a quererlos —le dije.

—Pues en eso estás acertada; al principio me costó mucho acercarme a todos ellos y no sentí que fueran mi familia sino hasta después de la adolescencia —me respondió.

—Eso fue hace poco —le dije sorprendida.

—Así es. Y no es que ahora me sienta del todo a gusto, pero sí más parte de la familia; supongo que es la costumbre —me dijo.

—¿Alguna vez... intentaste contactar a tu familia biológica? —le pregunté a continuación.

—No —me dijo, algo confundido—, no me interesa hacerlo —dijo a continuación—. ¿Tú?

—Cuando vivía en California, mi tutora de allí me preguntó si estaba interesada en contactarlos; al principio no veía el motivo, dado que fueron

ellos quienes decidieron abandonarme, pero el terapeuta al que yo veía me dijo que era importante para mí para conocer mi historia y darle un cierre.

—¿Ibas a un terapeuta? —me preguntó.

—Fui por años en cada estado en que viví. Después de comenzar a trabajar, terminamos con las sesiones porque mi terapeuta lo consideró prudente —le dije—. Como sea, Marlene, mi exguardiana, investigó a partir de mi partida de nacimiento, aunque no se sabe con exactitud qué día nací; cuando me albergaron en el primer orfanato, me hicieron una. De acuerdo a la investigación de Marlene, yo había nacido en Vermont en 1995. El primer orfanato en el que estuve era uno en un pueblo llamado Adamant, pero desafortunadamente todo lo que allí sabían era que me habían encontrado bajo un puente cerca de un basural; entonces las autoridades me llevaron hacia el orfanato.

—Lo siento —me dijo Cameron una vez más.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque sé por lo que atravesaste y no es justo que lo hicieras. —Miré a sus ojos y por primera vez vi que realmente le importaba. Supuse que se debía al hecho de que se identificaba conmigo por ello.

—Gracias —le dije—, pero te vuelvo a repetir: fui muy afortunada de estar en el lugar indicado. Si no hubiese estado en California, no hubiese tenido la suerte de conocer la compañía de tu padre y, entonces, obtener un trabajo decente.

—Mi padre también fue huérfano antes de que lo adoptaran, tal como lo oíste en su discurso de agradecimiento, por lo que le complace ayudar a gente poco afortunada —me dijo.

—Huérfanos sin posibilidades, como yo —le dije.

—¿Es así como te ves a ti misma? —me preguntó.

—¿Cómo más me vería?, si el hecho de estar siempre sola es un recordatorio constante de lo que soy.

—Pues eso no es lo que yo veo —me dijo, mirándome fijamente, casi

atravesándome con la mirada.

—¿Y qué es lo que ves? —le pregunté.

—Veo mucho más de lo que tú puedes ver, veo lo que escondes y aquello que anhelas.

—¿Como qué?

—Lo que cada ser humano desea: ser feliz.

—¿Insinúas que no soy feliz? —le pregunté.

—¿Acaso tú crees que lo eres?

—No, es solo que no creí que alguien lo notara —le dije.

—¿Te sientes invisible ante el resto de los mortales? —me preguntó.

—Sí, mayormente —le respondí.

—Es solo porque tú no permites que te vean, vives ocultándote —me dijo.

—¿Insinúas que es mi culpa el sentirme así? —le espeté.

—Solo digo que tú vives escondiéndote, incluso de ti misma. ¿Cómo esperas que los demás te vean cuando ni siquiera tú puedes hacerlo?

—Mi terapeuta de California decía algo parecido —le dije de manera abatida.

—Sé que te cuesta confiar en la gente —me dijo tomándome nuevamente de la mano—, pero no todos te herirán; hay gente buena a la que le gustará tenerte en su vida.

—¿A ti todavía te cuesta confiar en la gente? —le pregunté aferrándome a su tacto, que se sentía muy cálido.

—Sí —. Fue todo lo que me dijo. Observé su rostro, que estaba bañado por la luz de la luna; se veía pulcro y luminoso. En ese momento quise hacer algo, por lo que me incliné hacia él, pero se apartó rápidamente.

—Disculpa. —Fue todo lo que pude decir apenada. De inmediato voltéé la vista hacia el campo de golf, avergonzada.

—No te disculpes, no hiciste nada malo —me dijo—. Yo... —comenzó a decir— lo lamento.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque creo que te di falsas esperanzas —me dijo.

—Oh..., no te preocupes —le dije, algo alicaída.

—Tú no te mereces más desilusiones de las que has tenido en la vida —me dijo realmente apenado.

—Hey, no es tan así —le dije—, y no te sientas mal por ello.

—Creo que es mejor que regresemos a la fiesta —me dijo a continuación.

—Estoy de acuerdo —le respondí.

Cuando entramos en el salón, los presentes seguían bailando, pero esta vez era un ritmo más movido. Perfilé hacia mi mesa para sentarme allí y me sorprendió ver que Cameron se sentó al lado mío. No volvió a dirigirme la palabra tras aquello, solo se quedó sentado junto a mí.

Después de unos veinte minutos, se levantó y me dijo:

—Debo regresar adonde está mi familia.

—Oh, está bien —le dije tratando de sonreír, pero por alguna razón me salió una sonrisa fingida.

—Fue un placer volver a verte, Emerson —me dijo tomando mi mano izquierda para besarla.

—El placer fue mío —le dije sonriendo. Luego se fue hacia donde estaba su familia y yo me quedé sola.

Al rato, Dougray y Sienna regresaron a la mesa.

—¿Qué te parece si ya nos vamos? —me preguntó Sienna—. Dougray debe levantarse temprano mañana para ir a Nueva Jersey a almorzar con su familia.

—Desde luego, vámonos —le dije.

Mientras nos disponíamos a marcharnos, me volví para mirar hacia la mesa en donde estaba la familia de Cameron. Él estaba hablando con su abuelo, pero no miró para donde yo estaba.

De camino a nuestro departamento, Sienna y Dougray siguieron flirteando. Observé la hora en mi teléfono móvil y vi que eran las cuatro de la mañana.

En cuanto llegamos Sienna comenzó a interrogarme respecto a Cameron.

—Vi que bailabas con el hijo menor del señor Fitzpatrick o, mejor dicho, del jefe Fitzpatrick.

—Sí, él era el muchacho con el que estuve el sábado pasado en el club al que fuimos —le confesé.

—Oh, ¿y de dónde lo conocías? —me preguntó con curiosidad.

—De ningún lugar —mentí, omitiendo acerca de las dos primeras veces que lo había visto—. Ese día lo encontré allí y me invitó a beber un jugo de cerezas.

—Oh, pues eres muy confiada —me dijo.

—Parecía un muchacho amable —le dije encogiéndome de hombros.

—Pues supongo que, si es hijo del señor Fitzpatrick, debe ser un muchacho noble y respetable —dijo después—. ¿Te invitó a una cita?

—No, él solo estaba tratando de ser amable bailando conmigo —dije, y me percaté de la razón por la que me había invitado a bailar. Él me tenía lástima, sabía que yo era una persona solitaria, más que solitaria; estaba completamente sola en el mundo y él lo sabía. De seguro sintió pena por mí sabiendo que nadie me invitaría a bailar y por eso lo había hecho. De repente lo veía claro: finalmente alguien me tenía en cuenta pero, en vez de serle indiferente, había sentido lástima por mí. Este tipo de decepción era diferente, nunca antes la había experimentado; implicaba una decepción por parte de alguien que en apariencia había mostrado interés, solo que por razones que yo había ignorado. Era la primera vez que alguien se fijaba en mí, pero desde luego que era por lástima. Por un lado él se identificaba conmigo, pero a la vez le daba pena el hecho de que yo no hubiera corrido con la misma suerte que la suya y me adoptara una familia y, más aún, una buena familia como la de los Fitzpatrick.

Me quité los zapatos y el vestido, luego me puse un pijama de lino; ni me molesté en desmaquillarme. Estaba muy cansada, ya que nunca trasnochaba ni usaba tacones altos siquiera. Con la decepción que me palpaba, cerré los ojos y me encontré con un sueño reparador, esperando a olvidarme una parte de

aquella noche.

Capítulo 7

DULCES SUEÑOS, EMERSON

El domingo al mediodía almorcé sola, dado que Sienna se había ido a su casa en Brooklyn y, a pesar de sus intentos por llevarme hacia allí, estaba tan cansada que casi ni me desperté cuando me habló.

Por la siesta me puse a limpiar el departamento y a lavar mi ropa, lo cual me tomó hasta la tarde. Sienna regresó al departamento después de las siete.

Por la noche me conecté a internet para ver si tenía correos o mensajes nuevos. Entré a Facebook y vi que tenía varias notificaciones. Había sido etiquetada en un sinfín de fotografías de la cuenta de la empresa, en un álbum titulado: «Fiesta aniversario de los treinta años de la compañía Fitzpatrick». Entré a ver las fotografías en las que había sido etiquetada y aparecía en cuatro: una cuando estábamos entrando en el salón, otra en la mesa junto a Sienna y a Dougray, otra general junto a los empleados de la empresa y una de la que yo no fui consciente de que había sido tomada. Estaba bailando abrazada a Cameron; era una fotografía como las que eran tomadas por un *paparazzi* sin que los protagonistas se enteraran siquiera. Desplegué la flecha del ratón hacia abajo y vi que, al lado de la etiqueta de mi nombre, estaba la etiqueta de Cameron. Por mucho que lo intenté, no pude contenerme e hice clic en ella. En cuanto entré vi que, en su fotografía de perfil, estaba tocando el piano. Su imagen de fondo era la de unas manos tocando un piano; supuse que era él también. Vi su información personal y decía:

Nombre completo: Cameron Fitzpatrick.

Fecha de nacimiento: 26/11/94 (lo cual significaba que faltaban menos de diez días para su cumpleaños).

Universidad: Juilliard.

Estado civil: Soltero.

Después desplegué la flecha hacia los álbumes de fotografías y en la mayoría aparecía con su familia. Me sorprendió ver que, en unas cuantas de ellas, aparecían Catherine y Amanda; al aparecer sus familias eran amigas de la suya.

Salí de su muro y, justo cuando iba a desconectarme, vi que tenía una nueva notificación en la que aparecía el nombre de Cameron; mi corazón comenzó a palpar de forma acelerada ante aquello. Entré a ver y había colocado «Me gusta» en la fotografía que aparecíamos los dos; de inmediato yo también puse «Me gusta» y me desconecté.

El lunes al mediodía Catherine y Amanda me asaltaron a preguntas.

—¿De dónde conoces a Cameron Fitzpatrick? —me preguntó Catherine.

—No lo conozco, él solo se acercó en la fiesta y me invitó a bailar —les dije, omitiendo la parte de que había estado con él en el club el sábado anterior.

—Oh, pues parece que le gustaste —me dijo Amanda.

—No lo creo, él solo estaba tratando de ser amable conmigo —le dije.

Cuando regresábamos a nuestros escritorios, Catherine me dijo:

—No quiero ser entrometida, pero ten cuidado con Cameron, no es quien parece ser.

—¿A qué te refieres? —le pregunté sorprendida.

—Nuestras familias han sido amigas desde siempre y lo conozco desde niña. Siempre fue un muchacho problemático; no puedo entrar en detalles debido a la amistad y respeto que le tengo a su familia, pero estuvo involucrado en situaciones algo peligrosas.

—Oh, de todas formas solo bailé con él aquella noche, no creo que vuelva a verlo nunca más —le dije encogiéndome de hombros.

Mientras trabajaba no podía evitar preguntarme a qué se había referido con «situaciones algo peligrosas». Sabía que Cameron había sido adoptado y

que probablemente le había costado adaptarse a una familia como la de los Fitzpatrick, pero no me lo imaginaba implicándose en actos malévolos.

Esa noche me conecté a Facebook y vi que tenía una solicitud de amistad nueva. Mi corazón se detuvo al ver que era de Cameron; dudé por un momento antes de hacer clic en aceptar, recordando las advertencias de Catherine, pero al instante acepté. Después vi que tenía dos notificaciones en la fotografía en la que estaba con Cameron. Piper, de mi área de la empresa, había señalado que le gustaba y también una muchacha llamada Elizabeth Fitzpatrick; de inmediato supe que era la hermana de Cameron.

Dejé la portátil encendida, mientras me tiraba en la cama, cuando escuché el sonido del chat. Me acerqué sigilosamente y con cierto nerviosismo cuando vi que era Cameron quien me hablaba.

Cameron:

Hola.

Emerson:

Hola.

Cameron:

¿Cómo estás?

Emerson:

Bien ¿y tú?

Cameron:

Bien, ¿qué tal el trabajo en la empresa?

Emerson:

Todo bien, ¿y tú en la universidad?

Cameron:

Bien, estoy en mi habitación del campus.

Recordé la noche del sábado, el baile y el paseo por el patio trasero y el hecho de que casi lo besé y él se apartó.

Emerson:

¿Por qué me agregaste?

Cameron:

¿No te gusta que lo haya hecho?

Emerson:

Solo quiero saber tus motivos.

Cameron:

Yo... solo quiero conocerte, pero si no quieres puedes eliminarme y no volveré a molestarte.

Emerson:

No es eso, solo quería saber qué intenciones tenías.

Cameron:

Pues solo eso: conocerte más.

Emerson:

¿Y qué quieres saber de mí?

Cameron:

¿Disfrutaste de la fiesta el sábado por la noche?

Emerson:

Sí, nunca antes había asistido a una y tan elegante, por lo que me gustó mucho.

Cameron:

¿Te gustó bailar conmigo?

Emerson:

Sí.

Cameron:

A mí también.

Aquello me desconcertaba un poco. Pensaba que tal vez me había agregado para disculparse o porque seguía teniéndome lástima.

Emerson:

Me alegro.

Cameron:

¿Quién es ese muchacho que aparece contigo en una fotografía?, uno

llamado Peter.

Demonios, estaba viendo mis fotografías.

Emerson:

Era el gerente de mi área en California. ¿Por qué lo preguntas?

Cameron:

Solo por curiosidad. ¿Es ese el muchacho que te rompió el corazón?

Emerson:

Nadie me rompió el corazón, solo dije que no había sido correspondida, pero no era él. Mi gerente era mucho mayor que yo, por lo que nunca me hubiese fijado en él de esa forma.

Cameron:

Está bien.

Emerson:

¿Estás viendo todas mis fotografías? No tengo tantas como tú.

Cameron:

Pero me gusta lo que estoy viendo.

Emerson:

Gracias, supongo.

Cameron:

Deberías sentirte cómoda al recibir un cumplido.

Emerson:

Es difícil cuando no los recibiste durante toda tu vida.

Cameron:

Lo entiendo, pero podrías intentar sentirte a gusto con ello.

Emerson:

¿A ti te cuesta recibir cumplidos?

Cameron:

A veces. Me temo que debo desconectarme, dado que mañana tengo levantarme temprano porque tengo clases.

Emerson:

Oh, está bien, que descanses.

Cameron:

Tú también, hasta mañana.

¿Mañana? ¿Eso significaba que chatearíamos al día siguiente? Traté de no pensar mucho en ello; después de todo, con Cameron nada era seguro. O tal vez se trataba de mí. Yo esperaba demasiado de él y no era nadie en mi vida; solo lo había visto un par de veces y teníamos algunas cosas en común, pero no parecía tener un interés en mí, al menos no un interés romántico.

El martes por la tarde, tras salir de la empresa, me dirigí a la cafetería. Afuera estaba fresco y, de acuerdo con hombre del pronóstico del noticiero, el fin de semana iba a estar más fresco aún.

Me senté a una mesa en el medio y me puse a beber un café. Me sentía algo adormilada y con un poco de frío. Estaba tan absorta en mi café, que no me percaté de que alguien estaba parado frente a mí mirándome.

—Oh, hola, Cameron —le dije sonrojándome.

—Hola, Emerson, ¿cómo estás? —me preguntó. Llevaba puesto un conjunto deportivo azul.

—Bien, con un poco de frío, ¿y tú?

—Por ir al gimnasio, antes pasé a beber un *latte* —me dijo. Observé que un joven rubio se unió a él—. Él es George Hungtinton III, mi compañero de cuarto en Juilliard —me dijo presentándomelo—. Ella es Emerson.

—Oh, así que tú eres Emerson. Hola —dijo el muchacho extendiendo su mano hacia mí. Yo se la estreché sorprendida de que Cameron le hubiese hablado de mí.

—Es un placer —le dije. Él también traía un conjunto deportivo pero negro; por su porte se notaba que era un muchacho de la alta sociedad, al menos de la alta sociedad de la costa este—. Bueno, nosotros ya nos íbamos, a la noche hablamos —me dijo, acercándose a darme un beso en la mejilla derecha.

—Está bien, diviértanse en el gimnasio —les dije a ambos. George se

despidió de mí y después salieron del lugar. ¿A la noche hablamos? Ahora estaba segura de que se refería a que chatearíamos.

Por la noche me conecté a Facebook ansiosamente, pero me desilusioné al ver que Cameron no estaba conectado; entonces entré a ver sus fotografías. Tenía un par con su amigo George y unas muchachas; parecía que estaban en una fiesta universitaria. Observé a las chicas y eran muy bonitas y, por lo visto, distinguidas también, como todas las que debían pertenecer a su círculo social.

Puse el reproductor de música para dispersarme. Comenzó a sonar una canción de Smashing Pumpkins; me recordó a Cameron, ya que había dicho que le gustaba aquella banda. Me tiré en la cama mientras la música sonaba de fondo. Después de diez minutos, me levanté y vi que alguien me estaba hablando desde la ventana del chat. Al parecer la música se sobreponía al sonido del chat, por lo que no lo había oído. Era Cameron, así que me acomodé de inmediato en la silla.

Cameron:

Hola.

Emerson:

Hola de nuevo.

Cameron:

¿Qué hacías?

Emerson:

Escuchando a Smashing Pumpkins.

Cameron:

Buena banda.

Emerson:

Me recordó a ti.

Me envió un emoticón con una sonrisa.

Cameron:

Me alegra que recuerdes lo que me gusta.

Emerson:

Difícilmente podría olvidarlo, dado que soy una persona solitaria. No me relaciono con mucha gente, así que es de esperar que recuerde lo poco que sé de la poca gente que conozco.

Cameron:

Ya veo... ¿Y qué tal estuvo tu día?

Emerson:

Bien, ¿qué tal te fue a ti en el gimnasio?

Cameron:

Hice un poco de bicicleta, caminé en la cinta y luego tomé una clase de *kick boxing*.

Emerson:

Tu amigo parece agradable.

Cameron:

¿Te parece atractivo?

Emerson:

Supongo.

Cameron:

¿Como para tener una cita?

Emerson:

No lo sé.

Cameron:

¿Te gustaría tener una cita con él?

Emerson:

No, ¿por qué lo preguntas? ¿Tú quieres que tenga una cita con él?

Cameron:

No, solo me aseguraba de que no te gustara.

Emerson:

Oh.

Cameron:

¿Qué vas a hacer el sábado?

Emerson:

No lo sé, todavía falta mucho y, a decir verdad, por lo general no hago nada los fines de semanas.

Cameron:

Si mal no recuerdo, yo estuve contigo los dos últimos sábados.

Emerson:

Eran excepciones, y ya lo sabías; la primera porque era mi primer fin de semana en Nueva York, y la segunda por la fiesta de aniversario de la empresa de tu padre. Usualmente me quedo en mi casa los sábados por la noche.

Cameron:

Oh, ya veo.

Emerson:

¿Tú qué piensas hacer?

Cameron:

Unos compañeros realizaron una acampada en Connecticut, así que iré con ellos.

Emerson:

Oh, pues, que te diviertas. Oye, debo desconectarme porque ya es tarde.

Cameron:

Muy bien, ¿chatearemos mañana?

Emerson:

Supongo. Que descanses.

Cameron:

Tú también, Emerson.

El jueves al mediodía Amanda y Catherine hablaban acerca de lo que harían el fin de semana.

—¿Qué les parece si el sábado vamos a ese club Back Room? —preguntó

Amanda, mirádonos a Catherine y a mí.

—¿Este fin de semana? Yo no puedo, tengo la fiesta de compromiso de una amiga —dijo Catherine. Agradecí aquello en secreto aquello.

—Oh, entonces, supongo que podremos ir otro fin de semana. ¿Tú harás algo con Cameron? —me preguntó a mí.

—¿Por qué haría algo con él?, si apenas lo conozco —le dije sorprendida.

—Es que, como vi que son amigos en Facebook, tal parece que mantienen correspondencia. —Si las familias de ellas eran amigas, eso significaba que ellas también lo eran de él y, por ende, formaban parte de su círculo social y virtual. Y al parecer espiaban mis movimientos a través de él.

—Pues no —le dije.

Cuando salí de la empresa, regresé caminando, como todos los días, por la misma calle. El día estaba soleado, pero el sol no brillaba con tanta intensidad y el frío era más gélido que los días anteriores. Cuando pasé por un puesto de periódicos, reparé en la primera plana de *The New York Times*. El título decía que se avecinaba una tormenta de nieve en diciembre; más o menos se estimaba que, para mediados o fin de mes, la ciudad iba a quedar cubierta de nieve. Aquello no me parecía extraño, dado que Nueva York era conocida tanto por su clima húmedo como por su nieve. No hacía falta haber estado alguna vez allí para saber aquello; solo con ver alguna película o serie filmada allí, te hacías una idea.

En cuanto llegué a mi departamento, me di un baño y después fui hacia la cocina a prepararme un café cuando Sienna llegó con dos bolsas de una tienda de ropa.

—No lo vas a creer: Doug me invitó a salir —dijo de manera eufórica mientras dejaba las bolsas en el sofá.

—¿Y por qué no lo iba a creer?, si se nota que está loco por ti —dije.

—¿Crees que se le nota? —me preguntó sentándose a la mesa conmigo. Yo le serví café de la cafetera en una taza.

—¿Y si no por qué me iba a hacer llamar ayer a su oficina para

interrogarme sobre ti? —le dije.

—¿De verdad te interrogó sobre mí? ¿Y qué te preguntó?

—Cosas ordinarias, como cuál es tu comida preferida, tu música predilecta o los lugares a los que te gusta ir.

—Oh, pues me invitó a salir este sábado a la noche, dijo que me llevará a un lugar especial; tendremos una cita —dijo animada.

—Pues me alegro por ustedes —le dije con sinceridad.

—¿Y tú qué harás? —me preguntó.

—Supongo que escucharé a alguna banda de *jazz* desde aquí. —Puso cara apenada—. No te preocupes por mí, estaré bien. No me gusta mucho salir de todas maneras; a decir verdad, con las dos veces que salí aquí, voy saliendo solo tres veces en la vida, pero prefiero la comodidad de un pijama, un té y un libro mientras escucho música, especialmente con el clima tan gélido de aquí.

—Tienes razón. Si no fuese porque tengo una cita, me quedaría contigo —me dijo ella.

—Tú ve y disfruta de tu cita —le dije.

Por la noche me conecté a Facebook y dejé abierto el chat mientras me ponía el pijama. Cuando regresé la vista hacia la pantalla, del ordenador vi que tenía un mensaje privado; lo abrí y me pareció extraño ver que era de alguien que no estaba entre mis contactos. Era de una muchacha llamada Stephanie Humphrey. Lo único que decía el mensaje era:

Cuídate de Cameron, no es quien dice ser. ¿Ya te contó sobre su estadía en el McDale y el porqué estuvo allí?

Me quedé leyendo el mensaje unos minutos y después resolví entrar en el muro de esa muchacha. Me parecía conocida, como también me resultaba familiar su apellido. Tras ver un par de fotografías de la fiesta del sábado, me percaté de que era la chica que estaba con Amanda y Catherine cuando pasé con Cameron por al lado de ellas. Era una de las que se había quedado mirándome con los ojos desorbitados. Reparé en el pie de una de las fotografías en la cual estaba con Amanda, y me di cuenta de por qué su

apellido me resultaba familiar. Ambas tenían el mismo apellido: eran hermanas.

Un sonido me alertó de que alguien me estaba hablando por el chat.

Cameron:

Hola, Emerson.

No le respondí y en su lugar abrí el buscador de Google y puse las palabras «McDale, Nueva York». De inmediato me apareció una página de una institución mental fundada en 1968, que estaba ubicada a las afueras de la ciudad. Vi las fotografías del lugar y mostraba unas habitaciones con barrotes y presumían de ser los únicos que contaban con un tratamiento altamente recomendable y eficaz, aunque se considerara poco ortodoxo en la actualidad. Pensé en lo que me había dicho la muchacha esa y me pregunté si era cierto y por qué habría estado allí Cameron, y por qué ella y Catherine estaban tan preocupadas en alertarme acerca de él. Consideré dos posibilidades: o él de verdad era muy peligroso o creían que el peligro era yo. Después de todo, yo no era nadie, una muchacha huérfana y nómada que no tenía posesión alguna más que un par de CDs y escarcha; y él era el hijo del dueño de la empresa para la que yo trabajaba. De seguro pensaban que yo estaba detrás de su dinero.

Emerson:

Hola.

Cameron:

Creí que te habías desconectado.

Emerson:

Solo estaba en el baño.

Cameron:

¿Cómo estuvo tu día?

Emerson:

Igual que siempre, todo bien ¿el tuyo?

Cameron:

Muy bien, por suerte. Estoy componiendo una melodía para un proyecto de la universidad.

Emerson:

Qué bien, me gustaría oírla algún día.

Cameron:

Tal vez lo hagas, y muy pronto.

Emerson:

¿Conoces a Amanda Humphrey y a Catherine McNeal?

Cameron:

Sí, son amigas de mi familia, ¿por qué?

Emerson:

Trabajan en mi área y durante el almuerzo me dijeron que nos vieron bailando y luego me preguntaron si había algo entre nosotros.

Cameron:

Oh, ¿y tú qué les dijiste?

Emerson:

Pues, la verdad; bueno, en parte. Les dije que te había conocido aquella noche allí y que me invitaste a bailar porque me habías visto sola, prácticamente porque me tuviste lástima, pero que ya nunca más te vería.

Cameron:

¿Y eso es lo que crees?: ¿que te invité a bailar por lástima?

Emerson:

No lo sé.

Cameron:

Cielos, sabía que te odiabas a ti misma, pero no sabía cuánto.

Emerson:

¿Dedujiste que me odiaba a mí misma a través de las conversaciones que tuvimos?

Cameron:

Podría decirse. Es bastante fácil leerte cuando comienzas a hablar

sobre ti misma.

Aquello era extraño, dado que yo siempre había creído que era difícil saber lo que estaba pensando porque no demostraba lo que sentía o disimulaba fácilmente. Pero él parecía interpretarme bien.

Cameron

¿Y de verdad piensas que nunca más volveremos a vernos?

Emerson:

No puedo saberlo, pero se los dije para que dejaran de entrometerse.

Cameron:

Oh, lo entiendo. Ellas pueden ser muy entrometidas, especialmente Amanda. ¿Te dijeron algo más?

Emerson:

No.

Cameron:

Si vuelven a preguntarte, diles que lo nuestro no es asunto de ellas.

Emerson:

¿Lo nuestro? No hay nada entre nosotros.

Cameron:

Esta correspondencia que mantenemos.

Emerson:

Oh, está bien.

Cameron:

Debo irme a dormir ahora porque mañana tengo una clase de sonido.

Emerson:

Oh, está bien, que descanses.

Cameron:

Ten dulces sueños, Emerson, mañana chateamos.

Me sorprendieron sus deseos. Nunca antes nadie me había dicho «Dulces sueños», lo cual era extraño, pero me agradaba.

Capítulo 8

ALGO OSCURO

El viernes a la hora del almuerzo, Amanda y Catherine se embarcaron en una conversación acerca de cómo el clima les estropearía varios planes que tenían en diciembre. Catherine decía que esperaba que no hiciera tanto frío el primer fin de semana de ese mes, ya que ese sábado tendría la boda de su amiga, y Amanda decía que el cumpleaños de su hermana mayor sería por aquellos días. Recordé a su hermana, la que me había enviado el mensaje por Facebook; parecía ser la menor. Quise preguntarle a Amanda acerca de aquello, pero entonces me asaltaría a preguntas respecto a Cameron o pensaría que me importaba siquiera, y prefería que no pensara aquello.

Por la tarde fui hacia la librería Barnes and Noble a comprar un libro y de paso a conocer aquella tienda.

Me desplazé a través de la sección de romance contemporáneo, pero no me apetecía comprar nada allí; seguí por el género misterio y suspenso y me atrajeron algunos títulos. Después fui hacia la sección de ciencia ficción, y observé dos libros que me llamaron la atención: uno se titulaba *Encuentro con un alien* y el otro, *Mi vida en el planeta Marte*. Los tomé para leer la contraportada y la sinopsis de ambos; me atrajeron, por lo que de inmediato los compré.

Cuando salí de la tienda, pasé por frente de un teatro en el que vi un enorme cartel que decía: «The Avett Brothers: presentación 6 de diciembre». Entré a preguntar el precio de las entradas; no me pareció caro pero, dado que recién me acababa de mudar y que en diciembre era Navidad, tendría más gastos que de costumbre. Aun así era muy tentador, más aún porque la

presentación era el día de mi cumpleaños.

En cuanto llegué a mi departamento, fui directo a mi habitación y me recosté a leer. Tomé el libro que se titulaba *Mi vida en el planeta Marte* y lo abrí. Era acerca de una muchacha humana que una noche se encontraba en el patio de su casa dándole de comer a su perro cuando fue abducida por una nave espacial; lo siguiente que recuerda es despertarse dentro de la nave rodeada de hombrecillos grises de ojos negros grandes.

La novela tenía quinientas páginas. Cuando iba por la mitad de mi lectura, la dejé sobre mi mesa de luz para ir a cenar. Dado que era viernes, ordenamos pizza

—¿Estás ansiosa por tu cita de mañana? —le pregunté a Sienna.

—Y nerviosa también —me dijo—. No he tenido una cita en seis meses y en mi mundo eso es mucho tiempo.

—Se los ve bien cuando están juntos —le dije, recordando el sábado pasado.

—¿De verdad? —Asentí con la cabeza—. Pues parece un muchacho equilibrado, no como el último que tuve a mi lado —me dijo, refiriéndose a su exnovio.

Luego de cenar regresé a mi habitación, me quité el *jean* y el suéter que tenía puesto y me puse el pijama. Encendí mi portátil y me conecté a Facebook. Cameron estaba en línea, pero no me habló. Después de diez minutos, resolví hablarle yo; de todas maneras él siempre había tomado la iniciativa todas las veces anteriores.

Emerson:

Hola.

No recibí respuesta por los próximos doce minutos, por lo que estaba a punto de desconectarme avergonzada cuando él me respondió.

Cameron:

Hola, Emerson. Disculpa la demora, estaba ocupado con algo. ¿Qué tal tu día?

Emerson:

Bastante normal. Por la mañana fui a trabajar y por la tarde fui a la librería.

Cameron:

¿Y compraste algo interesante?

Emerson:

De hecho sí: dos novelas de ciencia ficción sobre aliens.

Cameron:

Oh..., ¿te gusta ese tipo de lectura?

Emerson:

Solo son historias inventadas sobre seres de otros planetas que se mezclan en el nuestro.

Cameron:

Suenan interesantes, ¿cómo se llaman?

Emerson:

Encuentro con un alien y Mi vida en el planeta Marte.

Cameron:

Ya los buscaré.

Emerson:

¿Estás ansioso porque llegue mañana?

Cameron:

¿Por qué?

Emerson:

Hummm, por la acampada con tus compañeros.

Cameron:

Oh, sí, eso. Algo.

Emerson:

¿Vas a menudo a tu hogar?

Cameron:

Casi todos los fines de semana.

Emerson:

Pero este no irás.

Cameron:

Exacto. ¿Tú harás algo con tu compañera de piso?

Emerson:

Ella tiene una cita con el muchacho con que la viste bailando el sábado en la fiesta, por lo que yo, de seguro, me quedaré leyendo mientras escucho a una banda de *jazz*.

Cameron:

Oh..., ¿qué banda?

Emerson:

No lo sé, dependiendo de qué banda o cantante toque en el club de abajo.

Cameron:

Creí que dijiste que no saldrías.

Emerson:

No lo haré. Cuando dije que escucharía a una banda, me refería a que abajo hay un bar y la música se escucha hasta mi departamento.

Cameron;

Oh, pues que te diviertas.

Emerson:

Gracias.

Desplegué la flecha del ratón hacia los demás mensajes y volví a leer el que me había escrito la hermana de Amanda; no pude evitar preguntarme si era cierto que Cameron había estado en esa institución mental y por qué habría terminado allí. Por desgracia, aparte de Catherine y de Amanda, no tenía otro contacto en común con él y a ellas definitivamente no se los preguntaría. Luego pensé en que la familia de Cameron era muy conocida, o más bien su padre, que había fundado la empresa, y su abuelo porque era un neurocirujano famoso. Entré en Google y puse «Cameron Fitzpatrick, escándalo». No sabía

qué otra cosa poner, pero sabía que eso me llevaría a alguna parte. De inmediato me aparecieron los portales de varios sitios de prensa amarilla, como TMZ y la revista *Hola*, así como un artículo en la revista *The New Yorker*. Escuché un sonido del chat, pero lo ignoré. Hice clic sobre el artículo de TMZ primero y aparecía una fotografía en la que Cameron llevaba unas esposas en las manos y era escoltado por unos policías. El título de la noticia era: «El hijo menor del magnate de los medios de comunicación otra vez involucrado en un escándalo». El término «otra vez» hacía alusión a que ya se había metido en problemas en el pasado. Comencé a leer el artículo, que era del domingo 8 de julio del 2012.

Cameron Fitzpatrick, el hijo menor del empresario Conrad Fitzpatrick, es otra vez noticia. Luego de haber salido de prisión, bajo fianza el mes pasado, por una riña que tuvo en un bar, ahora vuelve a caer bajo las rejas. Esta vez el motivo fue posesión de drogas. El adolescente de diecisiete años fue encontrado en un hotel ingiriendo metanfetaminas y otras drogas duras. Esta vez volvió a salir bajo fianza, pero no sabemos qué tanto esté dispuesto a cubrirlo su padre si sigue con ese comportamiento.

Me pareció extraño que fuera el único artículo en ese portal con respecto a eso dado, que tal como hacían referencia antes, no era la primera vez que Cameron se había metido en problemas. Me pregunté si por el asunto de drogas había terminado en esa institución mental.

Hice clic sobre el siguiente artículo, el que aparecía en la revista *Hola*, y decía lo siguiente:

El hijo del empresario Fitzpatrick no irá a juicio

El pasado domingo 14 de julio, las autoridades de Nueva York arrestaron una vez más al hijo menor del empresario Conrad Fitzpatrick. Cameron Fitzpatrick, de diecisiete años, fue arrestado por contrabando de marihuana en una fiesta y por haber participado en una orgía. Siendo el mismo un menor de edad, se arrestó a las otras personas partícipes del acto sexual, ya que eran mayores de edad. Como el joven tiene un expediente

policial y varios arrestos, un juzgado de menores pidió un juicio para el joven, pero finalmente su padre llegó a un acuerdo con las autoridades y enviará a su hijo a una institución mental para que lo reformen.

Volví a leer el artículo y mis ojos se posaron en la palabra *orgia*. Yo no tenía experiencia en cuestiones sexuales, pero entendía que una orgía era un acto sexual practicado por varias personas y, a veces, tanto con personas del mismo sexo como con las del sexo opuesto. Se me revolvió el estómago al saber que Cameron había estado implicado en eso. Finalmente comprendí que Catherine y la hermana de Amanda realmente estaban preocupadas por mí al advertirme acerca de él; no era alguien respetable.

Finalmente hice clic sobre el artículo de *The New Yorker*, y hablaba acerca de cómo el buen apellido de la familia Fitzpatrick se había manchado con las imprudencias de Cameron. Lo mencionaban como a un jovencito perturbado e inestable que ahora estaba encerrado en una institución mental y que, por orden psiquiátrica, se le iba a aplicar el tratamiento más riguroso que tuvieran allí. También comentaban que, a pesar de que su padre era empresario de los medios de comunicación y dirigía varias revistas, periódicos y medios neoyorkinos, no había podido impedir que la noticia se divulgara por diferentes medios de comunicación.

A estas alturas ya me sentía asqueada. Regresé a mi cuenta de Facebook y vi que Cameron ya se había desconectado. El último mensaje decía: «¿Estás ahí?». Me desconecté y me fui a la cama a seguir leyendo.

Por mucho que lo intentara, no podía concentrarme en lo que estaba leyendo, dado que mi mente todavía estaba tratando de asimilar la información acerca de Cameron. No era quien yo creía que era, no tenía escrúpulos o sentido de la decencia siquiera; si me llevaba por la fecha de los artículos, su etapa de descarrilamiento había sucedido hacía dos años atrás y no me parecía que en tan poco tiempo hubiera podido cambiar mucho.

Capítulo 9

ÉL PIENSA QUE SOY HERMOSA

El sábado al mediodía sopesé la idea de agradecerle a Catherine por su advertencia, dado que ahora sabía que realmente me había advertido por mi bien y no por ser entrometida. Pero decidí que era mejor no decirle nada ya que, si no, ella albergaría sospechas sobre que a mí me interesaba Cameron.

Por la tarde, Sienna me mostró el atuendo que se iba a poner para su cita con Dougray: un vestido negro largo con un chal encima.

A las ocho, él pasó a recogerla por el departamento, por lo que yo me quedé sola.

Después de darme un baño de espuma, me fui a mi habitación, prendí una vela aromática y me tiré en la cama. Mientras me pasaba crema por el cuerpo, pensaba en lo agradecida que estaba por tener un dormitorio tan lindo y un departamento tan modesto en una de las ciudades más grandiosas del mundo entero, por no decir la más grandiosa. Me encantaba ese departamento, me sentía cómoda en él, y mi dormitorio era como el dormitorio que desde niña había anhelado tener, por lo que me quedé un rato tirada en la cama solo contemplándolo.

Después de ponerme el pijama, tomé el libro y me fui hacia el *living* a leerlo; solo me faltaban cien páginas para terminarlo. Me senté en el sofá y comencé a leer cuando mi teléfono móvil vibró con un mensaje. Lo tomé y vi que era un número que no tenía registrado. Lo abrí y decía:

Espero que no te importe que haya conseguido tu número. ¿Qué haces?
Soy Cameron.

Me quedé helada en cuanto lo leí. ¿Quién le había dado mi número?; nadie

en la empresa lo tenía, excepto que figuraba en la planilla de empleados y tal vez, por ser el hijo del dueño de la empresa, tenía acceso a ella. No sabía si contestarle o no; a decir verdad, ahora me sentía intimidada y asqueada a partes iguales hacia él.

Emerson:

¿De dónde sacaste mi número?

Al rato el móvil vibró con su respuesta.

Cameron:

De la planilla de empleados de la empresa. Espero que no te moleste y, si te molesta, solo dímelo y no te escribiré más.

Emerson:

Lo que me molesta es que no hayas tenido la valentía de pedírmelo directamente a mí, dado que últimamente hemos hablado durante toda la semana.

Cameron:

Tienes razón, disculpa, se me ocurrió pedírtelo recién ahora, pero no estabas conectada, en Facebook por lo que acudí a la computadora de mi padre y tomé tu planilla de la empresa.

Emerson:

Ya veo... ¿y qué tal la acampada?

Cameron:

Al final decidí no ir, hace mucho frío para acampar. ¿Tú qué hacías?

Emerson:

Yo ya estoy en pijama, en un rato ordenaré comida a domicilio y seguiré leyendo.

No volvió a responderme y en parte me alivió; ahora, que sabía todo ese cúmulo de información sobre su reciente pasado oscuro, ya no tenía el mismo interés en él que antes.

Tomé el libro disponiéndome a leer cuando me sorprendió el sonido de una llamada en mi celular; lo tomé y atendí.

—*¿Hola, Emerson?* —me preguntó la voz de Cameron del otro lado.

—Ah..., hola... —Su llamado me había tomado desprevenida—. ¿Qué quieres?

—*Solo saber cómo estás* —me dijo con voz relajada.

—Bien —le dije de forma cortante.

—*¿Tu amiga ya se fue a su cita?*

—Sí.

—*¿Y qué ibas a ordenar para cenar?*

—No sé todavía.

—*¿Estás bien?*

—Creo haberte dicho que sí.

—*Pues no lo parece. ¿Estás... enojada conmigo?*

—No.

—*¿Te molestó que haya conseguido tu número sin pedírtelo a ti?*

—Honestamente sí. Si chateamos todas las noches, podías habérmelo pedido tú mismo y no sacarlo de la computadora de tu padre cual acosador.

—*Disculpa, sé que estuve mal. ¿Quieres que cuelgue ahora?*

—Honestamente sí —le dije.

—*¿Puedo ir a tu departamento un rato?*

—¿Qué? —le pregunté anonadada.

—*¿Puedo ir a conocer tu departamento, así de paso te veo un rato?*

Podríamos cenar...

—Dime una cosa: ¿tienes ya mi dirección?, porque está adjuntada junto a mi teléfono en la planilla.

—*No me fijé, te lo juro. Puedes decírmela ahora si quieres que vaya.* — Lo pensé por un momento e iba a decirle que no, pero luego sería una buena oportunidad de confrontarlo y decirle que no volviera a hablarme más.

—Está bien, ven —le dije, y a continuación le di la dirección.

—*En un momento estaré ahí* —me dijo.

Me fijé en que traía pijama, por lo que fui rápido a mi habitación a

cambiarme de ropa. Saqué un *jean* del clóset y me lo puse con un suéter celeste y unas botas marrones. Fui hacia la cómoda, tomé el cepillo y comencé a peinarme. Después solo me puse un poco de rubor en mis mejillas, no necesitaba más maquillaje para quedarme en mi propio hogar. Por último me puse un poco de colonia y fui hacia el *living* a esperar.

Mientras estaba allí pensé en las formas de confrontarlo. Nunca antes había tenido que confrontar a alguien, dado que en mi vida no había entablado muchas relaciones humanas. ¿Qué le diría? ¿Cómo le diría que me había enterado de su pasado oscuro y que por ello había decidido no volver a verlo? Tal vez podía comenzar a decirle que Catherine y la hermana de Amanda me habían advertido sobre ello. Estaba tan absorta pensando en eso que comenzaba a ponerme nerviosa cuando el timbre del portero sonó.

Cuando abrí la puerta del departamento, Cameron apareció luciendo un *jean* celeste, un suéter beis, un abrigo negro encima y zapatillas Converse negras en los pies. Se veía realmente apuesto con aquel atuendo; en realidad me parecía que se veía bien de cualquier forma. Noté que traía un paquete en su mano.

—Hola, Emerson —me dijo, acercándose para depositarme un beso en la mejilla.

—Hola.

—¿Sucede algo? —me preguntó—, porque cuando te llamé noté que estabas algo cortante y ahora casi ni dejaste que te besara.

—¿Aparte del hecho de que parece tener tendencias acosadoras? —le espeté.

—Disculpa otra vez por ello, no lo volveré a hacer. Es que por la tarde decidí no ir a la acampada con mis compañeros y pensé qué hacer en su lugar y me conecté a Facebook para ver si estabas, pero no había señales tuyas, por lo que fui hacia la computadora de mi padre y tomé tu número de la planilla.

—Está bien —le dije.

—Toma, te traje unos dulces de Magnolias Bakery —me dijo,

entregándome la caja rosada que tenía en la mano.

—Gracias, podemos comerlos de postre —le dije mientras los ponía a un lado de la mesa.

—¿Qué tienes ganas de comer? —me preguntó.

—No lo sé, tengo el número de un lugar en donde venden comida china y otro de *pizzas*; ambos tienen cosas deliciosas pero, dado que anoche cené *pizza*, tal vez podamos ordenar comida china.

—Por mí está bien, me gusta la comida china —me dijo él, quitándose el abrigo y colgándolo en el perchero.

—Espera aquí, que te traeré el folleto con los menús —le dije, yendo hacia la cocina. Mientras estaba allí seguía pensando cómo confrontarlo. No podía hacerlo mientras estuviéramos comiendo; tal vez eso le haría perder el apetito, por lo que lo haría una vez que hubiéramos terminado de cenar.

Luego de decidir qué comeríamos, llamé al restaurante de comida china y ordené la comida.

—¿Qué deseas beber? —le pregunté, depositando dos individuales sobre la mesa—. Si quieres alcohol, solo tengo cerveza. Dado que yo no bebo, solo compramos eso en caso de tener visitas.

—Lo que tú bebas está bien —me dijo.

—Tengo un refresco de cerezas —le dije— o, si no, limonada.

—El refresco de cerezas está bien —me dijo.

Fui hacia la cocina a buscar la jarra con refresco, tomé dos copas y las puse en una bandeja junto con unos nachos y las llevé a la mesa.

—¿Y por qué decidiste no ir a la acampada? —le pregunté mientras servía el refresco en las copas.

—La verdad es que mi único amigo en Juilliard es George, el muchacho al que conociste en la cafetería, pero los otros muchachos que habían organizado la acampada son solo conocidos. Al principio accedí a ir porque George me lo había pedido, pero hoy, cuando me levanté, me di cuenta de que no quería ir; además, como te dije antes, hace mucho frío para acampar en el bosque.

—Es la primera vez que obtengo una respuesta tan larga de tus labios —le dije mientras bebía el refresco.

—Ya sé que no soy muy comunicativo, no creas que no lo noté, pero así es como soy —me dijo encogiéndose de hombros.

—No te lo estoy reprochando, yo también soy así; es solo que noté que es la primera vez que te extiendes en una conversación y me gustó —le dije sonrojándome.

—Oh, gracias —me dijo él.

—Tampoco sonríes mucho, de hecho creo que solo una vez te vi medio sonreír —le dije.

—¿Medio sonreír?

—Una sola vez te vi esbozar lo que parecía ser una sonrisa, o media sonrisa.

—Pues supongo que no soy como el resto de los mortales en ese sentido tampoco —se excusó.

—No tienes que disculparte por ello, no todos los mortales pueden ser iguales —le dije.

—Tú tampoco eres como el resto.

—¿Qué te hizo pensar eso? —le pregunté de manera irónica.

—No aceptas cumplidos, casi no tienes amigos, nunca has besado a un muchacho.

—En realidad era una pregunta retórica, pero ¿cómo sabes eso?

—Pues porque dijiste no haber sido correspondida y pareces algo incómoda cuando estás con figuras del sexo opuesto, es decir, conmigo.

—¿Y qué te hizo pensar eso?

—Solo me llevo de lo que veo —dijo, encogiéndose de hombros. Siempre había pensado en lo difícil que sería para una persona interpretarme y él parecía hacerlo a la perfección.

En ese momento sonó el timbre del portero.

Luego de colocar la comida en los platos, comenzamos a cenar.

—¿Te gustan tus hermanos? —le pregunté.

—¿Me estás preguntando si me caen bien? —Asentí con la cabeza—. Pues siempre hicieron todo lo posible por hacerme sentir cómodo y nunca tuve una pelea con ellos, así que supongo que sí. Eddie es muy bromista, de hecho creo que es el bromista de la familia; Beth es muy protectora y Sally es más amigable, el tipo de muchacha de la que la mayoría quiere ser amigo.

—Solo los vi en la fiesta de la empresa y parecían amables a simple vista —le dije.

—Lo son, te van a encantar cuando los conozcas; mis padres y mis abuelos también.

—¿Disculpa? —le dije ahogándome un poco con la bebida—. ¿Cuándo los conoceré?

—En mi fiesta de cumpleaños, justo iba a decírtelo. Mi cumpleaños es el miércoles, pero me lo festejarán el sábado en mi casa, por lo que estás invitada —me dijo—. Será algo íntimo: solo la familia y unos cuantos amigos, pero sería un honor para mí que vinieras.

—¿Por qué? —le pregunté sorprendida.

—¿Por qué? —preguntó él aún más sorprendido.

—¿Por qué sería un honor para ti que yo fuera?

—Pues porque ahora eres parte de mi vida y quiero que conozcas a mi familia y a mis amigos. —Lo miré desconcertada—. ¿Crees que algún día serás capaz de aceptar un cumplido o una invitación sin esperar que el mundo se derrumbe?

—Disculpa, gracias por la invitación —le dije, aunque no pensaba asistir o volver a verlo nunca más después de aquella noche, pero luego pensé que, si asistía, tal vez podía averiguar cosas por mi cuenta a través de su familia y de sus amigos.

—Después te pasaré la dirección y la hora —me dijo.

—Y también la lista de los regalos —le dije.

—¿Lista de regalos?; eso se hace solo en las bodas —me dijo, mirándome

extrañado.

—Oh, creí que, cuando la gente decía que dejaba listas de regalos, era para cualquier fiesta —le dije.

—Está bien, entiendo tu confusión y no tienes que regalarme nada. — Nunca había asistido a una fiesta de cumpleaños, al menos no a una que fuera celebrada fuera de los recintos de un orfanato, por lo que no sabía cómo eran, aunque intuía que era lo regular: gente reunida, comiendo, bebiendo y después bailando.

—¿Irán mucha gente? —inquirí a continuación.

—Calculo que serán unos veinte en total —dijo.

—¿Puedo llevar a alguien?

—¿Lo dices en caso de quedarte sola en algún momento? Seguro. ¿Llevarás a tu compañera de piso?

—Sí —le dije tímidamente.

—No hay problema —dijo.

—¿Qué hay de tus abuelos? —le pregunté después.

—¿Qué con ellos?

—¿Cómo son?

—Asumo que te refieres a mis abuelos paternos. Pues, son buenos; mi abuela es lo que los mortales llaman «cariños» y mi abuelo, pues, es un hombre bastante paciente para la profesión atareada que lleva —me dijo.

—¿Lo que los mortales llaman? —inquirí sorprendida.

—Ya sabes, lo que la gente suele decir —me dijo.

—A veces te refieres a la gente como si pertenecieran a una diferente especie.

—¿Acaso no somos todos diferentes?

—Supongo... —le dije.

—¿Tú ya sabes qué harás para tu cumpleaños? —me preguntó a continuación.

—Faltan un par de semanas todavía, pero no creo que haga algo, nunca

hago nada ese día.

—Pues ahora vives con alguien, podrías hacer algo con tu compañera de piso —me dijo—. ¿Hiciste alguna amistad en el trabajo?

—No, solo unos cuantos conocidos —le respondí.

—¿Qué hay de Catherine y de Amanda?

—¿No hiciste amistad con ellas?

—Oh, no, solo hablamos a la hora del almuerzo —le respondí.

—Es mejor que no te involucres con ellas —me dijo.

—¿Por qué? —le pregunté sorprendida.

—Pues porque no son como tú.

—Gente con dinero y con educación universitaria —le dije.

—No quise decir eso, por Dios. Tú eres diferente a ellas en un buen sentido —me dijo—. No te haría bien relacionarte con gente como ellas.

—¿Por qué piensas que soy mejor que ellas?

—Porque lo eres.

—Pues ellas no parecen tener un buen concepto de ti —le dije.

—Como si no lo supiera —dijo—. ¿Te dijeron algo?

—Solo que me cuidará de ti, que no eras quien decías ser, pero no me dijeron el porqué —le dije.

—Sabía que me odiaban, pero nunca las creí capaces de inmiscuirse tanto en mi vida —dijo.

—No creo que te odien, solo te tienen en un mal concepto por alguna razón —le dije.

—Mira, Emerson, hay cosas que no te he contado sobre mí porque pertenecen a mi pasado y estoy tratando de dejarlo atrás, pero por alguna razón la gente que te rodea no lo deja ir —me dijo algo apenado.

—Lo siento —le dije con sinceridad. De repente pensé en que su pasado era solo eso: su pasado, y todos teníamos uno, por lo que no tenía derecho a juzgarlo por ello. Aun así no podía hacer a un lado el hecho de saber que estuvo involucrado en una orgía.

—No tienes por qué. Los humanos son así: siempre juzgan o malinterpretan, no son capaces de olvidar fácilmente o de perdonar —me dijo con el rostro abatido. Me dio pena oír aquello, tal parecía que no lo había pasado tan bien después de todo. Desde que me había enterado que lo había adoptado una familia de tan buena posición social, asumí que lo había tenido todo muy fácil, pero parecía que le había costado mucho adaptarse a esa vida.

En ese momento comenzamos a oír una melodía que sonaba a través de un saxofón y se infiltraba por el ventanal que daba al balcón.

—¿Ese es el concierto que ibas a escuchar? —me preguntó.

—Nunca dije que fuera un concierto, solo tocan un par de melodías —le dije.

—¿Quieres que nos acerquemos a oír mejor? —me preguntó.

—¿Quieres que vayamos al balcón? Está helando afuera —le dije.

—Podríamos sentarnos cerca del ventanal así escuchamos mejor —sugirió.

—Bueno —le dije, levantando los platos—. Espera que limpie todo esto y regreso.

—Yo levantaré el resto —me dijo ayudándome a llevar las cosas a la cocina.

Luego de lavar las vasijas, regresamos al *living* con la caja de postres de Magnolias Bakery. Acercamos dos sillones hacia el ventanal y nos sentamos allí.

—¿Este es uno de los libros que compraste ayer? —me preguntó tomando el libro que yo había dejado sobre la mesa pequeña.

—Así es, ya me falta poco para terminarlo —dije, abriendo la caja, que observé contenía unas trufas de chocolate. Saqué una y le pasé la caja a Cameron.

—¿Y puedes contarme de qué se trata? —me preguntó tomando una trufa.

—Es acerca de una muchacha de dieciséis años, llamada Melory, que vive a las afueras de una ciudad de Ohio. Una noche, cuando sale al patio de su

casa a darle de comer a su perro, advierte unas luces que provienen desde el cielo y, en cuanto levanta la mirada, esa luz la abduce hasta llevarla a otro planeta. Resultó ser una nave espacial, por lo que ella es transportada hacia el planeta Marte. Allí descubre que hay casas y ciudades similares a las que hay en la Tierra y que los hombrecillos grises que habitan ese planeta pueden tomar apariencia humana. Allí se queda con una familia y se enamora de un muchacho de ese planeta, pero los aliens que la abdujeron quieren algo de ella, estudiarla, por ello la retienen allí un par de años para entender sus impulsos y su conducta. La observan comer, bañarse, dormir, caminar: todas las conductas humanas, pero también estudian sus sentimientos. Por ello para eso es indispensable que ella siga de novia con el alien de allí.

—¿Y algún día regresa a la Tierra? —me preguntó.

—Por el prefacio se supone que sí, dado que allí ella se dispone a relatar su vida en ese planeta, lo cual dice que ocurrió hace unos años atrás —le dije.

—¿Y cómo es él? —me preguntó a continuación.

—¿Cómo es quién? —inquirí.

—El alien del cual ella se enamora.

—Es un muchacho, en apariencia; es decir, cuando ella es abducida al principio, se despierta dentro de la nave que se la llevó y ve a unos hombrecillos grises de ojos negros grandes que pronto advierten que ella no se sentirá cómoda viéndolos de esa manera, por lo que adquieren apariencia humana. Uno de ellos en particular es el que le atrae a ella; se llama Zhariel y pertenece a una de las familias aliens de ese planeta. Al principio él se involucra con ella porque es lo que a todos los de su planeta les conviene, pero luego comienza a pasar mucho tiempo a su lado, a tal punto que se queda a dormir con ella y la ve en sus tareas cotidianas. Entonces, empieza a sentir y se enamora también, pero no sé cómo termina su historia porque todavía no acabé de leer el libro.

—Interesante. —Fue todo lo que dijo, y devolvió el libro a la mesa.

—¿No te gusta leer? —le pregunté.

—De hecho no, prefiero ver representaciones en vivo —me dijo.

—¿Representaciones en vivo? —inquirí.

—Conciertos, películas, obras de teatro, comedias musicales...

—Lo entiendo —le dije.

—Hablando de conciertos, me enteré que The Avett Brothers dará un concierto el 6 de diciembre cerca de aquí —me dijo.

—Lo sé, ayer me enteré. Es en un teatro cerca de Barnes and Noble; será el día de mi cumpleaños.

—¿Irás?

—No lo creo —le dije—, ni siquiera tendría con quién ir.

—Oh. —Fue todo lo que dijo.

Las melodías que emanaban del saxofón invadían el ambiente. Eran melodiosas, un placer para los oídos.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirí con algo de vacilación.

—Desde luego —me dijo.

—¿Por qué estuviste en McDale?

—¿Quién te lo contó? —me preguntó sorprendido.

—El jueves por la noche, recibí un mensaje de una muchacha llamada Stephanie Humphrey que decía: «Cuídate de Cameron, no es quien dice ser. ¿Ya te contó sobre su estadía en McDale y el porqué estuvo allí?». —Cameron me miró perplejo y luego dijo:

—Stephanie es la hermana menor de Amanda, como lo habrás notado en la fiesta, y siempre se sintió atraída por mí. Nunca le hice caso porque no la veo de esa forma y, además, nuestras familias son amigas y, si algo así termina mal, pues es incómodo para todos. Debo admitir que nunca la imaginé inmiscuyéndose en mis relaciones, pero está claro por qué. ¿Eres amiga de ella en Facebook?

—No, ella solo se tomó la molestia de enviarme ese mensaje pero, de todos modos, no respondiste a mi pregunta —le dije.

—Hace unos años atrás, me metí en unos cuantos problemas: me

involucraba en riñas, andaba con la gente equivocada, consumía sustancias ilegales e incluso me vi implicado en cosas que prefiero no mencionar. De hecho tengo un expediente policial y casi me llevan a juicio porque en varias oportunidades fui preso un par de veces, pero mi padre pagó mucho dinero para que la cosa no fuera a mayores y también se encargó de que se ocultara casi toda esa información. Pero, como yo estaba tan descarrilado, mis padres resolvieron enviarme a esa institución; estuve seis meses allí y después salí. Desde entonces visito a un terapeuta una vez a la semana; al principio me dieron píldoras, pero luego me las suspendieron, dijeron que ya estaba bien, que con las visitas a terapia bastaba.

—¿Puedo preguntarte acerca de los métodos que utilizaron allí?

—¿Métodos? —inquirió con algo de confusión.

—¿Qué tipo de terapia utilizaron contigo en esa institución?

—Pues lo común: terapia individual, de grupo y medicación, y también nos recomendaban involucrarnos en alguna actividad artística o deporte. Ahí fue cuando comencé a interesarme en la música en un sentido profesional; tenían un profesor de piano que me enseñó a tocar —respondió.

—Debe haber sido una experiencia fea —le dije.

—Yo me lo busqué y, además, tampoco fue tan malo; si bien aquel lugar tenía barrotes y restricciones, también tenía su parte interesante y encontré lo que me apasiona en la vida —dijo.

—Cuando regresaste a tu casa, ¿qué dijeron tus padres?

—Se mostraron muy comprensivos, además de que los terapeutas les habían dicho que no me regañaran y trataran de apoyarme cuanto pudieran; mis abuelos y mis hermanos también fueron comprensivos. Seguí tomando clases de piano y al poco tiempo ingresé en Juilliard. Al principio me seguía un guardaespaldas a todas partes; mis padres lo habían contratado para que me vigilara solo en caso de que me metiera en más problemas; pero, luego de un año de demostrar que mi conducta había mejorado muchísimo, quitaron el sistema de vigilancia y ahora saben que pueden confiar en mí, que aprendí la

lección y que ya no me meteré en problemas.

—¿Crees que la música te haya ayudado a mantenerte alejado de esos problemas?

—Cuando descubrí que a través del piano podía hacer música, me sentí conectado con el universo y con una parte mía que estaba muerta o que no sabía que existía, por lo que creo que es una de las cosas que me mantiene a raya —me dijo.

—¿Y puedo saber exactamente qué quieres hacer una vez que te gradúes?: ¿ser pianista? —inquirí.

—Ahora estoy en un proyecto para una materia en la universidad; nos hacen escoger un proyecto a cada alumno para presentarlo al finalizar del semestre. Yo elegí interpretar mi propia música, es decir, en el campus hay otros alumnos de otras carreras que también cursan esa materia y podemos unirnos para el proyecto, pero cada uno debe aportar una parte. Yo me uní a unos muchachos que estudian cine y presentarán una película; yo haré la banda sonora, ahora mismo estoy escribiendo las partituras y componiendo la música y creo que es lo que quiero hacer.

—¿Quieres ser compositor de películas?

—Algo así.

—Me parece extraordinario. Creo que una de las partes que más disfruto cuando voy al cine a ver una película (aparte de la historia en sí) es la música; la música de una película es capaz de transmitir el corazón de la historia.

—Estoy de acuerdo con ello —me dijo mirándome fijamente—. ¿Puedo preguntarte si te asustaste cuando te enteraste de que estuve en una institución mental?

—En realidad me asusté las dos primeras veces que te vi, cuando te quedaste mirándome fijamente —le dije.

—Oh, tienes razón, perdón por ello —dijo bajando la mirada.

—¿Puedo preguntarte por qué lo hiciste? —inquirí con curiosidad.

—¿Me estás preguntando por qué me quedé mirándote fijamente? —Asentí con la cabeza—. Pues porque me pareces hermosa. —Mi corazón se detuvo por un momento; nunca antes nadie me había dicho que era hermosa. De acuerdo, sí me lo habían dicho, pero eran los obreros de una construcción que trabajaban cerca de la empresa de California y se lo decían a todas las muchachas que pasaban por allí, por lo que no contaba, pero este era un muchacho joven y hermoso, distinguido, con clase, con un pasado oscuro que implicaba riñas, drogas y sexo poco ortodoxo, pero aun así él insistía en que había dejado atrás esa etapa de su vida y se notaba que ahora estaba bien. Él pensaba que yo era hermosa; Cameron pensaba que yo era hermosa—. Ni me lo digas, estás pensando: «¿Él de verdad piensa que soy hermosa?».

—No... —le dije mintiendo.

—Pues acostúmbrate a escucharlo. Eres hermosa Emerson, y tal vez tú no lo veas, pero yo sí y, si te estás preguntando si solo lo digo por ser amable contigo o porque te tengo lástima, pues te diré dos cosas sobre mí. Primero, no soy amable con mucha gente; de hecho la amabilidad y yo no somos compatibles; y segundo, tampoco le tengo lástima a nadie. Podrás pensar que soy una persona insensible y tal vez estés en lo cierto, pero nunca te tendría lástima —me dijo cruzando un pie por encima de su rodilla.

—Gracias —le dije bajando la mirada.

—Será mejor que me vaya —dijo a continuación. Lo miré confundida—. Mañana debo levantarme temprano porque tengo un almuerzo familiar en Connecticut, en la casa de mis abuelos maternos.

—Oh, está bien —le dije. Mientras él se paraba yo también lo hice—. Gracias por las trufas, estaban deliciosas.

—No hay de qué —me dijo, y se fue a buscar su abrigo.

—Te acompañaré abajo —le dije y bajamos juntos por el elevador. Yo vivía en el tercer piso, por lo que pronto llegamos a la planta baja—. ¿En qué viniste?

—Me trajo el chofer de mi familia, así que él me vendrá a buscar.

—¿Quieres que me quede abajo esperándolo contigo? —le pregunté.

—Le envié un mensaje hace un rato, es ese que está ahí —dijo señalando a un automóvil negro bien lustroso que estaba aparcado junto a la acera.

—Gracias por haber venido y por haber sido sincero conmigo —le dije en la entrada del edificio. Quise añadir «por haberme dicho hermosa», pero no lo hice.

—Gracias a ti —me dijo él y se acercó para darme un beso en la mejilla derecha. Mentiría si dijera que no sentí un cosquilleo en el estómago cuando lo hizo. Nunca antes había tenido un cosquilleo, pero había leído acerca de ellos en novelas románticas, así como los había visto en películas; los protagonistas lo experimentaban cuando alguien les atraía—. ¿Chateamos mañana?

—Seguro —le dije. Cuando él se marchó yo volví a subir a mi departamento.

Fui hacia mi habitación, me puse el pijama y me acosté en mi cama. No podía dejar de pensar en Cameron, en su mirada, sus ojos penetrantes, en el hecho de que me había dicho que era hermosa; no podía creer que para él lo fuera. Cuando apagué la luz, me quedé mirando los rayos de luz que se filtraban a través de la cortina mientras suspiraba.

Él piensa que soy hermosa; Cameron Fitzpatrick piensa que soy hermosa.

Capítulo 10

EL CUMPLEAÑOS DE CAMERON

El domingo al mediodía Sienna se quedó a almorzar conmigo, ya que había regresado tarde de su cita con Dougray y estaba cansada.

—Dougray es muy caballero, galante y educado —comenzó a contarme Sienna—. Me llevó a cenar al Hotel Plaza'.

—Suenas elegante —le dije.

—Después fuimos hacia la terraza del hotel a ver las luces de la ciudad; desde luego que la terraza estaba cerrada por el frío pero, a través de las mamparas, podías apreciar todo Nueva York.

—Parece que lo pasaste sensacional. Dougray parece ser un buen muchacho —le dije.

—Y lo es. Se graduó en Yale, viene de una familia presbiteriana, tiene tres hermanos y hace poco se compró un departamento aquí, así que yo diría que es un buen partido —me dijo—. ¿Tú qué hiciste?

—Tuve una visita. —Sienna me miró extrañada—. Vino un amigo, Cameron Fitzpatrick —le dije.

—¿El hijo del señor Fitzpatrick? Y yo, que creía que había atrapado a un pez gordo, me quedé corta comparada a ti —me dijo sonriendo.

—Es solo un amigo... Por cierto: ¿estarías disponible el sábado que viene? Es el cumpleaños de él y nos invitó a ambas a su casa —le dije.

—Oh, lo siento, Dougray me invitó a salir de nuevo. Dijo que me llevaría a un lugar especial.

—Oh, está bien, no te preocupes —le dije.

—¿Irás de todas maneras? —me preguntó.

—No lo sé —le respondí.

—Pues, si vas, será tu primera experiencia con la realeza neoyorkina —me dijo.

—¿Los Fitzpatrick pertenecen a la realeza neoyorkina? —le pregunté, anonadada.

—Dicen que su casa o, mejor dicho, mansión, tiene veinte dormitorios y muchos baños, no sé cuántas hectáreas de largo; tienen campo de golf y dos piscinas, y también muchas mucamas y mayordomos.

—Pues no debería extrañarme, si el señor Fitzpatrick es dueño de una de las empresas más grandes de Nueva York con sede en cinco estados más —le dije.

—Dicen que los Rockefeller y los Trump acuden a menudo a esa casa, son muy amigos del señor Fitzpatrick.

La verdad es que ahora me sentía intimidada no solo por la idea de ir sola y no tener con quien hablar en toda la noche, dado que Cameron sería el anfitrión, sino que a eso se le sumaba el hecho de que era probable que asistiera la realeza de Nueva York. Ya sabía de seguro que no iría.

El lunes por la mañana me puse a redactar unos documentos para una revista digital que dirigía la empresa.

Al mediodía, mientras almorzábamos, como era usual, Catherine y Amanda hablaban de lo que habían hecho durante el fin de semana. Catherine decía que había ido a esa fiesta de compromiso de su amiga y que se había divertido, y Amanda decía que había salido con unas excompañeras de la universidad. Después empezaron a hablar de lo que harían el siguiente sábado; me extrañó que ninguna mencionara la fiesta de cumpleaños de Cameron. Tal vez todavía no las habían invitado; no quise decirles nada acerca de ello. Uampoco les dije que había estado con él el sábado por la noche; ya sabía que, en lo posible, no debía mencionarlo delante de ellas.

Ese día la temperatura había ascendido un poco y, de acuerdo con pronóstico, estaría más estable que el fin de semana, pero el sábado otra vez

haría frío.

Por la tarde decidí salir a correr por el Central Park. Nunca antes había ido a allí y Sienna me había dicho que, si iba, corriera solo por la parte sur (que era la parte más segura), si no me perdería. Luego de ponerme una calza negra y una sudadera gris, tomé mi iPod y me puse los auriculares.

Cuando llegué a Central Park, fui directo por el ala sur. Eran las tres de la tarde, por lo que el sol todavía brillaba con mucha intensidad. Mientras The Killers sonaba en mis oídos, no podía evitar pensar que era la primera vez que estaba en Central Park; siempre lo había visto a través de películas y me preguntaba si alguna vez lo conocería, por lo que me resultaba inaudito pensar que ahora vivía allí y a un par de cuadras. Está bien: a muchas cuadras, pero desde mi balcón se alcanzaba a ver una parcela del parque.

Observé a los transeúntes del lugar y había muchas personas corriendo con iPods, como yo. También había un par de vagabundos, lo cual me hizo sentir mal, ya que me puse a pensar a dónde irían cuando caía la noche; probablemente se ocultaban debajo de algún puente, pero no tenían ni una manta para cubrirse.

A medida que iba corriendo, el frío comenzaba a disiparse de mi cuerpo, pero sentía una brisa gélida en el rostro.

Comencé a mirar hacia todos lados porque sentía que alguien me observaba; probablemente alguien lo hacía, dado que el lugar estaba rodeado de gente. De repente recordé una de las advertencias de Sienna acerca de que no me metiera por debajo de los túneles, porque allí había ladrones y perversos. Temía que alguno de ellos estuviera mirándome, por lo que me mantuve corriendo sobre la línea cerca del lago. Mientras corría por la parte sur, observaba el lago y pensé en la pregunta incesante que Holden Caulfield solía hacerse acerca de a dónde iban los patos cuando el lago se congelaba en el invierno. No pude evitar preguntarme lo mismo, dado que ya casi estábamos en invierno y no había ningún pato allí; desde luego que, en lugar de Holden, yo también me preguntaría lo mismo. ¿Tendría un lugar a donde ir cuando mi

mundo se congelara?

Después de una hora de correr y algo agitada, regresé caminando a mi departamento. No podía evitar seguir sintiendo que alguien me observaba; a decir verdad, creo que, desde que había llegado a Nueva York, sentía que tenía unos ojos puestos en mí, pero no me había dado cuenta de ello sino hasta ahora. Probablemente se debía a todas las historias que había leído sobre psicópatas y acosadores en la red; cuando supe que me mudaría a la Gran Manzana, comencé a leer acerca de la ciudad en internet y, si bien había encontrado mucha información acerca de sus atracciones, también había encontrado advertencias sobre la parte oscura de la misma.

Luego de darme un baño y cenar, me conecté a internet. Cameron ya estaba conectado y de inmediato me habló.

Cameron:

Hola, Emerson, ¿qué tal la maratón en el Central Park?

Aquello me desconcertó. ¿Fue él quien me había estado espiando?

Emerson:

¿Cómo sabías que fui a correr?

Cameron:

Porque lo leí en tu muro.

Claro, yo había escrito por la tarde: «Mi primera maratón en Central Park».

Emerson:

Cierto. Pues, estuvo bien. Me gusta correr; me ayuda a despejar mi mente y oxigena mis pulmones.

Cameron:

Te entiendo, por ello voy al gimnasio, pero a veces pienso que debería hacer más ejercicios al aire libre, así aspiro aire puro.

Emerson:

Ni creas que el aire de Nueva York es tan puro, pero definitivamente el del Central Park es un poco más pulcro.

Cameron:

En mi casa hay un complejo grande en la parte trasera; se puede correr y el aire ahí es más puro.

Emerson:

Creo que eso se llama patio trasero.

Cameron:

Pues el que hay en mi casa es más extenso que el de las demás casas, por lo que, si quieres, un día puedes ir, así corremos ahí; aspirarás aire de campo.

Emerson:

Pues gracias, por un momento creí que me habías estado espiando.

Cameron:

¿Espiendo?

Emerson:

Cuando estaba corriendo sentí que alguien me miraba, casi como espiándome; probablemente sea mi imaginación. Nunca antes había ido a correr sola en un parque tan grande de una de las ciudades más grandes del mundo.

Cameron:

¿Fuiste sola? Deberías tener cuidado cuando andas sola, especialmente en una de las ciudades más grandes del mundo, tal como tú lo dijiste.

Emerson:

A Sienna no le gusta correr o caminar o hacer cualquier actividad física, por lo que fui sola, pero era temprano y el lugar estaba repleto de gente y, además, solo corrí por la parte sur y no me metí por los túneles, por lo que estuve a salvo.

Cameron:

¿Irás de nuevo mañana?

Emerson:

Supongo. Debería hacer más actividad física; si no, mis músculos se

entumescen. Además, vivir en Nueva York es un sueño hecho realidad para mí, por lo que sería una calamidad no aprovechar Central Park para ir a correr.

Cameron:

¿Puedo ir contigo?

Emerson:

¿No tienes clases por la tarde?

Cameron:

No, no siempre tengo clases por la tarde. Solo los lunes, miércoles y viernes; todos los días por la mañana, sí.

Emerson:

¿Y no tienes que estudiar?

Cameron:

No tengo exámenes sino hasta dentro de dos semanas, por lo que, de momento, mi única preocupación es el proyecto en el que estoy trabajando, pero siempre necesito tiempo libre para mí y solía usarlo para ir al gimnasio, aunque estoy pensando en ir a correr contigo en su lugar; eso, si tú quieres.

Emerson:

Supongo que podríamos encontrarnos cerca del parque e ir.

Cameron:

O podría pasar a recogerte por tu departamento si no es molestia.

Emerson:

Como quieras, es decir, como te quede mejor. No quiero entrometerme en tus horarios.

Cameron:

No lo haces. Iré contigo a correr en vez de ir al gimnasio.

Emerson:

¿No se enojará tu amigo George?

Cameron:

Él lo entenderá. Además, otros muchachos de Juilliard también van al mismo gimnasio; puede ir con ellos.

Emerson:

¿Entonces te veo mañana a las tres en el parque?

Cameron:

Pasaré a esa hora por tu edificio a recogerte.

Emerson:

Entonces te espero a esa hora. Ya me voy a dormir.

Cameron:

Ten dulces sueños, Emerson.

Emerson:

Tú también, Cameron.

Desde que él había comenzado a desearme dulces sueños, había comenzado a tener mejores sueños.

A la mañana siguiente me sentía cansada; hacía tiempo que no corría, más de un mes desde antes de llegar de California. Allí solía ir a un parque o a la playa en verano a correr, por lo que, una semana antes de mudarme a Nueva York, había dejado de correr.

Por la tarde me puse una calza negra y una sudadera blanca, recogí mi cabello en una cola de caballo y tomé mi iPod.

A las tres en punto, el timbre sonó y entonces dejé el iPod sobre la mesa porque me di cuenta de que no lo necesitaría, ya que tendría compañía.

Cuando bajé observé que íbamos vestidos casi iguales. Cameron tenía puesto un pantalón negro deportivo con una sudadera gris que decía: «Juilliard».

—Hola, Emerson —me dijo, inclinándose hacia mí para darme un beso en la mejilla. Estaba serio como siempre; comenzaba a preguntarme si alguna vez vería una sonrisa cruzar su rostro. Tal vez, cuando estaba rodeado de gente cercana, era diferente; tal vez yo era el motivo de que él siempre estuviera serio, aunque lo había visto hacía dos sábados atrás con su familia y no

parecía divertirse con ellos tampoco. Tal vez, cuando estaba con amigos, era más relajado; tal vez en su cumpleaños se mostrara más animado. Ahora comenzaba a plantearme la idea de ir y ver cómo interactuaría con su círculo más íntimo.

—Qué puntual —le dije mientras nos dirigíamos hacia el parque.

—Te dije que a las tres pasaría por ti —me dijo.

—Solo es una observación, gracias por ser tan puntual —le dije.

—De nada. ¿No te aburraste ayer corriendo sola? —me preguntó.

—Llevé mi iPod —le dije.

Hacía un lindo día. Sentía menos frío que el día anterior y el sol parecía brillar con más intensidad.

—¿Tu amiga irá contigo a mi fiesta de cumpleaños?

—No, ella tiene otra cita con Dougray ese día —le dije.

—¿Y eso significa que tú no irás? —me preguntó a continuación.

—No lo sé todavía —le dije.

—Pues, si lo que te preocupa es quedarte sola, yo trataré de estar contigo todo lo que pueda, y mis hermanas son muy amigables. Además, solo asistirán mis abuelos y unos tíos y primos, un matrimonio amigo de la familia y tres amigos de Juilliard, por lo que seremos unas veinte personas en total.

—El viernes te daré la respuesta —le dije.

—¿Sigues sin saber qué harás para tu cumpleaños? —me preguntó mirándome de refilón.

—Te lo puedo decir ahora mismo: de seguro no haré nada, nunca hago nada ese día —le respondí.

—¿Quieres decir que nunca celebraste tu cumpleaños? —me preguntó, sonando sorprendido, lo cual me sorprendió; usualmente su tono de voz era taciturno, tal como su rostro.

—No. De hecho, cuando era niña, me lo celebraron en un par de ocasiones, pero era en un orfanato; me hacían un pastel y colgaban algunos globos de la pared, pero eso era todo. No recibía regalos, excepto el año

pasado, cuando cumplí dieciocho. En la residencia en la que estaba, me hicieron una reunión al mediodía; Marlene, mi exguardiana, me regaló una entrada para ir a ver a Blind Pilot y fue ella quien se ofreció a acompañarme.

—Ahora ya no estás en un orfanato o al cuidado de otras personas, por lo que eres libre de hacer lo que quieras —me dijo.

—Solo tengo una amiga, mi compañera de piso, nadie más. Pero es verdad: tal vez haga algo con ella.

—Yo también soy tu amigo; ¿no piensas incluirme en tus planes si haces algo?

—Seguro, pero esperemos a estar cerca de la fecha —le dije.

—Ojalá decidas hacer algo —me dijo.

—¿Por qué es tan importante para ti que yo festeje mi cumpleaños? —le pregunté.

—No es importante para mí, sino para ti.

En ese momento llegamos al parque, por lo que bajamos por las escalinatas hacia la parte sur.

—¿Listo? —le pregunté. Él asintió con la cabeza y comenzamos a correr —. Acabo de reparar en que tu cumpleaños es mañana —le dije.

—Sí, pero pasará desapercibido hasta el sábado —dijo.

—De seguro no lo será entre tus amigos de Juilliard —le dije.

—Solo tengo un amigo en Juilliard; los otros dos son solo conocidos, pero aun así vendrán a mi fiesta porque quedaría mal si no los invito y porque, si no, George se quedaría solo.

—Oh, ¿y verás a tu familia mañana? —le pregunté.

—No lo creo. Tengo clases por la mañana y por la tarde, por lo que no tendré tiempo de ver a nadie, pero ya los veré el jueves en la cena de acción de gracias. ¿Tú con quién pasarás? —me preguntó.

—Creo que iré a la casa de Sienna en Brooklyn; sus padres me invitaron.

—Me parece bien —dijo.

Luego de una hora de correr y haber hablado de música, los lugares más

populares de Nueva York y otras trivialidades, regresamos a mi edificio.

—¿Te apetecería una taza de café? —le pregunté cuando estábamos llegando.

—No puedo quedarme, tengo que regresar a la universidad —me dijo.

—Oh, entonces, gracias por acompañarme a correr y por recogerme y por acompañarme ahora —le dije.

—No hay de qué, me gustó correr en el parque y hacerte compañía —me dijo.

—¿Chateamos a la noche? —le pregunté.

—Voy a estar algo ocupado trabajando en el proyecto en el que estoy metido, por lo que no creo que me conecte —me dijo.

—Oh, no hay problema —le dije.

—Debo irme. Adiós, Emerson —me dijo y me depositó un beso en la mejilla derecha.

—Adiós, Cameron.

Por la noche me conecté a internet y fue extraño no chatear con Cameron.

Al día siguiente Catherine y Amanda hablaban de lo que harían el fin de semana, tal parecía que lo único que siempre esperaban era el fin de semana. Me sorprendió saber que, al parecer, todavía no las habían invitado al cumpleaños de Cameron, dado que Amanda decía que iría a un *spa* en Connecticut con sus hermanas y Catherine decía que tenía una cena con su familia. Cuando regresé a mi escritorio, tomé mi celular y le envié un mensaje a Cameron.

Feliz cumpleaños, Cameron. Espero que lo estés pasando bien en el campus. Besos y abrazos.

Al instante recibí su respuesta.

Muchas gracias, Emerson. Estoy trabajando en mi proyecto, por lo que lo estoy pasando bien, a la noche chateamos. Besos y abrazos.

¿A la noche chateamos? ¿Eso significaba que esa noche chatearía conmigo a pesar de ser su cumpleaños? ¿Por qué querría hacerlo? Me había dicho que

no vería a su familia pero pensé que tal vez se reuniría con sus amigos a tomar algo, aunque a decir verdad, me había dicho que tenía un solo amigo en la universidad. Era extraño pero me identificaba con Cameron en más de un sentido.

Esa tarde volví a correr en Central Park y, mientras lo hacía, volví a tener la impresión de que alguien me estaba espiando.

Cuando regresé a mi departamento, tomé el segundo libro que había comprado, el que se titulaba *Mi encuentro con un alien*, y era acerca de un muchacho que era víctima de acoso que era rescatado por un alien.

Por la noche me conecté a Facebook y vi que Cameron ya estaba en línea.

Emerson:

¿Conectado el día de tu cumpleaños? Por cierto: feliz cumpleaños de nuevo.

Había sopesado la idea de dejarle un mensaje en su muro, pero temía que Catherine o Amanda (o su hermana) lo vieran, por lo que preferí no hacerlo.

Cameron:

Te dije que me conectaría y gracias de nuevo.

Emerson:

¿Qué hiciste hoy?

Cameron:

Por la mañana y por la tarde, tuve clases y en el medio trabajé en mi proyecto; estoy componiendo unas canciones.

Emerson:

¿Como parte del proyecto?

Cameron:

No sé si me dejarán usarlas dentro del proyecto, ya que es una película y solo iba a hacer la composición, pero estaba inspirado mientras iba componiendo las melodías, por lo que escribí la letra.

Emerson:

¡Eso es fantástico! ¿Me dejarás escucharlas alguna vez?

Cameron:

Tal vez pronto las escuches. Por cierto: ¿puedo preguntarte por qué no me saludaste en mi muro?

Emerson:

Porque ya te había saludado por mensaje y luego, por aquí, además de que no quiero levantar sospechas entre mis compañeras de trabajo.

Cameron:

¿Te refieres a Catherine y a Amanda? ¿Por culpa de esas dos no recibí una felicitación tuya en mi muro?

Emerson:

¿Por qué te importa tanto? Ya te saludé dos veces. ¿Quieres que te llame para poder saludarte por teléfono también?

Cameron:

Solo digo que no me gusta que le des tanta importancia a esas dos que, al fin y al cabo, no son amigas tuyas ni mías tampoco. Les gusta inmiscuirse en las vidas ajenas; por ello se atrevieron a advertirte sobre mí: no porque les interese tu bienestar, sino por dejarme mal parado a mí. No les des el poder de privarte de hacer cosas que quieres.

Emerson:

Prefiero que nuestra relación sea privada.

Y en el momento en que dije aquello, me sentí como una imbécil, ya que no teníamos una relación, o tal vez sí, pero solo de amistad.

Emerson:

Por cierto: ¿ya las invitaste a tu fiesta? Porque, por lo que dijeron en el almuerzo, tienen otros planes para el sábado.

Cameron:

No, ¿por qué habría de invitarlas?

Emerson:

¿Porque sus familias y la tuya son amigas íntimas?

Cameron:

Mi familia tiene muchas amistades íntimas, si vamos al caso, pero no: solo está invitado el mejor amigo de mi padre con su familia. Les pedí que fuera algo muy íntimo, por lo que no las invitaron a ellas.

Emerson:

¿Y aun así me invitas a mí?

Cameron:

Tú eres importante para mí.

No le respondí nada ante aquello y, en su lugar, tomé mi teléfono móvil.

—¿Emerson? —preguntó, algo sorprendida, la voz de Cameron del otro lado.

—Solo quería decirte feliz cumpleaños por teléfono —le dije tímidamente.

—*Oh, gracias, eres muy amable.* —Luego me quedé en silencio—. *¿Qué sucede?*

—Comienzo a pensar que fue un error el que me hayas invitado a tu cumpleaños. —Cameron lanzó un suspiro del otro lado y luego dijo:

—*No puedo entender si es tu incapacidad para relacionarte con los humanos o si no quieres entrar en mi vida, pero...*

—¿Entrar en tu vida? —le pregunté interrumpiéndolo—. Cameron, ya estoy en tu vida de alguna forma y no sé por qué insistes en querer involucrarme en todas tus cosas.

—*Disculpa si no te gusta o si no quieres estar tan cerca de mí.*

—Si no te quisiera cerca de mí, no chatearía contigo todas las noches ni te hubiese permitido venir a mi casa o acompañarme a correr o ni te hubiese llamado ahora, pero tienes razón: se debe a mi incapacidad para relacionarme con los humanos. No estoy acostumbrada a que alguien se preocupe tanto por mí, especialmente alguien del sexo opuesto, por lo que a veces me abruma —le dije.

—*¿Nunca antes te habías relacionado con un muchacho?*

—No, es decir, conviví con algunos en una época de mi infancia, en orfanatos, pero creo que no me llevaba muy bien con ellos. Y luego tuve

compañeros en la escuela secundaria, pero era invisible a los ojos de ellos; y con los hombres de la empresa solo me relaciono de manera profesional. Nunca antes había tenido a un muchacho en mi vida.

—*No lo sabía, lo lamento. No debe ser fácil para ti estar cerca de mí entonces y comprendo de sobra la parte de que te cuesta relacionarte con los humanos; a veces es difícil para mí también.*

—No te disculpes, dado que no hiciste nada malo. Soy yo quien debería disculparme por mi actitud irracional hacia las convenciones sociales.

—*Ahora me queda más claro, y no creas que no te entiendo. Lo hago, más de lo que puedas imaginarte, pero vuelvo a repetírtelo: me encantaría que estuvieras en mi cumpleaños; si no, no te hubiese invitado.*

—Entonces, si tanto significa para ti, iré —le dije finalmente.

—*Muchas gracias, y de verdad significa mucho* —me dijo.

—Bueno, debo colgar y desconectarme también. Espero que termines bien las últimas horas de tu cumpleaños, nos vemos el sábado —le dije.

—*Gracias por tu llamado y gracias por querer venir a mi cumpleaños* —me dijo.

—De nada, Cameron, que descanses.

—*Tú también y ten dulces sueños.*

Después de colgar me iba a desconectar de Facebook cuando se me ocurrió entrar al muro de Cameron y escribir:

Espero que hayas pasado un hermoso día. Te veo el sábado. Besos y abrazos.

El jueves al mediodía, Catherine y Amanda comenzaron a interrogarme a la hora del almuerzo.

—¿Qué harás el sábado? —me preguntó Amanda tratando de sonar amable.

—Tengo el cumpleaños de un amigo —le respondí.

—¿De Cameron? —me preguntó Catherine sin rodeos.

—Sí —le respondí de manera tajante mientras comía.

—¿Será en su casa? —me preguntó Amanda.

—Sí, pero será algo íntimo, según tengo entendido —le respondí.

—Pues debe de considerarte alguien muy importante para haberte invitado si es algo íntimo —dijo Amanda.

—¿Son... novios? —preguntó Catherine de forma directa.

—No, solo amigos —les dije.

—¿Y te contó algo de su pasado? —me preguntó Amanda.

—Sí, me contó todo —dije, mintiendo por la parte que había encontrado en internet y que él había omitido—. Y gracias por las advertencias, por cierto —le dije a Catherine de forma amable.

—Oh, pues, de nada. —Fue todo lo que ella dijo.

Luego de la conversación que había tenido con Cameron la noche anterior, ya no me importaba tanto lo que ellas pensarán. Podían inmiscuirse cuanto quisieran, pero la verdad era que no había nada entre Cameron y yo, solo una amistad, y si bien yo sentía un revoloteo de mariposas en el estómago cada vez que veía su rostro, escuchaba su voz, lo encontraba conectado o simplemente lo recordaba, éramos solo amigos; él no había dado indicios de que yo le interesara de forma romántica. Y aunque a veces soltaba algunas indirectas, yo creía que lo hacía solo para ser cortés, o eso era lo que quería creer para no generarme ningún tipo de expectativas.

Por la tarde fui a correr de nuevo y, mientras lo hacía, pensé en qué podía regalarle a Cameron para su cumpleaños. Parecía ser un muchacho que tenía de todo y, más allá de la música, no sabía qué otros gustos tenía, pero contaba con dos días para averiguarlo, por lo que esa tarde comenzaría con el interrogatorio.

Por la tarde, cuando me conecté a Facebook, vi que tenía unas cuantas notificaciones. Cameron me agradecía por el mensaje que le había dejado en su muro diciéndome:

Fue un lindo día. Gracias por tu mensaje, Emerson, y no puedo esperar a que llegue el sábado. Besos y abrazos.

Después vi que George y otros dos muchachos habían marcado que les gustaba mi mensaje; supuse que eran los que asistirían al cumpleaños.

Cameron:

Hola, Emerson, feliz Día de Acción de Gracias. Me sorprendió mucho que me escribieras en mi muro; gracias por hacerlo, significa mucho para mí.

Emerson:

Feliz Día de Acción de Gracias a ti también. Y no hay de qué; ahora no me siento tan cohibida por el hecho de que mis compañeras de trabajo vean mi mensaje o sepan que mantenemos una amistad. Por cierto: hoy me atosigaron a preguntas durante el almuerzo.

Cameron:

Lo siento mucho. ¿Qué te preguntaron?

Emerson:

¿Qué haría este sábado?, y les dije que tenía tu cumpleaños, que era en tu casa, pero algo íntimo. Dijeron que debía de ser muy importante para ti si me habías invitado y luego me preguntaron si éramos novios y les dije que no, que solo éramos amigos; también me preguntaron si me habías contado algo sobre tu pasado y les dije que sí, que no había secretos entre nosotros.

Cameron:

Oh, pues tal parece que lo manejaste muy bien. Sigue respondiéndoles así y en poco tiempo no te preguntarán más nada.

Emerson

Hoy me di cuenta de que nunca te pregunté qué otras cosas te gustan hacer aparte de componer música.

Cameron:

Oh, pues me gusta esquiar, volar en globo aerostático y jugar al tenis de mesa.

Sus respuestas me desconcertaron un poco y ciertamente no me daban idea

de un regalo, especialmente las dos últimas.

Emerson:

¿Volar en globo aerostático?

Cameron:

Sí. Cuando era niño, mi padre alquiló uno en Connecticut y volamos juntos. Desde entonces me gusta; te permite obtener distintos panoramas de un paisaje o de una ciudad y te acerca al cielo.

Emerson:

¿Cuál es tu película preferida?

Cameron:

El joven manos de tijera y, si quieres saber el porqué, pues porque durante mucho tiempo me sentí como Edward: siempre tratando de encajar en un mundo de desconocidos.

Emerson:

Te entiendo, siempre fue una de mis preferidas también aunque no mi preferida.

Cameron:

¿Cuál es tu preferida?

Emerson:

Breakfast at Tiffany's porque siempre me identifiqué con Holly Golightly y porque me gusta Audrey Hepburn y porque se desarrolla en Nueva York.

Cameron:

¿Y en qué te identificas con el personaje de Audrey Hepburn?

Emerson:

Ella no compra muebles porque sabe que en cualquier momento se mudará. Siempre va de un lado a otro y, aunque al final se queda en Nueva York, siente que no encaja en ninguna parte o que a ningún lugar puede llamarlo hogar.

Cameron:

Lo entiendo.

Emerson:

¿Tienes algún libro o autor preferido?

Cameron:

Me gustan mucho los libros de Elmore Leonard.

Emerson:

¿Y tu ciudad preferida en el mundo?

Cameron:

Nueva York. Siempre la elegiría, nunca me mudaría de aquí.

Emerson:

Y de seguro conoces muchas ciudades del mundo, ¿verdad?

Cameron:

Así es. Viajé a todos los lugares que puedas imaginarte y en donde más me siento cómoda es en Nueva York, tal vez porque siempre viví aquí, pero es el sitio del planeta Tierra que más me gusta.

Emerson:

A mí también me gusta mucho y, a pesar de que llevo poco tiempo viviendo aquí, es el lugar en donde más cómoda me siento, incluso con todo el ajetreo y el bullicio.

Cameron:

Me alegra que te guste. Temía que no te sintieras cómoda y quisieras mudarte una vez más.

Emerson:

¿Disculpa?, ¿cómo sabes eso?

Cameron:

Porque cuando te conocí me comentaste que viviste en varios estados y que, si bien no estabas mal en California, querías cambiar de aire.

Emerson:

Oh, sí, lo había olvidado.

Y al parecer él prestaba atención a cada cosa que yo decía.

Cameron:

¿Puedo preguntar a qué venía todo ese interrogatorio?

Emerson:

Solo quería conocerte más.

Cameron:

¿Hay algún lugar del mundo que te gustaría conocer?

Emerson:

Tal vez París o Inglaterra, pero no es que tenga una fascinación por esos lugares, solo curiosidad.

Cameron:

Tal vez algún día puedas visitar esos lugares y también otros y decidir cuál te gusta.

Emerson:

No veo cómo eso vaya a ser posible, pero supongo que fantasear no es malo.

Cameron:

Y hasta ahora no se te ha dado mal hacerlo tampoco; antes me dijiste que siempre habías anhelado vivir en Nueva York y mira en dónde estás ahora.

Emerson:

Eso lo atribuyo al hecho de haber estado en California, en donde había una sede de la compañía de tu padre.

Cameron:

Pues, a veces, se trata de estar en el lugar y el momento correctos.

Emerson:

Supongo.

Cameron:

Bueno, ahora debo desconectarme porque tengo la cena de Acción de Gracias y mañana no creo que me conecte, dado que me reuniré con mi familia a cenar, por lo que te preguntaré una vez más: ¿es seguro que

vendrás el sábado a mi casa, verdad?

Emerson:

Sí. Oh, lo que me recuerda que debes pasarme la dirección.

Cameron:

No hace falta, mandaré a alguien a buscar por ti.

Emerson:

¿A quién?

Cameron:

Al chofer privado de mi familia; él te recogerá. ¿A las siete y media te parece bien?

Emerson:

Sí, a esa hora está bien, y gracias por mandar a tu chofer a recogerme.

Cameron:

No hay de qué.

Emerson:

¿Ya te dieron tus regalos en tu familia?

Cameron:

No todavía, supongo que mañana. Que tengas una hermosa velada en casa de tu amiga y que tengas dulces sueños esta noche.

Por la noche fuimos con Sienna a su casa en Brooklyn. De camino compré una tarta en una pastelería. Sienna insistía en que no llevara nada, ya que yo era su invitada y su madre cocinaba, pero a mí me parecía grosero ir con las manos vacías.

Cuando llegamos a su casa, el ambiente olía a pavo. Todos los hermanos de Sienna ya estaban sentados a la mesa con su padre; también fueron unos tíos de Sienna con unos primos. Todos eran muy amables y el hogar era muy acogedor; era una de esas casas altas con escaleras en la entrada, parecía anticuada pero exótica a la vez. Realmente me sentía contenta de estar allí compartiendo Acción de Gracias con todos ellos.

Luego de tomar el postre, con Sienna regresamos en el metro porque

ambas debíamos trabajar al día siguiente.

—Gracias por invitarme a tu hogar, la pasé muy bien —.le dije a Sienna mientras regresábamos en el metro.

—De nada, me alegro de que te hayas divertido —me dijo apoyando su cabeza en mi hombro. De verdad la había pasado muy bien en su casa y le estaba agradecida por ello; solo dos veces había celebrado Acción de Gracias con un pavo.

Mientras me ponía el pijama, pensaba en qué le podía comprar a Cameron y no se me ocurría nada, pero supuse que, cuando saliera a buscar algo, lo encontraría.

Capítulo 11

EL CLAN FITZPATRICK

El sábado, cuando salí de la empresa, comencé a caminar por el centro buscando tiendas para comprarle un obsequio a Cameron. Observé las tiendas de ropa, pero no vi nada que me llamara la atención o que me recordara a Cameron siquiera.

Luego de media hora caminando por Broadway Avenue, resolví entrar en un escaparate de música; no solo vendían CDs, sino también instrumentos musicales. Me sorprendió que el local estuviera algo oculto, pero yo siempre encontraba cosas relacionadas a la música.

Comencé a inspeccionar entre las cosas que estaban sobre un mostrador cuando encontré un objeto que me llamó la atención. Era un aparato que cabía en mis manos y tenía unas teclas encima; parecía hecho de acrílico o algo similar. Me acerqué a un dependiente y le pregunté qué era.

—Nosotros fabricamos esos objetos; se supone que preceden a instrumentos nuevos. El dueño del lugar es profesor de música y una vez, leyendo unos libros de Historia, encontró los diseños de los instrumentos y unas muestras de ellos, por lo que decidió diseñarlos. Esto es lo que en la antigüedad precedía al piano. —Miré al objeto y me pareció que a Cameron le gustaría.

—¿Cuánto cuesta? —le pregunté.

—Ochenta dólares —me dijo—. Solía tener un precio más elevado, pero nadie se interesa en comprar esas cosas, por lo que redujimos el precio.

—Me lo llevaré —le dije.

—¡Estupendo! —me dijo mientras tomaba al objeto para envolverlo—.

¿Es para ti?

—No, para un amigo. Hoy celebra su cumpleaños y él toca el piano y estudia música, por lo que creo le gustará.

—De seguro le encantará —me dijo.

Me puse a ver qué otras cosas había y encontré un CD de Smashing Pumpkins.

—Llevaré esto también —le dije dándole el CD.

—Muy bien, entonces son cien dólares justos —me dijo entregándome una bolsa con las cosas. Yo le di un billete de cien dólares—. Muchas gracias y espero que a tu amigo le guste el objeto.

En cuanto llegué a mi departamento, me percaté de que no le había preguntado a Cameron qué tan elegante sería la fiesta.

Sienna estaba con el mismo entusiasmo que el sábado anterior por la cita que tendría con Dougray esa noche.

—¿Qué te pondrás esta noche? —le pregunté.

—Un vestido negro. Si bien Dougray no me dijo a dónde me llevaría, me dijo que sería a un lugar elegante. ¿Tú qué te pondrás?

—No lo sé todavía, ni siquiera sé si debo vestirme elegante —le dije.

—¿Sabes si hay muchos invitados? —me preguntó.

—De acuerdo con Cameron, unos veinte —le dije.

—Pues dicen que la casa de los Fitzpatrick es de las mejores de la ciudad. Yo solo la vi en fotografías y es bastante suntuosa, por lo que, si fuera tú, me vestiría de manera elegante. Tienes algo, ¿verdad? —Negué con la cabeza.

—Lo más elegante que tengo es el vestido que usé en la fiesta de la empresa, pero ya me lo puse allí y acudirá la misma gente que estuvo aquella noche y, además, no creo que el cumpleaños sea tan de gala.

—Pues yo tengo un par de vestidos, ¿quieres que te los muestre? De seguro encontraremos algo. —En ese momento tomé mi móvil y le envié un mensaje a Cameron.

¿Debo ir vestida de manera elegante?

Al instante recibí su respuesta.

Vístete como más cómoda te sientas.

—Gracias, pero ya veré si tengo algo que pueda ponerme —le dije a Sienna agradecida.

—De verdad no es ninguna molestia que tomes prestada mi ropa. ¿Irás en taxi?; te saldrá bastante hasta allí, dado que es en las afueras de la ciudad —me dijo.

—No, vendrá el chofer de los Fitzpatrick a recogerme —le respondí.

—Guau, debes de gustarle mucho a ese muchacho para que se tome todas esas molestias —comentó.

—No es eso, solo trata de ser cortés. Su familia debe de serlo también; saben que soy nueva en la ciudad —le dije.

—Pero a ti te gusta él —me dijo.

—Algo —le dije tratando de no darle importancia al asunto.

—Creo que te gusta mucho. Se te nota en la mirada cuando hablas de él, se te llenan los ojos de brillo y se te cambia la voz en cuanto pronuncias su nombre; se torna en una cadencia musical.

—Puede ser, pero él no se siente de la misma manera hacia mí, así que no importa —le dije.

—¿Estás segura de ello?, porque yo creo que, si no te considerara alguien especial, no te invitaría a su cumpleaños que, como tú dijiste, es algo íntimo.

—Pues nunca me dijo que le atraía, así que no lo sé; tampoco quiero hacerme ilusiones de simples nimiedades —le dije.

—En eso tienes razón. Mejor espera a que él te dé alguna señal o te diga algo —me dijo.

Me puse a buscar en mi clóset algo decente para ponerme aquella noche. Encontré una falda negra y supuse que podría usarla con una camisa beis encima. Podría haberme puesto algo de Sienna; de seguro ella tenía ropa más bonita y elegante, pero prefería utilizar algo mío. Me arreglaría bien el cabello y procuraría maquillarme bien también.

Después de bañarme me puse la falda con unas medias finas del mismo color y unas botas negras sin tacones. Y en la parte superior, una blusa beis y un bléiser del mismo color encima. Me alisé un poco el cabello y le di forma a las puntas hacia adentro. Me maquillé con colores tenues, pero apliqué bastante rubor a mis mejillas y *gloss* a mis labios.

A las siete y media, el timbre del portero sonó. Me puse mi abrigo, tomé mi cartera y el obsequio de Cameron, y bajé. Abajo había un hombre con un uniforme negro esperando junto a un automóvil Bentley negro lustroso. Solo había visto esos automóviles en películas, pero nunca había subido a uno. El hombre me sonrió en cuanto me vio.

—Soy Emerson —le dije extendiendo mi mano; él la tomó y le dio un apretón suave.

—Es un gusto, señorita Emerson, mi nombre es Don. Entre, por favor —dijo abriendo la puerta trasera. Yo entré y me senté. Don se acomodó en el asiento de conductor y aceleró.

Mientras íbamos en el auto, fui observando la ciudad. Atravesamos Broadway, Fifth Avenue y Madison Avenue. Era increíble ver la faceta nocturna de Nueva York, tan viva y ajetreada como lo era de día. Me encantaba estar allí.

Luego de treinta minutos, finalmente llegamos a destino. Observé que la casa de Cameron efectivamente estaba ubicada en las afueras de la ciudad; no había otra casa por allí. El Bentley entró por una zona descampada y aguardó junto a un portón. Luego de que Don introdujera una contraseña en el aparato que se encontraba en la entrada del enorme portón, el mismo se abrió y entramos.

—Por favor —me dijo Don dándome su mano para que descendiera del automóvil.

—Gracias —le dije.

—Se supone que debo acompañarla hacia la puerta de la casa Fitzpatrick —me informó.

—Oh, pues, muchas gracias —le dije.

Nos encaminamos hacia la puerta y, con cada paso que daba, más nervios sentía. Aquello no era una casa, sino una mansión. Era inmensa e imponente, estaba pintada en color marfil con columnas que la sostenían. Se observaban ventanales tanto abajo como arriba; en el piso había unos focos que alumbraban el césped. En cuanto estuvimos junto a la puerta, Don tocó el timbre; al instante una mujer vestida en uniforme azul nos atendió.

—Es una de las invitadas a la fiesta, Dottie, hazla entrar —le dijo y se fue.

—Muchas gracias por traerme, Don —le dije.

—No hay de qué, señorita, solo hago mi trabajo —dijo mientras se iba.

—Por favor, pase —me pidió la mujer, llamada Dottie.

En cuanto puse un pie en la casa, creí que estaba en una novela victoriana. El recibidor era grande y luminoso, con una enorme araña llena de colgajos brillantes que pendía del medio y un sofá de piel blanco contra la pared—. Acompañeme —me pidió Dottie y yo la seguí por un pasillo hasta que llegamos a un gran salón.

—Deme sus pertenencias —me pidió.

Me quité el abrigo y se lo entregué junto con la cartera; los llevó y los colgó de un perchero. En cuanto me volví hacia el salón, observé que había una mesa larga bien dispuesta con vasija y utensilios finos. Había mucho espacio, que era llenado con unos muebles delicados y unos sofás de cueros. Los ventanales eran largos y estaban cubiertos de cortinas blancas de seda. Me quedé parada allí sin saber qué hacer, ya que no había nadie. Al instante apareció Cameron por la puerta; tenía puesto un *jean* azul con un suéter beis encima y una camisa blanca por debajo.

—Hola, Emerson —dijo esbozando una media sonrisa.

—Hola, Cameron, esto es para ti. —Le entregué la bolsa con los obsequios.

—No debiste molestarte. —La tomó y me dio un beso en la mejilla derecha. Llevaba puesta una colonia exquisita, que casi me hizo embriagar.

—Fui a un escaparate de música y encontré eso —le dije mientras tomaba el objeto en sus manos—. El dependiente de la tienda me dijo que el dueño era profesor de música y había visto ese objeto en un libro y lo diseñó. Se supone que eso se usaba como piano en la antigüedad; es su predecesor.

—¡Me encanta! —dijo esta vez mirándome y tratando de esbozar una amplia sonrisa.

—También hay un CD de una de tus bandas preferidas, Smashing Pumpkins —le dije.

—Oh, Emerson, insisto en que no deberías haberte molestado pero, dado que lo hiciste, te vuelvo a decir que me encanta, muchas gracias. —Esta vez noté que quiso esbozar una sonrisa completa y sincera.

—De nada —le dije verdaderamente complacida.

En ese momento apareció una mujer bien distinguida a quien pronto reconocí como la madre de Cameron.

—Mamá, ella es Emerson Adkins. Emerson, ella es mi madre, Melinda —nos dijo presentándonos.

—Mucho gusto, Emerson, bienvenida a nuestro hogar. —La mujer se acercó a mí y me dio dos besos.

—El gusto es mío. Tiene una casa muy bonita —le dije.

—Gracias —dijo ella esbozando una mueca risueña. Tenía una sonrisa espontánea; cuando lo hacía su mirada parecía iluminarse. Tenía puesto un vestido negro plisado y traía unas perlas en el cuello. Su cabello era negro, lacio y brillante. Al instante entró el señor Fitzpatrick por la puerta.

—Papá, ella es Emerson. Él es mi padre, Conrad —me dijo. El señor Fitzpatrick se acercó a darme dos besos también.

—Oh, Emerson, es un placer conocerte finalmente —me dijo el señor Fitzpatrick.

—El placer es todo mío, señor Fitzpatrick —le dije verdaderamente complacida. Sentía que le debía mucho; gracias a él podía estar trabajando en una de las corporaciones más importantes de Norteamérica y, por ello, estar

viviendo en la ciudad más excitante del mundo entero.

—Por favor, vamos sentándonos —dijo la señora Fitzpatrick. Los cuatro fuimos hacia la mesa. El señor Fitzpatrick se sentó en la punta y su esposa, a su lado. Cameron se ubicó al lado de su padre y yo no sabía en dónde situarme.

—Por favor, siéntate al lado de Cameron —me pidió la señora Fitzpatrick, por lo que yo lo hice.

—Y dínos, Emerson: ¿te gusta trabajar en la compañía Fitzpatrick? —me preguntó el señor Fitzpatrick.

—Sí, señor. De hecho me gustaba mucho en California; su compañía es una de las mejores de Norteamérica, por lo que es un placer trabajar allí —le dije complacida.

—Me alegra oírlo y, por favor, llámame Conrad —dijo él sonriendo.

—¿Y estás teniendo problemas adaptándote a Nueva York? —me preguntó la señora Fitzpatrick.

—No, para nada. Siempre anhelé vivir aquí, por lo que es un placer —le dije.

—Nos alegramos de oírlo. Pareces una buena muchacha y Cameron te tiene mucha estima. —Me sorprendí al oír aquello; por el historial de Cameron, creí que la relación con sus padres era cortante, pero no lo parecía. En ese momento se oyó el timbre de entrada y al rato aparecieron dos muchachas con un muchacho.

—Beth, Sally —dijo el señor Fitzpatrick— y Christopher —dijo en alusión al que supuse era el prometido de Beth. Ella y Sally eran se parecían mucho a su padre, solo que Beth tenía el cabello negro, como su madre, y Sally, castaño claro. Ambas tenían puesto un vestido, pero ninguno de los dos me pareció muy distinguido, por lo que me sentí feliz de no desencajar tanto después de todo.

—Hola, Conrad —le dijo Christopher estrechando la mano de su suegro. Era un muchacho rubio, de cabello lacio bien peinado hacia un costado. Tenía

el mismo porte de George, el amigo de Juilliard de Cameron: el de un muchacho distinguido.

—Tú debes ser Emerson —me dijo Sally de forma animada. Asentí con la cabeza—. Es un placer conocerte finalmente.

—Es un gusto —le dije mientras ella me daba dos besos. Al parecer todos ellos tenían la costumbre de dar dos besos, excepto Cameron.

—Al fin puedo conocerte en persona —me dijo Beth estrechándome en sus brazos. Recordé lo que Cameron me había dicho sobre ella: que era muy protectora, y lo parecía. Luego me dio dos besos.

—Es un gusto, Elizabeth —le dije.

—Por favor, llámame Beth —me pidió ella amablemente—. Él es mi prometido, Christopher.

—Hola, Emerson —me dijo él con una sonrisa que dejaba ver unos dientes relucientes.

—Es un gusto —le dije. Ellos se sentaron junto a la madre de Cameron y Sally, a mi lado.

—Teníamos muchas ganas de conocerte, Emerson. Te vimos bailando con Cameron en la fiesta de la empresa, pero no pudimos conocerte entonces —dijo Beth de forma amable.

—¿De verdad? Pues yo también tenía muchas ganas de conocerlas —le dije.

—¿Te gusta Nueva York? —me preguntó Sally animadamente.

—De hecho sí, es una ciudad muy excitante; puedes encontrar lo que buscas a la hora que busques —le dije.

—Me alegra escuchar eso. —Parecían realmente amables. Beth tenía un rostro maternal y Sally, más juvenil.

Al instante se volvió a oír el sonido del timbre. Esta vez entró un matrimonio de cincuentones con una mujer anciana en silla de ruedas y un anciano.

—Ava, Richard —dijo el señor Fitzpatrick—, qué bueno que pudieron

venir.

—Mamá —dijo la señora Fitzpatrick levantándose de la mesa a saludar a su madre, que estaba en silla de ruedas.

—Papá —le dijo al hombre, que le devolvió el saludo cálidamente. Ambos debían de tener casi ochenta años.

—Abuelos, ella es Emerson —dijo Cameron presentándose. Me acerqué a la silla de ruedas de la abuela de él y le di dos besos en las mejillas; ella me tomó de las manos con una sonrisa sincera.

—Es un placer conocer a la novia de Cameron. —Yo miré a Cameron sorprendida.

—Ella no es mi novia, abuela —le dijo Cameron apenado.

—Todavía —dijo Sally tosiendo. Beth la fulminó con la mirada.

—Ella es mi amiga. La conocí hace poco y nos hicimos amigos —le explicó Cameron a su abuela.

—Pues nunca antes habías traído a la casa a una amiga mujer, de ahí mi confusión. Disculpen —nos dijo a ambos amablemente.

—No se preocupe —le dije sonriendo. Parecía una mujer muy tierna; pensé que me hubiese gustado tener a una abuela como ella.

—Él es mi abuelo Víctor —me dijo presentándose al hombre, que se acercó a darme un beso—. Y ellos, mis tíos Ava y Richard; son el hermano de mi madre y su esposa. —Los saludé a ambos.

Nos sentamos de nuevo a la mesa cuando se volvió a escuchar el timbre de entrada. Los abuelos de Cameron se sentaron al lado de Beth y su prometido y sus tíos, a su lado. En ese momento entraron George y los dos compañeros de Cameron de Juilliard.

Cameron se levantó a recibirlos. Los tres muchachos comenzaron a saludar a la familia de Cameron y él se acercó a mí y me dijo:

—¿Qué te parece si nos sentamos unas sillas más allá? Así, cuando lleguen mis otros abuelos, se sientan con ellos y mis compañeros no estarán solos.

—Por supuesto —le dije. Sally se corrió un lugar más para estar cerca de

nosotros y yo me senté del lado derecho de ella y Cameron, en la punta.

—Muchachos, ella es Emerson. A George ya lo conoces; ellos son Aiden y Mark. —Saludé a los tres muchachos; George lo hizo de forma animada y los otros dos, de una manera más formal. Nos sentamos a la mesa cuando volvió a sonar el timbre.

—Por suerte esos son nuestros últimos invitados —dijo el padre de Cameron.

—La lista se redujo, dado que a los amigos de mi padre se les presentó un inconveniente hoy y mis primos, que estudian en Harvard, los hijos de mis tíos —dijo Cameron señalando con la cabeza al matrimonio que había llegado con sus abuelos—, tampoco pudieron venir desde allá. Y mi hermano Eddie está en un viaje de trabajo con su mujer y su hijo.

—Oh —le dije. Aun así éramos muchos. Los tres amigos de Cameron se sentaron enfrente de mí. En ese momento entraron el doctor Simon Fitzpatrick y su esposa vestidos muy elegantes; parecían tener la misma edad que los padres de la señora Melinda, pero estos se veían más jóvenes. La señora Fitzpatrick vestía un conjunto rosado con botones brillantes y unos pendientes perlados; tenía el rostro lozano para una mujer de su edad y estaba muy bien maquillada; traía el cabello rubio peinado con las puntas hacia adentro. El doctor Fitzpatrick tenía puesto un esmoquin negro.

Luego de que saludaran a todos los presentes uno por uno, Cameron me los presentó.

—Abuelos, ella es Emerson Adkins, mi amiga que se mudó hace poco desde California.

—Oh, la muchacha con la que bailaste en la fiesta de la empresa —dijo su abuela animadamente mientras me saludaba con dos besos.

—Mucho gusto, señora —le dije sonriendo.

—Por favor, llámame Constance, solo tengo unos cuantos años más que tú —dijo riéndose. Intuí que Sally era como ella y Beth, como su abuela materna.

—Es un placer conocer a la primera muchacha que vimos bailar con mi

nieto —dijo el doctor Fitzpatrick sonriendo.

—Qué dices, Simon, si es la tercera. Antes bailó una vez con su madre, en su cumpleaños número cincuenta, y conmigo, en nuestra fiesta de aniversario —dijo su esposa bromeando.

Todos volvimos a sentarnos a la mesa y los mozos comenzaron a entrar con las entradas; eran unos aperitivos pequeños envueltos. Tomé uno. Era una masa salada con salmón y crema de queso adentro; sabía delicioso. En el medio de la mesa, había un ramo floral muy bonito; parecían gardenias. Y después había candelabros con velas a lo largo de la misma. La vasija era de porcelana y los cubiertos, de plata; las copas que teníamos delante se notaban que eran de cristal. Cameron estaba hablando con sus compañeros acerca de algo de la universidad y Sally me susurró al oído:

—¿Qué has hecho con nuestro Cameron?

—¿A qué te refieres? —le pregunté sorprendida.

—Nunca antes nos había presentado a una amiga, ni siquiera hablaba de muchachas. A decir verdad: nunca fue muy comunicativo con nosotros y menos cuando se trata de cosas personales. Sabíamos que no era homosexual, pero nunca antes lo habíamos visto bailando con una muchacha y, cuando nos dijo que te había invitado a su cumpleaños, de inmediato supimos que eras alguien especial para él.

—Oh —le dije sorprendida—, pues nos conocimos hace poco. Ya sabes que yo recientemente me mudé a Nueva York por lo que, tras conocerlo, nos hicimos amigos. Por cierto: ¿a qué te referías con que sabías que no era homosexual? ¿Qué les hizo pensar que no lo era si nunca tuvo una novia o trajo a una mujer a la casa?

—Prefiero no entrar en detalles por tu propio bien me dijo—, pero solo supimos que no lo era.

—Oh —le dije un poco aliviada por lo que había leído en ese sitio de TMZ acerca de que había estado en una orgía tanto con hombres como con mujeres. Pensé que, tal vez, esos sitios distorsionaban un poco la información; después

de todo, por algo era prensa amarilla. Pero creía que la historia de que había estado en una orgía sí era cierta y eso me hizo revolver un poco el estómago. Seguía sin poder imaginar a Cameron en una orgía; no parecía el tipo de muchacho que participara en una.

—¿Se conocieron mucho antes de la fiesta? —me preguntó a continuación.

—El fin de semana anterior —le dije omitiendo las dos primeras veces que lo había visto. Pensé que eso siempre se lo ocultaría a todo el mundo pero, a decir verdad, prefería que ese fuera un secreto entre ambos—. Lo conocí en un club llamado Back Room —le dije.

—¿Cameron?, ¿en un club? —me preguntó sorprendida.

—Sí —le dije.

—¿Sabes con quién fue? —indagó.

—Me dijo que con unos compañeros, supongo que alguno de ellos —le dije señalando con la mirada a los muchachos que estaban sentados en frente de mí.

—Oh... —Fue todo lo que respondió.

—¿Hay algún problema con ello? —le pregunté.

—No se supone que él vaya a clubes; papá se lo prohibió hace un tiempo por algo que hizo. Y si bien mostró grandes cambios el año pasado, creo que él no debería ir a esos lugares de momento, pero bueno, está en la universidad y, si no sale ahora, ¿cuándo lo hará? Guardaré el secreto por él —me dijo.

—Cuando dices que le tienen prohibido ir a esos lugares por algo que hizo hace un tiempo atrás, ¿te refieres a lo que lo llevó a su estadía en el psiquiátrico McDale? —le pregunté.

—¿Te contó eso? —me preguntó verdaderamente sorprendida. Asentí con la cabeza—. Vaya, ahora no me quedan dudas de que te considera alguien muy especial. Que yo sepa, él siempre fue igual con la gente del mundo exterior que con nosotros. Desde niños lo vimos como a un muchacho tímido al que le costaba relacionarse con los demás, especialmente con las mujeres; supusimos que se debía a que, como te habrá dicho, era adoptado. Es el único de nosotros

que no salió del vientre de mi madre y por ello le debe haber costado adaptarse.

—Yo crecí siendo huérfana, así que sé lo que se siente no poder adaptarse a un lugar o confiar en los humanos —le dije.

—Eso nos comentó anoche en la cena —dijo ella sonriéndome compasivamente.

—¿Les hablé de mí? —le pregunté sorprendida.

—El domingo pasado nos comentó que te había invitado, pero que tú debías confirmar y anoche nos informó que venías y nos dijo unas cuantas cosas sobre ti. Lo primero que nos dijo fue que te habías mudado desde California a la empresa de aquí y que siempre fuiste huérfana, y que no te preguntáramos nada relacionado a eso para no hacerte sentir incómoda —me dijo. Pensé que aquello era dulce de su parte.

—Me siento bastante identificada con él en ese sentido. Yo crecí en orfanatos y residencias, por lo que nunca tuve amigos o gente con quien hablar más que con un terapeuta, así que en él encontré a alguien en quien confiar porque sé que me entiende —le dije.

—Pues le hizo bien conocerte. Nos dijo que mantienen correspondencia, así que intuyo que se mantiene muy en contacto contigo y me agrada que sea así. Tú pareces una buena muchacha, alguien con los pies en la tierra. Sé que le harás bien, y me complace que hayas encontrado a un amigo en él. Y sé que acabamos de conocernos, pero quiero decirte que estoy para cualquier cosa que necesites. Luego te pasaré mi número y podemos programar para juntarnos un día a tomar algo.

—Gracias —le dije.

Pensé en que Cameron estaba muy acertado cuando dijo que Sally era alguien de quien querías hacerte amiga: acababa de conocerla y quería hacerme amiga de ella.

—¿De qué hablas con mi hermana? —me preguntó Cameron.

—De ti. —Me miró de una forma que supuse era intrigada—. No te

preocupes, solo me está diciendo que está contenta por nuestra amistad y me ofreció la suya. Tenías razón: ella es amigable.

—Me alegra que te agrade Sally. Después tienes que conocer a Beth; es más del tipo maternal.

—Me lo dijiste antes —le recordé.

En ese momento los camareros entraron a retirar los platos de las entradas y dejaron en su lugar el plato principal: una carne de cordero con salsa marinada y papas *noisettes*. Se veía delicioso y sofisticado a la vez. Le di un mordisco; la carne parecía deshacerse en el paladar y la salsa le daba un sabor agridulce. Era para deleitarse, al igual que las papas, que sabían crujientes.

—¿Te sirvo refresco de lima o de cola? —me preguntó Cameron.

—Lima, por favor —le dije—. Muchas gracias. —Noté que él se sirvió del mismo; supuse que su padre le tenía prohibido beber alcohol por un tiempo.

—¿Te gusta Nueva York? —me preguntó el muchacho llamado Mark, tratando de entablar conversación.

—Mucho. Siempre anhelé vivir aquí, así que es excitante la experiencia de hacerlo —le respondí.

—¿Qué tal el trabajo en la empresa? —me preguntó George de forma animada.

—Muy bien, por suerte. Me gusta lo que hago, así que estoy muy cómoda en él.

—¿Vives cerca de la empresa? —me preguntó el muchacho llamado Aiden.

—A veinte cuadras y, considerando lo grande que es Nueva York, me parece bastante cerca —le dije.

—¿Ya te acostumbraste al clima? —me preguntó George.

—Todavía no he sentido un frío que no haya sentido antes, si eso es a lo que te refieres, pero sí me advirtieron de las nevadas en el invierno y que es

uno de los estados más helados —le dije.

—Pues espera a ver el verano también; el calor que se siente por esa época es insoportable, se asemeja al infierno —me dijo George sonriendo. Le devolví la sonrisa.

Durante el resto de la velada retomé la conversación con Sally. Me contó que tenía veintitrés años, por lo que hace un año se había graduado en Yale y ahora estaba trabajando en un consultorio en la ciudad y en un sanatorio; vivía cerca de allí y no estaba de novia. Cameron seguía hablando con sus compañeros, pero de tanto en tanto volteaba a hablar conmigo. Sus compañeros también lo hacían, pero sobre temas triviales. Nunca me preguntaron si tenía familia o con quién vivía en Nueva York; supuse que Cameron les había hablado al respecto a ellos también.

Sirvieron dos platos más; uno era una lasaña deliciosa y el otro, un pollo con una salsa. Comí un poco del pollo y dejé el resto porque, a decir verdad, ya había comido mucho y sentía que no me entraba más nada en el estómago. Los adultos estaban embarcados en conversaciones y risas, parecían una gran familia. Solo me dio pena ver que la abuela materna de Cameron estuviera en una silla de ruedas. Se notaba que era una mujer muy noble; cada vez que me miraba, me regalaba una sonrisa.

—¿Qué le ocurrió a tu abuela materna? —le pregunté a Cameron.

—¿Me preguntas por qué está en sillas de ruedas? —me preguntó y yo asentí—. Hace cinco años atrás tuvo un accidente cuando regresaban en auto con mi abuelo hacia Connecticut. —Por primera vez creí ver algo en el semblante de Cameron que no había visto antes y tampoco podía decir qué era; tal vez rabia, arrepentimiento o algo parecido a la tristeza.

—Lo lamento —le dije.

—Gracias, Emerson —me respondió mirándome fijamente. En ese momento entraron los mozos con un plato con un postre imperial con nueces y crema. Estaba riquísimo y se deshacía en la boca, tanto que te daba la sensación de ser liviano y no haber comido nada.

—¿La estás pasando bien? —me preguntó Cameron.

—Muy —le dije sonriendo y él pareció complacido.

Una hora más tarde un mozo entró en el salón empujando una mesa con rueditas que contenía el pastel. Cielos, había olvidado que, como era un cumpleaños, habría un pastel; no creía tener más espacio en mi estómago para más comida. Tenía tres pisos y era de chocolate; en el medio tenía el número 20 y una vela encendida. El mozo lo acercó al lado de Cameron y todos los presentes nos levantamos para cantar el feliz cumpleaños. Observé a Cameron mientras le cantábamos y su rostro era tan indescifrable como siempre; solo cuando volteó a mirarme, observé un destello de algo que no supe qué era o no pude identificar.

El mozo comenzó a cortar el pastel y sirvió las porciones a cada uno en platos. Pensé que así era como vivían los de la realeza: siempre sirviéndoles. Me sentí parte de ello por un momento.

El pastel no podía ser más exquisito; tenía una consistencia esponjosa y por dentro estaba cubierto de crema de merengue y trozos de chocolate.

—¿Te gustó el presente que te enviamos, Cameron? —le preguntó su tío Richard.

—Sí, tío, muchas gracias —le dijo Cameron.

—¿Podemos saber qué otros obsequios recibiste? —le preguntó su abuela Constance.

—Varios CDs, una cámara fotográfica, una consola de música, un nuevo esmoquin y un instrumento de música —dijo mirándome a mí; de nuevo creí ver que una sonrisa iba a ensancharse en su rostro.

—Pues ahora te daremos el nuestro —le dijo su abuelo Simon acercándose a él y le entregó un sobre. Cameron lo abrió y se quedó mirando a su abuelo.

—¿Me regalan una propiedad? —le preguntó Cameron sorprendido.

—Un departamento en la ciudad, está en Park Avenue —le dijo su abuelo, esbozando una amplia sonrisa.

—¿Crees que sea conveniente regalarle eso?, todavía está en la

universidad —le dijo su padre con el semblante serio.

—No tiene que mudarse ahora si no quiere. Puedes seguir viviendo en el campus pero, una vez que te gradúes, puedes mudarte allí —le dijo su abuelo.

—Pues creo que lo mejor será que te mudes allí una vez que te gradúes —le dijo su padre.

—Desde luego. Muchas gracias, abuelo, es un regalo muy generoso de tu parte —le dijo Cameron estrechando a su abuelo en brazos.

—Ya sabemos quién es tu nieto favorito —le dijo Sally.

—¿Nunca les regaló una propiedad a ustedes? —le pregunté. Sally negó con la cabeza.

—Y ahora sabemos cuál es tu regalo preferido también —le dijo a Cameron.

—Pues es un buen regalo y lo aprecio, pero no puedo escoger uno, no sería correcto hacerlo —dijo Cameron.

—Pero, si lo tuvieras, de seguro sería ese —le dijo Sally.

—Ten por seguro que no —dijo Cameron mirándome fijamente a mí.

Luego de un momento, el tío de Cameron se levantó y dijo:

—Nosotros ya nos vamos, estos dos trasnocharon mucho —dijo refiriéndose a sus padres.

—Muchas gracias por haber venido —les dijo el padre de Cameron.

Todos nos acercamos a saludar a los tíos y a los abuelos maternos de Cameron. La abuela me dijo:

—Fue un placer conocerte, querida. Ven a visitarnos en Connecticut cuando quieras; llévala, Cameron —le dijo a su nieto, quien asintió con la cabeza.

Los próximos en marcharse fueron los compañeros de Cameron, luego Beth y su prometido con los abuelos paternos de Cameron.

—Espero verte más seguido, Emerson. Por favor, Cameron, vuelve a invitarla a otra reunión familiar —le dijo Beth a su hermano, quien asintió con la cabeza.

—¿Puedo irme ya? —le pregunté a Cameron.

—¿Estás muy cansada? —me preguntó.

—No, pero ya todos se están yendo —le dije en tono de obviedad.

—Está bien, le diré a Don que te lleve de regreso —me dijo.

—¿No estará durmiendo ya? Después de todo son las dos de la mañana —le dije.

—Él no duerme cuando le decimos que está de servicio. Sabe que debe llevarte de regreso, así que está despierto —me dijo—. Trajiste abrigo, ¿verdad?

—Dottie lo tomó y lo dejó allí, en el perchero, junto con mi cartera —le señalé. Cameron se acercó, los tomó y me los dio.

—Si te parece bien, ¿puedo acompañarte en el auto con Don? —me preguntó tímidamente.

—¿No estás cansado? —le pregunté sorprendida.

—No, tomé una siesta larga sabiendo que estaría despierto hasta tarde —me respondió.

—Oh, entonces supongo que sí —le dije.

—.Papá, mamá, la acompañaré a Emerson con Don en el auto —les dijo Cameron a sus padres.

—Oh, está bien, muchas gracias por haber venido, Emerson y espero que vengas más seguido a visitarnos —me dijo su madre.

—Muchas gracias —les dije a ambos.

—Toma —me dijo Sally entregándome una tarjeta—, es mi tarjeta personal. No se la doy a muchos porque tiene todos mis datos personales, como teléfono móvil, correo y cuenta de mis redes sociales. Llámame un día, así salimos a algún lado o solo vienes a mi departamento a visitarme.

—Gracias, Sally, pronto lo haré —le dije mientras metía la tarjeta en mi cartera.

Luego de saludarlos a los tres, Cameron y yo salimos de su hogar. Afuera, Don ya estaba esperando en el auto; supuse que Cameron le había avisado que

me iba.

Luego de sentarnos en el asiento trasero, Don arrancó.

—Te quiero agradecer por haber venido hoy —me dijo Cameron volviéndose a mí dentro del automóvil—. Significó mucho que vinieras, incluso sabiendo tu incomodidad para relacionarte con gente que no conoces.

—De nada. Me agradó mucho haber venido, pasé una velada increíble y me encantó tu familia —le dije.

—¿De verdad te agradaron? Me alegra que la hayas pasado bien y te vuelvo a repetir: significó para mí más de lo que te puedas imaginar —me dijo.

—Deja de agradecerme tanto, la agradecida soy yo —le dije tomándolo de la mano que tenía apoyada en el asiento del auto. Él entrelazó sus dedos con los míos. Durante casi todo el trayecto hasta mi casa, no hablamos casi nada, pero permanecemos con nuestras manos enlazadas.

—¿Qué harás mañana? —me preguntó unas cuerdas antes de llegar a mi casa.

—No lo sé, descansar supongo, leer un poco mientras escucho música; no tengo planeado nada —le dije—. ¿Y tú?

—Se supone que debemos ir a la casa de mis abuelos de Connecticut a almorzar, pero sospecho que nos levantaremos tarde y por la tarde debo regresar al campus —me dijo—. ¿Chatearemos por la noche?

—Supongo, si te parece bien —le dije.

—Siempre quiero chatear contigo —me dijo— o hablar o, mejor aún, verte.

No le respondí nada, no sabía qué decirle; a mí también me gustaba chatear, hablar y verlo. Pensaba demasiado en él durante el día; creo que en la última semana pensé en el más de lo que había pensado en alguna persona jamás, pero sabía que él no pensaba tanto en mí como yo lo hacía en él.

Cuando llegamos a mi edificio, Cameron me soltó la mano que me tenía tomada y se dirigió a Don.

—Yo bajaré con ella, Don, no hace falta que lo hagas tú —le dijo.

—Muchas gracias por llevarme y traerme Don —le dije antes de bajarme del automóvil.

—De nada, señorita Emerson, es mi trabajo —me dijo una vez más.

Descendimos del automóvil y Cameron me acompañó hasta la entrada del edificio.

—Antes de que vuelvas a agradecerme otra vez por haber asistido a tu cumpleaños, yo te diré gracias de nuevo por la invitación. De verdad pasé una velada encantadora —le dije.

—No hay de qué y gracias a ti. —En ese momento sentí la necesidad de abalanzarme hacia él y abrazarlo y, para mi sorpresa, lo hice. Solo había abrazado a tres personas en la vida, según recordaba: a Marlene, mi antigua tutora; a Sienna, cuando había llegado a Nueva York, y a Peter, mi antiguo jefe en California, cuando tuve que despedirme de él. Pero en todas esas ocasiones eran ellos quienes habían tomado la iniciativa; esta era la primera vez que yo lo hacía y, si bien había sido por impulso, me sentí bien al hacerlo. No sabía si Cameron me devolvería el abrazo, pero no me importaba; al fin tenía un amigo, alguien en quien realmente confiaba y, si bien a Sienna también la consideraba mi amiga, él era mi único amigo varón y lo sentía como a un confidente. Él me devolvió el abrazo de la misma forma, estrechándome contra él y acariciándome la espalda. Cuando me solté de sus brazos, lo miré al rostro.

—Chateamos mañana, Emerson, ten dulces sueños —me dijo acariciándome la mejilla derecha. Creí que me desmayaría.

—Tú también, Cameron —le dije. Se quedó un rato mirándome y luego se volvió a subir en el automóvil. Yo entré en el elevador pensando en la maravillosa noche que había pasado. Me había agradado mucho la familia de Cameron y ahora me gustaba más él.

Capítulo 12

UN DÍA SIN CAMERON

El domingo me desperté a las once. Sienna se levantó después que yo; al parecer también había llegado tarde la noche anterior. Durante el almuerzo se puso a comentarme sobre su cita.

—Dougray me llevó a una cena a la luz de las velas en un restaurante muy modesto, después nos registramos en una habitación y sellamos el trato —dijo con un brillo en los ojos.

—¿Sellaron el trato? —le pregunté intrigada.

—Ya sabes, cuando una pareja se registra en un hotel, no es solo para dormir allí; hacen algo antes. «Sellar el trato» es la expresión que se usa cuando lo hacen por primera vez.

—Oh —le dije sorprendida por lo rápido que habían llegado a esa parte, o tal vez tarde, dependiendo de lo que suponía para la pareja.

—¿Nunca... lo hiciste? —me preguntó Sienna con incredulidad.

—No —dije negando con la cabeza—. ¿Recuerdas que crecí en orfanatos y luego viví en una residencia de la cual no salía, excepto para ir a la escuela?

—Oh, tienes razón —me dijo apenada—. Pero ¿nunca besaste a nadie tampoco?

—No, nunca. Nunca antes hablé con un muchacho o tuve un pretendiente siquiera —le dije.

—Tal vez tuviste algún admirador secreto —me dijo ella.

—Pues, si era secreto, nunca me enteré de ello —le dije yo.

—Pues ahora parece tener uno del que no quieres darte cuenta —me dijo ella.

—¿Quién? ¿Cameron? Ya te dije que solo somos amigos y, hasta que no me diga o haga algo para que piense lo contrario, no lo creeré.

—Lo entiendo. ¿Y qué tal el cumpleaños? —me preguntó a continuación.

—Comimos unas entradas y luego tres platos diferentes, el postre y el pastel —le dije.

—Guau. ¿Había mozos?

—Desde luego. Todo el tiempo entraban y salían con platos —le dije.

—¿Y qué tal es su casa? —indagó.

—Mansión querrás decir —la corregí—. Es hermosa, llena de ventanales y arañas; es realmente bonita e imponente.

—¿Y su familia? ¿Te agradaron?

—Mucho, me hicieron sentir muy bien. De hecho una de sus hermanas me dio su tarjeta con su número de teléfono para que la llamara y saliéramos un día. Te agradecería conocerla —le dije.

—¿Y le gustó el regalo a Cameron? —inquirió después.

—De hecho dijo que sí, y me agradeció toda la noche por haber ido —le dije.

—Pues no lo comprendo —me dijo Sienna.

—¿Qué cosa? —le pregunté con curiosidad.

—Pareces ser alguien muy especial para él; de acuerdo con lo que cuentas, eres su única amiga y te invitó a su fiesta, en su casa, con su familia y depende mucho de ti, pero aun así todavía no te ha dicho nada o intentó besarte siquiera. Tal vez sea gay —me dijo ella.

—No lo es. Él solo me ve como a una amiga y, a pesar de que a mí me atrae, es bueno tener a un amigo como él —le dije.

—Pues no quiero ser aguafiestas, pero ¿has pensado que tal vez haya otra persona?

—¿Otra persona? —le pregunté.

—Tal vez esté enamorado de alguna muchacha que no le corresponde —me dijo ella encogiéndose de hombros—. Mira, solo te digo que esa puede ser

una posibilidad para que no se te haya declarado; es solo una suposición, pero te lo digo por tu bien, para que no te hagas falsas ilusiones ya que, como tú misma dijiste antes, no es sano.

Me quedé pensando en ello y tal vez Sienna tenía razón. Después de todo a Cameron le gustaban las cosas extremas de acuerdo con TMZ y, si era así, ¿por qué no me había declarado nada? Antes me había dicho que era soltero, pero eso no significaba que no podía estar enamorado de alguien, y también pensaba que era hermosa y me había tomado de la mano en su automóvil, pero desde luego que nunca me había dado a entender que quería algo más.

Después de limpiar el departamento y de lavar ropa, me puse a leer un rato en compañía de buena música. Esa noche no tenía ganas de conectarme a internet; durante las últimas horas había tratado de no pensar en la suposición que Sienna había hecho sobre Cameron y, por mucho que quisiera esquivar el pensamiento de mi mente, regresaba a mí para molestarme.

Me puse el pijama y me acosté en mi cama para seguir leyendo, mientras la música de mi reproductor seguía sonando de fondo, cuando recibí un mensaje de texto de Cameron.

Cameron:

¿No te conectarás?

Emerson:

No, ya estoy en la cama, disculpa.

Al instante sonó mi móvil con una llamada suya.

—¿Hola?

—¿Te sientes bien?

—Sí —repuse.

—*Pero dijiste que estabas en cama. ¿Ya te vas a dormir? Son las ocho y media, eso no es común en ti* —observó.

—Lo sé, solo estoy cansada —le mentí.

—¿Sucedo algo más? ¿Estás enojada?

—No, ¿por qué voy a estarlo?

—*Es solo que tu voz suena diferente* —me dijo.

—Solo estoy un poco cansada.

—*Está bien. Oye, ¿irás a correr esta semana?*

—Sí, voy casi todos los días, aunque no sé si lo haré cuando empiece a hacer el frío neoyorkino.

—*¿Puedo ir el martes contigo?*

—Hummm, ¿seguro que quieres ir? Porque no creo que sea una buena idea —le dije.

—*¿A qué te refieres? ¿No quieres que vaya contigo?, ¿es eso?*

—No, solo creo que tú tenías una vida antes de conocerme e ir al gimnasio era parte de esa vida, por lo que no me parece que sea correcto que hagas a un lado tu rutina solo para acompañarme.

—*Me gusta ir a correr al parque porque me conecta con la naturaleza y de paso puedo acompañarte.*

—Bueno, si insistes, entonces te veo el martes.

—*Pasaré a recogerte a las tres* —me dijo.

—Bueno, te veo ese día —repuse.

—*¿De verdad estás bien?* —me preguntó una vez más.

—De verdad —le dije—. *¿Tú cómo estás?*

—*Bien, hoy estuve probando el instrumento que me regalaste y suena tan bien como las teclas de un piano y ahora estoy escuchando el CD que me regalaste mientras estaba conectado esperando a que te conectaras.*

—Ya me conectaré mañana —le dije.

—*Pues déjame decirte que mi chat no es lo mismo si no estás tú conectada.*

—Corta ahora —le dije levantándome de la cama.

—*¿Disculpa? ¿Quieres que corte?* —preguntó con confusión.

—Voy a conectarme enseguida, hay algo que necesito decirte vía chat —le dije mientras abría mi Facebook.

—*Oh, está bien, hablamos enseguida. Adiós.*

Cuando me conecté a Facebook, noté que me habían etiquetado en varias fotografías del cumpleaños de Cameron. En cuanto entré en conexión, le hablé.

Emerson:

Hola de nuevo.

Cameron:

Me alegra que te hayas conectado, Emerson. ¿Qué es lo que necesitas decirme?

Emerson:

Realmente no sé cómo decirte esto, pero hay cosas que preferiría que no me dijeras.

Cameron:

¿Como qué? ¿Te dije algo indebido?

Emerson:

No es eso, son solo cosas que sueles decirme a veces, como que soy hermosa o que tu vida no sería lo mismo si yo no estuviera en ella o algo así. Preferiría que no lo hicieras, dado que solo somos amigos y los amigos no se profesan ese tipo de cosas.

Cameron:

Oh, lo siento, no sabía que te molestarías por ello. Prometo no hacerlo más entonces.

Emerson:

No me molesta, es solo que te digo que somos amigos y no creo que los amigos se digan esas cosas.

Cameron:

Son solo cumplidos, Emerson; según tengo entendido, los amigos se expresan ese tipo de cosas, incluso si son amigos del mismo sexo. Desde luego que entre hombres no nos decimos que somos guapos, a menos que sean homosexuales.

Emerson:

Como sea, preferiría que no me dijeras nada de eso.

Cameron:

¿Es por tu incomodidad a recibir cumplidos?

Emerson:

Es porque solo somos amigos y no me parece correcto que lo digas si solo somos amigos.

Cameron:

Está bien, no te diré más nada si no quieres.

Emerson:

¿Puedo hacerte una pregunta?

Cameron:

Desde luego.

Emerson:

¿Estás enamorado de alguien?

Cameron:

Creí haberte dicho que no tengo novia.

Emerson:

Pero eso no significa que no puedas estar enamorado de alguien. ¿Estás enamorado de alguna muchacha que no te corresponde?

Cameron:

No realmente pero, si ese fuera el caso, ¿qué problema habría?

Emerson:

Ninguno, solo estoy tratando de entender por qué estás solo.

Cameron:

Podría preguntarme lo mismo de ti. ¿Por qué nunca has besado a nadie siquiera?

Emerson:

Tú conoces mi historia. Yo crecí en orfanatos y residencias de los que no podía salir más que para ir al instituto. Mi única salida nocturna fue a ese concierto de Blind Pilot, al que asistí con chaperona, y luego, cuando cumplí dieciocho y me mudé a un departamento, nunca jamás salí a ningún

lado; supongo que porque no tenía amigos.

Cameron:

Tienes razón, disculpa.

Emerson:

Tú, al menos, besaste a gente.

Cameron:

¿Gente? Quieres decir muchachas, ¿verdad?

Emerson:

Claro.

Cameron:

Pues no te daré una cifra exacta, pero sí besé a unas cuantas.

Emerson:

¿Y por qué dices que no puedes darme una cifra exacta?

Cameron:

Porque, si te lo digo, es probable que no quieras volver a verme.

Emerson:

Como tu amiga eso no debería de importarme.

Cameron:

Aun así, prefiero reservármelo, por tu bien.

Emerson:

Lo entiendo.

Cameron:

Tengo una curiosidad con respecto a ti.

Emerson:

¿Ah, sí? ¿Qué?

Cameron:

¿Te gustaría ser besada?

Emerson:

¿Y a quién no?

Cameron:

Pues no deberías privarte de ello entonces.

Emerson:

Pues, si hubiera podido, hubiera besado a alguien.

Cameron:

¿Quieres decir que estás esperando a tener la oportunidad?

Emerson:

Quiero decir que, si me gustase un muchacho y ese muchacho me correspondiera, me gustaría ser besada por él.

Cameron:

¿Y te gusta alguien en este momento?

Emerson:

No, ¿quién me va a gustar? si apenas conozco gente aquí.

Cameron:

Tal vez algún compañero de la empresa.

Emerson:

Pues no, apenas hablo con la gente allí y ninguno de los muchachos me atrae.

Cameron:

Pues espero, por tu propio bien, que pronto seas besada.

Emerson:

¿Por mi propio bien?

Cameron:

Se supone que besar a un ser humano, sobre todo a uno que te atrae, es una de las experiencias más maravillosas que existe y, dado que nunca besaste a nadie, deberías ser besada.

Emerson:

Pues tampoco tengo apuro, dado que no me atrae nadie, de momento.
¿Tú no tienes ganas de besar a alguien?

Cameron:

No de momento.

Emerson:

Oh, qué extraño. Siempre escuché que, una vez que eres besado, siempre quieres ser besado.

Cameron:

Eso no se aplica a mí.

Emerson:

Bueno, dado que ya te expliqué lo que me inquietaba, creo que me iré a dormir.

Cameron:

Bueno, Emerson, gracias por decírmelo; lo tendré en cuenta a la hora de volver a decirte algún cumplido de esa índole.

Emerson:

Que descanses, Cameron. ¿Te conectarás mañana?

Cameron:

Afirmativo. Ten dulces sueños, Emerson.

Cuando estaba acostada me di cuenta de que Cameron ya no me diría ningún otro cumplido y, aunque en cierta forma era para mejor, eso me hizo sentir mal.

El lunes al mediodía Catherine y Amanda comenzaron a contar lo que habían hecho el fin de semana y en mi mente comencé a rememorar la cena en casa de Cameron y todo lo que había ocurrido aquella noche. Estaba tan absorta en mi ensoñación que no escuché cuando Catherine me hablaba.

—¿Disculpa?, ¿dijiste algo? —le inquirí notando que ella y Amanda me miraban confundidas.

—Te pregunté qué tal había estado la fiesta del sábado —dijo.

—Muy linda —le dije.

—¿Había muchos invitados? —indagó Amanda.

—No, era algo íntimo: solo la familia y unos compañeros de Cameron —le respondí. Como no dije más nada, no volvieron a interrogarme.

Por la tarde me puse una sudadera gris y un pantalón deportivo azul y salí

a correr. La tarde estaba gélida, pero el sol, como siempre, brillaba con intensidad. Me pregunté si siempre que saldría a correr sentiría unos ojos posados en mí. Comenzaba a pensar que los artículos que había leído en internet me habían afectado demasiado, pero era extraño que solo en el parque me sintiera de esa forma, por lo que atribuí mi paranoia a eso.

Cuando regresé a mi departamento, Sienna estaba de muy buen humor.

—¿Qué sucede? —le pregunté.

—Acabo de hablar con Dougray. Irá a mi casa en Brooklyn a cenar el sábado por la noche —dijo animada.

—Oh, entonces ustedes van muy en serio —le dije—. Me alegro por ambos.

—Gracias, Emerson. Ahora debo avisar en mi casa para que sepan y para que mi madre prepare una buena cena.

—Te vuelvo a repetir que me alegro por ustedes —le dije mientras me dirigía a tomar una ducha. Realmente me alegraba por Sienna y por Dougray y me pregunté si yo alguna vez llegaría a tener algo así.

Por la noche me conecté a mi ordenador y vi que tenía un mensaje. Creí que era de Cameron, pero me sorprendió ver que era de Stephanie Humphrey y decía:

Al parecer no captas el mensaje. Cameron no es para ti ni para nadie; es un joven problemático que solo romperá tu corazón cuando se canse de ti. La inestabilidad es su mejor amiga.

Por lo visto Amanda le había comentado acerca de la fiesta de cumpleaños de Cameron y ella no iba a rendirse al respecto, o tal vez había visto las fotografías del cumpleaños de él. Pensé en lo que Cameron me había dicho acerca de que ella había estado enamorada de él. Al parecer seguía estándolo; si no, no se hubiese tomado la molestia de escribirme. Luego recordé que, en mi primera semana en la empresa, Amanda comentó que había ido a cenar a la casa de un amigo de su padre solo para ayudar a su hermana a conquistar al hijo del hombre en cuestión; desde luego que era Cameron.

Al instante Cameron se conectó.

Cameron:

Hola, Emerson, ¿qué tal tu día?

Emerson:

Normal hasta hace un momento.

Cameron:

¿Por qué lo dices? ¿Ocurrió algo?

Emerson:

Tu amiga Stephanie me acaba de enviar un mensaje que decía esto...

Copié el mensaje y se lo envié.

Cameron:

¿Tú le respondiste?

Emerson:

No, no le respondí el primero que me mandó y tampoco le respondí o responderé este.

Cameron:

Pues haces bien. Déjame a mí, ya tomaré cartas en el asunto y no te molestará más.

Emerson:

¿Qué le dirás?

Cameron:

Solo déjame a mí.

Emerson:

¿Y cómo estuvo tu día?

Cameron:

Bastante ajetreado: tuve clases por la mañana y por la tarde y luego me junté con mis compañeros de proyecto. ¿Tú qué hiciste?

Emerson:

Trabajar e ir a correr.

Cameron:

¿Catherine y Amanda te preguntaron algo acerca del sábado por la noche?

Emerson:

Solo qué tal había estado tu fiesta y si hubo muchos invitados. Solo les respondí lo que me preguntaron, nada más.

Cameron:

Pues espero, por tu bien y por el de ellas, que no vuelvan a preguntarte más nada.

Emerson:

No te gusta que hable sobre ti, lo entiendo, pero tampoco puedo ser grosera y no responderles.

Cameron:

Me importa un bledo lo que esas dos piensen de mí. Lo que me molesta es que se metan contigo.

Emerson:

No me molestan. Hay gente curiosa, lo entiendo.

Cameron:

No deberías tener que lidiar con eso.

Emerson:

No es para tanto.

Cameron:

No quiero que te sientas incómoda por mí ni por nada.

Emerson:

Bueno, gracias por preocuparte por mi bienestar.

Cameron:

Eso es lo que hacen los amigos: se preocupan por el bienestar del otro.

Emerson:

Pues gracias, no estoy acostumbrada a que se preocupen por mi bienestar, como lo habrás notado.

Cameron:

Ya sé. Y dime: ¿fuiste a correr?

Emerson:

Así es. Hoy sentí más frío que la semana pasada.

Cameron:

Y a medida que nos acerquemos a diciembre, sentirás más frío; tal vez en Navidad tengamos una nevada. ¿Viste nieve alguna vez?

Emerson:

No, nunca nevó en ninguno de los estados en los que viví.

Cameron:

¿Puedo preguntarte en qué otros estados viviste, aparte de California?

Emerson:

Wisconsin, Luisiana, Dakota del Norte, Minnesota, Kansas, Missouri, Nebraska, Texas, Georgia y Carolina del Norte y, bueno, en Vermont, que es donde creo que nací.

Cameron:

Conozco todos esos lugares, y creo que el que más me gustó fue Carolina del Norte.

Emerson:

Estoy de acuerdo con ello. Viajaste mucho por lo visto.

Cameron:

Mi padre tiene un *jet* privado, por lo que viajamos en él a muchos lugares.

Emerson:

Ya veo.

Cameron:

¿Te recojo a las tres mañana?

Emerson:

Seguro.

Cameron:

Me desconectaré ahora porque debo levantarme temprano. Que

descanses y tengas dulces sueños, Emerson, te veo mañana.

Emerson:

Que descanses tú también, Cameron.

El martes, cuando regresaba de la empresa, pasé por el puesto de periódicos y reparé en la portada de dos; eran el *New York Post* y el *New York Times*. Ambos hablaban acerca de que la tormenta de nieve que se aproximaba iba a ocurrir después de Navidad; meteorólogos y científicos ya lo habían confirmado, por lo que alertaban a toda la costa este, y en especial a Nueva York, a tomar recaudos en los días previos. Recordé que Cameron había mencionado la posibilidad de que hubiera nieve durante la época navideña.

El martes por la tarde fuimos con Cameron a correr en el Central Park. Por la noche me conecté a Facebook y agregué a Sally. Luego de unos treinta minutos en conexión, Cameron no se conectaba, lo cual me parecía extraño, pero sí apareció en línea Sally.

Sally:

¡Emerson! Me alegra que me hayas agregado.

Emerson:

No me percaté antes de hacerlo, si no lo hubiera hecho; hoy Cameron me lo recordó.

Sally:

¿Viste a Cameron hoy?

Emerson:

Sí, de hecho fuimos a correr al Central Park.

Sally:

¡Qué bueno! ¿Es la primera vez que van juntos o ya fueron antes?

Emerson:

Fuimos un día de la semana pasada y esta es la segunda vez que vamos.

Sally:

Pues tal parece que se ven seguido. Me alegro por ello.

Emerson:

¿Tú cómo estás?

Sally:

Muy bien, algo cansada por tanto trabajo en el sanatorio y con mis pacientes de consultorio.

Emerson:

Tal vez el fin de semana puedas descansar.

Sally:

Pues sí, iré con unas amigas a un club con *spa* en Los Hamptons.

Emerson:

¡Qué bueno! Así podrás relajarte, y escuché que Los Hamptons es un lindo lugar, ideal para eso.

Sally:

Absolutamente. ¿Te gustaría venir con nosotras?

Emerson:

¿Es este fin de semana?

Sally:

Iremos el sábado, que será el día en que todas estaremos desocupadas.

Emerson:

Oh, el sábado es mi cumpleaños y no tenía pensado hacer nada y tu plan parece ser una buena idea, pero ¿podría avisarte el viernes?

Sally:

No sabía que cumplías años el sábado. Eres Sagitario, tal como Cameron. No te preocupes, me confirmas después.

Emerson:

Bueno, ¿y tu hermana Beth también irá?

Sally:

No, solo iré con dos amigas de la universidad. Beth tiene una reunión con los compañeros de trabajo de Christopher.

Me parecía extraño ver que Cameron seguía sin conectarse y sopesé la idea de enviarle un mensaje de texto, pero pensé que tal vez se había puesto a

estudiar para sus exámenes y no quise molestarlo.

Emerson:

¿Cuántos años tiene Beth?

Sally:

Beth tiene veintiséis y Eddie tiene veintinueve. Por cierto: ya lo conocerás y te caerá muy bien. Es un bromista nato.

Emerson:

Eso mismo me dijo Cameron.

Sally:

Al parecer han hablado mucho, y te vuelvo a repetir que me agrada. Me temo que voy a desconectarme, dado que estoy exhausta.

Emerson:

Oh, está bien, no te preocupes. Enseguida yo también me desconectaré, debo levantarme temprano para trabajar. El viernes te confirmaré si voy contigo a Los Hamptons.

Sally:

De acuerdo. Que descanses, Emerson, me alegra que hayamos chateado.

Emerson:

A mí también, Sally, que descanses.

Me quedé unos minutos más conectada por si Cameron se conectaba y luego, finalmente, me desconecté. Cuando estaba acostada me puse a pensar en lo extraño que era que Cameron no se hubiera conectado y, más aún, que no me avisara al respecto. Lo cierto era que me había acostumbrado a chatear con él y no verlo en línea me entristecía.

Capítulo 13

LA VERDAD SOBRE LA EXCUSA

El miércoles, después del almuerzo, Amanda se acercó a mi escritorio y me comentó algo.

—No quiero ser entrometida, pero ¿seguro que no hay nada entre tú y Cameron? —me preguntó una vez más.

—No, solo somos buenos amigos —le respondí confundida por su insistencia en el tema.

—Solo te lo pregunto porque anoche él vino a mi departamento a buscar a mi hermana y le pidió ir a algún sitio juntos. Al parecer regresaron tarde ya que, cuando yo me fui a dormir, todavía no habían vuelto y esta mañana, cuando me levanté, le pregunté a Stephanie si aquello había sido una cita y me respondió que no podía contarme mucho al respecto. —Así que por eso Cameron no se había conectado la noche anterior: porque estuvo con ella—. Lo cual me pareció extraño.

—¿Qué... cosa te pareció extraña? —le pregunté con la voz algo temblorosa.

—Stephanie siempre me cuenta todo, especialmente cuando se trata de muchachos, pero por alguna razón dijo que solo habían ido a beber una copa. Solo eso. Pero había algo en su voz, como si no quisiera contarme lo sucedido. Debo decir que no me extraña viniendo de Cameron; tiene el don de persuadir a la gente. No sé cómo lo hace, dado que nunca me persuadió a mí pero, según tengo entendido, lo hace seguido con todo el que conoce, incluso con gente de su familia. Por ello te diré una vez más que tengas cuidado con él, creo que oculta muchos secretos.

—Gracias por preocuparte.

Luego de que ella regresara a su escritorio, yo me quedé pensando en lo que me había dicho. Cameron había estado toda la noche con Stephanie y ni siquiera se había tomado la molestia de decirme que no se conectaría, pero luego recordé que el domingo por la noche yo tampoco pensaba conectarme y ni siquiera le había avisado aquello; de no ser porque él me había llamado, yo ni me hubiese conectado esa noche, pero al menos yo no había salido a pasear con otra persona, mucho menos con una que se sentía atraída por mí.

Cuando salí de la empresa me encontré con Sienna en el vestíbulo; al parecer ella había salido a la misma hora que yo, por lo que regresamos juntas. De camino a casa me habló de lo entusiasmada y nerviosa que estaba porque Dougray fuera a conocer a su familia el sábado. La verdad es que me costaba trabajo concentrarme en todo lo que decía, dado que en mi cabeza todavía estaba pensando lo que Amanda me había dicho con respecto a Cameron.

Cuando se hicieron las tres, fui a correr al parque, como todos los días, pero por mucho que corriera no podía alejar de mi cabeza el hecho de que Cameron había estado con Stephanie la noche anterior. Y cuando más lo pensaba, más ansiosa me ponía al respecto. Sentía que faltaban muchas horas para que chateara con él y entonces me pregunté: ¿se conectaría esa noche? Tal vez volvería a salir con ella y me daría un plantón. Después me regañé a mí misma mentalmente por darle tanta importancia al asunto. Si él quería salir con ella o con cualquier otra muchacha, era libre de hacerlo y no tendría por qué darme explicaciones al respecto; después de todo solo éramos amigos.

Por la noche me conecté a mi ordenador y me sorprendió ver que Cameron ya estuviera conectado.

Cameron:

Hola, Emerson, disculpa que anoche no me haya conectado o te haya avisado al respecto siquiera. Tenía un asunto que arreglar, algo que se presentó a último momento y no podía no ocuparme de ello.

Emerson:

Okey.

Cameron:

¿Cómo estás?

Emerson:

Bien.

Cameron:

¿Qué hiciste hoy?

Emerson:

Lo mismo de siempre.

Cameron:

¿Estás enojada conmigo por no haberme conectado anoche?

Emerson:

Para nada, tenías tus motivos para ello.

Cameron:

De nuevo, discúlpame por ello.

Emerson:

No hay problema.

Cameron:

¿Fuiste a correr al parque?

Emerson:

Sí, todos los días voy, ¿recuerdas?

Cameron:

Lo recuerdo, solo trataba de establecer conversación contigo, pero al parecer esta noche no estás de humor para ello. No te culpo después del plantón que te di anoche y sin previo aviso; creí que me desocuparía temprano y podría conectarme, pero regresé tarde e intuí que ya dormías.

Emerson:

No tienes por qué excusarte de ello, tenías que estar con alguien que querías.

Cameron:

En realidad no quería, pero debía hacerlo.

Emerson:

Está bien, lo entiendo. Oye, ya me iré a dormir porque tengo sueño.
¿Chateamos mañana?

Cameron:

En realidad, tenía pensado acompañarte a correr, ¿puedo?

Emerson:

Sí, te espero a las tres, adiós.

No estaba enojada con él, pero por alguna razón me molestaba que no me hubiera contado con quién había estado la noche anterior; después de todo éramos amigos. Pero también pensé que eso no me daba derecho a saber todo sobre él; no me iba a contar todo, podía tener sus secretos e intimidades y no podía culparlo por ello.

Acababa de apagar la luz del dormitorio cuando mi móvil sonó. Lo tomé y vi que era una llamada de Cameron. Encendí la lámpara de mi mesa de luz y contesté la llamada.

—¿Cameron?

—*Disculpa que te llame, probablemente ya estabas durmiendo* —me dijo de forma apenada.

—No, acababa de acostarme, pero todavía no dormía —le dije—. ¿Qué sucede?

—*No puedo irme a dormir sabiendo que estás enojada conmigo.*

—Cameron, ya te lo dije: no estoy enojada contigo. —Traté de sonar convincente, pero no me salió.

—*Sé que lo estás, puedo notarlo en la frialdad de tu voz. Lo siento de nuevo, tenía algo que hacer.*

—Cameron, basta de disculparte, ya te dije que no estoy... —.En ese momento me percaté de que no servía de nada seguir mintiéndole, ya que él se daría cuenta—. Bueno, no estoy enojada contigo, pero sí un poco molesta.

—*Y lo entiendo, pero te lo repito: si hubiese regresado temprano de hacer lo que hice, te hubiera llamado para disculparme. Al principio creí que me desocuparía temprano, pero luego...*

—No estoy molesta contigo porque no me llamaste para avisarme, sino porque hoy Amanda se acercó a mi escritorio y me dijo que anoche fuiste a su departamento a buscar a Stephanie y que salieron.

—*Oh, Dios, me había olvidado que esa podría abrir la boca* —dijo.

—No estoy molesta porque hayas salido con ella, de verdad; eres libre de pasar tu tiempo con quien quieras. Solo pensé que serías honesto al respecto y me lo dirías, pero no tiene importancia, es tu vida.

—*Emerson, yo... no te lo dije porque no quiero involucrarte en esto, pero la razón por la que fui a buscar a Stephanie fue para pedirle que dejara de molestarte.* —Me quedé atónita al escuchar aquello—. *Pensaba decirle eso directamente en su departamento, pero olvidé que Amanda vive con ella y podía estar allí, por lo que me vi obligado a invitarla a beber algo para hablar en un lugar más privado. Fuimos a un bar que estaba casi vacío y allí le dije que te dejara de molestar.*

—Cameron, no tenías por qué hacer eso —le dije sorprendida.

—*Sí, sí tenía que hacerlo. No me gusta que alguien te esté molestando y mucho menos por mi culpa.*

—De todas formas, ¿qué le dijiste?

—*Solo que te dejara de molestar, que no volviera acercarse a ti nunca más por ningún motivo, que se olvidara de tu existencia* —me dijo él.

—¿Y no la amenazaste después de ello? Es decir, por lo general, esas advertencias van seguidas de una amenaza y no digo que esté bien, pero...

—*No la amenacé, Emerson, no hizo falta. Comprendió a la perfección lo que le dije* —me aseguró.

—¿Sabes? Cuando Amanda se acercó a decirme que tú habías estado con Stephanie anoche, me enfadé un poco, pero no porque estuvieras con ella, sino porque no te habías tomado la molestia de avisarme que no te conectarías.

Ahora sí estoy un poco ofuscada por no habérmelo contado, dado que tu encuentro con ella me involucraba a mí; si me involucra, debes procurar decírmelo.

—*Lo siento, tienes razón, no quise preocuparte. ¿Amanda te dijo algo más?, ¿te sigue molestando?*

—Nunca me molestó, solo se inmescuía. Y hoy, cuando se acercó a contarme eso, se notaba que lo hacía porque realmente estaba preocupada por mí. —No quería que la intimidara a ella también, dado que después tendría que verla siempre en la empresa.

—*Bueno pero, si te llegaran a molestar ella o Catherine, me avisas.*

—Desde luego —le dije.

—*Me alegra haber aclarado toda la cuestión. De otra forma no hubiese dormido tranquilo sabiendo que estabas molesta conmigo.*

—Ahora, que lo aclaramos, yo también estoy más tranquila —le dije.

—*Entonces te recogeré mañana a las tres* —me dijo.

—Bueno, Cameron, gracias por llamar y aclarar todo, que descanses —le dije.

—Ten dulces sueños, Emerson.

El jueves, a las tres en punto, Cameron estuvo en mi edificio.

—Hola, Emerson —me dijo y me dio un beso en la mejilla derecha, y luego me sorprendió que se acercara a darme otro en la izquierda.

—¿Estás practicando las costumbres de tu familia? —le pregunté sorprendida.

—Algo así, pero es la primera vez que lo hago. Noté que nunca te había besado la mejilla izquierda.

—Me alegra que lo hicieras —le dije.

—Hace un lindo día —comentó.

—Bastante. Casi ni se siente frío, pero leí que el fin de semana la temperatura descenderá considerablemente —le dije.

—Por cierto: debo preguntar si harás algo el sábado.

—El martes por la noche, estuve chateando con Sally y me comentó que ella y unas amigas irán a un club con *spa* en Los Hamptons y luego me dijo que, si no tenía planes, podía ir con ellas.

—Oh, ¿e irás? —me preguntó y noté una urgencia en su voz.

—No lo sé, le dije que le respondería mañana y, dado que de todas formas no tengo planes, tal vez le diga que sí —repuse.

—Oh, ¿y tienes ganas de ir con ellas? —me preguntó con curiosidad.

—En realidad tengo ganas de estar con ella y nunca antes he estado en un *spa* o en Los Hamptons, así que lo estoy considerando —le dije.

—¿Sabe Sally que el sábado es tu cumpleaños?

—Sí, se lo dije —le respondí—. ¿Qué sucede?

—No iba a decírtelo hasta mañana, pero este es tu regalo de cumpleaños —dijo sacando dos tiques de su bolsillo. Los miré de cerca y me percaté de que eran dos entradas para el concierto de The Avett Brothers.

—¿Este es mi regalo? —le pregunté sorprendida.

—Es para que vayamos ambos, ¿te interesa?

—Desde luego que me interesa. ¿Cuándo las compraste? —le pregunté maravillada.

—El viernes pasado —me respondió.

—¿O sea que el sábado, cuando fui a tu cumpleaños, ya las tenías y no me dijiste nada? —le pregunté con incredulidad.

—Se suponía que sería una sorpresa y no te la daría sino hasta mañana pero, dado que estás considerando ir a Los Hamptons con Sally, pensé que debía dártela ahora para que supieras las opciones que tienes. Desde luego que eres libre de decidir por la que más te guste.

—¿Y si me la ibas a dar mañana, por qué las traías contigo ahora? —le pregunté con curiosidad.

—Porque ya no aguantaba no decírtelo. Las tenía conmigo por si cambiaba de opinión y me daban ganas de decírtelo.

—Pues muchas gracias. Desde luego que iré contigo. Nunca creí que fuera

posible ver a mi banda preferida —le dije complacida.

—Entonces ya puedes decirle a Sally que no irás con ella.

—Hoy mismo se lo diré. De todos modos, como te dije antes, si fuera, solo sería para pasar tiempo con ella. Bueno, para eso y para conocer Los Hamptons —le dije.

—No te preocupes por eso. Mis padres tienen una casa allí; unos de estos días te llevaré, aunque es mejor ir en verano por la playa, pero supongo que ir ahora también tendrá su encanto. —No sabía que sus padres tenían una propiedad allí, aunque debí de habérmelo imaginado dada la cantidad de dinero que poseían.

—Me encantaría ir —le dije.

Mientras corríamos comenzamos a hablar de las canciones de The Avett Brothers. Él me contó que su preferida era «Pretty girl at the airport» porque le traía recuerdos.

Por la noche me conecté a Facebook para decirle a Sally que no iría con ella a Los Hamptons. Por suerte, ya estaba conectada.

Emerson:

Sally, ¿cómo estás?

Sally:

Más relajada a medida que se acerca el fin de semana.

Emerson:

Oye, quiero avisarte que no podré ir contigo a Los Hamptons porque ya hice planes para el sábado. Bueno, en realidad tu hermano es el que lo hizo: mi regalo de cumpleaños son entradas para ir a un concierto de The Avett Brothers, que es mi banda preferida —le comenté.

Sally:

Oh, ¿Cameron te llevará a ese concierto? ¡Cuánto me alegro!

Emerson:

Yo también estoy contenta por ello porque no creía que fuera posible ir a verlos.

Sally:

¿E ir con Cameron lo hace aún más especial?

Emerson:

Supongo. Es mi amigo y me gusta estar con él.

Sally:

Y aquí, entre nosotras, ¿te atrae mi hermano menor?

Emerson:

No me siento cómoda hablando de eso por este medio, pero prometo respondértelo cuando nos veamos.

Sally:

Dado que de lunes a viernes estoy muy ocupada, ¿qué te parece si el domingo por la tarde vienes a mi departamento a tomar un café?

Emerson:

¿Este domingo?

Sally:

Sí, este domingo. Ya habremos regresado de Los Hamptons para ese entonces.

Emerson:

Oh, está bien.

Sally:

Pues en la tarjeta que te di en la fiesta de mi hermano, está mi dirección. ¿Te espero a las cuatro?

Emerson:

Está bien, te veo el domingo entonces.

Sally:

Dado que mi hermano entró en conexión y que estoy cansada, me desconectaré, así chateas tranquila con él.

Emerson:

Bueno, Sally, el domingo te veré. Si no chateo mañana contigo, espero que pases una linda estadía en Los Hamptons.

En ese momento Cameron me saludó.

Sally:

Gracias, Emerson. Que tú y mi hermano pasen una encantadora velada el sábado por la noche. Después te saludaré por tu cumpleaños.

Cuando Sally se desconectó, le respondí a Cameron.

Emerson:

Hola, Cameron, justo estaba despidiéndome de Sally.

Cameron:

Oh, y supongo que ya le dijiste que no irás con ella a Los Hamptons.

Emerson:

Así es, pero en su lugar la veré el domingo en su departamento. Iré a tomar un café con ella por la tarde.

Cameron:

Oh, me parece estupendo.

Emerson:

Estuve recordando que tienes exámenes la semana que viene.

Cameron:

Y probablemente te sientes culpable porque vaya a salir el sábado contigo. Pues no te lo he dicho antes, pero te sorprenderá saber que, por lo general, estudio una o dos noches antes de cada examen y siempre apruebo.

Emerson:

No sé si lo estás diciendo para que no me sienta mal por ello, pero optaré por creerte.

Cameron:

Gracias, y no te preocupes: ya verás cómo luego obtengo A+ en mis exámenes.

Emerson:

¿Siempre sacas A+?

Cameron:

Siempre.

Emerson:

Si tú lo dices...

Cameron:

¿Le contaste a Sally que iremos al concierto el sábado?

Emerson:

Sí, y se puso muy contenta por ello.

Cameron:

Me imagino.

Emerson:

¿Cómo está tu amigo George?

Cameron:

Muy bien. La vez pasada me preguntó por ti y me dijo que te enviara saludos.

Emerson:

Pues envíale mis saludos cuando lo veas. ¿No le preguntaste si quiere ir con nosotros el sábado?

Cameron:

Creo que tiene planes. ¿Tú querías que él fuera?

Emerson:

Solo decía que, por cortesía, lo podrías haber invitado.

Cameron:

Pues tiene planes. Además, yo había pensado que solo iríamos nosotros dos, no quiero compartir tu cumpleaños con alguien más.

Emerson:

Oh, eres de esos.

Cameron:

¿De esos?

Emerson:

De los que no quiere compartir a sus amigos.

Cameron:

Solo pensé que tú deberías pasar tu cumpleaños con amigos y George todavía no lo es. Te prometo que otro día saldremos los tres.

Emerson:

¿George no tiene novia?

Cameron.

No, pero tiene citas todos los fines de semana, tal como este.

Emerson:

Pues un día podríamos salir los tres y que él lleve a su cita.

Cameron:

Más adelante lo haremos. Debo desconectarme, mañana chateamos. Que tengas dulces sueños, Emerson.

Emerson:

Tú también, Cameron.

El viernes por la tarde, Sienna me mostró el vestido que se iba a poner el sábado por la noche.

—Es hermoso —le dije admirando el vestido; era marrón hasta las rodillas.

—¿Tú harás algo? —me preguntó ella.

—Voy a ir a un concierto de The Avett Brothers con Cameron —le dije.

—Oh, el muchacho tiene en cuenta tus intereses —me dijo con una sonrisa burlona.

—Es solo porque es mi cumpleaños —le dije avergonzada.

—Oh querida, no lo recordé, ¿por qué no me lo dijiste antes? —me dijo y se sentó a mi lado mientras me tomaba la mano.

—Porque no me pareció gran cosa —le dije.

—El cumpleaños de uno mismo siempre es gran cosa —me dijo—. ¿No querías que festejáramos? No puedo cancelar la cena de mañana, pero puedes ir a mi casa si quieres.

—Gracias, pero ya hice planes —le recordé.

—Cierto. ¿Y el muchacho accedió a ir contigo en tu cumpleaños a ver a tu

banda preferida?

—Pues ese es su regalo de cumpleaños —le dije encogiéndome de hombros—. Además, a él también le gusta mucho esa banda.

—¿Ese es su regalo de cumpleaños? Linda, déjame decirte que es obvio que ese muchacho te ve como algo más que como a su amiga. De otra forma, ¿qué clase de hombre se excusa de una acampada para cenar contigo, te invita a su fiesta íntima de cumpleaños en su casa y te compra entradas para que vayas a ver a tu banda preferida en tu cumpleaños?

—No lo creo, Sienna. Ambos dejamos bien en claro que solo somos amigos, y por mí está bien así —le mentí.

Emerson:

¿Qué tan formal crees que sea el teatro en donde tocará la banda?

Cameron:

No creo que sea tan formal, es solo un teatro con butacas.

Emerson:

Oh, solo lo pregunto para ver cómo iré vestida.

Cameron:

Pues te diré lo mismo que te dije para la fiesta de mi cumpleaños: vístete como más cómoda te sientas.

Emerson:

¿A qué hora es la presentación?, ¿a las nueve?

Cameron:

Así es, pero pasaré por ti a las siete.

Emerson:

¿Por qué tan temprano?

Cameron:

Antes quiero llevarte a cenar por tu cumpleaños.

Emerson:

No hace falta, ya me regalaste la entrada.

Cameron:

Insisto. Además, tampoco iremos a un lugar tan elegante.

Emerson:

Bueno, me convenciste. A las siete te espero.

Cameron:

Nos vemos mañana entonces. No puedo esperar a verte, Emerson, que tengas dulces sueños.

Me desconcertó que se desconectara tan rápido pero, de todas maneras, lo vería al día siguiente. Y entonces caí en la cuenta de que por la mañana ya sería mi cumpleaños y de que pasaría la velada con Cameron. Por primera vez pasaría mi cumpleaños con alguien que me agradaba, alguien a quien yo consideraba especial, viendo tocar a mi banda preferida en el mundo entero. Probablemente ese se iba a convertir en el mejor cumpleaños de mi vida.

Capítulo 14

MUCHACHA HERMOSA DE VERMONT VOL. I

El sábado por la mañana, Sienna me hizo el desayuno.

—Dado que no podremos almorzar o cenar juntas, al menos tenía que prepararte el desayuno —dijo apenada.

—Muchas gracias, pero no tenías que sentirte mal por ello —le dije mientras comía un panqueque.

—No hay de qué. Sé que he pasado mucho tiempo con Dougray últimamente, pero prometo compensártelo; en la semana podríamos tener una salida de chicas —me dijo.

—Me encantaría, pero no te excuses por pasar tiempo con el hombre que te gusta. Además, tampoco es que yo no haya estado saliendo —le dije.

—Tienes razón. Para ser nueva en la ciudad, tu vida es tan activa como la mía —me dijo sonriendo.

Al mediodía, mientras almorzábamos, Amanda y Catherine se pusieron a hablar acerca de lo que harían por la noche, como era habitual en ellas. Amanda comentaba que con su hermana irían a una fiesta de una fraternidad y Catherine dijo que tenía una cita con un muchacho del Área de Marketing de la empresa. Me sorprendió que no me preguntaran qué haría. Yo ni siquiera les había mencionado que era mi cumpleaños; era mejor si no lo sabían.

Por la tarde Sienna se acercó a mí y me entregó una bolsa celeste.

—¿Qué es esto? —le pregunté sorprendida.

—Tu regalo de cumpleaños —me dijo sonriendo.

—No tenías que molestarte —dije sacando de la bolsa un hermoso vestido

azul zafiro.

—¿Por qué no? Es tu cumpleaños. Además, tendrás algo para ponerte esta noche.

—Es hermoso, Sienna, muchas gracias —le dije abrazándola. Hacía poco más de un mes que vivíamos juntas y adoraba que me hubiera tocado compartir departamento con tan buena muchacha—. Me lo probaré —le dije y me dirigí hacia mi habitación. Me quité el *jean* y el suéter que tenía puesto y en su lugar me puse el vestido. Era muy bonito y, si bien no usaba mucho ese color, sentía que me sentaba bien.

Después de ducharme me puse el vestido con unas medias negras similares a las que me había puesto el sábado anterior para el cumpleaños de Cameron. El vestido tenía mangas largas, la parte de arriba era ceñida al cuerpo y la parte de abajo, acampanada, pero con una especie de cinturón del mismo color en la cintura, lo cual me encantaba; también traía dos volados en el cuello y me llegaba hasta las rodillas. Me encantaba. Por encima de las medias negras, me puse mis botas negras sin tacones.

Me senté frente al espejo de mi cómoda y comencé a pasarme base en el rostro, un poco de mascarilla en las pestañas y rubor en las mejillas. Añadí un poco de *gloss* rosa claro a mis labios y me cepillé bien el cabello y me lo dejé suelto; a decir verdad, solo me lo recogía en verano o cuando iba a correr.

Cuando el timbre sonó, tomé mi abrigo y bajé. No llevaba cartera, dado que solo llevaría mi móvil, mis llaves, algo de dinero y un poco de *gloss*. Todo eso cabía perfectamente en los bolsillos de mi abrigo.

Cameron tenía puesto un *jean* celeste, un suéter beis y su abrigo negro encima.

—Hola, cumpleañosera —me dijo mirándome fijamente. Esbozó media sonrisa y se acercó a besarme en ambas mejillas; después me atrajo hacia él y me abrazó—. Feliz cumpleaños, Emerson.

—Gracias, Cameron —le dije al tiempo que me volvía hacia atrás.

—Iremos en taxi si te parece bien —me dijo.

—Está bien —le dije.

Cuando arribamos en Seventh Avenue, supe que Cameron me había mentido respecto a que el lugar no sería elegante y, en cuanto entramos al restaurante Petrossian, me cercioré de ello. Elegante era poco para describir aquel lugar; derrapaba lujo por todas partes.

Luego de que Cameron diera su nombre de la reservación, una mujer tomó nuestros abrigos y un mozo nos acompañó a una mesa ubicada en un sector despejado, en donde nos sentamos.

—¿Por qué no me dijiste que este lugar era más que elegante? —le espeté.

—Porque sabía que te pondrías algo que no te hiciera sentir cómoda, y déjame decirte que no solo te ves bonita con ese vestido, sino también cómoda en él; el azul te sienta muy bien.

—Muchas gracias —le dije algo sonrosada—. Este fue el regalo de cumpleaños de Sienna.

—¿Es buen momento para darte tu regalo entonces? —me preguntó.

—¿Te refieres a la entrada? —le pregunté confundida—. Puedes conservarla tú, dado que ahora, que me quité el abrigo, no tengo bolsillos.

—En realidad, me refería a esto —me dijo entregándome una bolsita celeste pequeña con un lazo plateado que la envolvía.

—¿Qué es esto? —le pregunté mirando la caja que estaba dentro de la bolsita.

—Es tu regalo de cumpleaños. Bueno, tu otro regalo —me dijo él.

—Cameron, ya me regalaste la entrada al concierto y me trajiste a cenar a este lugar, que intuyo es carísimo. No puedo aceptar esto también —dije, notando que era una joya de Tiffany & Co.

—Ya te lo compré, así que no puedo devolverlo. Bueno, sí puedo, pero no quiero. Ábrelo, por favor. —Tomé la cajita y tiré del lazo. Cuando la abrí adentro había un brazalete plateado con brillantes.

—Me encanta, pero insisto en que no debías haberte molestado —le dije mirándolo.

—En cuanto lo vi, me recordó a ti. Póntelo, por favor. —Le hice caso y me lo puse en la muñeca izquierda. Me gustaba como me quedaba.

—Muchas gracias —le dije algo apenada de que hubiera gastado en eso; ya era suficiente con la entrada al concierto y la cena allí.

—No tienes por qué, y trata de no sentirte mal al respecto, puedo permitírmelo —me dijo.

—Con el dinero de tu padre —le dije a sabiendas de que él todavía no trabajaba.

—Yo tengo mi propio dinero. Ya sé que no me lo gané trabajando, pero tengo mi herencia; está a mi disposición y no me refiero solo al dinero que me corresponde de mis padres, sino también al que dejaron mis antepasados. Créeme, es muchísimo.

—Eso no justifica el hecho de que debas comprarme tantas cosas —le dije.

—Es tu cumpleaños y, si mal no recuerdo, tú me diste dos regalos para mi cumpleaños —me dijo él.

—Pero no costó tanto como todo lo que tú me regalaste —le respondí.

—¿Y qué importa cuánto costaron? A mí me gustaron mucho. Por cierto: estuve tocando el instrumento que me regalaste, y suena muy bien.

—Me alegra oír eso —le dije complacida. En ese momento un mozo se acercó y nos dio la carta con el menú. Cameron me dijo que ese lugar se especializaba en *sushi*, por lo que pedimos unos.

—¿Te parece bien que de bebida tomemos refresco, dado que no te gusta beber alcohol? —me preguntó.

—Desde luego —le dije.

Las luces del sector en el que estábamos eran bajas y tenues. Observé el rostro de Cameron; parecía más immaculado allí.

Después de quince minutos, nuestros platos llegaron.

—¿Cómo están tus padres? —le pregunté.

—Muy bien, los vi antes de venir. Te enviaban saludos y felicitaciones por

tu cumpleaños —me dijo.

—Agradéceles de mi parte —le dije—. ¿Has sabido algo de tus hermanos?

—Están todos bien. Los veré mañana en la casa de mi abuela en Connecticut —me dijo—. Lo que me recuerda... ¿Estarás disponible el domingo que viene al mediodía?

—Supongo, pero ¿por qué lo preguntas?

—Mi abuela Emma, la que está en silla de ruedas, te invitó a almorzar en su casa el domingo que viene.

—Oh, es muy considerado de su parte invitarme, pero no lo sé.

—¿Por qué? Es solo un almuerzo.

—Familiar, y yo no soy de la familia —le dije.

—Pero eres mi amiga y ya todos en la familia te conocieron, excepto Eddie y su esposa, pero te agradecerán.

—Aun así, creo que es muy íntimo —le dije.

—Es solo un almuerzo. Nosotros vamos todos los domingos. Además, si no vas ahora, te seguirán invitando hasta que finalmente cedas.

—Está bien, iré —le dije a regañadientes. En realidad me gustaba que me hubieran invitado, pero seguía pensando que era algo íntimo—. Después me pasas la dirección.

—No será necesario, te iré a buscar. Eres nueva en la costa este y nunca antes has estado en Connecticut, por lo que no sabrías cómo llegar allí —me dijo.

Después de que hubimos terminado de cenar, un mozo levantó los platos y se acercó empujando una bandeja con ruedas con un pastel encima. Cuando el mozo colocó el pastel sobre nuestra mesa y comenzó a cortar las porciones, miré a Cameron perpleja.

—Por favor, dime que no encargaste ese pastel —le dije susurrando.

—¿Y qué si lo hice? Es tu cumpleaños, te mereces tener un pastel. —El mozo cortó dos porciones y nos dio a cada uno en platos. Era de chocolate con

una cobertura de merengue.

—De verdad, Cameron, que te tomaste muchas molestias por esta noche —le dije mientras tomaba un pedazo de pastel con el tenedor.

—Basta de sermonearme por ello, Emerson, y disfruta de la velada —me espetó.

Una vez que terminamos de comer el pastel, Cameron se acercó a pagar la cuenta, tomamos nuestros abrigos y salimos de allí.

Tomé el teléfono móvil del bolsillo de mi abrigo y me fijé en la hora; eran las ocho y quince y afuera hacía frío, aunque no lo sentía tanto.

—¿Quieres que vayamos caminando hacia el teatro en donde darán el concierto? —me preguntó Cameron.

—Me hará bien caminar —le dije.

—Tómame del brazo —me pidió señalando su brazo izquierdo. Lo tomé y comenzamos a caminar por la Fifth Avenue. Pasamos por Rockefeller Center y observé la pista de patinaje que siempre había visto a través de películas, así como el Radio City Music Hall. Cuando atravesamos la calle 50 de la Fifth Avenue, pasamos por enfrente de una imponente y hermosa iglesia.

—La iglesia San Patrick —me dijo Cameron, que notó que yo estaba absorta en la imagen del edificio.

—Es hermosa —le dije.

—La más bonita de Nueva York —me dijo él—. Un día te traeré cuando esté abierta y podremos subir a ver la terraza.

Cuando llegamos al teatro, me solté del brazo de Cameron y entonces reparé en que hacía frío; por alguna razón no había sentido frío mientras estaba unida a él.

Eran las ocho y cuarenta, pero aun así el teatro ya estaba casi lleno de gente. Fuimos a sentarnos en la tercera fila en el medio. El lugar era un viejo edificio con pisos lustrosos y un escenario ancho con un telón.

—¿Estás ansiosa por ver a la banda? —me preguntó Cameron.

—No lo había pensado hasta ahora, pero sí. Ansiosa, nerviosa y feliz —le

dije. Cameron me miró con un brillo de luz en sus ojos.

—Pues me alegra que estés feliz —me dijo de una forma que parecía animada.

En ese momento un fotógrafo con una cámara Nikon se acercó a nosotros.

—¿Les interesaría que les tome una fotografía? —nos preguntó.

—Desde luego —dijo Cameron acercándose más a mí. El fotógrafo apretó el disparador y tomó la fotografía.

A las nueve en punto, las luces se apagaron, el telón del escenario se abrió y apareció la banda en escena. Comencé a sentir que mi corazón palpitaba con fuerza cuando divisé a Scott y a Seth Avett delante de los micrófonos y a sus coristas, y al del chelo y el bajo detrás. Seth sostenía una guitarra mientras que Scott estaba al piano.

Comenzaron cantando «One line wonder». Una vez que terminaron saludaron y agradecieron al público presente. Luego entonaron «The lowering». Después siguieron con «Pretty girl at the airport». Me volví para observar a Cameron, quien me devolvió la mirada. La siguiente canción que cantaron fue «The perfect space». Una hora y media más tarde, y tras haber cantado varias canciones que se titulaban «Pretty girl» de algún lugar, el espectáculo ya iba a terminar y, para mi deleite, cerraron con «I and Love and You». Observé que Cameron me miraba expectante bajo las luces bajas. Le sonreí y él me devolvió la sonrisa. Era la primera vez que veía esa sonrisa; parecía espontánea, lo cual me sorprendió.

Cuando las luces del teatro se encendieron, todos nos levantamos a aplaudir. Sentía la adrenalina subir por mi espalda y extenderse por todos mis músculos; nunca antes había sentido tal cosa, excepto cuando había visto a Blind Pilot.

Cuando la banda se retiró del escenario, con Cameron comenzamos a enfilarnos hacia la salida.

—¿Aguardarías un momento aquí? Debo ir al baño —me dijo Cameron.

—Desde luego —le respondí mientras me ponía mi abrigo y aguardaba

cerca de los baños.

Mientras estaba allí aproveché para entrar al baño de damas; después de todo solo había ido al baño en el restaurante. Cuando salí, encontré a Cameron mirando para todas partes.

—Yo también aproveché para entrar al baño —le dije.

—Oh, está bien. ¿Podrías acompañarme por aquí? —me pidió.

—¿Adónde vamos? —le pregunté mientras caminaba a su lado a través de un pasillo.

—Ya lo verás —me dijo llamando a una puerta. En cuanto se abrió, me quedé estupefacta: delante de mí había seis hombres y cuatro de ellos eran los que habían estado tocando en el escenario hacía un momento atrás. Miré a Cameron perpleja; su expresión era expectante. Volví la vista a los hombres, que me estaban escrutando con sus ojos, cuando Scott se acercó a mí y me dijo:

—Tú debes ser Emerson. Es un placer. —Me extendió su mano y yo la tomé. Creo que se percató de que estaba temblando, porque esbozó una sonrisa; mi voz sonó aún más temblorosa.

—Ho...la, Scott —le dije.

—Él es mi hermano Seth, como ya lo sabrás. —Seth me sonrió y me dio un fuerte apretón en la mano—. Y ellos son Bob y Joe —me dijo presentándome al bajista y al del chelo—. Y él, nuestro mánager, y Steve es el dueño del teatro. —Saludé a todos dándoles la mano.

—Oh, por cierto, feliz cumpleaños —dijo Seth y al unísono los otros cinco también me dijeron «Feliz cumpleaños».

—Muchas gracias, significa mucho para mí —les dije—. Son mi banda preferida y verlos hoy tocar y estar ahora aquí en frente de ustedes es un sueño hecho realidad. —Por alguna razón mi voz ya no sonaba temblorosa.

—Muchas gracias, esto es para ti de parte de todos nosotros —me dijo Scott entregándome un CD recopilado de todos los álbumes autografiado por toda la banda.

—Muchas gracias, me encanta —les dije—. ¿Siempre reciben a sus fans tras sus conciertos?

—No siempre, solo hacemos concesiones en casos especiales. En este caso digamos que tu amigo Cameron fue bastante persuasivo. —Observé a Cameron, quien bajó la mirada. No podía creer que hubiera hecho tal cosa por mí.

—Por cierto: ahora podríamos escribir una canción titulada «Pretty girl from New York» —me dijo Scott sonriendo.

—En realidad viví en muchos lugares, pero soy originaria de Vermont —le dije sin saber si aquella canción sería para mí.

—Pues «Pretty girl from Vermont» será entonces —me respondió.

—Bueno, muchas gracias —les dije—. Fue muy considerado de su parte, pero estoy muy segura de que tienen cosas que hacer, así que los dejaremos. Muchas gracias de nuevo —les dije saludándolos a uno por uno.

—El gusto fue nuestro, Emerson —me dijo Scott.

Luego de tomarnos una fotografía con ellos y de que Cameron se despidiera de la banda, salimos de allí.

Una vez afuera del teatro, me volví hacia Cameron, quien me estaba mirando fijamente.

—Gracias por todo —le dije verdaderamente agradecida.

—No tienes por qué, te lo mereces —me dijo él.

—Es... demasiado todo lo que me regalaste hoy: la entrada, la cena en ese lujoso restaurante, este brazalete, y encima conocí en persona a mi banda preferida. ¿Cómo lo hiciste? ¿Cuándo?: ¿mientras yo estaba en el baño? ¿Realmente entraste al baño o te fuiste a ver a la banda?

—En realidad fue antes. Steve, el dueño del teatro, es amigo de mi padre y hablé con él ayer para preguntarle si podríamos ir tras bastidores a conocer a la banda cuando finalizara el concierto. Al principio se rehusó porque, como ellos nunca antes tocaron aquí, no sabía si se podría pero, tal como ellos lo dijeron, puedo ser muy persuasivo. Y sí: cuando te dije que me iba al baño, en

realidad me fui a verlos a ellos para ver si ya podía llevarte a conocerlos. — Al principio me quedé sin habla.

—Te vuelvo a repetir que gracias, pero fueron muchos regalos por hoy. Por favor, dime que no hay otro regalo más —le dije.

—Solo uno —me dijo—, y no podrás rehusarte o sentirte mal al respecto. De hecho creo que te gustará, acompáñame —me pidió mientras cruzábamos la Fifth Avenue hacia el parque. Una vez que llegamos allí, observé que había aparcado un carruaje con caballos y un hombre vestido en esmoquin con un sombrero al tono en la cabeza—. Sube —me pidió Cameron tomándome de mi mano para hacerme subir al carruaje. En cuanto lo hice se subió él también y el conductor comenzó a andar—. Tómame del brazo —me pidió Cameron, y al instante empecé a sentirme cálida.

Pasamos por Madison Square Garden, por Lincoln Center, el Carnegie Hall, Rockefeller Center, el World Trade Center y Broadway. Era alucinante pasear en ese carruaje y ver la ciudad nocturna desde allí.

—Esto es magnífico, gracias —le dije a Cameron apoyando mi cabeza en su hombro derecho.

—Es magnífico pasear en carruaje viendo la ciudad, ¿verdad?

—¿Paseaste muchas veces en carruaje? —le pregunté.

—De hecho es la primera vez que lo hago —me respondió.

—Oh, ¿o sea que estamos paseando solo porque es mi cumpleaños? —le pregunté mirándolo.

—Así es —me dijo.

Luego de una hora de paseo por Park Avenue, Fifth, Sixth y Seventh Avenue, TriBeCa y Broadway, finalmente regresamos al lugar del cual habíamos partido.

—¿Hay algo más que quieras hacer? —me preguntó Cameron.

—Creo que ya fuimos a muchos lugares por hoy y, además, no quiero quitarte más tiempo; de seguro mañana debes levantarte temprano.

—No tan temprano. Además, es tu cumpleaños; no tienes que excusarte si

hay algo más que quisieras hacer —me dijo mirándome.

—Gracias, pero es tarde y estoy cansada —le dije—. Fueron muchas emociones por un día. —Lo cual era cierto.

—Entonces vamos, te llevaré de regreso a tu hogar —me dijo y cogió un taxi.

Una vez que llegamos nos despedimos en la puerta de mi edificio.

—Gracias por todo, fue el mejor cumpleaños que tuve alguna vez.

—No tienes por qué agradecer, es un placer para mí contribuir a tu felicidad —me dijo él mirándome.

—¿En qué te irás a tu casa? —le pregunté con curiosidad.

—Tomaré un taxi. Te veré el martes en nuestra maratón correspondiente —me dijo. Me abalancé a sus brazos y lo abracé fuertemente; él me lo devolvió de la misma forma y nos quedamos así por un rato—. Debo irme. Ten dulces sueños, Emerson —me dijo y me depositó dos besos en las mejillas.

Cuando ya estaba acostada en mi cama, me puse a recordar la maravillosa noche que había tenido, y todo se lo debía a Cameron; se había asegurado de darme el mejor cumpleaños que había tenido alguna vez. Pero por lo que más me sentía bendecida era por tenerlo a él en mi vida.

El domingo, después de almorzar, me conecté a Facebook para subir las fotografías que me había tomado con The Avett Brothers. Era una de las pocas fotos que subía y me parecía grandioso que fuera de una banda famosa que me encantaba. En cuanto me conecté, vi que tenía un montón de notificaciones; eran todos saludos de cumpleaños. Dougray, Sienna, Sally, Amanda, Catherine y otras personas del trabajo me habían dejado mensajes; también algunos excompañeros de la empresa de California, así como mi exguardiana, pero el saludo que más me había gustado era el de Cameron. Solo decía:

Feliz cumpleaños, Emerson, espero que seas feliz hoy y siempre. Con cariño, tu amigo.

Por la tarde me dirigí hacia la Fifth Avenue; había pasado la noche anterior por allí, pero ahora iba a un lugar en particular. Cuando llegué al edificio de

Sally, observé lo suntuoso que este era.

El departamento de Sally era lujoso pero acogedor; las paredes eran de color crema con largos ventanales a los costados y había flores naturales en jarrones por todas partes.

—Tu departamento es muy bonito —le dije mientras nos sentábamos en el sofá.

—Muchas gracias, Emerson. Me gustaría conocer tu departamento algún día, si te parece bien —me dijo sirviéndome una taza de té.

—Desde luego que me parece bien. Puedes ir cuando quieras —le dije—. Siempre estoy por las tardes después que regreso de correr, y mi compañera de piso te agradecerá mucho. —De hecho creí que Sally y Sienna se llevarían muy bien.

—Pues ya arreglaremos para la semana que viene porque esta semana estoy muy ocupada. Y cuéntame: ¿qué tal la cita de anoche? —inquirió a continuación.

—No era una cita, sino una salida entre amigos por mi cumpleaños —le dije.

—Oh, bueno, pero ¿qué tal la pasaron?

—Estupendo, fue el mejor cumpleaños de mi vida. Primero Cameron me llevó a un restaurante llamado Petrossian, luego fuimos al teatro en donde tocó The Avett Brothers y resulta que los conocí tras bastidores tras la presentación, lo cual fue muy excitante, y terminamos la noche paseando en carruaje por la ciudad. —Sally abrió los ojos de par en par.

—Tal parece que fue una noche soñada. Debo admitir que nunca me imaginé que Cameron podría llegar a ser el típico muchacho que lleva a cenar a una muchacha a un restaurante de categoría y luego a un paseo en carruaje, pero no me extraña: después de todo solo somos hermanos.

—¿A qué te refieres con ello? —inquirí con curiosidad.

—A que el hecho de que sea tu hermano no significa que sea tu amigo. Con Beth somos amigas aparte de ser hermanas y nos contamos secretos, pero

supongo que es porque ambas somos mujeres. Con Eddie nunca nos contamos secretos, pero tampoco nos ocultamos cosas importantes, pero con Cameron siempre fue todo diferente: él nunca nos cuenta nada, tampoco lo forzamos a ello, desde luego.

—En realidad lo que quise preguntarte es a qué te refieres con que nunca te lo imaginaste siendo ese tipo de muchacho típico.

—Pues déjame decírtelo de este modo: cuando Cameron llegó a nuestras vidas, pues ya conoces su historia, él es adoptado, por lo que lo trajeron a casa cuando tenía unos cinco años y, a medida que íbamos creciendo, a mis padres les preocupaba que Cameron fuera autista porque nunca sonreía. Se mostraba reacio al contacto humano, como las caricias o los besos, no quería jugar como los demás niños normales, pero lo que más les sorprendió a mis padres fue que mostraba tener habilidades intelectuales brillantes, como leer libros completos y saber el significado de palabras complejas, así como tener facilidad para recordar todo lo que se le decía o leía.

—Tal vez solo es inteligente —le dije yo.

—Pues mis padres lo llevaron a varios especialistas para que lo examinaran, no solo por la parte intelectual, sino también por su reticencia a las relaciones humanas. Después de varios estudios, determinaron que no era un niño autista sino que, por haber sido despojado de su hogar habitual, es decir, por haber sido rechazado por sus padres biológicos, le costaba adaptarse a esta familia y por ello tampoco confiaba plenamente en los humanos. Le tomaría un tiempo, pero de a poco eso se iría revirtiendo; al principio le costaba aceptar un abrazo o una caricia, y eventualmente eso se fue naturalizando. —Me sorprendía lo mucho que nos parecíamos en ese sentido.

—¿Y con respecto a la parte intelectual?

—Pues se le hicieron varias pruebas de coeficiente intelectual y determinaron que el suyo era alto, más alto que el de cualquiera que se hubiera hecho, pero eso no representaba nada malo desde luego; por el contrario, tal

vez solo lo heredó de sus padres biológicos. Por ello nos sorprendió mucho cuando escogió estudiar música; siempre creímos que, por su intelecto y por su capacidad para memorizar cosas, estudiaría leyes o medicina, pero él parecía muy convencido de lo que quería.

—¿Qué tanto cambió desde entonces? —le pregunté.

—Pues tuvo varios altibajos en su vida temprana. Nunca tuvo amigos en la escuela primaria; los amigos de mis padres a menudo llevaban a sus hijos a jugar con Cameron, pero luego dejaron de ir, en parte porque Cameron se rehusaba a jugar con ellos y también porque quiso pegarles. Su terapeuta dijo que era una conducta normal en él, dado que estaba en proceso de adaptación. Al parecer los niños le insistían para jugar y él se rehusaba empujándolos. Después, durante su adolescencia, tampoco hizo ningún amigo; es decir, lo que realmente se llama un amigo, pero sí se relacionaba con gente, según teníamos entendido, dado que salía todos los fines de semana, a veces hasta en días de escuela. Pero quienes quieran que hayan sido esas personas no eran buena gente, porque Cameron se descarrilló mucho por aquella época y, si bien no tienen toda la culpa, dado que a Cameron le costaba relacionarse con otros, tampoco le hicieron ningún bien. No fue sino hasta que entró en la universidad que comenzó a hacer amigos. Nunca antes había llevado a nadie a cenar a la casa sino hasta el sábado pasado; por ello nos sorprendió cuando nos comunicó que te había invitado a ti y a sus amigos de Juilliard.

—Lo entiendo —le dije.

—Y ya te habrá dicho que nunca tuvo novia, por lo que nos sorprendió verlo bailando contigo en la fiesta de la empresa, y por ello mismo me sorprende que te haya hecho pasar tremenda velada romántica. A ello me refería con que no me lo imaginaba siendo el típico muchacho que hace pasar una velada romántica.

—Te repito que solo fue una salida entre amigos —le recordé.

—¿Y tú estás conforme con ser solo su amiga? —indagó.

—Pues sí, él es un gran muchacho, muy bueno conmigo —le dije.

—No me refiero a eso. ¿Quieres ser algo más que su amiga?

—Pues, yo tampoco nunca tuve novio, así que no sé —le dije.

—Pero ¿te sientes atraída por él? No sé para qué te pregunto si se te nota en los ojos cada vez que lo miras. —Me sonrojé al oír aquello. ¿De verdad mi mirada me delataba?

—Eso ni siquiera tiene importancia —le dije.

—¿Qué cosa?: ¿el que te guste mi hermano? ¿Por qué no tiene importancia? —me preguntó sorprendida.

—Porque él solo me quiere como a su amiga, encontró en mí a una persona parecida a él. Ambos fuimos huérfanos; es decir, si bien él ahora tiene a una familia, eso no significa que esté con su familia biológica, por lo que en ese sentido le resulta fácil estar conmigo, además de que tenemos afinidad por la música, pero eso es todo.

—Pues, si le pregunto a él si le gustas, no me lo querrá decir, pero no hace falta que lo haga: también se le nota en los ojos cuando te mira. Nunca antes vi esa mirada en él; es como si solo tuviera ojos para ti.

—No creo que me vea como algo más que a una amiga, sino ya me hubiese dicho algo —le dije yo.

—Pues hubo un tiempo en que con Beth sopesamos la idea de que era gay; no porque nunca hubiera tenido una novia de la que tuviéramos certeza que existía, sino porque nunca lo oíamos hacer comentarios acerca de muchachas y, cuando nuestros padres brindaban alguna fiesta y acudían jovencitas hermosas con escotes prominentes o faldas muy cortas, él ni siquiera las miraba. Igualmente pronto nuestras sospechas se disiparon —dijo bajando la mirada. Supuse que estaría relacionado a lo que había leído en internet.

—¿Y no consideraron que le pueden atraer personas de ambos sexos?

—También lo consideramos, pero luego el terapeuta que lo atendía dijo que no lo era. ¿Por qué lo preguntas?

—Hace unas semanas atrás, recibí un mensaje en Facebook de un contacto que no era mío; era Stephanie Humphrey, la hermana de Amanda. El mensaje

decía que Cameron no era quien yo creía que era y me preguntaba si me había contado acerca de su estadía en el McDale. En vez de contarle aquello a él, entré en Google e investigué al respecto y aparecieron tres artículos: uno del TMZ, otro de la revista *Hola* y otro de la revista *The New Yorker*. En los tres se mencionaba la conducta deplorable de Cameron y la posibilidad de ir a juicio por peleas y otros escándalos, pero lo que más me llamó la atención fue uno que leí acerca de que lo habían encontrado involucrado en una orgía con hombres y mujeres. Y si bien le conté a Cameron todo aquello, no tuve el valor para revelar que sé aquella parte; en parte porque es algo íntimo y no quiero incomodarlo, y en parte porque tampoco sé cómo hacerlo. Por ello te pregunté si existe la posibilidad de que sea bisexual.

—Pues lo de esos artículos es cierto; por ello fue a parar una temporada en esa institución, pero la verdad es que no sé mucho al respecto porque, cuando mis padres se enteraron, hablaron en privado con él y nos pidieron no preguntarle nada para no incomodarlo. De todas formas, a nosotros ni se nos hubiese ocurrido preguntarle algo de eso; no existe tal confianza. Pero creo que, si es algo que te molesta o al menos te inquieta, deberías hablarlo con él; tal vez hasta se anime a contártelo a ti.

—No sé si lo hará porque, te vuelvo a repetir, es algo incómodo; ni siquiera sé cómo lo abordaría.

—Es comprensible. ¿Puedo preguntar qué pensaste al respecto cuando te enteraste?

—Pues al principio me horroricé, pero luego pensé que todos tenemos un pasado; tal vez Cameron tenga una explicación para ello.

—Pues algún día tendrás que animarte a preguntarle; tal vez se muestre más comunicativo de lo que te imaginas al respecto. Parece sentirse muy en confianza contigo, incluso más que con George —me dijo—. Por cierto: Stephanie siempre estuvo enamorada de Cameron, razón por la cual te mandó ese mensaje, pero sospecho que Cameron ya te contó eso. —Asentí—. Pues ella y Amanda no son malas personas, pero digamos que, si se trata de objetos

que desean, son capaces de inmiscuirse.

—Pues conmigo se inmiscuyó dos veces —le dije.

—¿Le contaste a Cameron al respecto? —me preguntó.

—Sí y fue a hablar con ella, y hay algo raro en la cuestión: no sé si la amenazó o intimidó porque Amanda me dijo que Stephanie no quiso contarle nada al respecto y Cameron me prometió que ella nunca más se acordaría de mi existencia si quiera.

—Pues tal parece que es muy protector contigo. Nunca había visto ese lado de él y me encanta —dijo sonriéndome amorosamente, tal como si yo fuese la responsable de esa conducta en él.

—¿A ti te atrae alguien en estos momentos? —le pregunté tratando de cambiar de conversación.

—Me gusta el hermano de Amber, una de mis mejores amigas con las que fui al *spa* ayer. Pero es complicado, dado que él me flirtea; sin embargo, nunca me invitó a salir y, en cierta forma, es mejor así

—¿Por qué? —le pregunté.

—Pues porque es el hermano de una de mis mejores amigas y, si salimos y luego la cosa termina mal, eso podría interferir en mi relación con ella —dijo.

—Lo comprendo —le dije.

Durante el resto de la tarde, hablamos de cosas triviales y por suerte no volvimos a mencionar a Cameron. No me había dado cuenta hasta ahora, pero me ponía nerviosa al hablar de él; tal vez era porque Sally era su hermana y me inhibía al hablar de él delante de alguien de su familia, o tal vez él me gustaba tanto que a estas alturas me ponía nerviosa de solo recordarlo.

Capítulo 15

MÁS ALLA DEL CIELO

El domingo 13 de diciembre, Cameron pasó a buscarme con Don en el Bentley.

—Es un gusto volver a verte, Don —le dije saludándolo.

—Lo mismo digo, señorita Emerson —me respondió él sonriéndome a través del espejo retrovisor.

—¿Cómo estás? —me preguntó Cameron, volviéndose hacia mí, y me depositó dos besos en las mejillas.

—Muy bien —le dije—. ¿Y tú?

—Muy bien también. —Observé que en su rostro parecía ensancharse una amplia sonrisa.

Durante la semana solo lo había visto el martes, cuando habíamos ido a correr en el parque, y habíamos chateado todas las noches. El sábado por la noche, él tenía planeado hacer algo conmigo, pero yo ya había hecho planes con Sienna; fuimos a cenar a un restaurante en Greenwich Village y luego, a un club.

Cuando llegamos a Connecticut, aparcamos frente a una enorme casa blanca con largos ventanales; desde luego que no era una mansión como la de Cameron, pero tenía su encanto.

En cuanto nos aproximamos a la casa, Don se marchó.

—Pasa —me dijo Cameron abriendo la puerta. En cuanto entré había un recibidor en color salmón con una pared llena de retratos. Fuimos por un pasillo hacia el comedor, en donde ya aguardaba casi toda la familia. Los padres de Cameron se encontraban sentados en un extremo y sus abuelos

maternos, en el otro; Sally, Beth con su prometido y Eddie con su esposa e hijo estaban en el medio.

—Emerson, qué placer volver a verte —dijo la madre de Cameron parándose a saludarme.

—El placer es mío —le dije yo.

—Hola, Emerson —me saludó el señor Conrad con dos besos.

—Emerson, qué bueno volver a verte —me dijo Sally dándome un abrazo.

—Así que tú eres la muchacha que está llevando a nuestro hermano menor por el buen camino —dijo Eddie en tono burlón mientras me estrechaba en sus brazos. El hermano mayor de Cameron tenía el cabello castaño lacio, los ojos marrones claros y el semblante noble, lleno de picardía.

—Hola, Emerson, soy Carla, la esposa de Eddie —me saludó una mujer rubia de ojos celestes—, y este es el pequeño Jeremy —me dijo presentándome a su hijo, que estaba sentado en una sillita de niño.

—Es hermoso —dije tocándole una de las mejillas. Jeremy era rubio, de ojos celestes, como su madre, pero su rostro era igual al de Eddie. Fui hacia donde estaban los abuelos de Cameron y los saludé.

—Gracias por venir, querida —me dijo su abuela de forma amorosa.

—Gracias a usted por invitarme —le dije yo. Luego de saludar a su abuelo, me senté al lado de Cameron, en frente de Sally y Beth.

—Así que fuiste a visitar a Sally. Un día debes venir a visitarme a mí —me dijo Beth sonriéndome.

—Un día te prometo que lo haré —le dije. Sentí que todos tenían los ojos puestos en mí.

—Dime, Emerson: ¿cómo va el trabajo? —me preguntó el padre de Cameron.

—Bien, como siempre —le respondí—. Me gusta mucho trabajar en su empresa —volví a expresarle, ya que me sentía en deuda con él.

—Me alegra que así sea —me respondió él sonriéndome.

—¿Te sirvo lasañas? —me preguntó Cameron.

—Está bien, ya me serviré yo —le dije tomando la bandeja que las contenía.

—¿Qué harás para Navidad, Emerson? —me preguntó Sally.

—No lo sé todavía, tal vez vaya a la casa de la familia de mi compañera de piso; ella es de Brooklyn —le dije.

—Suenan estupendo —replicó.

—¿En qué parte de California vivías? —me preguntó Eddie.

—En Los Ángeles, en donde está la sede de la empresa —le respondí.

—Debí haberlo supuesto —me dijo—. ¿En qué parte vives aquí, en Nueva York?

—Lower East Side —le respondí.

—Ese barrio mejoró considerablemente en los últimos diez años, o veinte tal vez; ahora es una de las mejores zonas de la ciudad.

—Me gusta vivir allí —le dije—. ¿Ustedes dónde viven? —les pregunté a él y a su esposa.

—En Park Avenue —me respondió él.

—Deben venir a visitarnos con Cameron un día —nos dijo Carla.

—Sí, por favor. Estoy seguro de que tú serás capaz de hacer que Cameron vaya más a menudo a casa; desde que vivimos allí, solo fue dos veces, ambas para el cumpleaños de Jeremy —dijo Eddie.

—Unos de estos días iremos —me dijo Cameron.

—Desde luego —le respondí.

—¿Cómo te está yendo en los exámenes, Cameron? —le preguntó Beth.

—Bien, por suerte. La semana que viene termino con los de este semestre y después tengo receso por Navidad hasta los primeros días de enero —le respondió él.

—¿Y por qué le preguntas qué tal le está yendo? Es obvio que bien. ¿Cuándo no sacó una A+ en un examen? —le dijo Sally.

—Solo estaba tratando de preguntarle qué tal le están yendo las cosas en su vida y, por lo visto, le va bien en todo —dijo mirándome con una sonrisa

amable.

—Emerson, supe que cumpliste años el sábado pasado. Espero que te hayan llegado mis saludos —me dijo la madre de Cameron.

—Así es. Muchas gracias, señora Fitzpatrick —le dije.

—Por favor, llámame Melinda, y espero que la hayas pasado lindo tu cumpleaños —me dijo sonriendo.

—La pasó estupendo gracias a Cameron —dijo Sally.

—Supimos que salieron esa noche —dijo su padre.

—Así es, y la pasé muy bien —les respondí.

—Si hasta sacó la faceta romántica de Cameron —continuó diciendo Sally.

Abrí los ojos de par en par.

—¿De verdad tienes una? —le preguntó Eddie sonriendo de manera burlona.

—¿Qué fue lo que hizo? —preguntó Beth. Miré a Sally con los ojos bien abiertos rogándole telepáticamente que no contara nada, pero ni eso la detuvo.

—La llevó a cenar a Petrossian y, luego de que hubieran salido del concierto de su banda preferida, fueron a pasear en carruaje por la ciudad. — Tanto sus padres como sus dos hermanos y su cuñada se quedaron estupefactos al oír aquello. Yo me quedé tan atónita como ellos y ni siquiera quería voltear a mirar a Cameron de la vergüenza que sentía por haberlo expuesto ante su familia.

—Pues parece que pasaron una velada encantadora —dijo Melinda—. Espero que haya sido muy caballero contigo y, por lo visto, lo fue.

—Fue muy caballero y amable para conmigo con los gestos que tuvo. — Fue lo único que dije yo.

—Pues nos alegra que ambos la hayan pasado tan bien en tu cumpleaños —dijo su padre.

—Por Dios, ¿qué demonios hiciste con mi hermano menor? —preguntó Eddie todavía atónito.

—Eddie, no digas palabrotas cuando estamos en la mesa, y mucho menos

delante de tu hijo —le espetó su madre.

—Discúlpame, madre, pero es que no salgo del asombro. ¿Puedo preguntar si son algo más que amigos? —Miré a Eddie sin saber si preguntaba aquello en broma.

—No, solo somos amigos —le respondí.

—Pues, para ser solo un amigo, se está portando como un auténtico Romeo —comentó Eddie.

—Eddie, ya es suficiente —dijo su madre—, deja de incomodarlos.

—Pues solo quiero decir que parece haber sacado al ser humano que reside dentro de Cameron y me alegra que lo hayas hecho —dijo Eddie.

Durante el resto del almuerzo, no miré a Cameron, no podía hacerlo.

Después de que sirvieron el postre, me levanté para ir al baño. Cuando salí de allí, Cameron estaba sentado solo en el *living*.

—Oye, lamento haberle contado a Sally acerca de nuestra salida. El domingo, cuando fui a su departamento, me preguntó acerca de ello y yo le conté; de haber sabido que lo comentaría delante de todos, no le hubiese contado nada —le dije apenada.

—Tranquila. Sally es así y tú no lo sabías —me dijo parándose.

—¿Estás enojado conmigo? —le pregunté.

—¿Enojado? ¿Creíste que estaba enojado contigo por eso? —Asentí con la cabeza—. No, Emerson, por Dios. No tienes la culpa de que Sally abriera su bocota, y tampoco me molestó lo que dijo, si es la verdad.

—Pero te dejó expuesto delante de tu familia, es decir, una faceta tuya que no conocían.

—Pues no me molesta, Emerson. Eres mi amiga, y si te traje a almorzar aquí fue porque me agrada pasar tiempo contigo.

—Pues a mí también me agrada pasar tiempo contigo, así que me alegra que no estés enojado —le dije—. ¿Puedo preguntarte qué haces aquí?

—Te esperaba para llevarte a recorrer la zona. Mis abuelos son dueños de varias hectáreas de por aquí.

—Oh, pues me encantaría ir contigo —le dije.

Tal como la casa de Cameron, esta estaba ubicada a las afueras y la siguiente casa era apenas un punto visible desde allí. El campo entero se extendía ante nosotros; era todo verde y no había más nada, pero se respiraba un aire pulcro y el cielo parecía estar más próximo a nosotros.

—Es hermoso —le dije a Cameron apreciando la vista.

—Te debo una excursión en el patio trasero de mi casa; es más extenso que esto y tiene piscina, algunas esculturas y un jardín —me dijo.

—Algún otro día podré conocerlo —le dije.

El día estaba frío, pero había un sol radiante. Nos recostamos en el piso del verde prado mirando al cielo; se veía muy celeste y despejado.

—¿Qué crees que haya más allá del cielo? —me preguntó Cameron.

—¿Más allá del cielo? Supongo que el paraíso, en donde están Dios y sus discípulos —le respondí.

—¿Solo eso?

—¿Qué más puede haber?

—¿Nunca has pensado que pueden haber otros planetas por ahí?

—Pues siempre se habló de la existencia de Marte pero, más allá de eso, no sé mucho —le dije—. ¿Por qué lo preguntas?

—Siempre tuve curiosidad por saber si existían otros planetas y seres que residieran allí —dijo.

—Nunca me puse a pensar en tal cosa.

—Y aun así lees historias sobre extraterrestres y seres de otros mundos.

—Son solo historias de ficción.

—¿Y nunca se te ocurrió que tal vez las historias de ficción son extraídas de la realidad? —me preguntó.

—No, porque nunca vi nada que no fuera de este mundo —le respondí.

—Pues deberías estar más abierta a la posibilidad de cosas que no son convencionales —me dijo.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque tal vez algún día te topes con algo que no es de este mundo. —
Me extrañó que dijera aquello.

Nos quedamos tirados allí un rato más y después regresamos a la casa. Los padres y los hermanos de Cameron ya estaban listos para irse.

—Emerson, ¿quieres que te demos un aventón? Nosotros vamos a la ciudad también y podemos dejarte de pasada —dijo el prometido de Beth.

—Eso sería muy amable de tu parte, gracias —le dije.

Luego todos nos despedimos de los abuelos de Cameron.

—Muchas gracias por haber venido, querida. Espero que me visites más seguido, eres bienvenida cuando gustes —me dijo su abuela dulcemente.

—Gracias a usted por haberme invitado, tiene una casa muy hermosa —le dije y le di dos besos. Observé que, cuando Cameron se despidió de ella, le dio un fuerte abrazo. Me conmovió la manera en la que lo hizo; intuía que era a la única persona de su familia a la que abrazaba.

Los padres de Cameron regresaron en su auto; Eddie y su esposa, con su hijo en el suyo, y Sally y yo, en el auto de Beth con Christopher. Cameron había insistido en venir con nosotros; supuse que luego regresaría en taxi a su casa.

Cuando llegamos a mi edificio, Cameron descendió del automóvil conmigo.

—Yo me quedaré un rato aquí, así que vayan nomás. Luego llamaré a Don para que me recoja —les dijo Cameron.

—¿Quieres subir? —le pregunté a Cameron.

—Está bien. —Me sorprendió que aceptara.

—¿Quieres café o té? —le pregunté una vez que estuvimos en mi departamento.

—Un té estaría bien —me dijo mientras se sentaba en el sofá. Fui hacia la cocina y puse agua a calentar. Cuando estuvo lista regresé al *living* con dos tazas y una tetera en una bandeja.

—¿Y tu compañera de piso? —me preguntó.

—Debe estar en Brooklyn, iba a almorzar con su familia —le dije.

—¿Seguro que irás a pasar Navidad en su casa? —me preguntó.

—Mi otra opción es quedarme aquí y pasarla sola, así que supongo que iré a su casa —le dije.

—¿Puedo preguntarte con quién pasaste tus Navidades a lo largo de tu vida? —me inquirió.

—Pues, dado que vivía en orfanatos, pasaba allí con otros niños y la gente que cuidaba de nosotros.

—¿Y la Navidad del año pasado? Es decir, sé que ya no estabas en esa residencia el año pasado para esa fecha porque me lo dijiste antes.

—En casa de Marlene, mi exguardiana —le dije.

—Ya veo... ¿Puedo preguntarte de qué hablaron con Sally el domingo pasado? Es decir, sé que hablaron de mí en algún momento, pero ¿podría saber de qué? —me preguntó cambiando de tema.

—Solo le conté acerca del sábado por la noche, los lugares a los que fuimos y lo bien que la pasamos —le dije omitiendo la parte más importante de la conversación.

—Me agrada que hayas ido a visitarla. Sally puede ser bocazas a veces, pero no es mal intencionada; puede llegar a ser una gran amiga.

—Sé que no es mal intencionada —le dije.

—Y un día podríamos ir a visitar a Eddie y a su esposa, tal como les dijimos.

—¿Puedo preguntarte por qué fuiste solo dos veces a su casa? —inquirí con curiosidad.

—Porque, después de que se casó, pasé una temporada en el McDale y, cuando salí de allí, fui directo a la universidad. La verdad es que nunca encontré el tiempo para ir, solo para los dos cumpleaños de mi sobrino, tal como Eddie te lo dijo.

—Es un niño adorable —comenté.

—De verdad lo es —dijo.

—¿No te gustan los niños? Porque no te vi mucho con él —le dije.

—Me gustan, es solo que no sé muy bien cómo relacionarme con ellos —me dijo.

Después de una hora de conversación, Cameron se fue.

El martes por la tarde, Sienna me contó entusiasmada que Dougray le había pedido ser su novia.

—Estoy muy feliz por ambos, pero creí que ya eran novios, dado que él fue a tu casa y tú fuiste a la suya el sábado a cenar —le dije.

—Oh, no. Pues, si bien hacíamos todas las cosas que hacen las parejas, recién ahora me pidió ser su novia. Dice que nunca antes se sintió tan feliz con una mujer como se siente conmigo, y la verdad es que yo me siento del mismo modo con él y todo te lo debo a ti —me dijo tomándome de las manos.

—¿A mí?, ¿por qué? —le pregunté sorprendida.

—Pues, de no haber sido por ti, nunca lo hubiese conocido —me dijo en tono de obviedad—. Gracias, Emerson.

—Pues de nada, pero creo que, si existe eso del destino y hay personas destinadas a cruzarse en tu camino, ustedes, de una forma u otra, se hubiesen conocido. Después de todo trabajan en la misma empresa, solo que en diferentes sectores —le dije.

—Aun así, lo conocí gracias a ti y, si me llego a casar tener hijos con él y, te juro que nombraré Emerson a mi primera hija mujer en tu honor —me dijo sonriendo.

—Pues es todo un honor —le dije sonriendo.

Me sentía feliz por ella y por Dougray; se merecían ser felices juntos y, si de verdad yo había contribuido a su felicidad, eso me ponía muy feliz.

Durante la semana hizo más frío y sospechaba que, la semana siguiente a Navidad, haría más frío aún; de hecho así lo anticipaban los periódicos junto a la tormenta de nieve que se aproximaba. Tal como Cameron lo había previsto, en la empresa ya nos habían avisado que no iríamos a trabajar en esos días y yo ya había comunicado que me tomaría dos semanas de vacaciones desde el

primer lunes de enero.

Amanda y Catherine comenzaron a hablar de que, durante las Navidades, no estarían en Nueva York; Amanda dijo que irían con su familia a casa de sus abuelos en Vermont y Catherine, a Connecticut. Ni siquiera me preguntaron qué haría yo; otra persona, en mi lugar, se sentiría insultada por ello, pero yo estaba agradecida de que ya no les interesara mi itinerario.

El jueves por la tarde, Cameron pasó a recogerme para ir a correr.

—¿Es seguro que irás a casa de tu compañera de piso para Navidad? — me preguntó una vez más.

—Es la tercera vez que me lo preguntas y te responderé lo mismo: dado que no tengo otros planes, sí —le dije.

—Pero ¿ya le confirmaste a ella que irías?

—No, pero es casi obvio que iré —le dije—. ¿Por qué la insistencia de tu pregunta?

—Pues porque mis padres me pidieron que te invitara a pasar Navidad en mi hogar; solo irán mis hermanos y mis abuelos maternos y paternos, nadie más —me dijo.

—Oh, pues agradéceles de mi parte —le dije.

—¿Ni siquiera considerarás venir? —me preguntó.

—No lo sé, ya hablaré con Sienna y te confirmaré —le dije.

—Pues no es que quiera convencerte, pero con mi familia vemos *It's a wonderful life* antes de las doce, bebiendo rompope junto a la chimenea.

—Suenan tentador —le dije—. Nunca vi esa película, aunque sé que forma parte de la tradición navideña.

—¿Nunca la viste?

—No, las únicas navideñas que vi son *Milagro en la calle 34*, *Mi pobre angelito 2* y *Un cuento de Navidad* —le dije—. Dado que crecí en orfanatos, eran las únicas que nos dejaban ver para esa fecha.

—Pues te encantará *It's a wonderful life*; a casi todos los mortales les gusta —me dijo.

—¿A ti no?

—Sí, es una de mis preferidas.

—Pues déjame que hable con Sienna y luego te confirmo —le dije.

Por la noche le conté a Sienna que los padres de Cameron me habían invitado a pasar Navidad con ellos.

—¿Y tú quieres ir? —me preguntó.

—No lo sé, ya había pensado que iría a tu casa —le dije.

—Pero también quieres ir a su casa, puedo verlo en tus ojos. —Al parecer mis ojos me delataban mucho—. Puedes ir, ya irás a mi casa otro día.

—¿De verdad no hay problema?

—No, debes estar con quien quieres —me dijo de forma comprensiva—. Por cierto: parece que les caíste muy bien al señor Fitzpatrick y a su esposa para que te hayan invitado a pasar Navidad en su hogar.

—Solo porque soy amiga de su hijo —le dije.

—Solo digo que, si ese muchacho llega a pedirte que seas su novia, sus padres ya te adoran.

Pensé en lo errada que estaba con su conjetura.

Por la noche me conecté a Facebook para decirle a Cameron que pasaría Navidad en su casa y, por su respuesta, supuse que estaba muy contento y la verdad es que yo también estaba muy contenta porque tendría mi primera navidad en Nueva York y con Cameron.

Capítulo 16

AL FIN TE ENCONTRÉ

El martes por la tarde, salí a comprar los regalos de Navidad. Solo compraría tres: uno para Sienna, otro para Cameron y otro para su familia, dado que se habían molestado en invitarme a su hogar.

Después de casi una hora de pasearme por todas las tiendas de Bergdorf Goodman, escogí unos pendientes en brillantes muy bonitos para Sienna, un adorno en forma de ángel para la familia de Cameron y una cadena con sus iniciales para él. Luego compré tarjetas y, cuando llegué a mi departamento, me puse a escribir las dedicatorias encima de ellas.

Con Sienna habíamos decorado un árbol, que era un poco más que mediano, que habíamos comprado. Coloqué su regalo debajo de él.

El miércoles por la tarde, me puse el vestido azul que había usado para mi cumpleaños. Cameron pasó con Don a recogerme a las seis. Tomé los dos presentes y me dirigí hacia abajo.

Cuando llegamos a la casa de Cameron, observé que el frente estaba decorado con luces blancas y el techo y la parte delantera tenían objetos navideños rodeados de esas luces. Se veía maravilloso.

Mientras nos dirigíamos hacia el interior de su hogar, me volví hacia él y le pregunté:

—¿En dónde pasará Don la Navidad?

—Enseguida se irá a pasar con su familia, vive en Queens —me dijo.

En cuanto entramos le pregunté a Cameron en dónde podría dejar los regalos. Me llevó hacia un *living* con un sofá grande, un piano lustroso y una pantalla enorme (al parecer era una sala de proyección). En el frente estaba el

gran árbol navideño de los Fitzpatrick. Deposité los dos regalos debajo de él; apenas pude ubicarlos, dado que estaba rebosado de obsequios.

La empleada, llamada Dottie, nos pidió nuestros abrigos y entonces comprobé que Cameron tenía puesto un *jean* celeste, zapatos negros en los pies y un suéter celeste con una camisa blanca por debajo; tenía el cabello bien peinado hacia el costado. Se veía muy apuesto y juvenil a la vez.

Entramos en el salón en el que habíamos cenado durante su cumpleaños. La mesa ya estaba predispuesta y los padres de Cameron estaban sentados ya con Beth y Sally.

—Emerson, gracias por venir —dijo su madre levantándose a saludarme.

—Gracias a ustedes por la invitación —le dije.

Después de saludar al señor Fitzpatrick, a Beth y a Sally, me senté al lado de esta y Cameron se sentó a mi lado.

—¿Y dónde está Christopher? —le pregunté a Beth por su prometido.

—Es la última Navidad que pasará con su familia. Después de que nos casemos, tendremos que dividir con quiénes pasaremos Acción de Gracias y Navidad juntos —me respondió.

—Es lo justo, supongo —le dije dado que, al no haber tenido una familia, no sabía bien cómo funcionaba aquello, pero siempre había escuchado o leído que era así.

—¿Tu amiga se fue a Brooklyn? —me preguntó Sally.

—Así es. De no haber venido para aquí, hubiera ido con ella —le respondí.

—¿Qué te hizo decidir venir para aquí? —me preguntó con tono burlón.

—Nunca vi *It's a wonderful life* —le respondí.

—¿Nunca? —me preguntó abriendo los ojos de par en par. Negué con la cabeza—. Entonces sospecho que te encantará.

Al rato llegó Eddie con Carla y con Jeremy, quien se veía muy adorable con un suéter bordó y un pantaloncito negro. Tanto los abuelos maternos como los paternos de Cameron llegaron al mismo tiempo.

Una mujer con delantal entró con una bandeja que contenía un pavo. En la mesa ya había ensaladas y salsas. Estaba adornada con candelabros de plata y velas rojas con diseños navideños. Luego de que nos sirviéramos el pavo, comenzamos a cenar.

—¿Te gusta el pavo? —me preguntó Cameron.

—Está delicioso —le respondí.

Mientras los adultos se embarcaban en una conversación sobre anécdotas, Sally y Cameron empezaron a contarme acerca de sus Navidades pasadas, pero era Sally la que más hablaba. Al parecer a Cameron no le gustaban mucho las Navidades; tal vez no las había disfrutado tanto, dado que le había costado adaptarse a esa familia, es decir, al hecho de tener una.

Luego de terminar con la cena, comimos un pastel navideño y después todos nos dirigimos hacia el *living*, en donde se encontraba el árbol navideño. Mientras todos se sentaban, el señor Fitzpatrick tomó el mando de la pantalla del televisor para encenderlo. Cameron se acercó y le dijo algo en voz baja.

—Oigan todos: Cameron nos deleitará con una sinfonía —nos informó su padre, quien se sentó al lado de su esposa.

—Me alegra tener el placer de verlo tocar —le dije a Sally, quien estaba sentada al lado de mí.

—A mí también —me dijo ella.

—¿Acaso nunca antes lo oíste tocar? —le pregunté sorprendida.

—No, es algo tímido hasta en eso —repuso.

Mientras Cameron se sentaba al piano, nos miró a todos y anunció:

—No solo tocaré una sinfonía, sino también cantaré una canción que compuse recientemente. Se llama «Al fin te encontré».

—¿Ahora compones canciones? Creo que es tu influencia, pequeña Yoko Ono —me dijo Eddie en tono burlón. Cameron le lanzó una mirada efímera y, luego de que todos hubieron cesado con los susurros, comenzó a tocar. La melodía era lenta y estaba cargada de notas melódicas. Al cabo de un rato, Cameron comenzó a cantar; tenía una voz suave, como aterciopelada pero

firme. La canción hablaba acerca de un muchacho que había conocido a una muchacha hace un tiempo atrás, pero que por alguna razón se habían separado y ahora sus caminos volvían a cruzarse. Luego decía que había regresado a él cuando menos lo esperaba y que ahora no la dejaría ir nunca más. Me dio la sensación de que el protagonista de la canción tenía un sentimiento de culpa por haber dejado ir a la muchacha en cuestión; de todas maneras culminaba con la promesa de no dejarla ir y de ponerle el mundo a sus pies para hacerla feliz. Era muy romántica, tanto la letra como los acordes. Cuando Cameron culminó de tocar, todos los presentes comenzamos a aplaudir. Eddie se puso a ovacionarlo y su madre se levantó a darle un beso.

—Oh, Cameron, eso fue grandioso —le dijo su abuela Emma con los ojos llenos de lágrimas; me produjo ternura. Cameron se acercó a ella y la tomó de las manos.

—Me alegra que te haya gustado, abuela —le dijo él. Por la forma en la que se portaba con ella, intuí que era su abuela preferida.

—Nuestro hermano menor es el próximo Eric Clapton —le dijo Eddie a sus hermanas.

—Es obvio que esa canción la compuso para ti —me dijo Sally en voz baja.

—¿Cómo demonios la iba a componer para mí? ¿No escuchaste la letra? Es acerca de un hombre que perdió a una mujer y ahora la está recuperando; la canción habla de remordimiento y esperanza.

—Pues eso es lo que me desconcierta un poco, pero lo que es obvio es que la tocó delante de todos nosotros solo porque tú estás presente. Si tú no hubieses venido, ni se habría tomado la molestia —me dijo.

—Pues me agrada que tus padres me hayan invitado. —Sally se quedó mirándome fijamente algo confundida.

—¿Eso fue lo que Cameron te dijo?: ¿que mis padres te invitaron? —Asentí—. Pues, en realidad, fue él quien les preguntó si podía invitarte esta noche; a mis padres les pareció bien, pero no fue idea de ellos el invitarte esta

noche. —Debí de habérmelo imaginado. En ese momento entró la mujer que había servido la mesa con una bandeja con copas de rompopo.

Cuando ya teníamos las copas en nuestras manos, Cameron se acercó a nosotras y se sentó a mi lado.

—Me encantó tu *performance* —repuse sonriendo.

—Muchas gracias, Emerson —dijo.

—¿Para quién compusiste esa canción? —le preguntó Sally sin rodeos.

—Solo me inspiré durante una clase de música —le respondió él.

—Pero de seguro tienes a una musa. Es Emerson, ¿verdad? —Fulminé a Sally con la mirada; realmente no se andaba con rodeos. Cameron no le respondió nada. En ese momento la pantalla se encendió y comenzó la película. Las luces de la sala se tornaron en tenues y todos nos quedamos en silencio mirando a la pantalla.

Luego de más de tres horas, la película finalizó y todos nos levantamos de nuestros asientos.

—¿Qué te pareció? —me preguntó Cameron.

—Me gustó mucho. Ese George Bailey es todo un personaje —le dije.

—Coincido contigo.

En ese momento el padre de Cameron dijo:

—Ya son las doce. ¡Feliz Navidad! —Todos los presentes comenzamos a saludarnos. Primero saludé a Sally y luego, a Cameron, quien me estrechó fuertemente en sus brazos; después continué saludando al resto de la familia.

—Oye, ¿me acompañarías al patio? —me preguntó Cameron.

—Desde luego —le dije.

Luego de ponernos nuestros abrigos, nos enfilamos hacia la puerta de atrás.

—Oigan —nos gritó Sally, quien salía del baño—: están parados bajo el muérdago.

—¿Y? —le preguntó Cameron.

—Pues, de acuerdo con la tradición, deben darse un beso, pero no se

preocupen: me iré para darles privacidad —dijo de forma risueña mientras desaparecía hacia el salón. Miré a Cameron algo sonrojada; sus ojos estaban posados en mi rostro, y luego comenzó a avanzar hacia mí. Yo me quedé congelada; ¿iba a besarme? Lentamente se acercó a mis labios y los selló con un suave beso. Era la primera vez que alguien palpaba sus labios en los míos y se trataba del muchacho que me atraía. Sentí un revoloteo en mi interior y una sensación cálida recorrió por mi vértebra. Cuando se apartó, me miró y esbozó una media sonrisa.

—Vamos —me dijo y abrió una enorme puerta.

En cuanto pusimos un pie afuera, sentí el notorio cambio de temperatura.

—Agárrate de mi brazo —me pidió, y cuando lo hice comencé a notar una calidez, tal como si siguiéramos dentro de la casa, bajo la calefacción.

Observé la enorme vista que se extendía delante de mí: había esculturas de todas formas adornadas con luces amarillas, focos que alumbraban desde el piso, una enorme piscina iluminada en el medio y un inmenso bosque rodeado de árboles.

—Esto es hermoso —le dije a Cameron maravillada.

—Sabía que te gustaría —repuso él.

—¿Puedo preguntarte cómo es que eres capaz de traspasar tanta calidez cuando aquí afuera está helando? —le pregunté.

—Supongo que es el abrigo —me respondió secamente. Mientras caminábamos traté de no darle mucha importancia al hecho de que nos habíamos dado un beso hacía un momento. Y si bien no había sido un beso francés, había sido mi primer beso, pero desde luego que para él no había significado nada; solo me había besado porque estábamos debajo de un muérdago, tal como lo había dicho Sally. Cualquier pareja que estuviera bajo un muérdago debía darse un beso sin importar si sentían algo o no, así que básicamente me había besado por obligación.

Observé el cielo; era un manto azul con una estela de estrellas centelleantes y una luna brillante.

—¿Te alegra haber venido? —me preguntó Cameron.

—Desde luego. La pasé muy bien, gracias por la invitación —le dije.

—De nada. Mis padres insistieron mucho en que vinieras —repuso.

—No de acuerdo con lo que me dijo Sally —repliqué. Cameron me miró algo perplejo. —Ella me contó que fue tu idea el invitarme hoy. No tienes que sentirte mal al respecto; de hecho me siento agradecida por ello.

—Esa Sally de verdad es una bocazas —dijo mirando más allá del patio.

—Me alegra que me lo haya dicho. Me hace ver cuánto te preocupas por mí —le dije sinceramente.

—Te quiero, Emerson.

—Yo también te quiero, Cameron —le dije sorprendida, pero no sabía si estaba más sorprendida porque él hubiera expresado que me quería o porque lo hubiera hecho yo.

—Quise decir que te quiero como algo más que a una amiga. —Mi corazón se detuvo por un momento. Miré a Cameron, quien tenía los ojos puestos más allá del patio.

—¿Podrías explicarte mejor? —le pedí.

—Desde que te conocí que me gustaste, pero pensé que no era bueno para ti, por lo que traté de alejarme; esa es la razón por la que no te besé cuando estábamos en el campo de golf, en la fiesta de la empresa. Pero luego no pude alejarme de ti; cada vez que te veía, mi corazón se paralizaba. De alguna forma sentí cosas que nunca sentí por nadie. —Me quedé congelada a pesar de no sentir frío y de estar afuera en una noche gélida.

—¿A qué te refieres con que no eras bueno para mí? —le pregunté sorprendida.

—Yo... no te he contado todo acerca de mi etapa oscura. Hice cosas de las que me avergüenzo, y tú eres tan... inocente... Es decir, nunca tuviste un novio ni besaste a alguien, ni siquiera flirteaste con un muchacho, por lo que no me creí digno de ti —me dijo con voz algo abatida—. Si tú te enteraras de todo lo que hice en esa etapa de mi vida, estoy seguro de que no querrías volver a

dirigirme la palabra.

—¿Te refieres a la orgía en la que participaste? —Cameron abrió los ojos de par en par. Creo que nunca antes lo había visto tan asombrado.

—¿Te lo dijo Stephanie o Amanda? —me preguntó con la voz paralizada.

—Luego de que Stephanie me enviara el primer mensaje, en el que me preguntaba si me habías hablado acerca de tu estadía en el McDale, entré en Google y puse tu nombre junto a la palabra «escándalo» y me aparecieron tres artículos. —Luego de relatarle a Cameron todo lo que había leído, él me dijo:

—Pues me apena admitir que es cierto. Por aquella época me descarrillé bastante; es todo cuanto puedo decirte.

—¿Te... gustaba tener relaciones sexuales con personas de ambos sexos y al mismo tiempo? —le pregunté.

—No. Como te digo: lo hice porque estaba en una etapa oscura. Digamos que solo estaba... experimentando. No me gustó, pero aun así lo hice tres veces. De hecho me di cuenta de que no me gustan los hombres. Por Dios, ¿qué habrás pensado de mí cuando te enteraste de todo eso?

—Si debo ser sincera, al principio me horroricé. No te imaginaba de esa forma y hasta consideré cortar relación contigo, pero luego pensé que todas las personas tienen un pasado y tal parece que no estabas en tus cabales cuando ocurrió eso, por algo fuiste a parar a rehabilitación —le dije—. Mira, Cameron tú siempre te portaste bien conmigo, mejor que cualquier persona que haya conocido, así que ya no me importa esa parte de tu pasado.

—Pues... gracias por tu comprensión. Sé que los seres humanos juzgan sin conocer o escuchar las razones de los demás, por lo que valoro tu comprensión. Pero volviendo al asunto que te dije antes, que te quiero como algo más que como a una amiga: ¿qué me dices?, ¿te sientes igual al respecto?

—Sí, pero no creo que sea una buena idea que estemos juntos —le dije.

—¿Por qué? ¿No te atraigo? —inquirió.

—Me atraes mucho, más de lo que puedas imaginarte. De hecho creo que me gustaste desde la primera vez que te vi en el avión, y luego te conocí y me

demostraste ser el ser más maravilloso que pueda existir. Pero no creo que yo pueda ser una buena novia; nunca tuve un novio y tú eres... casi perfecto —le dije—. Y además, si la cosa no funciona y terminamos mal, luego dejaríamos de ser amigos.

—Emerson, yo no soy casi perfecto, estoy lejos de serlo. ¿Acaso no me dijiste que sabes todo acerca de mi etapa oscura?

—Cameron, mira dónde vives y mira mi vida. Tú eres hijo de uno de los dueños de Nueva York y yo soy hija de nadie; no hay comparación —le dije.

—¿Esa es la cuestión? Emerson, eso es absurdo. Ustedes, los mortales, sí que se encargan de fastidiarlo todo con esa clase de sentimientos inferiores —dijo con voz áspera.

—¿Podrías dejar de referirte a las personas como «mortales», «raza humana» y «especímenes vivientes»? Ni que fueras diferente del resto.

—De todas formas, no me gusta que te sientas inferior a mí cuando no lo eres, especialmente dado que ambos tenemos casi la misma historia o el mismo pasado.

—Aun así, tú fuiste más privilegiado que yo.

—¿Sentiste algo cuando te besé? —me preguntó.

—Desde luego. Fue mi primer beso y tú me gustas.

—¿Y no te gustaría que volviera a hacerlo?

—Desde luego, pero... —En ese momento me calló sorprendiéndome con otro beso, pero esta vez atrajo mi cuerpo al suyo y el beso fue más prolongado. De repente abrió los labios e introdujo su lengua en la mía. Ahora había besado a un muchacho, sabía lo que era un beso francés, y me gustaba cómo se sentía. Cameron me tomó de la nuca y me aferré a su cuerpo mientras continuaba besándome.

—Dime que no te gustó y que no quieres volver a sentir lo que sientes cuando te beso, y no lo haré nunca más.

—Cameron, me encantó —le dije abrazándolo mientras apoyaba mi cabeza en su pecho—, pero no creo que sea motivo suficiente para que estemos

juntos.

—¿Qué hay de la confianza?, ¿del compañerismo?, ¿de nuestra afinidad por la música?

—Todo es válido, pero no estoy segura —le dije.

—¿Quieres pensarlo un poco?, ¿unos días o una semana y luego me das una respuesta?

—No puedo hacerte esperar una semana para darte una respuesta de la que estoy casi segura será la misma que te estoy dando ahora.

—Supongo que no puedo presionarte al respecto —me dijo y me dio un beso en la cabeza.

Nos quedamos en el medio del patio parados y abrazados.

—Lo lamento —le dije.

—¿Por qué?

—Por no poder ser tu novia —le dije.

—O no querer. —Levanté mi mirada hacia él—. Escucha, te propongo algo. Dado que quiero seguir besándote, necesito que seamos algo más que amigos: ¿qué te parece si lo hacemos un día a la vez?

—¿Ah?

—Podemos tener citas, besarnos, tomarnos de la mano en público: todo lo que hacen las parejas, pero sin serlo. Lo haremos de a poco, a tu modo; si te sientes muy intimidada por la relación o por algo en particular, me lo harás saber y lo haremos de otro modo —me dijo. Pensé en que yo quería seguir siendo besada por él y, si nuestra relación se reducía a nuestra amistad, no podríamos hacerlo.

—Está bien, pero de a poco —le dije. Acercó sus labios a los míos y volvió a besarme—. Te quiero, Cameron —le confesé.

—Y yo a ti, Emerson. —Observé el cielo por encima de sus hombros y no supe si era mi impresión, pero creí haber visto luces asomarse.

—¿Viste eso? —le pregunté a Cameron.

—¿Qué cosa? —inquirió siguiendo la dirección de mi mirada.

—Esas luces —repuse.

—Solo son aviones —replicó él.

—Parecería que atravesaron las nubes —observé.

—Así es cómo se ve el cielo por la noche desde una zona despejada como esta —me dijo y me depositó un beso en la frente.

—Pues todo se ve más hermoso desde aquí. Las estrellas y la luna parecen más próximas a nosotros —le dije.

—¿Quieres conocer mi habitación? —me preguntó.

—Me encantaría —le dije de forma animada—, pero ¿no se molestarán tus padres?

—No, si no se enteran. Y si lo hacen, tú solo eres mi amiga, dado que no quieres ser mi novia.

—Está bien —le dije.

Fuimos de nuevo hacia la casa. Una vez adentro nos dirigimos hacia las escaleras y las subimos rápidamente.

—Entra —me dijo Cameron sosteniendo la puerta. La habitación era un poco más amplia que la mía. Las paredes eran de color celeste; en el medio había una cama de dos plazas de madera cubierta con una frazada blanca con franjas en color beis y marrón. Encima de la cama había tres pósteres de bandas musicales: uno de Foo Fighters, otro de Arcade Fire y otro de Jimmy Eat World. Sobre la pared izquierda, había un escritorio con una computadora de pie encima y, sobre el lado derecho, un enorme loseta. En diagonal a la cama, junto a la computadora, estaba instalado un TV plasma, pero lo que me sorprendió fue lo que estaba al lado del televisor, junto a la ventana: un telescopio.

—¿Te gusta ver a través de esto? —le pregunté.

—Me gusta ver las estrellas y las constelaciones. —Me di la vuelta y reparé en que en el techo había pegatinas y dibujos de planetas y constelaciones.

—¿Tú hiciste eso? —inquirí.

—Así es. Bueno, algunos de ellos son comprados —me dijo apagando el interruptor de la luz. Cuando la habitación quedó a oscuras, observé que el techo resplandecía iluminando un tramo de la cama.

—Es... hermoso —le dije a Cameron—. Siempre vi que en las tiendas venden esos objetos fluorescentes que iluminan todo cuando las luces se apagan, pero nunca me llamó la atención como para comprarlos. —Cameron volvió a encender la luz.

—Abre la ventana —me pidió. Lo hice y sentí que una brisa helada se coló en el dormitorio. Cameron volvió a apagar la luz y se acercó a mí—. Colócate aquí —me pidió señalando el orificio del telescopio. Me situé allí y él me rodeó con sus brazos por detrás y de inmediato sentí calor en todo el cuerpo; acerqué mi ojo derecho al lente y Cameron lo apuntó hacia arriba. Era increíble la nitidez con la que podía observar el cielo y la estela luminosa que dejaban las estrellas sobre el manto azulado. Cameron movió un poco más el telescopio y de inmediato aparecieron las tres Marías. Eran más brillantes de lo que usualmente yo las veía desde abajo; desde allí no parecían parpadear tanto, sino producir un leve destello. Cameron volvió a girar el telescopio y a ajustarlo un poco más, y esta vez apareció la luna ante mí. Estaba llena esa noche pero, en vez de parecer luminosa, me extrañó que luciera opaca y con grumos.

—Todo se ve hermoso desde aquí. Nunca creí que el cielo se vería tan diferente desde cerca —expresé.

—Todo es diferente cuando se ve de cerca —dijo Cameron, quien cerró la ventana y se dirigió hacia el interruptor a encenderlo.

—Gracias por mostrarme tu dormitorio y la vista del cielo desde aquí —repuse.

—De nada, espero conocer el tuyo pronto —musitó.

—Y lo conocerás —le prometí—. Creo que será mejor que bajemos, no quiero que tus padres piensen mal de ti o de mí.

—Tienes razón —convino. Y acto seguido salimos de allí.

—¿Nunca practicaste algún deporte o estuviste en algún equipo en la secundaria? —le pregunté mientras descendíamos por las escaleras.

—No, ¿por qué? —inquirió.

—Pues porque no vi ninguna medalla o trofeo en tu habitación —le dije.

—No me apetecía estar en ningún grupo en el que tuviera que interactuar con mucha gente; por ello siempre iba al gimnasio en su lugar —me respondió—. ¿Tú practicabas algún deporte?

—No, en ese sentido soy como tú —le respondí.

Cuando estuvimos abajo nos fuimos hacia el salón, en donde todos estaban parados.

—Pero si son John y Yoko —dijo Eddie. Observé que Cameron se acercó a su padre y le dijo algo al oído.

—Nosotros ya nos vamos con Eddie —dijo Sally—. Emerson, ¿vienes con nosotros? Podemos dejarte en tu casa de pasada.

—No hace falta, yo la llevaré —dijo Cameron.

—¿En qué?, ¿en taxi? —le preguntó Eddie.

—No, en el Bentley. —En ese momento todos abrieron los ojos de par en par.

—¿Conrad?, ¿lo dejarás conducir? —le preguntó su esposa con la voz alarmada.

—En estos últimos meses demostró que puede ser confiable. No creo que cometa ninguna imprudencia, especialmente porque, si lo hace, luego Emerson cargará con ello en su conciencia.

—Es verdad. Además, Don no está, es mejor que yo la lleve —dijo Cameron.

—Oh, pues ten cuidado con la carretera, esta noche puede estar muy congestionada. De hecho, salgan primero, que yo, así, voy vigilándolos —dijo Eddie en tono protector.

—Está bien. Iré a sacar el automóvil del garaje, te recojo afuera —me dijo Cameron saliendo del salón.

Comencé a despedirme de los presentes, uno por uno, y luego salí hacia el porche con Sally y Beth.

—Prométeme que me llamarás en estos días para que tomemos algo —me pidió Sally.

—No sé si podamos ir a tomar algo en estos días, dado que habrá una tormenta de nieve, pero la semana que viene te prometo que te llamaré. Yo salgo de vacaciones por dos semanas —le dije.

—Oh, cierto, había olvidado lo de la tormenta. Pues la semana que viene estará bien —me dijo.

—Pueden venir ambas a mi departamento —les dije.

—Me encantaría ir —dijo Beth de forma animada.

Luego de despedirme de ellas y de Eddie y su mujer, subí al coche que me estaba esperando delante del Sedán de Eddie.

—¿Tus padres no te confían el conducir? —le pregunté a Cameron mientras me abrochaba el cinturón.

—Hasta hace unos meses atrás, me tenían controlado; tenía guardaespaldas que me seguían a sol y sombra pero, como hace tiempo que vengo haciendo buena letra, mi padre me concedió el permiso de que condujera por hoy, y es solo porque Don tiene la noche libre, si no te llevaría él.

—Podría haber regresado con Eddie y tus hermanas. Había lugar en su automóvil y, además, ellos viven en la ciudad; de todos modos iban para ahí —le dije.

—Ya lo sé, pero quiero llevarte yo, quiero estar un rato más a solas contigo y poder darte un beso de despedida en tu edificio sin que nadie nos vea, dado que no quieres que lo nuestro sea público.

—Lo entiendo —le dije—, es solo que Eddie tiene razón en decir que esta noche habrá mucho tráfico, y me aterra el saber que regresarás solo; puedes cruzarte con algún conductor ebrio.

—Estaré bien pero, para que te quedes tranquila, te llamaré en cuanto regrese.

—De otra forma no dormiré tranquila —le dije—. ¿Qué otras cosas no tenías permitido hacer tras salir del McDale?

—No podía beber. En realidad no puedo y es la razón por la que no bebo, como te habrás dado cuenta. De todas formas no es algo que extrañe, solo bebía para experimentar; tampoco puedo fumar, y no me refiero al cigarro común —dijo volviéndose a mirarme—. Tampoco podía conducir porque mis padres temían que pudiera ingerir alguna sustancia o bebida sin que nadie se diera cuenta y luego tuviera un accidente.

—Por ello te tienen prohibido ir a clubes —dije a modo de afirmación.

—Ni siquiera puedo ir a fiestas de alguna fraternidad de mi universidad —dijo—, ya que se supone que allí corren alcohol y sustancias extrañas.

—¿Y ahora?, ¿puedes ir a clubes o bares?

—No lo sé, de a poco me van concediendo permisos. Tú serviste, en gran parte, de ayuda.

—Quieres decir que te estás aprovechando de mí.

—Sabes muy bien que no es eso lo que quiero decir —me dijo mirándome fijamente—. Cuando tú llegaste a mi vida, me diste más perspectiva y estabilidad que cualquier otra persona que haya conocido antes, incluyendo mi propia familia.

—¿A qué crees que se deba?

—No lo sé, tal vez sea porque eres la primera persona que, al igual que yo, no conoce a su familia biológica, o porque tenemos mucho en común.

—Volviendo al asunto de los clubes: ¿qué hacías allí la noche que te conocí? —interrogué.

—Pues aquella noche salí con George y otros muchachos de mi universidad, a los que no conoces. Era el cumpleaños de uno de ellos e insistieron tanto en ir hacia allí que fuimos. Desde luego que tuve a mi guardaespaldas detrás de mí todo el tiempo; no adentro, pero sí afuera, aunque tal vez entró al lugar y no me di cuenta, pero aquella fue la única vez que fui después de mi etapa de descarrilamiento.

—La manera en la que chocamos aquella noche no me pareció tan coincidente, o el encontrarte allí siquiera —le dije.

—Tal vez no lo fue.

Cuando llegamos a mi edificio, observé que Eddie nos había seguido todo el trayecto hacia allí. Cameron le hizo señas de que se podía ir y todos los pasajeros que iban en su automóvil nos saludaron con la mano.

—Tu hermano se preocupa por ti —le dije a Cameron.

—Y yo por él y por Beth y por Sally también, aunque no se los demuestre —me dijo.

—Pues creo que tendrías que hacer el intento de demostrárselo. Creo que tienen la impresión de que vienes de otra galaxia o algo así.

—¿Y tú intentarás demostrar más cuando estemos juntos?

—Tal vez lo haga, pero de a poco —le dije.

—Lo sé —dijo acercándose a darme un beso en los labios—. Toma —me dijo sacando algo del bolsillo de su abrigo—: es tu regalo de Navidad. Ábrelo mañana.

—Muchas gracias, yo dejé el tuyo bajo tu árbol —le dije.

—¿Con una tarjeta? —me preguntó.

—De hecho sí. Si no, ¿cómo sabrías que es mío?

—Pues no puedo esperar a abrirlo —me dijo y me dio otro beso mientras me tomaba de la barbilla.

—Regresa a tu casa ahora, no quiero que se te haga tarde —le dije.

—Está bien.

Luego de que Cameron se fue, subí a mi departamento extasiada por todo lo que había ocurrido en las últimas horas. La hermosa cena de Navidad, el calor del hogar de los Fitzpatrick, pero lo más importante: había tenido mi primer beso con un muchacho y con uno hermoso que me encantaba.

Una vez que llegué a mi dormitorio y me puse el pijama, me palpé los labios; todavía podía sentir el sabor de Cameron en ellos.

Cuando ya estaba acostada, mi teléfono móvil sonó.

Cameron:

Llegué sano y salvo. Ya estoy en la cama, ¿y tú?

Emerson:

También, ya estoy acostada a punto de dormir. Gracias, por todo.

Cameron:

De nada, Emerson, ten dulces sueños.

Emerson:

Tú también.

Capítulo 17

UNA TORMENTA DE NIEVE

Unos repiqueteos incesantes me despertaron el jueves 25 por la mañana. Primero parecían ser martillazos, luego oí el sonido de lo que creí que era un taladro. Miré al reloj de mi mesa de luz; eran las diez y cincuenta. Todavía tenía un poco de sueño, pero aun así me quedé despierta, ya que los ruidos provenientes del exterior no cesaban. Al cabo de unos diez minutos resolví levantarme.

Como Sienna seguía dormida, me puse a cocinar un estofado al curri. Durante mi estadía en la residencia, todas las muchachas que vivíamos en el lugar debíamos colaborar con tareas domésticas que fueran de nuestra elección. Yo había escogido ayudar en la cocina, dado que quería aprender a cocinar; de todos modos, también nos daban clases de cocina allí dentro como modo de preparación para la vida. Así fue cómo descubrí que me gustaba cocinar. Me relajaba pelar vegetales, cortar verduras y condimentar. Mientras removía la mezcla en la cacerola, me puse a pensar en Cameron y la noche anterior.

Pasadas las doce Sienna se levantó.

—Feliz Navidad —me dijo dándome un fuerte abrazo.

—A ti también —le respondí—. Creo que Santa te dejó algo debajo del árbol.

—Y a ti también —me respondió ella.

Miré hacia el árbol y vi dos regalos para mí; la noche anterior había colocado el que Cameron me había dado debajo de él. Me acerqué al árbol y primero tomé el de Sienna mientras ella recogía el suyo. Cuando lo abrí

encontré una *pashmina* en color verde agua; era muy suave y bonita.

—Muchas gracias, me encanta —le dije sonriendo.

—Y a mí me encantan estos —dijo tomando los pendientes—. Muchas gracias.

Tomé el obsequio de Cameron; estaba envuelto en un papel rojo de raso. Cuando lo abrí encontré un CD que parecía ser virgen. Tomé la tarjeta y decía:

Espero que te gusten todas las canciones. Son solo seis, pero son las que yo compuse; incluso las grabé en un estudio de mi universidad. disfrútalas, Emerson, y feliz Navidad.

—¿Es de tu buen amigo? —me preguntó Sienna observando el CD que yo sostenía en mis manos.

—Lo grabó él. Anoche nos tocó una pieza con su piano —le conté.

—¿Qué tal toca?

—Como los ángeles, y tiene una voz melodiosa también —le dije.

—Pues tal parece que no es solo una cara bonita, sino que también tiene talento. —Estuve a punto de contarle a Sienna que Cameron me había besado, pero luego decidí no hacerlo.

—Pues lo tiene —le dije asintiendo.

Luego de almorzar y de que Sienna me contara acerca de su Navidad, fui a mi habitación a escuchar el CD que Cameron me había regalado. Después de colocarlo en el reproductor, me senté en la silla, frente al escritorio, a escucharlo. La primera canción se llamaba «Mi existencia sin ti» y hablaba acerca de un muchacho que había perdido a alguien y por ello ahora se sentía perdido; era algo desgarradora. La siguiente canción tenía por nombre «Memorias de ti» y trataba sobre un muchacho que recordaba a una muchacha y, al parecer, la extrañaba mucho o le era indispensable para su existencia; también estaba cargada de mucha emoción. La siguiente era la que había cantado la noche anterior, «Al fin te encontré»; esa me generaba un cierto alivio. La cuarta canción era «Hay algo acerca de ti» y relataba la historia de un muchacho que quería quedarse en algún lugar por una muchacha. La quinta

canción, «Tu presencia», hablaba de lo bien que le hacía sentir la presencia de la muchacha en cuestión. Y finalmente la última canción se titulaba «Mi único cielo eres tú» y confesaba estar enamorado de esa muchacha y que lo era todo para él. Una vez que el reproductor dejó de sonar, me quedé pensando en la letra de cada una de esas canciones: claramente todas ellas hacían referencia a la misma muchacha. Desde luego que ella era su musa y, por la letra de las primeras de ellas, decía que la había conocido hacía mucho tiempo atrás y luego se había vuelto a reencontrar con ella. Estaba claro que esa muchacha lo había encandilado y no podía olvidarla; de todos modos, no podía preguntarle por ello, dado que antes ya habíamos tenido esa conversación y él había negado rotundamente la cuestión. De todas maneras, pensé que era un detalle muy bonito que alguien escribiera canciones sobre ti.

Por la tarde los ruidos del taladro persistían. De acuerdo con Sienna, eran obreros que estaban clausurando algunos edificios dada la tormenta de nieve que se aproximaba.

Dougray pasó a recoger a Sienna para llevarla a su casa, por lo que me quedé sola en el departamento.

En la semana había comprado un televisor para mi dormitorio dado que, durante lo que restaba de diciembre y parte de enero, no iba a poder ir a muchos lugares debido a la nieve y al hecho de que no salía mucho de todas maneras.

Estaba recostada en la cama viendo una serie de TV cuando tomé el móvil y le envié un mensaje a Cameron.

Me gustó mucho tu regalo. Adoro escucharte tocar el piano y tienes una gran voz. Muchas gracias por el CD.

Al instante mi móvil sonó con una llamada.

—*Me alegra que te haya gustado. Por cierto: me encanta la cadena con mis iniciales, gracias.*

—De nada, Cameron.

—*¿Qué estás haciendo?*

—Solo estoy acostada, viendo un poco de tv. Mi compañera de piso salió con su novio, por lo que estoy sola.

—*¿Puedo ir a verte?*

—¿Quieres venir? —le pregunté sorprendida.

—*Sí.*

—Está bien —le dije.

—*En un rato estaré allí.*

Luego de colgar fui directo a sentarme en frente del espejo. Tomé el cepillo y me peiné bien, luego me puse un poco de colonia. Observé mi atuendo; tenía puesto un *jean* con un suéter azul encima y unas Converse en los pies. Tal vez no estaba bien arreglada pero, si nos íbamos a quedar adentro, qué más daba.

Después de treinta minutos, el timbre sonó y apareció Cameron con unas cajas en las manos.

—Hola, Emerson —me dijo inclinándose para darme un beso suave en los labios, como el que me había dado bajo el muérdago. Era extraño que ahora nos besáramos, pero me encantaba.

—Gracias por venir —le dije y me quedé parada frente a él junto a la puerta.

—Toma, te traje unos *cupcakes* y unos chocolates —me dijo entregándome las cajas.

—Muchas gracias —le dije depositándolas encima de la mesa—. ¿Qué quieres que hagamos? —le pregunté a continuación.

—Lo que tú quieras —me dijo.

—Estaba viendo tv en mi dormitorio, ¿quieres que vayamos para allí?

—Desde luego. De paso puedo conocerlo. —Tomé la caja pequeña de chocolates y fuimos hacia allí.

—Pasa —le dije haciendo un ademán con la mano. Cameron observó con detenimiento cada cosa y luego me dijo:

—Me gusta, es muy acogedor.

—Gracias, ven aquí —le dije sentándome en la cama. Él se colocó a mi lado apoyando su espalda en los cojines.

—¿Qué veías? —me preguntó observando el televisor.

—Solo una serie policial. Puedes cambiar de canal si quieres —le dije dándole el mando.

—Está bien, me gustan este tipo de programas. —Abrí la caja y saqué un chocolate; luego se la pasé a Cameron, quien tomó otro—. ¿Puedo preguntarte cuál fue tu canción preferida?

—¿Te refieres a tu CD? —Asintió con la cabeza—. Pues déjame hacerte un comentario general primero. A medida que lo iba escuchando, sentí que todas las canciones componían una historia, todas eran una parte de esa historia; las dos primeras son algo desgarradoras, pero luego se tornan en algo hermoso. Y respondiendo a tu pregunta, supongo que mi preferida es «Mi cielo eres tú», dado que es una especie de desenlace de la historia y es esperanzadora. Por cierto: tienes mucho talento. Si componer canciones es lo que realmente te genera placer, deberías dedicarte a la música de lleno.

—Gracias. ¿Hay algo más que quieras decirme o preguntarme?

—No —le mentí. De verdad quería preguntarle para quien había compuesto aquellas canciones, pero no lo hice; en parte porque intuí que no me lo contaría, y en parte porque no sabía si quería saberlo tampoco. Ahora, que finalmente me había declarado que le gustaba, no quería estropear lo nuestro—. ¿Cómo están tus padres? —le pregunté a continuación tratando de cambiar de tema.

—Bien, fueron a Connecticut a visitar a mis abuelos maternos.

—Quieres mucho a tu abuela materna, ¿verdad? —le pregunté.

—Muchísimo —me respondió con una cadencia suave en su voz.

—¿Puedo preguntarte cómo ocurrió el accidente?

—Regresaban en el automóvil de mi abuelo y él... perdió el control del volante y chocó contra una columna. Él sufrió solo unos golpes porque llevaba puesto el cinturón de seguridad, pero mi abuela no, por lo que fue quien sufrió

las consecuencias.

—Lo lamento mucho —le dije. Observé su expresión corporal: noté que se había tensado y apretaba los puños fuertemente—. Sé que estás molesto por ello más de lo que te atreves a expresar.

—¿Molesto? ¿Crees que estoy molesto por ello? —me preguntó con la mirada fija en la mía. Me pareció que sus ojos se oscurecieron un poco—. Molestia es poco comparado a lo que siento; esa fue una de las peores cosas que me sucedieron en la tierra.

—Lo lamento —le dije nuevamente poniéndole una mano encima de la suya. Entonces noté que estaba muy tenso—. Ella parece ser una mujer muy noble y no debería haberle ocurrido eso.

—No..., no debería haberle ocurrido eso a ella —me dijo repitiendo mis palabras. En ese momento me incliné hacia él y lo abracé fuertemente. Su cuerpo estaba duro como una piedra, como si se hubiera entumecido, y al principio demoró en devolverme el abrazo, pero finalmente lo hizo.

—Si te sirve de consuelo, podría haberle ocurrido eso cuando era joven y haber estado más tiempo en silla de ruedas —le dije tratando de consolarlo.

—No tendría que haberle ocurrido eso de todas formas. Ahora tiene que estar postrada a esa silla por lo que le queda de vida y ya nunca caminará —dijo de forma abatida.

—No tienes que culparte por ello, Cameron, no es tu culpa lo que le sucedió.

—Sí lo es —me dijo bajando la vista.

—¿Cómo va a serlo?, si tú ni siquiera ibas con ellos en el automóvil —le dije.

—Pero podría haber ido, si hubiese tenido dieciséis y una licencia de conducir, pero todavía tenía quince.

—¿Te culpas por no haber tenido edad suficiente como para conducir? Cameron, si fuese por ello, todas las personas se estarían culpando de cada accidente que les ocurriera a sus seres queridos.

—Nadie más en mi familia parece culparse por ello —me dijo mirándome a los ojos.

—¿Y esperas que porque tú te culpes ellos también lo harán?

—Supongo... —dijo encogiéndose de hombros.

—Pues tal vez ellos entienden que fue un accidente y que no había nada que pudieran hacer al respecto, y que tampoco tiene sentido culparse por ello.

—Supongo que es así.

—Solo trata de no sentirte mal al respecto, por tu abuela; no creo que ella quiera que te culpes por ello.

—Supongo que tienes razón —me dijo. Me acerqué a sus labios y lo besé suavemente—. Me gusta que hagas eso.

—¿Que te bese? —le pregunté.

—Que tomes la iniciativa —me respondió. Volví a besarlo y esta vez me quedé apoyada encima de su pecho.

—¿Sabes qué estuve pensando hoy? —le dije.

—¿Qué?

—¿Y si nunca se me hubiese ocurrido pedir el traslado desde la empresa de California? ¿O si la empresa no tuviera sede aquí? ¿O si tu padre no fuese dueño de la empresa? Nunca te hubiese conocido.

—Me hubiese asegurado de encontrarte, créeme —me dijo apoyando su barbilla en mi cabeza.

—¿Puedo preguntarte algo? —inquirí.

—Seguro.

—¿Cuándo comencé a gustarte?

—Desde la primera vez que te vi —dijo.

—¿Te refieres a la vez que me viste en el avión en que veníamos desde California?

—Exacto.

—¿De dónde venías? —le pregunté con curiosidad.

—Fui a pasar un fin de semana en la casa de un tío —me dijo.

—¿En qué parte viven?

—En las afueras, frente a la playa.

—¿Y por qué fuiste un fin de semana de noviembre?

—¿Y por qué no? Fui el viernes a pasar Halloween con ellos.

—¿No querías pasarlo aquí?

—Pasé todos mis Halloween aquí y esta vez quería pasarlo allá —dijo—.

¿Tú hiciste algo ese día?

—Estuve embalando cosas —le respondí.

—Oh, claro, ¿y en los Halloween previos hiciste algo?

—Desde niña festejábamos en los orfanatos en los que estaba y, en los dos años que estuve en la residencia, también.

—¿La residencia era distinta al orfanato? —me preguntó.

—Era mejor porque, de hecho, el establecimiento y mi habitación eran mucho más acogedores; el ambiente era bueno también.

—¿Tenías amigas allí adentro?

—No, éramos quince muchachas y cada una tenía su habitación, pero no llegué a ser amiga de ninguna de ellas, tampoco intenté acercarme mucho.

—¿Tenías miedo de que te lastimaran?

—Supongo que no quería tener que extrañar a alguien —le respondí.

—¿Extrañaste a alguien alguna vez?

—Una vez, cuando era pequeña, me hice amiga de una niña llamada Mindy en un orfanato de Luisiana. Forjamos amistad desde que ella llegó allí y estuvimos juntas casi dos años.

—¿Y luego qué ocurrió?

—La adoptaron.

—Lo lamento —dijo.

—Antes de que ella llegara y se fuera, nunca había sabido lo que era extrañar a alguien. Tras su partida me sentí acongojada y sola.

—Y nunca jamás quisiste volver a sentirte así.

—Exacto. Descubrí que, si no involucras sentimientos, no saldrás herido.

—Sé lo que es eso —me dijo.

—¿Recuerdas en dónde estuviste antes de que te adoptaran tus padres?

—En un orfanato de Vermont. Estuve allí siempre, pero la verdad es que no recuerdo mucho de esa etapa, solo un par de cosas, como la habitación que tenía allí y los juegos que había en el patio. Solo retazos. Sí recuerdo el día que me dijeron que ese sería mi último día allí porque un matrimonio había decidido adoptarme y luego cuando llegué a mi nuevo hogar.

—Sally me contó cuánto te costó adaptarte a la familia —le dije.

—¿Ah, sí? ¿Te dijo algo más?

—Que al principio tus padres creían que eras autista porque te rehusabas a recibir alguna muestra de afecto y que se sorprendieron por tu extremado coeficiente intelectual.

—Oh, pues sí: la verdad es que al principio me costó mucho relacionarme con ellos. Lo hice de un paso a la vez y, con respecto a mi coeficiente intelectual, pues siempre tuve facilidad para el aprendizaje y la memorización.

—Eso es lo que dijo Sally. También me comentó que nunca antes mostraste interés alguno por alguna muchacha, por lo menos por alguna que ella conociera.

—Así es: nunca me interesó ninguna muchacha que perteneciera al círculo social de mi familia o cualquiera que se cruzara en mi camino.

—Eso es extraño —le dije levantando mi mirada hacia él—. ¿Nunca te atrajo ninguna muchacha?

—No.

—¿Me estás diciendo que nunca encontraste atractiva o te pareció bonita alguna muchacha?

—A los ojos pueden parecerte bonitas muchas, incluso mis hermanas y mi madre son hermosas pero, una vez que tienes acceso al interior de muchas de ellas, puedes desencantarte.

—Lo entiendo, pero ¿qué hay de todas esas muchachas a las que besaste?

—A eso me refería: nunca nadie me atrajo al cien por ciento, no como tú

—me dijo y me besó en la frente.

—¿Cómo puedo gustarte al cien por ciento?

—¿Cómo puedes tú no gustarte a ti misma? Eres maravillosa, Emerson.

—¿Te sorprendiste mucho al verme en la cafetería? —le pregunté tratando de cambiar de tema.

—¿En la cafetería? —inquirió.

—La segunda vez que me viste. ¿Recuerdas cuando yo estaba sentada y tú me estabas mirando de la misma forma que en el avión?

—Oh, sí —me dijo bajando la mirada, por lo que intuí estaba algo apenado—. Me pareció extraño volver a verte, sobre todo porque Nueva York es muy grande.

—A mí también me extrañó verte y ni te imaginas lo que me sorprendí al encontrarte en el club.

—Y cuando me viste en la fiesta de la empresa —me dijo él.

—Creo que esa fue la mayor sorpresa que me llevé respecto a ti: saber que eras un Fitzpatrick.

—Solo de adopción —me dijo.

—Pero son tu familia. Te adoran, Cameron, y eso es lo que importa.

—Ya lo sé, yo también los quiero, solo estaba recalcando lo obvio.

—Lo obvio es que para ellos no importa de dónde vengas, eres un Fitzpatrick.

—¿Puedo preguntarte de dónde proviene tu apellido? Es decir, ¿sabes quién te lo puso? —me preguntó.

—De acuerdo con la investigación de Marlene, el juez que tenía a cargo mi tutela durante los primeros años, supongo que él también fue quien escogió mi nombre —le respondí.

—Pues tienes un hermoso nombre, lo adoro —me dijo y me dio un beso en la cabeza.

El sonido del televisor se escuchaba de fondo, pero yo estaba absorta en la quietud del momento, apoyada en el cuerpo de Cameron.

Capítulo 18

TU PRESENCIA

El viernes por la mañana, salí al balcón y observé que estaba nevando. Nunca antes había visto nieve, y caía incesantemente y regaba las calles hasta cubrirlas.

—¿Crees que podemos salir a la calle hoy? —le pregunté a Sienna mientras desayunábamos.

—¿Quieres salir? ¿A dónde? —me preguntó.

—A ver la nieve. Nunca antes vi nieve en mi vida —le dije.

—Oh, pues, de acuerdo con el pronóstico, a partir de mañana comenzará la tormenta y no se podrá salir a ninguna parte, lo que me recuerda que hoy iré al departamento de Doug y me quedaré allí hasta el lunes, cuando haya cesado la tormenta. ¿Te parece bien?

—No tienes que pedirme permiso, Sienna, Ve tranquila —le dije sonriendo.

—Me preocupa que te aburras estando encerrada tanto tiempo y sin tener qué hacer durante tres días, ¿o vendrá tu amigo a visitarte?

—No lo sé, tal vez venga —le dije—. Y de todas formas, no te preocupes por mí, estaré bien.

Después de almorzar, Dougray pasó a recoger a Sienna para llevarla a su departamento y yo me quedé acomodando el nuestro.

Por la tarde recibí una llamada de Cameron.

—*Emerson, ¿qué hacías?*

—Viendo un poco de TV, ¿y tú?

—*Jugando con Oliver.*

—¿Con quién?

—*Con nuestro perro. No lo conociste porque, las dos veces que viniste, estaba en su cucha; mis padres no quieren que esté adentro cuando tenemos invitados.*

—Oh, qué tierno, ¿y en dónde están jugando?

—*En el patio de invierno, tiene vista al patio trasero. Desde aquí se ve la nieve que cae; parece una postal.*

—Se debe de ver hermoso allí —le dije.

—*¿Te gustaría venir?* —me preguntó.

—No creo que sea buena idea. Temo que luego comience a nevar más y no pueda regresar; además, tenía pensado salir a pasear.

—*¿Con tu compañera de piso?*

—No, sola. Sienna se fue al departamento de Dougray y se quedará allí hasta el lunes.

—*Oh, ¿y no será peligroso si vas sola?*

—No lo creo. Las advertencias de quedarse encerrado son a partir de mañana, por lo que iré a dar unas vueltas por la zona —le dije.

—*¿Puedo ir contigo?*

—Si quieres...

—*Espérame, en unos minutos estaré allí.*

Yo tenía puesto un *jean* con un suéter rosa de lana encima. Tomé un abrigo oscuro y me lo puse junto con una bufanda blanca y un gorro del mismo color en la cabeza.

Después de veinte minutos, Cameron llegó a mi edificio. Traía puesto un conjunto deportivo negro con un abrigo gris encima.

—Hola, Emerson —me dijo y me dio un dulce beso en los labios en la entrada de mi edificio.

—Hola, Cameron —le dije y dirigí mi mirada hacia la calle. Había nieve esparcida por todos lados: en las veredas, en los árboles, en los automóviles, pero la gente, de todas maneras, andaba caminando. Al parecer ellos también

querían disfrutar de la nieve tanto como yo.

—¿Por dónde quieres ir? —me preguntó Cameron.

—Podríamos ir hasta el Central Park —le dije.

—Bien, agárrate de aquí —me dijo señalando su brazo. Lo tomé y, en cuanto lo hice, me sentí muy cálida, tal como siempre lo hacía cuando me aferraba a su brazo.

—¿Puedo saber por qué eres tan caliente? —Cameron enarcó una ceja al oír aquello—. Me refiero a tu tacto. En cuanto coloco mi brazo alrededor del tuyo, me siento muy cálida; es como si tu temperatura fuese baja.

—Es la temperatura de mis abrigos; son todos térmicos —me explicó.

—Oh.

—Tu primera nevada —me dijo, mientras nos dirigíamos hacia Central Park.

—Así es —le dije mientras observaba cómo pequeñas gotas de nieve descendían desde el cielo—. Lamento haberte quitado tiempo con Oliver para que vengas a ver la nieve conmigo, o haberle quitado tiempo a él contigo.

—No te preocupes, él me tiene desde hace ocho años; además, se quedó jugando con mi padre.

—Me gustaría conocerlo algún día.

—Pronto lo harás —me dijo.

Cuando llegamos a Central Park, este estaba cubierto de un manto blanco.

—¿Qué te parece si vamos a dar una vuelta por la parte sur y luego regresamos a tu departamento? No quiero que tomes mucho frío —sugirió Cameron.

—Está bien —le dije.

Había un par de personas en el lugar: unos niños haciendo muñecos con la nieve, otros jugando y otros solo paseando como nosotros. Observé el agua del lago de la parte sur; estaba lleno de escarchas, como si ya se estuviese congelando.

—Apuesto a que te estás preguntando a dónde fueron los patos que estaban

aquí —me dijo Cameron, como leyéndome el pensamiento. Asentí con la cabeza—. Pues el lago es largo, y los patos cuentan con supervivencia.

Miré hacia los lugares en los que había visto vagabundos antes, pero no vi a ninguno. Me pregunté a donde habrían ido.

Después de veinte minutos de caminata por allí, regresamos a mi edificio.

—Gracias por acompañarme. Realmente quería ver cómo caía la nieve —le dije.

—Para eso estoy. Me gustó ver nevar contigo.

—También a mí —le dije—. ¿Puedo persuadirte para que te quedes a beber una taza de chocolate caliente?

—De hecho, tenía pensado quedarme toda la tarde contigo si no te molesta —me dijo cuando estábamos llegando a mi edificio.

—Desde luego que puedes quedarte cuanto tiempo quieras. No tengo nada más que hacer y, además, estoy sola.

—Dijiste que tu amiga regresaría el lunes recién, ¿verdad?

—Así es. Estaré sola hasta entonces —le respondí.

Cuando entramos a mi departamento, me dirigí a la cocina a poner a hervir leche. Coloqué cacao en las tazas, las puse encima de una bandeja junto a una cazuela con *cupcakes* y donuts. Cuando la leche estuvo lista, la vertí en las tazas y añadí unos malvaviscos.

—¿Qué estás leyendo? —le pregunté a Cameron.

—*Mi vida en el planeta Marte* —respondió volviendo a depositar el libro en la mesita.

—Puedes llevártelo, te lo presto —le dije sirviéndole su taza.

—Gracias —dijo—. ¿Qué harás en estos días en que no tienes que ir a trabajar?

—No lo sé, supongo que ver series y películas, escuchar música, leer, limpiar, ver la nieve caer a través de la ventana —le dije enumerando.

—Pues ese es el problema con las tormentas de nieve: te obligan a quedarte encerrado y buscar tareas que debes hacer en el interior de tu casa —

comentó él.

—Pues no es que yo sea una salidora, pero creo que nunca estuve tantos días encerrada por obligación climática.

—No es tan malo. Y si vas a vivir en Nueva York por siempre, debes acostumbrarte a que cada invierno tendrás que quedarte, por lo menos, una semana encerrada. Por cierto: ¿es seguro que te quedarás para siempre aquí?

—Eso no puedo decirlo aún. De momento solo puedo decirte que me gusta mucho la vida en Nueva York y, en tanto me sienta bien aquí, me quedaré, pero a veces no depende solo de mí, sino del trabajo y de que los alquileres de la ciudad se mantengan dentro de mi estándar económico.

—Pero tú antes dijiste que te habías mudado muchas veces porque no te sentías a gusto en ningún lugar. ¿Crees que, en cuanto no te sientas a gusto aquí, querrás mudarte?

—Pues... no lo sé. —Al parecer él prestaba atención a cada cosa que yo decía y la recordaba: la razón por la que me mudaba constantemente era porque nunca me sentía completamente a gusto en ningún lugar.

—Pues ojalá que nunca quieras mudarte de aquí —me dijo mientras bebía su chocolate.

Después de treinta minutos, nos fuimos a mi habitación a ver TV. Nos pusimos a ver una película romántica llamada *Un amor para recordar*.

—No sabía que te emocionaba ver este tipo de películas —me dijo Cameron secándose una lágrima que había comenzado a rodar por mi mejilla izquierda, y ni siquiera había sido consciente de ello.

—Nunca la había visto —le dije.

—Oh, yo la había visto una vez con mi madre; a ella también la emociona.

—Te dejo escoger la próxima película —le dije entregándole el mando.

—¿Qué te parece si, en vez de seguir viendo TV, solo escuchamos música aquí recostados? —sugirió.

—Está bien, pondré el reproductor —le dije disponiéndome a levantarme de la cama.

—Quédate acostada, ya lo pongo yo. ¿Es el de tu portátil?

—Sí —le respondí. —Fue hacia el escritorio, en donde se encontraba mi portátil, y se puso a inspeccionar en mis carpetas de música. Presionó una y regresó a la cama. Comenzó a sonar una canción de The Who.

—Al parecer abriste la carpeta que contiene música de los 60 —le dije acomodándome de costado para mirarlo mejor.

—Me gusta la música de esa época, y la de los 70 y los 80 también —me respondió acomodándose de perfil él también. Nos quedamos recostados en esa posición mirándonos fijamente por un momento bastante prolongado.

Me desperté con la canción «I wanna know what love is», que sonaba de fondo.

—¿Me quedé dormida? —le pregunté a Cameron, quien se encontraba sentado al lado de mí leyendo *Mi vida en el planeta Marte*.

—Hace un largo rato —me dijo ensanchando media sonrisa. Tomé el reloj de mi mesa de luz y observé que eran las siete de la tarde.

—Dormí tres horas —le dije a Cameron—. ¿Por qué no me despertaste?

—Porque yo también me dormí un rato. Después me desperté y me quedé un rato viéndote dormir; luego fui al *living* a tomar el libro y me senté aquí a leer.

—¿Me viste dormir? —le pregunté.

—Y fue un placer. Duermes como un ángel —me dijo acariciándome la mejilla izquierda.

—Oh, pues podrías haberme despertado. Ni siquiera recuerdo en qué momento me dormí. —Al parecer estaba cansada y ni había sido consciente de ello.

—Creo que el frío es la razón de que te sientas adormilada —me dijo, como leyéndome la mente—. Yo también estaba algo cansado, supongo que por eso osé de quedarme dormido a tu lado.

—No te sientas avergonzado por ello —le dije incorporándome en la cama—. Yo te incité a hacerlo y sin ser consciente de ello.

—Pues fue un placer dormir a tu lado —me dijo volviendo su mirada al libro. Me levanté para ir al baño y, cuando fui al lavabo a lavarme el rostro, observé que tenía el cabello enmarañado y marcas de la frazada en mi mejilla izquierda. No sé cómo Cameron podía decir que parecía un ángel durmiendo con aquel aspecto. Me cepillé bien mi cabello y mis dientes y regresé a mi habitación.

—¿Quieres que vayamos al *living* a comer algo? —le pregunté a Cameron.

—¿Tienes hambre? —inquirió.

—No mucha, pero pensé que tú tendrías.

—No, estoy bien. Ya cenaremos en una hora o dos o cuando tengas hambre —me respondió. Me fui hacia la cama a sentarme allí de nuevo y tomé el mando del televisor.

—No te molesto si pongo en volumen bajo, ¿verdad?

—No, puedo leer de todas maneras —me respondió. Me incliné para ver en qué página iba y noté que ya había leído más de la mitad del libro. Hice zapeo por un momento y luego dejé en un programa de cocina; el cocinero estaba preparando una molleja. No necesitaba poner el volumen muy alto para saber cómo se preparaba, me bastaba con ver cómo lo hacía el chef y leer la lista de ingredientes.

—¿Te gusta ver ese tipo de programas? —me preguntó Cameron mirando a la pantalla por encima del libro.

—Sí, me relaja —le respondí.

—¿Te gusta cocinar? —me preguntó a continuación sin despegar la vista del libro.

—Mucho, me relaja bastante —le respondí—. Unos de estos días podría cocinarle algo.

—Me encantaría comer algo hecho por ti —me respondió.

Me puse a pensar qué podría cocinarle. Tenía que ser algo sabroso. Una vez que el chef terminó de cocinar el plato salado, comenzó a preparar un suflé de chocolate.

Cuando el programa finalizó, volví la vista hacia Cameron, a quien observé ya estaba terminando el libro.

—Lees muy rápido —le dije.

—Es lectura liviana —me respondió.

Seguí viendo el canal de cocina. Comenzó un programa de una chef que preparaba alimentos con vegetales y sustancias de la tierra.

—¿Sabes si hay una secuela o si la escritora tiene planeado escribir una? —me preguntó Cameron dejando el libro a un lado.

—Busqué en internet y no hay ninguna secuela y, al parecer, la escritora no tiene pensado escribir una —le respondí—. ¿Por qué?

—Porque no me gusta la idea de que terminen separados —me dijo mirándome.

—Me parece increíble que lo hayas leído en menos de dos horas. A mí me tomó tres días.

—Leo rápido —dijo encogiéndose de hombros.

—Eso me contó Sally —repuse.

—Creo que deberíamos ordenar comida china, ¿te apetece? —me preguntó cambiando de tema.

—¿La traerán incluso con esta tormenta? —le pregunté.

—Dado que la tormenta no comenzó todavía, supongo que sí —dijo.

Fui hacia la cocina, tomé el teléfono y llamé a un restaurante chino. Por suerte esa noche sí harían reparto, por lo que ordené *sushi* con arroz y rollitos de salmón.

Luego de poner la mesa con Cameron, nos sentamos a esperar.

—¿En qué te irás a tu casa? ¿Vendrá Don a buscarte? —le pregunté mientras le servía refresco en su copa.

—En realidad... tenía pensado quedarme a dormir. —Solté la jarra de manera brusca. —¿Quedarte a dormir? ¿Aquí?

—No me gusta que duermas sola. Dormiré en el sofá. —Me lo quedé mirando por un momento y luego le dije:

—No hace falta que te quedes; el edificio es seguro y este departamento tiene alarma, y tanto la puerta como las ventanas tienen seguro.

—Aun así, no quiero que te quedes sola tantas noches.

—Cameron, en California dormí sola por casi un año y nunca me ocurrió nada, incluso cuando mi edificio de allá no era tan seguro como este, así como el vecindario en el que solía vivir. Sé cuidarme sola.

—Insisto: me quedaré hasta que tu amiga regrese —me dijo cruzándose de brazos.

—¿Te quedarás hasta el lunes? —le pregunté sorprendida levantando la voz.

—Enseguida vendrá Don, quien me traerá un bolso pequeño con mi ropa y algunas otras cosas —me dijo.

—¿Don? ¿Cuándo lo llamaste? —le pregunté sorprendida.

—Cuando tú estabas llamando al restaurante. —Me lo quedé mirando en silencio por un momento—. No hay discusión: me quedo. —Realmente no podía discutir con él; parecía muy decidido acerca de ello y en parte me agradaba que se quedara conmigo.

Al instante llamaron al portero; era Don con las pertenencias de Cameron y luego llegó la comida china.

—¿Alguna vez te quedaste a dormir en la casa de algún amigo? —le pregunté mientras servía la comida en los platos.

—No, nunca.

—¿Y qué dijeron tus padres cuando les contaste que te quedarías a dormir aquí? —inquirí.

—Nada, ya soy grande. Les dije que me quedaba en la casa de mi amiga, que estaba sola —me respondió.

—¿Y no crees que sospecharán algo? Es decir, es la primera vez que te quedas a dormir afuera y es en la casa de una amiga mujer —le dije.

—¿Sospechar qué?

—Que podamos ser algo más que amigos...

—Sospecharán bien entonces —me dijo tomando un rollito de salmón.
Nos quedamos un rato en silencio mientras comíamos.

—¿Te gusta vivir con esa muchacha? —me preguntó Cameron.

—¿Con Sienna? Sí, es un espíritu cálido y jovial; además, es algo protectora —le dije.

—¿Y qué tan seria es su relación con el muchacho de la empresa?

—¿Con Dougray? Pues son novios y ambos parecen estar enamorados; es decir, yo me llevo de lo que me cuenta ella y de lo que veo cuando están juntos.

—¿Crees que se casarán?

—Es muy prematuro para que se casen; solo llevan un mes saliendo. Pero si la cosa funciona, supongo que eventualmente se casarán —le respondí—. ¿Por qué lo preguntas?

—Por curiosidad. ¿Qué harás si eso sucede? Es decir, ¿con quién irás a vivir? —me preguntó.

—Pues no lo sé —le dije encogiéndome de hombros.

Después de terminar de comer, tomamos helado Ben y Jerry.

—Enseguida prepararé el sofá para dormir —me dijo Cameron.

—¿Y por qué no duermes conmigo? —le pregunté.

—¿Quieres que duerma contigo? —inquirió sorprendido.

—Es solo una cama. Dormiremos con pijama y cada uno de su lado —le dije.

—Pues, si no hay problema contigo, entonces sí.

Después de ponerme mi pijama en el baño, regresé al dormitorio. Cameron ya se había puesto un pijama gris y estaba sentado del lado izquierdo de la cama con su portátil en sus piernas. Yo me senté a su lado mientras me cubría con la frazada y tomaba el mando de la televisión.

—¿No te conectarás esta noche? —me preguntó mirándome.

—No veo el motivo —le dije sonriendo—. Además, no tengo muchos contactos y, aparte de ti, solo chateo con Sally muy de vez en cuando.

—Ya veo. ¿Y no quieres chatear con ella? Está conectada —me dijo.

—No porque, si comienza a preguntarme sobre ti, tendré que decirle que te quedarás todos estos días a dormir conmigo —le respondí—. ¿O tú ya le dijiste que estás aquí?

—No, no estoy chateando con ella, pero ¿por qué no quieres que sepa que me quedaré contigo?

—Porque ella alberga esperanzas con respecto a nosotros, y la verdad es que no quiero que sepa nada todavía.

—Hasta que estés segura de querer estar conmigo —me dijo.

—Ya sabes a qué me refiero —le dije tomándole la mano—. De momento es mejor que nuestra relación sea íntima; con el tiempo veremos.

—Pues tú ya sabes que, por mi parte, estoy muy seguro de lo que siento y quiero respecto a ti, pero lo haremos a tu modo —me respondió. Me incliné para darle un beso suave en los labios.

—Te quiero, Cameron —le dije apoyando mi cabeza en su hombro.

—Y yo a ti, Emerson —me respondió—. George te manda saludos, por cierto.

—¿Estás chateando con él? —le pregunté.

—Sí, está en su casa en Connecticut —me respondió.

—¿Le contaste a él acerca de nosotros? —le pregunté mientras cambiaba de canal.

—No, solo le dije que estoy visitándote y que en un rato regresaré a mi hogar —me dijo.

Luego de un rato Cameron apagó su ordenador, lo depositó sobre el escritorio, y regresó a la cama.

—¿Tienes un correo electrónico? —me preguntó por la película que estaba viendo.

—La vi cuando tenía doce años por primera vez y desde entonces siempre anhelé venir a Nueva York.

—Pues me hace muy feliz que estés cumpliendo tu sueño —me dijo

acercándose a mí mientras me abrazaba.

—Gracias por alegrarte constantemente por mí —le dije. Comenzó a besarme la cabeza y luego a descender por mi rostro. Yo me volví hacia él y lo besé en la barbilla y luego en los labios.

—Me encanta besarte —le dije.

—Y a mí me encanta darte besos. He estado deseando besarte desde que te vi —me dijo sosteniéndome en sus brazos.

—¿Y por qué me esquivaste cuando estábamos en el campo de golf en la fiesta de la empresa?

—Pues ya te lo dije... Al principio no me sentía muy digno de ti y, además, acabábamos de conocernos y no me pareció correcto. Quería hacer las cosas bien contigo; entiende que nunca antes he estado con una muchacha como lo estoy contigo.

—¿Y me quisiste besar la noche que estuvimos juntos en el club?

—Desde luego, pero era la primera vez que hablábamos; nunca hubiese intentado siquiera ponerte un dedo encima —me dijo acariciándome el rostro dulcemente. Pensé que aquello debía ser un sueño. Estar con él allí, que ese muchacho hermoso hubiera decidido quedarse en mi departamento a cuidarme y ahora estuviese en mi cama conmigo era un sueño hecho realidad.

Capítulo 19

TIENES MI CORAZÓN

El sábado por la mañana, me desperté con un brazo de Cameron encima de mí; me tenía sujeta fuertemente. Al parecer habíamos dormido en esa posición toda la noche: él, con un brazo alrededor de mí y yo, sujetándolo. Me quedé así, inhalando su aroma; olía a algo nuevo y floral. A los cinco minutos se despertó.

—Buenos días, Emerson —me dijo con voz adormilada y me depositó un beso en la mejilla izquierda.

—Buenos días, Cameron, ¿qué tal dormiste? —le pregunté.

—Como un bebé, ¿y tú?

—También. ¿Desayunamos?

—Quedémonos un rato en la cama —me dijo atrayéndome hacia él mientras me abrazaba.

—Qué lindo es despertarme junto a ti —le dije. Nunca antes había dormido con alguien, mucho menos con alguien del sexo opuesto, pero era lindo dormir y despertarme junto a él.

—Lo sé, a mí también me gusta despertarme contigo —me dijo y me dio un beso en los labios.

—Ni siquiera me lavé los dientes —le dije.

—¿Y? No me importa si tienes los dientes todos mohosos y con caries, yo te besaré igual. —En ese momento pensé en el aspecto que tendría, dado que recién me despertaba.

—Iré al baño a cambiarme —le dije levantándome de la cama. Tomé un *jean* y una sudadera beis de mi clóset y me dirigí al baño. Una vez allí

comprobé que no tenía mal aspecto después de todo. Mi cabello estaba alineado y mis mejillas, sonrosadas; supuse que porque había estado toda la noche durmiendo abrazada bajo las frazadas. Luego de cambiarme regresé a la habitación para ponerme las zapatillas y observé que Cameron ya se había cambiado. Tenía puesto un conjunto deportivo azul; me gustaba cómo le quedaba ese color en él.

—¿Qué quieres desayunar? —le pregunté.

—Café, supongo. —Fui hacia la cocina y coloqué café en la cafetera y me puse a hacer panqueques; creí que sería bueno desayunar eso. Después de unos minutos estuvieron listos.

—Espero que te gusten —le dije a Cameron mientras depositaba su plato sobre la mesa.

—Me gusta el aspecto que tienen —me dijo observando la enorme sonrisa que había hecho sobre el panqueque con crema.

—Cuando estás en la universidad, ¿desayunas con George? —le pregunté.

—Sí, desayunamos en la cafetería del campus —me respondió.

—¿Y tienes más amigos en la universidad aparte de él y de los dos muchachos que estuvieron en tu cumpleaños?

—No, y Mark y Aiden no son mis amigos, son amigos de George —me recordó.

—Recuerdo que me comentaste ello. ¿Y no tienes amigas mujeres? —indagué.

—¿En la universidad? No —dijo—. Y fuera de ella tampoco; tú eres mi única amiga.

—Es que vi unas fotografías en las que apareces etiquetado junto a unas muchachas con George y supuse que eran tus amigas —le dije.

—Deben ser del cumpleaños de George; fue en su casa y esas muchachas eran amigas tuyas, todas de mentalidad monocorde.

—¿Y eso qué significa? —le pregunté con curiosidad.

—Que todas piensan igual, las mismas cosas. Por cierto: estos panqueques

están muy buenos.

—Me alegra que te gusten —le respondí.

—¿Te gusta cocinar tanto cosas dulces como saladas? —me preguntó.

—Más saladas, tal vez porque es lo que más sé cocinar —le dije.

—¿Quién te enseñó?

—En la residencia de California, nos enseñaban a hacerlo, pero yo también escogí ayudar a la cocinera para aprender, ya que me gustaba cocinar —le conté. Se quedó mirándome fijamente por un momento; supe que estaba pensando en mi estadía en casas de acogidas y sintiendo lástima por mí, una vez más—. Ni lo digas —le dije.

—¿Qué cosa? —me preguntó.

—Sé lo que estás pensando, ya deja de tenerme lástima por mi pasado.

—No te tengo lástima por ello, tal vez sienta compasión por ti por haber estado en esos lugares en vez de tener una familia como te lo merecías, pero ahora mismo no estaba sintiendo compasión por ti, sino admiración. Admiro la persona que eres, Emerson. Tuviste el valor de salir adelante por tu propia cuenta a pesar de tu bagaje emocional y de no tener a ningún ser humano contigo para ayudarte. Eres una mujer increíble.

—Gracias, pero sí tuve ayuda: la de tu padre —le recordé.

—Él solo puso a disposición ese programa, pero tú te lo ganaste trabajando.

—Pues, aun así, siento que le debo mucho a él. —Y no me refería solo al trabajo.

—Pues él está complacido de poder contribuir contigo en ese sentido.

—¿Puedo preguntarte acerca de tus abuelos paternos? —inquirí tratando de cambiar de tema.

—¿Qué quieres saber sobre ellos? —inquirió.

—¿Los quieres tanto como a tu abuela materna? —le pregunté.

—Es una clase diferente de amor. No me parece bien hacer comparaciones respecto a sentimientos, especialmente cuando se trata de personas tan

importantes en mi vida, pero te digo que es una clase diferente de amor porque, por mi abuela materna, yo me siento diferente que con ellos. Con ella siempre sentí una especie de conexión especial, tal vez porque siempre pareció ver más allá de mí, desde que llegué a la familia —dijo con la mirada perdida en sus recuerdos—. Cuando atravesé por aquella fase oscura, fue la única en ir a verme a la institución en la que estaba, incluso en silla de ruedas.

—¿Tus abuelos paternos o el resto de tu familia no iba a verte? —le pregunté sorprendida.

—Mis abuelos paternos fueron solo dos veces; se notaba que estaban preocupados. Y tanto mis padres como mis hermanos iban siempre que podían, pero mi abuela iba todos los domingos y se quedaba conmigo por dos horas, que era lo máximo que tenían permitido visitar. No hablaba del asunto que me había llevado allí, nunca, pero yo sabía que ella no quería que yo estuviese allí, aun cuando necesitaba recuperarme.

—Parece una mujer muy noble y dulce —le dije—. Veo por qué le tienes tanta estima.

—Veo que te cayó muy bien a ti —me dijo.

—Es difícil no tenerle estima, me hubiese encantado tener a una abuela como ella. —Sabía que no tendría que haber dicho eso en voz alta, pero no pude evitarlo.

—Pues la quiero mucho, pero estoy dispuesto a compartirla contigo si quieres —me dijo ensanchando media sonrisa.

—Podrías medio sonreír más a menudo —repuse—. Te ves muy lindo cuando lo haces.

—Entonces lo haré más a menudo —me prometió.

—También te ves lindo cuando ensanchas una sonrisa completa, aunque creo que solo te vi hacerlo una vez. —Ensanchó una sonrisa entera y sus ojos se iluminaron. Me encantó verlo así—. Intenta hacerlo más a menudo.

—Tal vez lo haga, pero solo delante de ti —replicó acercándose a mí para abrazarme.

—No sé qué tan consciente eres de tu apariencia, pero déjame decirte que eres muy hermoso y que te ves mucho más hermoso cuando sonríes —musité.

—No soy muy consciente de mi apariencia y, sí tú dices que soy hermoso, te creeré, pero es solo un cuerpo. Y con respecto a lo de sonreír, no sonrío mucho porque no me siento cómodo haciéndolo, pero cuando estoy contigo no siento que me cueste mucho hacerlo. Tú me haces sonreír.

—Te quiero, Cameron, y me encanta tenerte aquí conmigo. Gracias por quedarte a mi lado —le dije acariciándole el rostro.

—Es un placer para mí estar contigo —me dijo y me dio un beso en los labios.

A la hora del almuerzo, Cameron me contó fragmentos de su infancia. Cociné un tofu. Durante la semana había hecho una compra grande en el supermercado; debido a la tormenta, había que tener muchas provisiones.

Por la noche comimos unas lasañas con salsa que yo había preparado.

—Vaya, eres tan buena cocinera como Cleo, la cocinera de mi hogar —me dijo mientras probaba la lasaña.

—¿Ella cocina siempre en tu hogar? —Asintió con la cabeza.

—Tiene a unos ayudantes, desde luego.

—¿Te costó acostumbrarte a todo ello cuando llegaste a la familia? —le pregunté.

—Bastante. En realidad toda la adaptación humana fue un proceso complicado para mí —me dijo.

—Puedo imaginarlo —le dije.

—¿Puedo preguntarte algo respecto a tu futuro? —inquirió.

—Desde luego —le dije.

—¿Qué ves en él?

—¿Te preguntas cómo me imagino que será mi futuro? —Asintió con la cabeza—. Pues espero seguir trabajando en la empresa de tu padre y seguir viviendo aquí, en Nueva York.

—No te pregunté qué es lo que esperas, sino qué es lo que ves en él —me

dijo.

—Oh... pues supongo que me veo trabajando en la empresa de tu padre y viviendo aquí.

—¿Y hay alguien en tu vida?

—¿Alguien como quién?

—¿Te ves casada, de novia, conviviendo en pareja o soltera? —Me quedé pensando en ello y luego le dije:

—Pues me cuesta ver eso con claridad; es decir, nunca hubo mucha gente en mi vida, ya lo sabes, pero te puedo decir que me gustaría estar con alguien. No sé si casada y con hijos, pero sí con alguien a quien yo quiera.

—Pues espero estar en él —me dijo mirándome.

—Yo también —le dije con sinceridad. Nunca antes había tenido a un amigo y ya estaba acostumbrada a pasar tiempo con él, por lo que no podía no imaginarlo en mi futuro.

—No sabía que te daban miedo este tipo de películas —me dijo Cameron mirándome algo risueño.

—No vi muchas películas de terror en toda mi vida y ese tipo con el hacha da miedo —le dije desde abajo de la frazada.

—Jason es solo un personaje de ficción; piensa en él como un actor con una careta y un hacha de plástico de utilería —me dijo Cameron abrazándome—. Por otro lado, estas películas son una buena excusa para abrazarte.

—Pues es una buena excusa —le dije envolviéndome en sus brazos.

—Me encanta estar aquí contigo, viendo una película, comiendo pochoclos —me dijo y me besó la cabeza.

—A mí me encanta tenerte aquí. —Agradecí mentalmente a la tormenta de nieve neoyorkina porque gracias a ello él se había quedado conmigo en mi departamento. Bueno, gracias a eso y a que Sienna se había ido a casa de Dougray.

—¿Puedo preguntarte algo personal? —inquirí.

—Desde luego.

—¿A qué edad tuviste relaciones sexuales por primera vez? —Cameron se volvió y se quedó mirándome perplejo; era obvio que no esperaba que le preguntara aquello.

—A los quince —dijo algo apenado.

—¿Con quién fue?

—Con una mujer; ella era unos años mayor que yo. Fue en una fiesta a la que fui solo, ni siquiera sé cómo se llamaba.

—¿No sabes su nombre?

—No se lo pregunté. En esa fiesta había mucho alcohol y drogas duras. No conocía a casi nadie, solo fui porque por aquella época estaba descarriado y era rebelde. Ella comenzó a besarme y después me llevó a una habitación oscura.

—¿Lo hiciste muchas veces?

—Unas cuantas. No te daré una cifra exacta porque no la recuerdo con precisión y porque, si te lo digo, te horrorizarás.

—Entonces eres muy experimentado —le dije.

—¿Y acaso eso importa?

—Solo era una observación. —De que él era muy experimentado en tanto que yo no lo era.

—¿Alguna vez te imaginaste cómo sería tu primera vez? —me preguntó.

—No, es algo difícil de imaginar cuando eres inexperta en casi todo lo referente a cuestiones sentimentales.

—Lo entiendo. Pues déjame decirte que yo siempre escuché varias versiones respecto a ello; algunos dicen que, cuando lo haces con una persona de la cual estás enamorado, es mágico y hay otros que dicen que, cuando solo lo haces por placer, es lindo, pero de un modo superficial y efímero. Las veces que yo lo hice, no sentí nada de eso.

—¿Quieres decir que no sentiste placer?

—Solo lo hacía para experimentar, ver si sentía algo, pero nunca sentí nada.

—¿Y cuando tuviste relaciones con hombres?

—También fue por experimentar y porque estaba descarrilado.

—¿Puedo preguntarte qué pensaron tus padres cuando se enteraron de ello?

—Se decepcionaron mucho. Fue casi devastador ver el rostro de mi madre cuando ella y mi padre me preguntaron por qué lo había hecho. Y ni hablar cuando reparé en lo que habría pensado mi abuela Emma de mí sobre aquello.

—Aun así te quieren y siempre te querrán —le dije.

—Pues, si accedí a ir a esa institución a regenerarme, fue porque pensé en el daño que les había ocasionado a todos ellos, incluso a mis hermanos.

—Ellos entienden que no fue fácil para ti adaptarte a una nueva familia —le dije.

—¿Hablaste con Sally sobre ello?

—Sí, le conté lo que había leído en ese sitio de internet sobre ello y ella me dijo que a ellos nunca se les hubiese ocurrido preguntarte o decir nada con respecto a ello, y que en cierta forma entendían tus reacciones.

—Pues nunca lo hablamos, y no creo que nunca lo hablemos, pero en cierta forma me alivia saber eso.

—Gracias por ser sincero al respecto —le dije y le di un beso en la mejilla derecha.

—Siempre seré sincero contigo —me dijo mirándome fijamente. Me inclinó para besarlo en los labios; los abrió e introdujo su lengua en la mía. Acto seguido se incorporó encima de mí y me tomó de la barbilla para seguir besándome; yo deslicé mis dedos entre sus cabellos y lo atraje más hacia mí.

Al mediodía siguiente recibí un mensaje de Sienna en el que me preguntaba cómo estaba. Le respondí que bien y le pregunté qué tal estaba ella; me dijo que muy bien y que el lunes, después del mediodía, regresaría al departamento. No iba a contarle que Cameron estaba quedándose conmigo, todavía no me sentía lista para ello.

Almorzamos pastas con salsa blanca.

—Me gusta mucho verte comer —me dijo Cameron.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Porque comes saboreando cada partícula de la comida —me dijo mirándome.

—Cuando creces en lugares en los cuales te condicionan la cantidad de comida que debes comer, aprendes a apreciar toda la comida que tienes delante —le dije.

—¿Te costó acostumbrarte a no tener un límite con la comida? —me preguntó.

—Me costó un poco acostumbrarme a todo lo que no había tenido durante toda mi vida, como tener libertad para salir sola y sin toque de queda, comer compulsivamente, comprar mis propias cosas, pagar mis propios impuestos, pero de a poco fui acostumbrándome; de hecho, todavía lo hago.

—Sé lo que sientes en ese sentido —me dijo.

Por la tarde me conecté a Facebook, mientras Cameron se estaba bañando, y vi que me había etiquetado en una fotografía que había tomado de ambos, sentados en el sofá del *living*, mirándonos. Arriba de la imagen decía: «Tienes mi corazón». Puse «Me gusta» y vi que Sally había comentado: «Qué adorables. Emerson, sé mi cuñada, por favor». Me reí ante ello y escribí en respuesta a Cameron: «Y tú tienes el mío». Cuando Cameron regresó de bañarse, me acerqué a él y lo rodeé con mis brazos.

—¿Me extrañaste mucho en estos veinte minutos? —me preguntó sorprendido.

—Gracias por la fotografía que subiste a Facebook y por lo que me escribiste —le dije.

—¿La viste? Pues de nada, de verdad tienes mi corazón —me dijo tomándome de la barbilla para besarme.

—Si quieres saber mi respuesta a ello, deberás ver tu cuenta —le dije. De inmediato fue hacia su ordenador y se conectó.

—Esa Sally mete sus narices en todas partes —me dijo—, pero te quiere

como cuñada.

—También yo —le dije y me tiré en la cama, boca abajo, junto a él.

—Pues no tienes más que aceptar mi petición de ser mi novia y podremos hacerlo oficial —me dijo acariciándome la cabeza.

—Sin presiones, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo. Solo digo que, cuando tú estés lista para hacerlo público, yo también lo estaré —dijo inclinándose a besarme en la nariz.

El lunes por la mañana, me levanté rápidamente y me cambié. Me apresuré a preparar el desayuno y se lo llevé a Cameron a la cama.

—Me pareció que hoy me tocaba a mí prepararte el desayuno a ti —le dije poniendo la bandeja en el medio de la cama.

—Gracias, amor —me dijo y me dio un beso suave en los labios.

—¿Amor? —le pregunté enarcando una ceja.

—Así es como se supone que se llaman las parejas —me dijo encogiéndose de hombros—. Solo quise ver qué tal salía y me gustó.

—A mí también, amor —le dije y le di un beso en la mejilla derecha.

Después de las once Cameron llamó a Don para que fuera a recogerlo.

—Se nota que descendió mucho la caída de nieve —le dije observando el cielo a través del vidrio.

—Mañana ya estará más despejado y hará menos frío —me dijo él acercándose a mí.

—Te extrañaré —le dije, una vez más, rodeándolo con mis brazos mientras apoyaba mi cabeza en su pecho.

—También yo. ¿Quieres ir a mi casa el fin de semana? Sales de vacaciones el sábado, ¿verdad?

—Así es —le dije.

—Pues podrías ir el sábado a la noche a cenar a mi casa —sugirió—. Por cierto: ¿qué harás el miércoles?

—¿Para año nuevo? Pues no tengo planeado nada, pero supongo que, si Sienna no tiene planes con Dougray, haré algo con ella. ¿Tú harás algo con tu

familia?

—Todavía no lo sé, te avisaré en cuanto lo sepa —me dijo.

En ese momento llamaron al portero; era Don. Bajé con Cameron para ayudarlo a llevar sus cosas y, además, para despedirme de él. Una vez que llegamos abajo, le dimos las cosas a Don y yo me quedé con Cameron en la entrada de mi edificio.

—Gracias por haberte quedado todos estos días conmigo y haberme hecho compañía —le dije—. De verdad lo aprecio y me encantó comer, dormir y estar contigo aquí, los dos solos.

—El placer fue todo mío, Emerson —me dijo tomándome de las manos. Yo me incliné hacia él y lo abracé y luego lo besé en los labios; no me importaba que Don estuviese mirando desde el automóvil.

—Te quiero, Cameron, mucho —le dije.

—Yo también, Emerson, te llamaré más tarde —me dijo y me dio otro beso. Luego de que se subiera al auto y de que este arrancara, me quedé un rato parada en la entrada de mi edificio viendo la calle. Ya casi ni nevaba.

Por la noche recibí una llamada de Cameron.

—*Hola, Emerson ¿cómo estás?*

—Te extraño, Cameron —le dije—. Estoy acostada con mi pijama y siento el lado izquierdo de la cama vacío.

—*Yo también te extraño, amor, y quisiera estar allí contigo ahora mismo* —me dijo.

—Extrañaré dormir abrazada a ti —le dije con la voz cansina.

—*Yo también. ¿Qué te parece si vienes a dormir el miércoles a mi casa?*

—¿Este miércoles? ¿Para recibir el año nuevo? —le pregunté.

—*Sí, mis padres darán una fiesta para recibir el año nuevo, casi siempre la hacen. Es algo informal y solo vendrán los amigos más íntimos de mis padres y mis hermanos.*

—Oh, ¿y de verdad quieres que me quede a dormir contigo? ¿Qué les diremos a tus padres?

—Nada, no se los diré. Estarán tan ocupados con los invitados que ni cuenta se darán de que tú estás conmigo y, por la mañana, si se dan cuenta, pues diremos que estabas muy cansada y que te quedaste a dormir en el dormitorio de Sally o en el de Beth —me dijo.

—Parece que lo pensaste bien —le dije.

—Por favor di que sí, solo será un poco de comida y bebida y a las doce veremos los fuegos artificiales que lanzan en el patio de mi casa; es un espectáculo a la vista —me dijo.

—Está bien, iré —le dije. La verdad es que no podía esperar a verlo de nuevo y dormir con él en su cama.

Capítulo 20

UN AÑO NUEVO JUNTO A TI

El miércoles fue un día atareado en la empresa. De hecho, desde el martes, cuando nos habíamos integrado a la actividad laboral, que se nos había acumulado mucho trabajo, o tal vez era el hecho de haber estado ausente durante tantos días que sentía que todo era más intenso.

A la hora del almuerzo, Catherine y Amanda se quejaban de que, durante el fin de semana, habían tenido que estar encerradas en sus casas por culpa de la tormenta de nieve. Después comenzaron a hablar sobre lo que harían esa noche; ambas comentaban que tenían una fiesta en casa de un amigo de su padre. De inmediato me percaté de que se trataba del padre de Cameron.

—¿Tú qué harás? —me preguntó Catherine.

—Tengo una fiesta. —Fue todo lo que le respondí. No me importaba si a la noche me veían allí, no tenía por qué contarles que iría.

Por la tarde me puse un vestido negro con medias y botas negras y la *pashmina* verde que Sienna me había regalado. Ella se había ido a recibir el año nuevo con Dougray, como era de esperarse.

A las siete, Don pasó a recogerme. Tomé un bolso de mano, en el cual había metido mi pijama y mi cepillo de dientes, y me fui.

Cuando subí a la parte trasera del Bentley, descubrí que Cameron estaba allí.

—Creí que te vería una vez que llegara a tu casa —le dije sorprendida.

—No podía esperar tanto tiempo para verte de nuevo —me dijo atrayéndome hacia él. Me dio un beso suave delante de Don, pero no me importó.

—Te extrañé —le dije acurrucándome en su pecho.

—También yo, preciosa —me dijo acariciándome la mejilla izquierda.

—Dime algo: Catherine y Amanda están invitadas, ¿verdad? —le pregunté.

—Mis padres invitaron a sus padres y a ellas también, pero no te preocupes: hay varios invitados y yo estaré contigo todo el tiempo. ¿O es eso lo que te preocupa?: que nos vean juntos.

—Eso me tiene sin cuidado; de todas formas, no estaremos abrazados o cogidos de las manos como si fuésemos una pareja. Pero la hermana de Amanda también estará, ¿verdad?

—Sí, pero tampoco debes preocuparte por ella: no se te acercará, ni ahora ni nunca —me aseguró.

Cuando llegamos a la casa de Cameron, fui con él hacia su dormitorio a dejar mi bolso de mano; luego bajamos y fuimos a un salón espacioso.

Ya había llegado la mayoría de los invitados; eran alrededor de unos veinte, todos matrimonios con sus hijos. Divisé a Catherine y a Amanda, quienes me miraron. Las saludé con la mano y las dos me devolvieron el saludo de la misma forma. Observé que Stephanie estaba con ellas, pero ni parecía haberme visto; desde luego que era mejor así.

—Emerson, viniste —me dijo la madre de Cameron acercándose a saludarme.

—Muchas gracias por haberme invitado, señora Melinda —le dije mirando a Cameron; tal vez la invitación era suya.

—Es un placer tenerte en nuestra casa de nuevo —dijo el señor Fitzpatrick saludándome.

—Es un placer volver a verlos —les dije a ambos.

—Por favor, sírvete lo que quieras. Las mesas están repletas de comida —me dijo Conrad.

—Ven, comamos algo —me dijo Cameron llevándome hacia una mesa que se encontraba contra la pared. Estaba repleta de comida fría y de platos. Cameron tomó uno de ellos y me lo dio—. Vayamos a sentarnos allí —me dijo

llevándome hacia un sofá al lado del piano.

—¿Tocarás algo hoy? —le pregunté.

—No, la vez pasada fue un regalo de Navidad para todos los presentes, además de que estaba la gente que más me importaba. La mayoría de los que están presentes ahora no son íntimos míos —me dijo.

—Lo entiendo —le dije tomando un sándwich.

—¿Trabajas el viernes? —me preguntó.

—Sí, y el sábado también, pero luego comienzan mis vacaciones, así que estaré libre por dos semanas. ¿Tú hasta cuándo tienes vacaciones?

—No son vacaciones, es solo un receso, y serán por dos semanas más así que, cuando tú regreses de tus vacaciones, yo regresaré a la universidad —me dijo. En ese momento entró Sally.

—¡Emerson! Qué bueno verte —me dijo y me dio dos besos y un abrazo—. Ah, hola, Cameron.

—También me alegro de verte —le dijo Cameron.

—¿Hace mucho que llegaste? —me preguntó Sally.

—Recién llegamos —le respondí.

—¿Llegamos? ¿Vinieron juntos? —inquirió mirándonos a ambos.

—Cameron fue a buscarme con Don —le dije.

—Ya veo. ¿Y qué hiciste durante la tormenta de nieve? —me preguntó a continuación.

—Estuve encerrada viendo televisión y escuchando música —dije omitiendo la parte de que Cameron había estado conmigo—. ¿Qué hay de ti?

—Lo mismo. No te encontré conectada ningún día, lo cual me sorprendió —me dijo.

—Oh, pues aproveché para dormir y descansar —le mentí.

—Lo entiendo. ¿Y tú qué hiciste? —le preguntó a Cameron—. Me dijo mamá que fuiste a casa de un amigo. ¿Fuiste a la casa de George?

—Así es —le mintió Cameron.

—Oh, pues al menos tú estuviste con un amigo —le dijo Sally.

—¿Y Beth? —le pregunté.

—Ella y Christopher irían a la casa de un amigo de él que brindaría una fiesta. Yo vine con Eddie y Carla. —Volteé a mirar hacia donde estaban los padres de Cameron con ellos. Eddie esbozó una amplia sonrisa y me saludó con la mano, su esposa también; yo les devolví el saludo de la misma manera.

—¿Trabajas mañana? —le pregunté a Sally.

—Por suerte, no: dormiré hasta tarde —me dijo. Eddie y su esposa se acercaron a nosotros.

—Pero si es la muchacha que tiene el corazón de Cameron —me dijo Eddie y me abrazó.

—Hola, Eddie —le dije sonrojada.

—¿Cómo has estado, Emerson? —me preguntó Carla.

—Muy bien, Carla. ¿Y dónde está el pequeño Jeremy? —le pregunté por su hijo.

—Quedó con mi hermana y sus hijos; es muy apegado a ellos y nosotros preferíamos venir solos.

—Tienen que venir un día a cenar a casa. Ahora, que son novios, es una buena excusa —dijo Eddie. Abrí los ojos de par en par hacia Cameron.

—No... somos novios —le dijo Cameron.

—¿De verdad? ¿Y en qué fase de una relación están?, ¿en las primeras? Porque, de otra forma, nunca hubieses publicado esa fotografía con esa dedicatoria.

—Pues era solo una forma de decirle cuánto me importa. Ella es el tipo de muchacha que necesita saberlo por muchos medios —le dijo Cameron.

—Oh, pues hazme saber cuando finalmente sean novios; de todas maneras, puedes venir a cenar a nuestra casa —dijo Eddie sonriendo.

—Sí, vengan, por favor —nos dijo Carla.

—Les prometo que un día iremos —les dijo Cameron. Luego de que Eddie y Carla se fueran, Sally me dijo:

—Disculpa a Eddie, se entusiasmó mucho cuando vio esa fotografía que

Cameron publicó.

—¿Hablaste con él acerca de ello? —le pregunté con curiosidad.

—Estuvimos chateando el día que Cameron subió esa fotografía; dijo que nunca creyó que vería a Cameron mirando a una muchacha de la forma en que te mira a ti en esa imagen. En realidad sus palabras exactas fueron: «Nunca creí que viviría para ver a Cameron enamorado».

—Como él dijo: solo estaba demostrándome cuánto le importo como amiga —le dije.

—Seguro —me dijo Sally.

Cuando llegó la medianoche, todos fuimos hacia el porche trasero y nos quedamos allí para ver los fuegos artificiales a través del vidrio. Se veía espectacular.

—¿Quién está lanzando los fuegos artificiales? —le pregunté a Cameron.

—Mis padres contrataron a alguien para que lo hiciera —respondió.

Nos quedamos unos diez minutos allí viendo el espectáculo y, luego de desearnos feliz año, regresamos al salón. Stephanie pasó por al lado de nosotros, pero ni siquiera nos miró; aunque me sentía agradecida por ello, me pareció extraño.

—¿Y ahora qué haremos? —le pregunté a Cameron.

—Ahora todos beberán champán y hablará un rato más. ¿Quieres quedarte?

—Si tú quieres —le dije.

—Comamos el postre y luego vayamos disimuladamente a mi dormitorio —me dijo.

Luego de comer una tarta de merengue y nueces, con Cameron subimos a su dormitorio sin que nadie nos viera.

—Olvidé despedirme de Sally —le dije una vez que estuvimos en su habitación.

—Mándale un mensaje de texto —me dijo Cameron.

—¿Y qué excusa le daré para haberme ido sin despedirme?

—Entonces mándale un mensaje mañana y dile que estuvimos aquí

escuchando música y que luego te llevó Don; nunca le preguntaré a él.

—Entonces mañana se lo mandaré —le dije.

—Ahí está el baño, puedes cambiarte allí —me dijo señalando a una puerta que estaba junto al clóset en una esquina. Fui con mi bolso de mano y me cambié.

—¿De qué lado quieres dormir? —me preguntó Cameron poniendo llave a la puerta.

—Me da lo mismo cualquier lado —le dije encogiéndome de hombros.

—Entonces ven de este lado —me dijo señalándome el izquierdo. Observé que ya se había puesto su pijama azul. Encendió la luz del velador y apagó la del dormitorio. Luego se acostó a mi lado.

—Extrañaba esto —le dije acurrucándome a su lado.

—También yo, preciosa —me dijo él envolviéndome con su brazo.

—Ojalá pudiéramos hacerlo más a menudo —le dije.

—¿Y qué te parece si lo hacemos más seguido?

—¿Y cómo lo haremos sin que nadie se dé cuenta?

—Pues un fin de semana podría quedarme yo a dormir en tu departamento y, dado que tu amiga está casi siempre con su novio, tal vez no se dé cuenta. — Tenía razón en ello—. Y otro fin de semana vienes para aquí, lo haremos como ahora, sin que mis padres se den cuenta de ello siquiera.

—No me parece mala idea; de hecho, creo que puede funcionar —le dije—. Déjame cerciorarme de que Sienna se vaya a la casa de Dougray este sábado y te avisaré.

—Genial —dijo inclinándose a besarme en los labios.

—Cualquiera pensaría que nos morimos por dormir juntos porque hacemos otra cosa más que dormir —le dije.

—Solo dormimos juntos porque nos gusta estar juntos —me dijo Cameron.

—A mí me gusta dormir contigo porque me siento acompañada, especialmente si es tu compañía —le dije.

—Amo ser tu compañía —me dijo y me besó otra vez en los labios.

—Te quiero, Cameron.

—Y yo a ti, Emerson.

A la mañana siguiente me desperté con el olor del café.

—Buenos días, Emerson —me dijo Cameron sentado al lado de la cama.

—Buenos días —le dije adormilada—. ¿Tú hiciste el desayuno? —le pregunté observando la enorme bandeja que estaba sobre la cama.

—Sí, me tuve que escabullir en la cocina cuando ninguno de los cocineros se encontraba allí.

—¿Y cómo se supone que regresaré a mi hogar? —le pregunté.

—Don tiene el día libre, pero tomaré el automóvil y te llevaré yo.

—¿Tus padres te dejarán que conduzcas? —le pregunté mientras me levantaba de la cama para ir al baño.

—No creo que se opongan, dado que es de día —dijo.

—Noté que Stephanie ni nos miró anoche; era como si no existiéramos para ella —le dije.

—¿Y no crees que sea mejor así? —me preguntó.

—Sí, pero creí que al menos nos miraría; era como si nosotros dos ni hubiésemos estado allí presentes.

—Pues yo creo que es mejor así —me dijo.

—No te lo discuto, era solo una observación —le dije.

—¿Quieres que el sábado vayamos a cenar a la casa de Eddie? —me preguntó cambiando de tema.

—Solo si tú quieres.

—Es mejor si vamos ahora, que estarás de vacaciones; si no, seguirán insistiendo —me dijo.

—Por mí está bien si tú estás de acuerdo con ello, así que supongo que el sábado es una buena idea —le dije.

—Hoy se lo diré entonces —me dijo—. ¿Sabes qué harás durante las dos semanas de vacaciones?

—No, tampoco tengo muchas opciones, pero supongo que visitaré algunos

lugares históricos de la ciudad —le dije.

—Pues solo estoy feliz de que podamos estar juntos todos esos días.

—Yo también —le dije—. Me gusta mucho tu dormitorio. Por cierto: es muy acogedor.

—Me alegra oírlo. ¿Dormiste bien?

—Sí.

—Yo también.

Después de las once salimos de la casa a hurtadillas y nos metimos en el Bentley.

—¿Qué les dijiste a tus padres? —le pregunté.

—Que iba a verte a ti —me dijo.

—Me siento mal porque debas mentirles por mí —le dije.

—Si aceptaras ser mi novia, no tendríamos que estar mintiéndoles a todos.

—Sin presiones —le recordé.

—De acuerdo —me dijo.

El sábado por la tarde, oficialmente comenzaban mis vacaciones. Tenía pensado ir a correr, pero todavía caía un poco de nieve, por lo que preferí quedarme.

Por la noche, Cameron pasó a buscarme en taxi para ir a la casa de Eddie.

—¿Qué llevas ahí? —me preguntó Cameron mirando el paquete que llevaba en las manos.

—Hoy preparé un pastel de fresas y crema con una receta que vi en un programa de cocina. Espero que les guste.

—De seguro les gustará —me dijo él.

Cuando llegamos al edificio en donde vivía el hermano de Cameron, observé que era mucho más modesto que el de Sally. Cuando entramos en el departamento, una empleada con uniforme nos recibió. Le entregué el pastel y ella lo llevó a la cocina. El recibidor era espacioso, pintado en verde agua con cuadros por doquier.

—Cameron, Emerson, bienvenidos —nos dijo Carla acercándose a

nosotros para saludarnos—. Por favor, pasemos al comedor. Eddie y Jeremy están allí.

El comedor tenía paredes en color salmón con diseños de lirios dorados. En el medio había una mesa larga con un lustroso mantel blanco bordado con flores en el mismo color, vasija elegante y candelabros de plata.

—Hola, Eddie, gracias por la invitación —le dije saludándolo.

—A ustedes por venir —nos dijo mirándonos a los dos. El pequeño Jeremy estaba sentado en una silla de niño. Le di un beso en la cabeza. Cameron solo le dio una palmada. Eddie se encontraba en una punta; Carla, en el otro extremo y Jeremy, a su lado. Yo me senté en el medio y Cameron, en frente de mí.

—Debo admitir que, cuando los invité, nunca creí que vendrían y, cuando Cameron me llamó para confirmar su presencia, pensé que bromeaba. Desde luego que esto es tu influencia —me dijo Eddie.

—En realidad fue idea de él que viniéramos hoy —le dije.

—Pero nunca hubiese venido solo. Gracias por hacer que esto suceda —me dijo.

La mujer que nos había recibido entró en la habitación con platos, nos sirvió uno a cada uno y se fue.

—Espero que les guste la comida —nos dijo Carla.

—Está deliciosa —le dije yo.

—Dime, Emerson: ¿tienes planeado trabajar en la empresa de por vida? —me preguntó Eddie.

—Supongo. El salario es bueno y me gusta trabajar allí —le contesté.

—¿La muchacha con la que vives es de aquí? —me preguntó Carla.

—De Brooklyn —le respondí.

—¿Alguna vez tuviste novio, Emerson? —me preguntó Eddie, quien me desconcertó un poco con la pregunta.

—No, nunca —le dije.

—Porque tengo a alguien para presentarte. —Miré a Eddie sorprendida y

luego a Cameron, quien lo fulminó con los ojos.

—Eddie —le dijo Carla.

—Es el sobrino de Stuart, un amigo que trabaja conmigo en el sanatorio. Tiene tu edad y es un muchacho encantador.

—Ella no está disponible —le dijo Cameron de forma rotunda.

—¿Ah, no? Creí que estaba soltera y que por ello no era tu novia —le dijo Eddie.

—Eso no significa que esté disponible —le dijo Cameron.

—Pues dejemos que sea ella quien lo diga.

—No tengo novio, pero tampoco estoy interesada en conocer a alguien —le dije yo.

—Pues, si cambias de parecer, házmelo saber —me dijo Eddie. No le respondí nada. Observé el rostro de Cameron. Escrutaba a Eddie con rabia; su mirada se estaba tornando oscura.

—Emerson, ya estás de vacaciones, ¿verdad? —me preguntó Carla tratando de cambiar de tema.

—Sí, por dos semanas a partir del lunes, aunque hoy fue el último día de la semana que trabajé —le dije.

—¿Y harás algo durante las dos semanas? —inquirió a continuación.

—Tal vez solo pasear un poco y descansar otro poco —le dije.

—Entonces puedes venir a visitarme alguna tarde; casi siempre me encuentro en la casa.

—Lo tendré en cuenta —le respondí.

Después de la cena, comimos una tarta de postre y el pastel que yo había llevado.

—Qué buena cocinera eres, Emerson. El hombre que se vaya a casar contigo será un afortunado —comentó Eddie.

—Gracias. —Fue todo lo que yo le dije. Observé a Cameron, quien estaba callado, pero miraba a Eddie ofuscado.

Luego de tomar café, estábamos listos para irnos.

—Muchas gracias por la invitación y por la cena. Estuvo muy deliciosa — les dije a ambos.

—Gracias a ustedes por haber venido. Espero que me visites más seguido —dijo Carla.

—Desde luego. —Les di dos besos a cada uno. El pequeño Jeremy ya estaba durmiendo. Cuando me acerqué a despedirme de Eddie, él me dijo:

—Solo dije lo de presentarte a ese muchacho para ver la reacción de Cameron; desde luego que se puso celoso.

—Creo que no está listo para compartirme como amiga con alguien más — le dije.

Cuando salimos del edificio, tomamos un taxi para ir a mi departamento.

—¿Te sientes bien? —le pregunté a Cameron, quien seguía callado.

—Sí.

—Eddie solo hizo ese comentario para molestarte —le dije.

—Pues lo consiguió —dijo.

—No tienes por qué enojarte: no voy a conocer a ese muchacho, desde luego —le aclaré.

—No es eso lo que me molesta. Sé que Eddie puede ser pesado a veces y dijo eso porque sabía que me ofuscaría. Lo que me da rabia es no poder decirle que no puedes estar con nadie porque estás conmigo.

—Oh. —No me había percatado de ello. Lo tomé de la mano y se la apreté —. Pues, si dentro de un tiempo estoy lista, podremos hacerlo oficial —le dije.

Cuando llegamos a mi edificio, nos bajamos del taxi y subimos a mi departamento.

—¿Quieres un té o un café? —le pregunté a Cameron.

—No, gracias, creo que comí mucho en casa de Eddie —me dijo.

—Es cierto. ¿Y qué quieres que hagamos? —le pregunté rodeándolo con mis brazos.

—Podríamos ir a tu dormitorio —me dijo inclinándose a besarme en los

labios.

—Qué entusiasta eres —le dije.

—¿Preferirías que regresara enseguida a mi casa?

—Preferiría que te quedaras a dormir —le dije.

—¿De verdad? ¿No se encuentra tu compañera de piso?

—No, salió con Dougray y dormirá con él en su departamento. ¿Te quedarás?

—Si tú insistes... —dijo inclinándose a besarme.

—Vamos a mi cama —le dije llevándolo a mi dormitorio.

—No traje pijama —me dijo una vez adentro de mi habitación.

—Puedes ponerte un pantalón mío; tengo uno deportivo que me va grande que de seguro te irá —le dije sacando el pantalón de mi clóset—. ¿Quieres una remera también?

—No, gracias, tengo una remera larga debajo de la camisa —me dijo.

—Iré al baño a ponerme mi pijama.

Cuando regresé Cameron ya estaba acostado del lado izquierdo.

—Mi cama te extrañó mucho —le dije acurrucándome junto a él.

—Y yo las extrañé a ambas —me dijo y me dio un beso en la frente.

—Es tan bueno tenerte aquí conmigo.

—Y me tendrás más seguido durante estas dos semanas —me dijo.

Por la mañana prendí el televisor mientras me iba a la cocina a preparar el desayuno. Al rato regresé con una bandeja a la habitación. Cameron ya se había despertado y estaba viendo las noticias.

—Buenos días, Emerson —me dijo.

—Buenos días, Cameron. Hice panqueques —le dije.

—Se ven deliciosos —me dijo acercándose a darme un beso.

—¿Estás viendo las noticias? —le pregunté mientras tomaba mi taza de café.

—Hay un alerta para la semana que viene. Al parecer habrá otra tormenta de nieve, pero peor que la que hubo la semana pasada —me dijo.

—¿A qué se refieren con peor? —inquirí.

—A que será más efímera pero inesperada. No se sabe con precisión cuándo ocurrirá, pero por las dudas hay que permanecer encerrados.

—¿Por cuánto tiempo?

—Una semana tal vez.

—¿A partir de cuándo?

—Del lunes 12 —me dijo.

—Entonces supongo que aprovecharé esta semana para salir a correr y a pasear —le dije.

—¿Adónde irás?

—A todos lados —le respondí en tono de obviedad—: a museos, a la estatua de la Libertad. Tal vez vea una obra de teatro o una comedia musical en Broadway.

—¿Irás con tu compañera de piso? —me preguntó.

—No lo creo. De seguro ella tiene planes con Dougray; últimamente tiene planes con él todos los días —le dije.

—¿Entonces puedo acompañarte? —me preguntó.

—¿Te gustaría ir a todos esos lugares? —le pregunté.

—Lo que me gustaría es estar contigo, no importa en dónde —me respondió.

—Pues, entonces, podemos ir. Después programaré bien mi itinerario y te avisaré —le dije.

—Estos panqueques están deliciosos —me dijo poniéndoles más jarabe de miel.

—Me alegra que te gusten.

Por la tarde Cameron se fue a su casa antes de que Sienna regresara del departamento de Dougray. Me puse a lavar ropa y a acomodar un poco las cosas. Sienna regresó de la casa de Dougray a las cinco.

—¿Qué tal te fue con Dougray? —le pregunté.

—Fue un fin de semana muy romántico. Fuimos a un restaurante hindú y

luego a un concierto en el Carnegie Hall —dijo entre suspiros—. ¿Qué tal la cena en casa del hermano de tu amigo?

—Muy bien —le dije—. Él... se quedó a dormir.

—¿Cameron? ¿Se quedó a dormir en la casa de su hermano? —me preguntó ella.

—No, aquí, conmigo —le conté algo avergonzada.

—¿Qué? —preguntó Sienna con los ojos abiertos de par en par.

—No es la primera vez que duerme conmigo; se quedó durante la tormenta de nieve, cuando tú estuviste en casa de Dougray —le dije.

—Creí que habías dicho que no eran más que amigos —dijo ella algo confundida.

—Sé que tendría que haberte contado esto antes, pero la verdad es que me avergonzaba un poco hacerlo. La cuestión es que somos algo más que amigos; no novios, aunque hacemos todo lo que hacen los novios, o casi todo, sin serlo —le dije.

—Oh, pues me alegro mucho. Sabía que le gustabas a ese muchacho y veo cuánto te gusta a ti —dijo todavía parpadeando.

—Eres la primera persona en saberlo. Estamos tomándonos las cosas con calma —le dije.

—Hacen bien. Pero, entonces, ¿tuviste tu primera vez con él?

—No, todavía no. Él se queda a dormir conmigo, pero solo dormimos. Me siento muy acompañada cuando duermo con él.

—Oh, pues me alegro, y dime si necesitas que vaya más seguido al departamento de Dougray, así les queda el lugar para ustedes solos. Me esforzaré y pasaré más tiempo con mi novio por ti.

—Gracias, Sienna —le dije.

—¿Puedo preguntarte cómo te sientes cuando estás con él? Es decir, ahora, que están juntos de una forma romántica.

—Me encanta estar con él. Siempre me gustó estarlo, más aún ahora, que estamos así. Pero él quiere más y yo no estoy segura de ello.

—¿Quiere más? ¿Te refieres a que te pidió ser su novia? —inquirió.

—Así es, pero yo le dije que prefiero que nos tomemos las cosas un día a la vez —le conté.

—¿No quieres ser su novia de momento?

—No creo que sea buena idea —le dije.

—¿Buena idea? ¿Podrías ser más clara al respecto?

—Él es un muchacho de buena posición social, su padre es uno de los magnates millonarios más conocidos de Nueva York, asiste a una de las universidades más prestigiosas de Norteamérica, es físicamente hermoso...

—No crees que merezcas estar con alguien como él —dijo Sienna terminando la frase por mí—. Pues déjame decirte algo: entiendo que te sientas algo inhibida por estar con un muchacho de ese calibre, pero es solo un muchacho y, al parecer, está loco por ti si dices que nunca tuvo novia y se acercó a ti desde que te vio por primera vez. Por lo que creo que deberías darle una oportunidad y, más aún, deberías darte una oportunidad a ti misma; te la mereces más que nadie después de todo. —Después de haber estado sola durante toda mi vida, pensé en mi cabeza por ella.

—Tienes razón. Gracias, Sienna —le dije sinceramente. Aunque todavía no estaba del todo segura o no me sentía segura de aceptar la proposición de Cameron de ser su novia, me sentía agradecida por sus palabras.

Capítulo 21

ALGO MÁS QUE HUMANO

El viernes por la tarde, Cameron pasó a buscarme para ir a cenar. Durante la semana habíamos ido a la estatua de la Libertad, al Museo de Arte Moderno, al Museo Metropolitano de Arte, a ver un partido de los Knicks en el Madison Square Garden, a ver una comedia musical en Broadway y a cenar en una pizzería de Coney Island. Esa noche iríamos a un restaurante céntrico, por lo que me puse un vestido negro que me había comprado hacía poco con unos zapatos del mismo color con tacones bajos y un colgante que Sienna me había regalado.

En cuanto llegamos a destino, supe que había escogido bien el atuendo, dado que fuimos al restaurante del Hotel Plaza.

El sábado por la mañana, llamaron a mi departamento; el portero me entregó un paquete que habían dejado en la entrada para mí. Supuse que era de Cameron y, cuando abrí la bolsa, me sorprendí con lo que encontré dentro de ella; era su pijama azul con una nota que decía:

Ahora puedo quedarme tranquilamente a dormir en tu departamento sabiendo que tengo mi pijama en tu posesión.

A las tres me calcé un conjunto deportivo, tomé mi iPod y bajé para ir hacia el Central Park. No había ido a correr desde la tormenta de nieve, por lo que sentía mis músculos entumecidos. Por suerte, en la última semana, la nieve había cesado hasta desaparecer por completo y, aunque el pronóstico anticipaba otra tormenta de nieve, por ahora solo caía un poco de escarcha.

Cuando llegué al Central Park, comencé a correr por la parte sur, como era usual; el correr cerca del lago helado me hacía sentir más frío. El parque

estaba prácticamente despejado, lo cual me hizo dar un poco de miedo, pero pensé en que por la noche dormiría con Cameron y eso me hizo sentir mejor.

Después de una hora, resolví regresar a mi departamento. Había comenzado a caer nieve de nuevo, escarchas más potentes, por lo que me puse la capucha de la sudadera y tomé un rumbo que nunca antes había tomado: los túneles. No quería mojarme mucho y por eso tuve que ir por ellos.

Pasé corriendo por debajo de uno y, justo cuando estaba saliendo, una espesa cortina blanca me cayó encima. No podía ver nada, pero sí sentía algo; era dolor, un dolor punzante en el abdomen, una sensación caliente o tibia que recorría la zona abdominal. Cuando finalmente pude despegar los párpados, vi una silueta masculina encima de mí y después volví a dormirme.

Cuando me desperté vi que estaba en una habitación de paredes color beis. Un suero estaba conectado a mí y me encontraba acostada en una cama con sábanas blancas.

Observé a todas partes y estaba sola; no había nadie. Tampoco podía saber qué hora era, ya que no había un reloj a la vista. Quise gritar para ver si alguien se aparecía, pero supuse que sería en vano. Por suerte, al rato entró Cameron, lo cual me sorprendió.

—Emerson, al fin despertaste —me dijo acercándose a mí.

—¿Qué me ocurrió? —le pregunté.

—Te encontraron en Central Park tirada afuera de un túnel. ¿Qué hacías por allí, Emerson? —me preguntó seriamente—. ¿Por qué fuiste a correr con este clima?

—No nevaba cuando salí de casa y creí que no me ocurriría nada. Llevaba días sin correr, por eso fui —le respondí.

—Pues no debiste hacerlo y, si lo vuelves a hacer, prométeme que me llamarás para que te acompañe —me dijo con un tono de voz preocupado.

—Está bien, pero no entiendo qué fue lo que me sucedió. ¿Me desmayé? —le pregunté confundida.

—Al parecer te cayó encima una capa de nieve que se había desprendido

de un árbol. —En ese momento recordé la capa blanca que había visto antes de desmayarme.

—¿Y luego?

—Fue una capa grande, por lo que causó un tremendo impacto en ti y te desmayaste.

—¿Y quién me encontró y me trajo para aquí? —inquirí con curiosidad.

—Alguien que pasó por allí llamó a una ambulancia y te trajeron. Los paramédicos sacaron tu móvil de tu bolsillo y contactaron a las personas que pusiste para emergencias. Sienna no atendió, pero yo sí, por suerte; de lo contrario, me hubiese vuelto loco sin poder localizarte —dijo de manera seria.

—¿Necesitas algún dato del seguro social? —le pregunté.

—Llamé a mi casa y le pedí a mi padre que me enviara por fax tu planilla con tus datos. No debes preocuparte por nada, solo descansa. ¿Cómo te sientes?

—Un poco agobiada, a decir verdad, pero ¿me ocurrió algo cuando me cayó la bola de nieve? ¿Por qué estoy aquí?

—Solo te desmayaste por el impacto; era muy pesada. Pero puedes haber tomado mucho frío, por ello están tratando de estabilizarte. Mañana te darán el alta y podrás regresar a tu casa —me dijo—. ¿Tienes hambre?

—Un poco —le dije—. ¿Qué hora es?

—Las nueve y quince —dijo mirando la hora en su reloj. Cielos, había dormido casi cinco horas—. Le diré a la enfermera que te despertaste y que estás lista para comer —dijo y salió de la habitación. Al rato regresó con una enfermera.

—¿Cómo te sientes, querida? —me preguntó la mujer chequeando el suero.

—Bien —le dije.

—Pediré que te traigan la comida ahora —me dijo y salió de la habitación. Me incorporé en la cama y, entonces, me di cuenta de que tenía ganas de ir al baño.

—¿Qué ocurre? —me preguntó Cameron. Supuse que algún gesto en mi

rostro me había delatado.

—Tengo ganas de orinar —le dije.

—Te llevaré hacia el baño —me dijo acercándose a mí. Me ayudó a bajarme de la cama mientras sostenía el suero; entonces, me percaté de que tenía puesta una bata del sanatorio. Entré en el baño con el suero mientras Cameron se quedó en la puerta. Me di cuenta de lo afortunada que había sido de tenerlo en mi vida. Si él no hubiese estado a mi lado, hubiese sido Sienna quien lo hubiera hecho; si no, estaría sola.

Cuando salí del baño, Cameron me llevó hacia la cama. Al instante llegó otra enfermera con una bandeja con la comida, la puso encima de mí y se fue. Cameron se acercó a mí y me preguntó:

—¿Necesitas ayuda con esto?

—No, gracias, ya hiciste mucho. Ve a comer algo —le dije destapando el plato con sopa de pollo.

—Enseguida comeré algo en el bar o compraré algo para comer aquí, si no te molesta.

—No me molesta —le dije.

—Entonces, ya regreso —dijo y salió de la habitación. Al rato volvió con una caja, una botella y un vaso descartable.

—¿Qué tal es la comida de sanatorio? —me preguntó.

—No está mal —le respondí terminando con la sopa y tomando el plato que contenía una pechuga de pollo con puré; entonces me percaté de cuanta hambre tenía—. ¿Nunca estuviste internado? —le pregunté.

—No en un sanatorio de estos —me dijo mirándome.

—¿O sea que nunca te enfermaste?

—Solo tuve catarros y gripes, pero nada grave como para terminar internado —me dijo tomando su sándwich de pavo.

—Pues yo solo me había enfermado una vez en la vida, pero no tanto como para terminar internada.

—Por cierto: llamé a Sienna hace un momento. Está en la casa de su novio.

Quería venir, pero le dije que no lo hiciera, que yo me quedaría contigo, por lo que mañana te esperará en tu casa —me informó.

—Gracias por llamarla. De todas formas, ya es tarde para que venga y, además, no creo que pueda recibir visitas a altas horas —le dije.

—Así es —me dijo.

—Lamento haber estropeado nuestra pijamada de hoy —le dije algo apenada.

—No lo lamente, pero prométeme que no volverás a salir a correr en climas como estos —me pidió.

—Te lo prometo —le dije con sinceridad—. ¿A qué hora te irás a tu casa?

—No me iré —me dijo.

—¿No? ¿Y en dónde te quedarás? —le pregunté.

—Este sofá es reclinable. Dormiré aquí, así te cuido.

—No puedo permitirte eso. Ve a tu casa. Yo estaré bien, las enfermeras cuidarán de mí —le dije.

—Me quedaré y punto. Ya avisé en mi casa que lo haría.

—¿Y qué dijeron?

—Que te mejores pronto y que cuidara bien de ti.

—Cameron, dormirás incómodo en ese sofá —le dije—. Vete a dormir a tu casa y regresa por la mañana.

—No me importa dormir incómodo, será solo por esta noche. Por la mañana te llevaré a tu casa —me dijo.

—Pues gracias, por todo —le dije.

Luego de que la enfermera llevara la bandeja con sobras y de que me quitara el suero, me quedé recostada.

—¿Tienes sueño? —le pregunté a Cameron.

—Un poco —me dijo desplegando el sofá. Puso unas mantas encima y se acostó.

—De nuevo, lo siento —le dije— porque, por culpa de mi imprudencia, tengas que dormir aquí.

—Basta de disculparte y duérmete. Necesitas descansar, así por la mañana amaneces fuerte. —Se levantó y se acercó a mí para depositarme un suave beso en los labios.

Por la mañana me desperté y vi que Cameron no se encontraba allí. El sofá estaba perfectamente hecho y no había señales de él por ningún lado. Me levanté de la cama y fui hacia el baño a orinar. Cuando salí busqué mi ropa y me cambié.

Me quedé sentada en el sofá viendo mi móvil, que estaba en la mesa de luz; no tenía ninguna llamada. Al rato entró Cameron.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó acercándose a mí.

—Descansada —le dije. Se sentó al lado de mí y me dio un beso en los labios.

—Te ves mejor, tienes buen color en la cara —me dijo.

—¿Adónde habías ido?

—A hablar con tu doctora. Enseguida vendrá a examinarte y te dará el alta. Iremos a desayunar a la cafetería y luego nos marcharemos a tu departamento.

Al rato entró una doctora de cabello rubio recogido en una media cola.

—Hola, Emerson —me dijo sacando una linternita de su bolsillo para examinarme los ojos—. ¿Cómo amaneciste?

—Muy bien —le dije.

—Pues tal parece que estás muy bien —dijo tomándose el pulso—. Tu presión arterial está estabilizada, así que yo diría que ya te puedes ir a tu casa. La única recomendación que te daré es que no salgas en lo que resta del día y, si es posible, no vayas a correr a Central Park con este clima.

—Está bien —le dije.

Luego de que firmara mi alta, nos fuimos de allí.

—¿Qué quieres desayunar? —me preguntó Cameron cuando estábamos en la cafetería.

—Café estaría bien —le dije. Luego de que él pidiera nuestras órdenes, las trajeron al rato.

—¿De verdad te sientes mejor? —me preguntó Cameron.

—Sí, solo tengo mucha hambre —le dije untando una tostada con jalea.

—Eso es porque dormiste muchas horas —me dijo.

—¿Sabes si mi seguro cubre todos los gastos del sanatorio? —le pregunté.

—Sí. Me encargué de todo, no debes preocuparte por nada —me dijo.

Cuando llegamos a mi departamento, Sienna me estaba esperando.

—Oh, por Dios, Emerson, ¿qué te ocurrió? —me preguntó dándome un abrazo.

—Salí a correr a Central Park y cuando regresaba me cayó una capa de nieve de un árbol. No me ocurrió nada, solo me desmayé por el impacto y creo que me congelé un poco —le dije.

—Lamento no haber podido ir. Bueno, en realidad quise hacerlo, pero Cameron insistió en que no lo hiciera porque no era nada grave y porque él se quedaría contigo.

—Es cierto. No te hagas problema, no fue nada. Solo me internaron porque necesitaban estabilizar mi presión; estoy bien.

—Pues me alegro de que no haya sido nada grave, pero ¿por qué saliste a correr con este clima?

—Porque no quise darle mucha importancia y sentí que mis músculos estaban entumecidos por no correr, pero aprendí la lección.

—Pues no salgas más a correr en lo que queda del invierno. De hecho, me aseguraré de que no lo hagas —me dijo.

—Por favor, ácala a la cama si es posible —le dijo Cameron.

—Gracias por cuidarla tan bien, Cameron —le dijo Sienna sonriéndole.

—Es mi deber y es un placer hacerlo —le respondió él.

—¿Ya desayunaron?, porque prepararé waffles —nos dijo Sienna.

—No, gracias, desayunamos hace un rato —le respondí.

—Vamos a que te recuestes —me dijo Cameron.

—Estuve acostada las últimas doce horas —le dije.

—Aun así debes descansar un poco más. Yo me quedaré a tu lado —me

dijo.

—Hazle caso al muchacho, ve a descansar —me dijo Sienna.

—Es tan bueno poder estar de nuevo en mi dormitorio —le dije mientras me recostaba.

—Pues hoy dormirás mejor en tu cama —me dijo sentándose a mi lado.

—¿Te quedarás a dormir conmigo? —le pregunté.

—No pienso despegarme de tu lado ni por un segundo —me dijo y me besó en la mejilla.

—Muchas gracias, por todo. No tenías por qué quedarte conmigo durante toda la noche en el sanatorio y arreglar las cosas con la doctora. Lo aprecio mucho.

—No tienes nada que agradecerme. Es mi deber y es un placer para mí estar a tu lado —me dijo.

—¿Cómo va a ser tu deber si solo eres mi amigo?

—¿Y tú no estarías a mi lado si el caso fuera al revés?

—Tienes razón —le dije.

A media mañana, Sienna nos llevó una bandeja con dos tazas de chocolate caliente y waffles.

—¿Te gustaría que al mediodía vaya a comprar comida? —me preguntó Cameron.

—¿Por qué? Puedo cocinar.

—Preferiría que no lo hicieras —me dijo.

—Cameron, ¿qué puede pasarme cocinando? Prometo usar adecuadamente los utensilios filosos y no acercarme mucho a las llamas —le dije bromeando.

—Preferiría que por hoy descansaras y me dejaras a mí encargarme de ti. Si supiera, cocinaría pero, como no lo sé hacer, compraré la comida por ti.

—Está bien —le dije a regañadientes.

—¿Qué te gustaría comer? —me preguntó.

—Tal vez comida italiana —le dije.

—Buena elección —me dijo levantándose de la cama—. ¿Puedo usar tu

ordenador? Necesito chequear mi correo electrónico.

—Desde luego —le dije. Tomé el mando del televisor y comencé a cambiar de canal.

—Sally te envía saludos, dice que espera que te repongas —me dijo Cameron, conectado a mi ordenador.

—¿Le contaste a Sally lo que me ocurrió? —le pregunté.

—Seguramente mis padres lo hicieron —me dijo.

—Pues dale las gracias. —Pensé en que debía llamarla para que nos viéramos o para que me visitara con Beth.

Por la tarde convencí a Sienna de que se fuera a la casa de Dougray; de todas formas, Cameron se iba a quedar conmigo. Al final cedió y se fue. Me sentía mal de que estuviera el fin de semana junto a mí cuando en realidad podía estar con él.

Tomé un baño de espuma y, cuando salí de allí, me senté junto a Cameron a ver televisión.

Por la noche ordenamos una *pizza* y luego nos pusimos el pijama y vimos una película.

—¿Cómo te sientes? —me preguntó Cameron, quien me tenía acurrucada bajo su brazo.

—Bien —le dije—, con un poco de sueño.

—Entonces deberías dormir.

—Muchas gracias por todo, de nuevo. Te quiero mucho y soy muy afortunada por tenerte en mi vida —le dije y le di un beso en los labios.

—De nada, preciosa, para eso estoy aquí. Duerme tranquila, que yo te cuidaré.

Volvía a correr por el Central Park en un día frío. Sentía que alguien me observaba a lo lejos a pesar de que el parque estaba despejado. Me dirigía hacia mi departamento por un túnel y, justo cuando salía de allí, una capa de nieve volvía a desprenderse de un árbol y a caer encima de mí, pero esta vez no me desmayaba; me quedaba despierta y no podía moverme porque

estaba cubierta de esa capa de nieve. Pero también sentía dolor; algo me había caído junto con la nieve y me hacía presión. Miré hacia mi abdomen y observé que la nieve se estaba disipando y dejaba lugar a una rama grande de un árbol; al parecer se había caído junto con la nieve que me había caído encima. Quise moverla, pero no pude; entonces noté que me dolía el abdomen. Una sensación caliente o tibia recorría mi interior; parecía que la punta de una rama se me había incrustado en el abdomen. Cerré los ojos por un momento, porque no podía moverme y comenzaba a sentir dolor, cuando los abrí de nuevo y vi una silueta masculina encima de mí. Era Cameron. ¿Cómo había llegado?, ¿qué hacía por allí a esa hora? Vi que me miraba preocupado y luego sacó la rama de encima de mí con mucha cautela. A continuación removió la punta, que se me había incrustado en el abdomen, luego me desabrochó la sudadera, me levantó la camiseta y puso sus manos en la zona abdominal. Y entonces ya no sentí más dolor, o esa sensación tibia siquiera; solo percibí una calidez que sospeché provenía de las manos de Cameron. Después me bajó la camiseta, me abrochó la sudadera, me tomó en brazos y me llevó hacia el sanatorio.

Por la mañana me desperté y observé a Cameron, quien todavía dormía. Fui al baño y me cepillé los dientes, todavía dando vueltas en mi cabeza las imágenes del sueño.

Cuando regresé a mi habitación, Cameron todavía dormía. Tomé mi portátil y me dirigí al *living*. Mientras preparaba el café, me conecté a Google y puse las palabras «Poderes extrasensoriales». De inmediato me aparecieron muchas páginas; hice clic en la primera y hablaba sobre telequinesis, telepatía, teletransportación, invisibilidad y levitación. Luego de ver las siguientes páginas, resolví escribir «Sanación con manos» y me apareció una página sobre ese poder extrasensorial. Afirmaban que en la antigüedad se le atribuía a seres de otros planetas y a brujos.

Luego entré en la cuenta de Cameron de Facebook y comencé a ver todas sus fotografías buscando algo inusual en ellas. Pero, aparte del hecho de que

en casi todas se encontraba con su familia y aparecía sin expresión alguna en el rostro, no encontré más nada.

Luego de servir el café en las tazas y poner algunos *muffins* y tostadas en la bandeja, regresé a mi dormitorio con mi portátil bajo el brazo.

—Buenos días, Emerson —me dijo Cameron levantándose de la cama.

—Buenos días —le dije depositando el ordenador sobre mi escritorio.

—¿De dónde venías con el ordenador? —me preguntó.

—Del *living*. Necesitaba buscar información acerca de algo —le dije—.

Ya traeré el desayuno.

Regresé del *living* con la bandeja y la puse en el medio de la cama. Cuando Cameron regresó del baño, se sentó a mi lado.

—¿Qué tal dormiste anoche? —me preguntó, inclinándose para besarme.

—Bien, ¿y tú?

—Muy bien. ¿Sucede algo? —me preguntó mirándome.

—No, ¿por qué?

—Porque te quedaste tiesa cuando te besé —me dijo.

—Oh, es que todavía estoy un poco dormida —le mentí.

—Sospecho que hoy te sentirás mucho mejor y más descansada que ayer —me dijo.

—Seguro —le dije.

Luego de desayunar, Cameron se fue a su hogar con la promesa de regresar por la tarde. Me quedé pensando en todo lo que sabía acerca de él o en todo lo que me había mostrado desde que nos conocíamos. Las dos primeras veces que lo había visto, no me había sacado la vista de encima. Cada vez que lo tocaba, me transmitía calidez y, si bien él se lo atribuía a sus abrigos, yo no le creía. Si bien yo no había tomado del brazo a muchas personas, no podía concebir el sentirme totalmente cálida por solo tocar a alguien. Luego estaba el hecho de que tenía un pasado oscuro que implicaba sexo con personas de ambos géneros, drogas y otras sustancias, y por ello había pasado una estadía en una institución menta. Y si bien me había explicado que se había

descarrilado por aquel entonces, yo intuía que había algo más tras ello. Y luego estaba lo que me había ocurrido hacía dos días atrás. Recordaba que me había despertado por un instante cuando me había caído la capa de nieve y había sentido un dolor punzante en el abdomen; también había visto una silueta masculina que no pude distinguir por un momento. No había recordado aquello hasta que lo soñé y supe que era real. Era obvio que el sueño también lo era, era lo que realmente me había ocurrido, pero entonces eso significaba que Cameron tenía poderes extrasensoriales y que, por ende, no era del todo mortal.

Capítulo 22

MI RAZÓN DE SER

Cameron llegó por la tarde a mi departamento. No sabía cómo lo confrontaría pero sabía que debía hacerlo, desde que había tenido ese sueño había estado impaciente al respecto, no sabía cómo se lo diría o qué le diría, pero debía hacerlo.

—¿Qué quieres que hagamos hoy? Hace frío afuera, por lo que prefiero que nos quedemos aquí —dijo.

—Anoche tuve un sueño —comencé a decirle mientras me sentaba en el sofá del *living*.

—¿Un sueño? ¿Qué clase de sueño? —me preguntó Cameron sentándose al lado mío.

—Soñé con el accidente que me ocurrió el sábado en Central Park, pero esta vez vi todo lo que realmente ocurrió —le dije.

—¿A qué te refieres con ello? —me preguntó mirándome fijamente.

—A que recordé, a través del sueño, que no fue solo un desmayo. Me cayó encima una rama grande de un árbol, pero una de sus puntas me atravesó el abdomen hasta perforármelo. Luego llegaste tú y de alguna forma la extrajiste y me llevaste al sanatorio —le dije.

—¿Y cómo te extraje la punta de una rama de tu abdomen?

—No lo sé, con magia tal vez —le dije encogiéndome de hombros.

—Emerson, eso claramente fue solo un sueño —me dijo Cameron tratando de restarle importancia.

—No, Cameron, lo recuerdo perfectamente. Es decir, pude no haber estado consciente todo el tiempo, pero recuerdo que sentí un dolor punzante y que

luego vi una silueta masculina. Eras tú, Cameron, ¿qué eres? —le pregunté.

—¿A qué te refieres?

—No eres del todo humano, ya lo sé. Solo dime: ¿qué eres?

—Emerson..., ¿has estado viendo muchas películas últimamente?

—Déjate de rodeos, Cameron, sé que hay algo raro en tu existencia. ¿Qué eres?: ¿mutante? —Por alguna razón no enloquecí al preguntarle aquello.

—Emerson..., yo... —comenzó a decir con la voz temblorosa—. No sé cómo fuiste capaz de recordar todo ello, pero estás en lo cierto —dijo agachando la cabeza.

—¿Qué eres, Cameron? —le pregunté una vez más.

—Yo... no soy de este planeta —me dijo mirando al piso.

—¿Y de dónde eres?

—De Marte. —Lo miré fijamente. Ciertamente aquello no era lo que esperaba como respuesta.

—¿Marte? ¿Del planeta Marte?

—Allí nací —me dijo mirándome esta vez.

—Entonces, ¿eres...?

—Un alien —me dijo mirándome fijamente a los ojos—. No soy enteramente humano.

—No eres humano en absoluto —le espeté.

—En realidad soy humano en parte, dado que poseo un cuerpo humano.

—Explícate mejor —le dije.

—Yo nací en Marte y mi familia decidió enviarme a la Tierra para estudiar a la raza humana.

—¿Por qué?

—Siempre quisimos saber qué sienten los humanos; son una raza extraña para nosotros.

—¿Extraña?

—Dado que nosotros no somos humanos, para nosotros ustedes son extraños, así como nosotros somos extraños para ustedes. Queremos entender

qué sienten, o mejor dicho, qué es sentir.

—¿Y lograste tu cometido?

—No me dejaste que te cuente toda la historia —me dijo.

—¿Y crees que necesito saber más? Nunca antes había pensado siquiera que algo como un alien pudiera existir más allá de una historia de ficción; imagínate saber que estoy parada en frente de uno y, más aún, que besé a uno.

—Por dentro me sentía un poco asqueada u horrorizada: había estado con un ser de otro planeta y ni siquiera había sido consciente de ello—. Dime algo: ¿cuántas personas saben sobre esto?

—Eres la primera que lo sabe —me dijo con la voz calma.

—¿O sea que tu familia no lo sabe? —le pregunté sorprendida.

—No, imagina si lo descubrieran —me dijo.

—Cameron, debes irte —le dije levantándome del sofá.

—¿Quieres que me vaya? Entiendo que debe ser algo increíble para ti y que ahora debes sentirte algo confusa, pero...

—No quiero volver a verte nunca más, Cameron —le dije levantando la voz.

—¿Nunca más? Emerson, yo... te quiero —me dijo—. Nunca antes he querido a nadie de esta forma y...

—¿Cómo demonios crees que puedo estar contigo después de lo que acabas de confesarme? Dime algo: ¿yo fui un experimento para ti?

—Algo así —dijo agachando la cabeza.

—Una vez que salgas por esa puerta, no quiero volver a saber más nada de ti —le dije con firmeza.

—Emerson, perdóname, pero no sé si pueda...

—Como te acerques a mí, armaré un escándalo —le dije levantando la voz de nuevo.

—Está bien, me iré, pero no puedo prometerte que permaneceré alejado de ti. Emerson, en algún momento tendrás que volver a hablarme y...

—¿No me escuchaste? Como intentes acercarte, lo lamentarás. Iré a los

medios y diré que te investiguen a fondo; dado tu historial, lo harán —dije con mucha firmeza. Nunca antes había confrontado a alguien, nunca había tenido que hacerlo, pero estaba enfadada y decepcionada en partes iguales. Cameron se dirigió hacia la puerta y, una vez allí, se volvió y me dijo:

—Fue un placer haberte conocido, Emerson. —Yo cerré la puerta con fuerza y me quedé apoyada en ella. Después fui a mi dormitorio y me tiré en la cama. Sentía que la cabeza me daba vueltas de solo pensar que había pasado los últimos dos meses con una persona que no era enteramente humana y, más aún, a la que había besado. Traté de desecharlo de mi mente enterrando la cabeza en la almohada y me quedé dormida.

Cuando me desperté la habitación estaba a oscuras. Encendí la luz de la lamparita y tomé el reloj para ver la hora; eran las ocho de la noche, había dormido dos horas. Me incorporé en la cama y me levanté. Cuando salí del baño, fui hacia el *living* y Sienna se encontraba allí.

—¿Estabas en tu dormitorio? No lo sabía —me dijo.

—Me quedé dormida un rato —le dije sentándome a su lado.

—Oh, pues iba a cocinar una sopa de pollo. ¿Te apetece eso o quieres otra cosa?

—La sopa está bien —le dije.

Mientras tomábamos la sopa, Sienna me contó que la semana siguiente saldría de vacaciones y Dougray había decidido que él también, por lo que irían a pasar unos días a una cabaña en Vermont. Pensé en que me quedaba una semana de vacaciones y no sabía qué haría. Comenzaría a nevar de nuevo y ya no tenía con quién salir. De repente sentí un vacío en mi interior.

Después de cenar me fui a acostar pero, a decir verdad, no tenía mucho sueño, dado que había tomado una siesta de dos horas, por lo que me senté en la cama y encendí el televisor. Hice zapeo por un momento hasta que vi un programa en el canal de cocina. Usualmente esos programas me ayudaban a relajarme, pero en estos momentos me sentía muy impaciente.

Fui a la cocina a prepararme un té de tilo, luego regresé con la taza a mi

habitación y me conecté a mi ordenador con la televisión todavía encendida. Cuando vi que Sally estaba conectada, quise desconectarme, pero me habló.

Sally:

Emerson, ¿cómo estás?

Emerson:

Bien, ¿y tú?

Sally:

Bien. Oye, recordé que esta semana estás de vacaciones: ¿qué te parece si el fin de semana salimos a algún lado?

Emerson:

¿Puedo avisarte después? Creo que tengo planes.

Sally:

Y de seguro son con mi hermano. Desde luego, avísame después.

En ese momento él entró en línea.

Emerson:

Después te aviso, ahora debo desconectarme porque estoy ocupada con algo.

Sally:

Está bien, chateamos después.

Me desconecté rápidamente, no quería tener que ver su nombre o pensar en él siquiera. Debía desligarme de ver a Sally. La pobre ignoraba que tenía por hermano a un ser de otro planeta; en realidad toda su familia lo ignoraba. De no ser porque esa capa de nieve me había caído encima, yo nunca me hubiese enterado de la verdad tampoco, lo cual me llevó a preguntarme: ¿cómo había llegado allí tan rápido?, ¿viajaba a la luz del tiempo o se teletransportaba?, ¿y cómo sabía que yo estaba herida de todas maneras? Tal vez contaba con la habilidad de vislumbrar cosas.

Luego de ponerme mi pijama, me acosté y me sumí en un sueño profundo.

A la mañana siguiente, luego de desayunar, me fui hacia Central Park. Sabía que era una imprudencia ir hacia allí dado lo que había ocurrido el

sábado por la tarde, pero quería inspeccionar el lugar en el cual me había desmayado. Cuando llegué al túnel, lo atravesé caminando hasta la salida en la cual me había caído nieve. Observé los árboles que estaban allí; al más cercano le faltaba una rama y, al mirar las demás, me percaté de que eran enormes. Me podría haber matado. Escudriñé alrededor y recordé todas las veces que había sentido unos ojos posados encima de mí. Tal vez mi paranoia estaba bien fundada después de todo, tal vez había sido él quien me había estado siguiendo, pero ¿por qué?; como parte de su experimento alien tal vez. Recordé la tarde anterior, en la cual lo había confrontado y me había revelado que yo era parte de su experimento. ¿Qué querría de mí?, ¿por qué no tomar a otra humana para examinar?

Por la tarde me puse a pensar qué hacer. No sabía a dónde ir. Al cabo de un rato, resolví ir al cine. Era extraño ir al cine sola; en California siempre solía ir sola, pero porque allí ni amigos tenía. Y en el corto tiempo que llevaba en Nueva York, me había acostumbrado a la compañía de alguien.

Por la noche cenamos con Sienna mientras ella me contaba sus planes para la semana.

—Dougray ya reservó la cabaña, dice que tiene una vista espectacular — me dijo entusiasmada.

—Qué bueno —le dije algo alicaída.

—Querida ¿te encuentras bien? Casi ni tocaste la comida.

—No, no tanto, ayer tuve una pelea con Cameron —le dije.

—Oh, cuánto lo lamento. Y yo, hablando de mis vacaciones —me dijo apenada.

—Oh, no te preocupes, de verdad me alegro por ti —le dije con sinceridad.

—¿Y puedo saber por qué pelearon?

—Descubrí que no es quien dice ser; tiene un pasado oscuro —le dije.

—¿Te refieres a los arrestos judiciales y al período que estuvo en el McDale?

—¿Tú sabías eso? —le pregunté sorprendida.

—Hace poco, hablando con Dougray acerca de ti y de Cameron, me contó que se había enterado eso sobre él. No quise decirte nada al respecto porque no me parecía que fuera asunto mío, además de que eso ocurrió mucho antes de que tú llegaras a su vida. Pero no te culpo por hacerte a un lado por ello.

—Sí, bueno, ya no lo volveré a ver nunca más. —En el momento en que dije eso, sentí una opresión en el pecho. Nunca antes había experimentado aquello, estaba acostumbrada al vacío y la soledad, pero no a la tristeza por la ausencia de una persona.

—Bueno, pues tal vez sea para mejor. Si no puedes con el pasado de una persona, es mejor hacerse a un lado, por lo que Dougray me contó era un muchachito problemático. Y a pesar de que no lo parece, es decir, aparenta estar bien ahora, no necesitas a esa clase de persona en tu vida. —Asentí pensando en que no me refería a esa clase de pasado por la cual me había alejado de él, pero no podía revelarle la verdad acerca de ello. Nunca podría decírsela a nadie; creerían que estaba loca de remate y lo peor era que no tenía argumentos para ello.

Luego de cenar me conecté a mi ordenador y vi que Cameron estaba en línea. Sabía que lo más prudente era eliminarlo de mis contactos, así como su número de mi móvil, pero no estaba lista para ello. Por años la gente que conocía llegaba y se iba como si nada, pero ninguno de ellos entraba en mi vida, ninguno de ellos se tomaba la molestia de conocerme siquiera o de asegurarse de que yo estuviera bien, a excepción de Marlene, que era como una amiga. Los demás solo entraban y salían de mi vida como si nada. Y Marlene no había sido una amiga precisamente, sino una guardiana, pero era amable conmigo, más que con cualquiera de las otras muchachas de la residencia de la cual ella era guardiana. Y después había llegado Cameron, quien me había acercado a su familia y a su corazón, pero era probable que él ni corazón tuviese. ¿De qué estarían hechos los aliens por dentro? Recordé los pocos aliens que había visto en el cine y parecían ser de goma. Miré el chat

con su nombre en conexión y me desconecté rápidamente. Entré en Google y puse «Aliens». De inmediato me aparecieron muchos documentos acerca del expediente Roswell de 1947: archivos con testimonios de personas que afirmaban haber visto platillos voladores, granjeros que decían haber visto cómo sus animales eran abducidos por objetos voladores, otros que mencionaban haber visto hombrecillos verdes de ojos grandes. Luego pulsé una página en la cual aparecía una lista con nombres de series y películas en las cuales aparecían aliens. Entré en Ebay y solicité unos DVDs de ellos.

A la tarde siguiente recibí una caja con los DVDs que había solicitado. Como no tenía reproductor de DVD, fui hacia mi ordenador y los introduje en el de allí. Comencé a ver una miniserie llamada *Taken*, producida por Steven Spielberg. Solo eran diez capítulos por lo que, al cabo de pocos días, podría terminar de verla. Los otros DVDs que había adquirido eran una serie de televisión llamada *Roswell*, que contaba con tres temporadas y dos películas: *Starman e Invasión*.

Noté que *Taken* era muy adictiva, ya que llevaba viendo tres capítulos en toda la tarde y, en cuanto terminaba uno, comenzaba a ver otro. Hasta el momento los aliens que se habían hecho presentes eran uno llamado John que, tras la caída de un platillo volador, tomaba apariencia humana para tener relaciones sexuales con una humana y así poder engendrar a un medio alien y humano; luego estaban los aliens que abducían gente para implantarles dispositivos y así estudiarlos.

Tras haber visto cinco capítulos (mientras cenaba frente al ordenador), paré para ir a dormir.

Al día siguiente, en cuanto me levanté, retomé con el sexto capítulo, dado que no debía ir a trabajar o salir a otro lugar. Después del almuerzo terminé con la miniserie. No podía creer que hubiera visto los diez capítulos en menos de veinticuatro horas. Si algo me había quedado claro era que los aliens tenían la habilidad de mostrarles a las personas su vida a través de sus ojos, de manipular el tiempo y de salvar vidas, así como el único objetivo que tenían

de mezclarse con los mortales era el de estudiarlos, incluso si lo hacían poniendo las vidas de muchos en peligro; aunque, desde luego, era solo ficción, por lo que no sabía si tomarlo tan al pie de la letra. Y entonces me pregunté: ¿qué tanto en común tendría él con esos aliens?, ¿qué tantas habilidades tendría en común con ellos?

Por la noche me conecté a Facebook y vi que Cameron otra vez estaba conectado, por lo que me desconecté de inmediato.

No había salido en los últimos dos días y para colmo había comenzado a nevar de nuevo, por lo que, de todas formas, no iba a poder hacerlo. No era una tormenta tan intensa como la de la vez anterior, pero obligaba a quedarse encerrado.

Me recosté con el ordenador en la cama y vi las dos películas que había adquirido. *Starman* era sobre un visitante de otra galaxia que tomaba la forma humana del marido muerto de una mujer para ayudarla con su pérdida. *Invasión*, por otro lado, era acerca de una invasión extraterrestre en la Tierra.

Cuando terminé de ver ambas películas, me levanté de la cama y fui hacia el *living* a tomar una taza de café. Me senté en el sofá y tomé el libro *Mi vida en el planeta Marte*, que estaba en la mesa, y pensé en lo extraordinario de las similitudes entre Melory, la protagonista del libro, y yo. A pesar de que yo no había sido abducida por una nave espacial como ella, y por ende no había ido a vivir un tiempo a Marte, ambas nos habíamos enamorado de un alien que había tomado forma humana. Tal vez no había sido fortuito el hecho de que yo hubiera comprado dos libros sobre extraterrestres después de todo, tal vez había algo en mi interior que ya sabía que estaba liada a un ser de otro planeta.

El viernes por la noche, sentía que la semana había pasado rápido y de forma muy monótona. Mis vacaciones se estaban esfumando y no había hecho nada productivo en la última semana, excepto indagar sobre aliens y extrañar a Cameron. Pensé que, conforme los días pasaran, esa sensación de vacío y desasosiego se disiparía. Pero ¿olvidaría a Cameron y la forma en la que me hacía sentir? Observé el lado izquierdo de la cama y recordé todas las noches

que había dormido a mi lado. Extrañaba dormir abrazada a su calor, despertar y verlo dormir tan tranquilo. Lo peor fue cuando abrí mi clóset y encontré su pijama azul. Lo inhalé; olía a él. Abrazando el pijama me acosté en la cama y rompí en llanto. Extrañaba a Cameron. Me había acostumbrado a su presencia en mi vida, a pesar de ser de otro planeta, y saber que ya nunca más lo vería me hacía sentir miserable. Nunca antes me había importado la presencia de alguien, pero no podía imaginar mi vida sin él. Sería una desdichada si no volvía a verlo o a estar con él.

Capítulo 23

MI EXISTENCIA SIN TI

El lunes 19 de enero, por la mañana, regresé a trabajar. Luego de dos semanas de vacaciones, no tenía muchas ganas de hacerlo, pero pensé que era buena la distracción.

Para mi fortuna, Catherine y Amanda habían escogido salir de vacaciones esa semana, por lo que por dos semanas no las vería. No era que no me agradaran, pero tal vez me preguntarían algo acerca de Cameron y no sabía si estaba preparada para dar explicaciones acerca de él o de escuchar su nombre siquiera.

Cuando salí de la empresa, pasé por la cafetería. Luego de pedir un té de jengibre y miel, me senté a una mesa mirando para todos lados. Cuando terminé el té, salí de la cafetería desilusionada y regresé a mi hogar.

Esa semana ya no nevaba, solo hacía frío, por lo que decidí salir a correr. Sienna ya se había ido con Dougray a Vermont el día anterior.

Luego de calzarme una sudadera blanca y un pantalón negro y de tomar mi iPod, salí del edificio.

El sol había salido ese día y, aunque no con mucha intensidad, brillaba en lo alto.

Cuando llegué a Central Park, comencé a correr por la parte sur, como siempre lo hacía. Observé que había gente corriendo también, lo cual me animó. Cuando iba dando mi tercer recorrido, crucé a un muchacho con una sudadera de Juilliard. Recordé que esa semana Cameron regresaba a la universidad. Supongo que no noté que unas lágrimas comenzaban a correr por mis mejillas hasta que estas se deslizaron por mi cuello. Me detuve en seco

mirando para todas partes; nadie parecía percatarse de que yo estaba llorando. Eso era lo bueno de Nueva York: todos éramos invisibles a los ojos de los demás. Era la primera vez en mi vida que me sentía agradecida por ello.

Resolví regresar a mi edificio al rato, dado que no podía seguir corriendo. Cuando pasé por al lado de un carruaje, recordé el paseo que había dado la noche de mi cumpleaños. Siempre que vería uno, rememoraría eso, como también todos los lugares que había visitado junto a él.

Por la noche me conecté a Facebook y vi que Sally estaba conectada, por lo que decidí hablarle.

Emerson:

Hola, Sally, ¿qué tal tu salida del sábado?

Sally:

Hola, Emerson, muy linda. ¿Tú cómo estás?

Emerson:

Mejor. Estuve con antibióticos, así que ahora estoy mejor.

Me había excusado con Sally de no poder salir con ella porque estaba resfriada, lo cual era cierto; el sábado había amanecido congestionada y, aunque podría haber salido, de todas maneras, no podía ver a Sally porque me preguntaría o hablaría de Cameron y no sabría qué decirle.

Sally:

Me alegro mucho. El domingo vi a Cameron en la casa de mi abuela Emma y me dijo que no sabía que estabas enferma. Dijo que no te había visto en la semana porque él andaba ocupado con un proyecto de la universidad.

No supe qué decirle. Él sabía que yo estaba enferma, en teoría, pero desde luego que no me hablaría para preguntarme, dado que le había dejado muy en claro que no volviera a hablarme.

Emerson:

—Sí, es cierto, hace varios días que no nos vemos. ¿Qué tal está Beth?

Sally:

Muy bien, está con los preparativos para la boda. No sé si Cameron te habrá dicho, pero se casa en junio y hoy tenía una cita con Vera Wang para que le diseñe su vestido.

Emerson:

¡Qué lindo!

No sabía que más decir. Desde luego que Cameron me había contado aquello y daba por sentado que me invitarían, pero ahora eso estaría descartado.

Emerson:

Oye, debo desconectarme porque mañana debo levantarme temprano.

Había visto que Cameron acababa de conectarse.

Sally:

Está bien. Que descanses, Emerson.

Iba a desconectarme de inmediato, pero me quedé conectada un rato para ver si Cameron me hablaba. No lo hizo. Entré en su muro y vi que el muchacho llamado Aiden, a quien había conocido en su cumpleaños, lo había etiquetado a él, a Mark y a George en una fotografía. Los cuatro aparecían con vasos en sus manos y dos muchachas muy bonitas estaban con ellos entre George y Mark. Observé la fotografía al pie y decía: «Fiesta de la fraternidad» y había sido etiquetada el domingo, por lo que intuí que la fiesta había sido el sábado por la noche. Entré en el álbum y vi que había cinco fotografías más. Cameron aparecía solo en otra más, de fondo, hablando con una de esas muchachas. Por lo visto yo me había quedado el sábado encerrada llorando mientras él andaba de fiesta. Al ver esas fotografías, comprendí que lo único que yo había sido para Cameron fue un experimento de su proyecto alien; de seguro esa muchacha también lo sería. Me desconecté con más ganas de llorar todavía. Siempre me había sentido invisible, no muy imprescindible para la vida, incluso un estorbo dentro de un pequeño contexto, pero nunca me había sentido usada por alguien para un propósito experimental.

Me fui a dormir pensando que tal vez Cameron ahora le decía «Dulces

sueños» a alguien más.

Cuando llegó el sábado por la tarde, sentí que el departamento me quedaba muy grande para mí sola. Sienna no volvería hasta mitad de semana y yo no tenía qué hacer siquiera. Casi deseaba haber hecho alguna amistad en el trabajo, aunque fuera con Piper; por lo menos no estaría sola el fin de semana.

Conforme pasaban las horas, comenzaba a impacientarme por no tener qué hacer, por lo que le mandé un mensaje de texto a Sally en el que le preguntaba qué hacía. No me importaba que fuese hermana de él, no iba a concederle un pensamiento siquiera. Si veía a Sally y lo mencionaba, iba a dirigir mi atención a otra parte, tal como me lo había enseñado el doctor Brodstein. Sally me respondió que recién regresaba de pilates y que se iba a dar un baño urgente porque por la noche saldría con dos amigas. Por suerte me preguntó si quería salir con ellas; de inmediato le respondí que sí. Me dijo que pasara por su edificio a las siete y que no cenara nada porque lo haríamos afuera. Con algo de urgencia, me puse a buscar ropa en el clóset. Luego de ver el vestido azul y el negro que me había puesto cuando había salido con él, encontré uno plateado que Sienna me había regalado porque, según ella, ya no le quedaba y de seguro era de mi talla. Presentí que, más que nada, me lo había regalado por lástima, pero no me importó y lo tomé agradecida. Era ceñido al cuerpo, lleno de estrás plateado y con escote. Me lo puse con unas medias negras y unos zapatos negros con tacones.

Me senté frente al espejo y me cepillé bien el cabello batiendo un poco las puntas. Tomé una sombra negra y me esfumé los párpados; luego me delineé por debajo de los ojos, me puse mucho rubor en mis pómulos y apliqué mucho *gloss* a mis labios delineando el contorno. A decir verdad, no reconocía a la muchacha que me devolvía la mirada; parecía más adulta y... ¿sexi? Nunca había imaginado que pudiera ser sexi, pero al parecer, con un maquillaje oscuro y mucho brillo, podía serlo.

Abrí mi alhajero y tomé un colgante. Cuando tuve que escoger el brazalete, tomé el de brillantes que él me había regalado para mi cumpleaños, pero de

inmediato lo hice a un lado y tomé otro plateado en forma de argolla. Luego de tomar un bolso de mano y mi abrigo, ya estaba lista.

Cuando llegué al edificio de Sally, subí por el elevador hasta llegar a su departamento, llamé a la puerta y cuando me abrió se quedó con los ojos desorbitados.

—Guau, Emerson, ¿eres tú?

—Hola, Sally —le dije saludándola.

—Estás muy hermosa y sexi —me dijo todavía mirándome de pies a cabeza.

—Tú también estás muy linda —le dije admirando su vestido color salmón y negro.

—Pues, si mi hermano te ve así, se desmayará. —No demoró mucho en mencionarlo, pero hice como si no lo hubiese oído—. ¿O ya te vio así alguna vez? —Solo negué con la cabeza.

—¿Adónde iremos? —le pregunté tratando de desviar la conversación.

—Iremos a cenar al Hotel Gansevoort y luego a bailar, si te parece bien. —Solo había ido a bailar una vez y, si bien no lo había disfrutado mucho en aquella ocasión, supuse que esta vez sí lo haría.

—Me parece muy bien —le dije. En ese momento llamaron al portero.

—Esas deben ser mis amigas Amber y Gretchen. Te encantarán —me dijo.

Amber tenía el cabello rubio y lacio y los ojos agua marina; era muy bonita, del tipo de chica bonita de Manhattan. Gretchen tenía el cabello castaño lacio y más corto. Ambas parecían agradables.

Fuimos a ese hotel a cenar; era muy bonito. Cenamos unas mollejas rellenas. Gretchen decía que ese hotel había aparecido en la película de *Sex and the city*, pero parecía que solo a mí me había llamado la atención aquello.

—¿Así que tú trabajas en la compañía Fitzpatrick? —me preguntó Amber sonriendo.

—Así es, estoy en el Área de Redacción.

—¿Y antes vivías en California? —me preguntó Gretchen.

—Así es, en Los Ángeles —les dije.

—¿Y podemos saber acerca de tu relación con Cameron? Sally nos contó que son muy amigos —dijo Amber, enfatizando en el *muy*.

—Solo somos eso: amigos —les dije encogiéndome de hombros.

—Pero yo presiento que, en un futuro muy cercano, serán algo más —dijo Sally. Al parecer Cameron no le había contado acerca de nuestra «ruptura», pero ¿por qué lo haría?, si después de todo no se contaban nada. Pensé que era mejor así de momento; no quería entrar en detalles y no podía hacerlo tampoco, por lo que preferí fingir al respecto.

—¿Ustedes tienen novios? —les pregunté tratando de desviar la atención de mí.

—Solo yo —dijo Amber—. Estoy de novia hace más de un año.

Recordé que Sally me había dicho que le gustaba el hermano de su amiga Amber.

—Yo paso de momento. Los hombres son idiotas y complicados —dijo Gretchen.

—No lo son, o tal vez algunos. Lo que sucede es que todavía no encontraste al indicado —le dijo Amber. Las dos eran muy agradables, como Sally; las tres habían ido a Yale y desde entonces eran amigas.

Cuando salimos de allí, nos fuimos a un club llamado Pink Elephant. El ambiente era similar al del club Back Room, al cual había ido en mi primera salida nocturna en Nueva York.

Luego de dejar nuestros abrigos en el guardarropa, fuimos a la pista a bailar. La música, allí, era más movida y pegadiza que la del club al que había ido la primera vez. En cuanto comenzamos a bailar, dos muchachos se acercaron a Amber y a Gretchen; ellas se pusieron a bailar con ellos mientras que Sally y yo bailábamos entre nosotras.

—¿Me acompañarías al baño? —me pidió Sally, por lo que fuimos hacia allí. Cuando estábamos frente al espejo retocándonos, Sally nos tomó una fotografía con su móvil y luego me dijo:

—Ahora Cameron se morirá.

—¿Por qué? —le pregunté sorprendida.

—Porque acabo de mandarle esa fotografía —me dijo en tono risueño mientras salíamos del baño. Pensé que a él no le importaría mucho y de seguro estaría en alguna fiesta con alguna muchacha tratando de experimentar con su cerebro, su corazón o sus bragas. Deseché cualquier pensamiento relacionado a él y me limité a tratar de divertirme en la pista.

Los muchachos que bailaban con Amber y Gretchen nos invitaron unas bebidas rosadas y luego, otras azuladas. No sabía qué eran y no me gustaban mucho, pero había decidido que haría todo lo que contribuyera a divertirme, y siempre había oído que las bebidas alcohólicas contribuían a eso. Luego de beber tres copas, me sentía más animada y con muchas ganas de bailar. Empecé a desinhibirme de a poco y a mover mi cuerpo con más soltura. Sally me miraba riéndose cuando sentí que alguien me tomó de la cintura, volteé a mirar y era un muchacho alto de cabello rubio. Me atrajo hacia él y comenzamos a movernos. Miré a Sally, quien levantó los pulgares hacia arriba. Empezamos a bailar con el muchacho y de a poco nos fuimos alejando de la pista hasta quedar contra una pared. Él se movía de una forma muy sensual, acercando su pelvis a mis caderas y rodeándome con sus manos, que cada vez iba deslizando más por mi cintura hacia abajo. En un momento se acercó a mi cuello y comenzó a besarme y luego a pasarme la lengua. Quise quitarlo de encima, pero era muy grandote y fornido, como esos muchachos que juegan al *rugby*. Comenzó a subir sus manos por encima de mi vestido; intenté meterle una patada con la punta del tacón, pero me tenía acorralada. Pensé que en ese rincón podía hacerme lo que quisiera y nadie se enteraría, dado que estaba despejado de gente y casi oscuro. Cuando quise hacer un último intento por sacármelo de encima, vi que una mano lo agarró por el hombro y lo hizo hacia atrás. Creí que era un guardia del lugar, ya que solo alguien de ese tamaño podría con aquel muchacho. Luego le dio una bofetada hasta tirarlo al piso; vi cómo el muchacho se agarraba el rostro en la

oscuridad y yo me hice a un lado. Cuando me volví para ver quién me había ayudado, me encontré con los ojos de él.

—¿Qué demonios...? —comencé a decirle—. ¿Qué haces aquí?

—Vine con George y otros muchachos y parece que llegué justo a tiempo —dijo mirando al tipo, que todavía yacía en el suelo.

—No tenías por qué darle esa bofetada —le espeté.

—¿Ah, sí? ¿Y te gustaba lo que te estaba haciendo? Si yo no hubiese llegado a tiempo, podría haber cruzado una línea muy grande. —Me lo quedé mirando por un momento y luego me alejé hacia donde estaba Sally.

—¿Adónde te habías ido? —me preguntó Sally.

—El tipo con el que estaba bailando me llevó a un rincón y quiso propasarse —le dije.

—¿Qué? ¿En dónde está?

—No lo sé, tu hermano lo abofeteó —le dije.

—¿Qué? ¿Cameron está aquí y no me dijo nada? ¿Por qué no vi ese espectáculo? —La miré con los ojos bien abiertos de par en par—. Disculpa, pero ver a Cameron abofeteando a alguien por salvar tu honor es el espectáculo que quiero ver, no a un tipo queriéndose propasar contigo. ¿Te encuentras bien? —Asentí con la cabeza.

—Sí, pero debo admitir que, si alguien no hubiese intercedido, no sé qué hubiera ocurrido —le dije.

—Lamentablemente algunos tipos son así: creen que todas las muchachas que vienen a bailar buscan sexo como ellos. La próxima vez tendremos que salir con gas pimienta en la cartera. —Miré hacia todas partes para ver si lo veía por allí, pero no aparecía por ninguna parte.

—Iré al baño —le dije a Sally.

—¿Quieres que te acompañe? —Negué con la cabeza.

—Enseguida vuelvo —le dije. Necesitaba refrescar un poco mi rostro.

Cuando llegué al baño, miré mi rostro en el espejo; tenía los ojos un poco enrojecidos y la sombra de los párpados un poco corrida. Me retoqué un poco;

por suerte había llevado rubor y *gloss* en la cartera. Luego me pasé los dedos por el cabello y salí de allí.

Cuando iba descendiendo las escalinatas que llevaban a la pista, sentí que alguien me había tomado del brazo. Volteé a ver y era él.

Capítulo 24

MEMORIAS DE TI

—¿Y ahora qué demonios quieres? —le pregunté.

—Necesito hablar contigo —me dijo acercándose a mí.

—Yo no quiero hablar contigo —le dije levantando la voz.

—Sí, lo harás —me dijo. Me tomó de nuevo del brazo y me arrastró hacia un rincón que estaba despejado de gente pero bien iluminado.

—¿Qué quieres? —le pregunté con voz firme. Parecía que el alcohol me había infundido más confianza en mí misma.

—Quiero volver a verte —me dijo apoyándose en la pared. Entonces me percaté de que tenía puesta una camiseta blanca con rayas azules y un *jean*; estaba algo desprolijo e informal pero hermoso, como siempre.

—¿Y no me estás viendo ahora? —le dije.

—Sabes a qué me refiero —me dijo acercándose más a mí. Entonces sentí su perfume, que casi me embriagó—. Quiero que volvamos a ser lo que éramos.

—¿Disculpa? —le dije—. ¿Quieres decir que quieres volver a examinarme?

—Emerson... —dijo poniéndome una mano encima de mi brazo. Se la saqué de inmediato—. Yo nunca te examiné, no haría tal cosa contigo. Yo... te quiero.

—No me mientas, Cameron, tú eres incapaz de querer. He leído en internet sobre gente como tú y he visto muchas películas y series al respecto: no tienes sentimientos —le dije.

—Eso es cierto solo en parte —me dijo—. Quiero contarte todo; la vez

pasada tú no dejaste que te contara toda la historia. Quiero sincerarme contigo, Emerson. Por favor, déjame hacerlo y luego decide si quieres apartarme de tu vida para siempre o no. —Lo miré por un momento y luego dije:

—Está bien, habla.

—¿Aquí? ¿Quieres que hablemos aquí?

—No iré a ninguna parte contigo así que, si quieres hablar, hazlo aquí —le dije con firmeza.

—Está bien, pero vayamos a un sector en donde haya asientos. Necesito que estés sentada cuando te cuente toda la historia —me dijo llevándome hacia unos sillones de cuero que se encontraban en un rincón. Luego de sentarnos me dijo

—¿Por dónde empiezo? Como te dije la vez pasada, no soy de este planeta, nací en Marte. Mi familia de allá decidió que viniera a vivir aquí para experimentar. Se supone que debo experimentar todo tipo de sensaciones, o mejor dicho, experimentar lo que es una sensación. Cuando me dieron apariencia humana, me dejaron en las puertas de un orfanato para que pudieran cuidar de mí. Estuve allí casi cinco años hasta que Conrad y Melinda me adoptaron y entonces me llevaron a vivir a su casa, obviamente. Cuando llegué a la Tierra y a medida que iba creciendo, me costaba relacionarme con las personas porque me resultaba difícil entenderlas. Es verdad lo que dijiste antes: nosotros no tenemos sentimientos. Por ello somos enviados a la Tierra para estudiarlos a ustedes pero, como yo llevo viviendo veinte años en este planeta, se me hace difícil no desarrollar sentimientos por las personas que son importantes para mí. Tampoco es que me sea fácil, pero llegué a querer a mis padres, mis hermanos y mis abuelos a mi manera. No sé si mataría por ellos, tal vez lo haría, especialmente por mi abuela materna, pero la cuestión es que, aparte de ellos, solo desarrollé sentimientos por ti, Emerson. Te quise desde el primer momento en que te vi. Supe que estabas hecha para mí, que eras la mujer que yo amaría en la Tierra o en cualquier planeta. En cuanto llegué a conocerte, a estar contigo y a besarte, tú hiciste que todo eso fuera

fácil para mí. Cuando estoy contigo me siento humano porque eres capaz de despertar sentimientos en mí.

Me quedé sin palabras ante aquello.

—¿Puedo preguntarte qué tipos de poderes tienes? ¿Lees las mentes?, ¿detienes el tiempo?, ¿tienes la habilidad de curar?

—Todo ello, pero debo usarlos con precaución, excepto lo de leer mentes; es algo que puedo hacer sin siquiera intentarlo.

—¿O sea que me leíste la mente?

—No exactamente. Es decir, cuando veo a una persona, puedo ver retazos de cosas que circulan por su cabeza, pero no puedo saber cómo se siente o cuál es la postura que tienen al respecto —me dijo—. Y respondiendo a tu pregunta, solo lo hice una o dos veces; es algo que intento no hacer, dado que es incómodo ver todo eso de una persona sin que me lo diga. —Recordé que, las dos primeras veces que lo había visto, en el avión y en la cafetería, me miraba fijamente. Me pregunté qué había visto.

—¿Y a qué te refieres con que debes usarlos con precaución?

—Solo puedo sanar a alguien o detener el tiempo en caso de que sea realmente necesario porque, cada vez que uso esas habilidades, me debilito y con el tiempo puede llegar a ser un inconveniente.

—¿Como morirte? —pregunté con la voz temblorosa.

—No exactamente, pero algo así —me dijo.

—¿Hay otro poder que tengas? ¿Localizar a las personas como si fueras un GPS humano o algo así?

—No puedo hacer eso —me dijo.

—¿Y cómo sabías que estaba aquí? —le pregunté.

—Sally me envió una fotografía en la que aparecían las dos y nuestros teléfonos están enlazados con un localizador de GPS; dada mi conducta del pasado, mi padre lo creyó conveniente. Como sea, debajo de la fotografía aparecía la dirección del lugar, por lo que vine con George y otros muchachos.

—¿Y por qué viniste?

—Quería verte y sabía que aquí, tal vez, accederías a hablar conmigo. Durante la semana quise llamarte, enviarte mensajes o ir a buscarte a tu edificio, pero temía que te ofuscarías más. Entendía que para ti no era fácil saber lo que yo era y que necesitabas tiempo para asimilarlo; me dolía verte conectada y no poder chatear contigo. —Qué irónico, yo me había sentido de la misma manera—. Cuando llegué y vi que ese infeliz estaba aprovechándose de ti, quise matarlo —dijo cerrando los puños.

—Gracias por haberlo sacado de encima. De no haber llegado tú, no sé qué habría hecho. —Agradecí mentalmente a Sally por haberle enviado la fotografía—. ¿Puedo preguntarte algo más?

—Desde luego.

—¿Nunca se lo dirás a tu familia? ¿Lo que eres?

—No, porque no creo que sean tan comprensivos como tú al respecto —me dijo.

—Ya veo —dije asintiendo—. Ahora entiendo por qué dijiste que sacas A+ siempre: no debe costarte mucho estudiar.

—No me cuesta nada, con una leída me acuerdo de todo. Corremos con esa ventaja por no sentir; toda nuestra «sensibilidad» está acumulada en nuestro intelecto —me explicó.

—¿Y qué hay del hecho de que, cada vez que te tomaba del brazo, me sentía cálida?

—Eso es algo innato en nosotros. Nos mantenemos a temperatura ambiente: si hace frío, estamos cálidos y, si hace calor, estamos frescos. No me debilito con ello.

—¿Y hay otros más como tú?

—Sí, pero no aquí, en Nueva York. Están esparcidos por todas partes del mundo, todos con la misma finalidad.

—Tu rostro es siempre inexpresivo —le dije después.

—Otra de nuestras características por no sentir, por si lo habías notado; tampoco sonrío mucho, solo lo hago cuando estoy contigo. Y al parecer la

tristeza que sentía por estar separado de ti se reflejó en mi rostro por primera vez, por lo que George insistió en que fuéramos a fiestas para que se me pasara.

—Vi fotografías de una fiesta a la que fuiste el sábado pasado —le dije.

—Oh, sí, era una fiesta de una fraternidad de Juilliard. Fui porque necesitaba distraerme más que nada; George se percató de que estaba triste por nuestra pelea, por lo que insistió en que fuéramos —me dijo—. ¿Tú qué hiciste en este tiempo en que no te vi?

—Salí a correr, vi una docena de películas y series sobre aliens, trabajé, lloré...

—¿Lloraste?

—Te extrañé, Cameron, te extrañé mucho, y yo nunca antes había extrañado a alguien. —Mi voz comenzaba a cortarse.

—Hermosa, estoy aquí —me dijo, atrayéndome hacia su pecho, y me acarició—. Yo nunca antes había extrañado a alguien tampoco; esto es nuevo para mí también.

—Extraño tu olor, que duermas conmigo de vez en cuando, tus abrazos, tus besos... —En ese momento se inclinó hacia mí y me besó en los labios. Me quedé sujeta a ese beso por un tiempo prolongado, sentía que hacía una eternidad que no lo besaba.

—Yo también extrañé todo eso de ti, mi amor. No sabes lo infeliz que fui sin ti, sentí que me moría por dentro, ¿sabes? Siempre oí que los humanos decían que, cuando les rompían el corazón, era como si estuviesen muertos; nunca creí poder experimentar tal cosa, Emerson.

—Yo nunca había querido a alguien, mucho menos a un muchacho, pero fue tan fácil quererte, Cameron, que el pensar que nunca más te vería o que escucharía tu voz de nuevo era casi insoportable.

—No me perdiste, amor. Estoy aquí y te quiero y quiero estar contigo —me dijo y me besó.

—Cameron, ¿cómo lo haremos funcionar? Es decir, sabiendo lo que sé de

ti, ¿te convertirás en alien en algún momento que estés conmigo? —le pregunté alarmada.

—Por supuesto que no —dijo riéndose—. Y no puedo convertirme en alien estando en la Tierra. Solo adquiriré forma alien cuando esté en mi planeta, y no te preocupes: si nos queremos, funcionará.

—¿Algún día te irás para allá?: ¿para tu planeta?

—No por ahora —me dijo—. Planeo quedarme un largo período en la Tierra. —Me besó en la frente e inhalé su aroma; olía a humano. De no saber lo que sabía de él, creería que era un mortal, porque en parte lo era—. ¿Hay algo más que quieras saber?

—¿Te contactas con la gente de tu planeta?

—¿Quieres decir si hablo con ellos? —Asentí—. Pues no, no hablo con ellos desde que llegué a la Tierra. Ellos están conectados a mí y ven todos mis movimientos a través de un transistor de las naves, pero no tengo forma de hablar con ellos.

—¿Ustedes hablan? Es decir, ¿esa es su forma de comunicarse?

—No realmente, no necesitamos del lenguaje verbal, como ustedes, para comunicarnos. No contamos con el don de la voz, por ello nos comunicamos por pensamiento entre nosotros, lo que ustedes llaman telepatía —me dijo.

—¿En qué estás pensando?

—En que estoy algo cansada; ha sido una noche larga o, al menos, así lo siento —le dije. En ese momento sentí que mi móvil vibraba. Lo saqué de mi cartera y vi que tenía varios mensajes y llamadas perdidas de Sally—. Es tu hermana, está preocupada por mí. Será mejor que vaya a donde está.

—Yo te acompaño. ¿Te quedarás un rato más?

—Creo que enseguida me iré —le dije.

—Iré contigo. —Asentí.

Cuando llegamos a donde estaba Sally, Amber y Gretchen seguían bailando con los dos muchachos que estaban desde temprano.

—¡Emerson! Me tenías preocupada —me dijo Sally alarmada—. Oh, veo

que estabas en buenas manos —comentó mirando a Cameron—. Hola, hermano —le dijo inclinándose a saludarlo.

—Hola, Sally —le dijo él. Luego saludó con la mano a Amber y a Gretchen.

—Sally, muchas gracias por haberme invitado a salir con ustedes hoy, la pasé muy bien —le dije—. Ya te llamaré en la semana para que hagamos algo o, si quieres, ven mañana a mi departamento; estoy sola porque mi compañera de piso viajó con su novio.

—Me encantaría ir. Mañana pásame la dirección por mensaje y dime la hora a la que quieres que vaya y ahí estaré —me dijo inclinándose a abrazarme. Me encantaba que Cameron tuviese a tan buena hermana.

—Ya me iré porque estoy muy cansada, no estoy acostumbrada a trasnochar —le dije.

—Oh, está bien. Tú la acompañarás, ¿verdad? —le preguntó a Cameron.

—Desde luego —le respondió él.

—Emerson, gracias por haber venido. La pasamos increíble contigo y lamento que hayas tenido que soportar a ese imbécil —me dijo algo apenada.

—No te preocupes por eso, Sally, la pasé bien también. Mañana te escribiré —le dije dándole un abrazo. Luego de despedirme de Amber y de Gretchen, me fui con Cameron.

—Acompáñame a despedirme de mis compañeros —me dijo llevándome hacia un sector en donde estaba George con dos muchachos que nunca antes había visto.

—Muchachos, ya me voy —les dijo Cameron acercándose a despedirse de ellos. Saludé a George con la cabeza y él se acercó a mí.

—Por favor, no vuelvas a destrozarle el corazón. Tuve que recoger los pedazos y no fue nada lindo.

—Está bien —le dije. Por Dios, ¿a él le había afectado nuestra ruptura tanto como a mí?

Cuando salimos del club, tomamos un taxi para ir hacia mi departamento.

Dentro del automóvil puse mi cabeza en el hombro de Cameron.

—Extrañé tu calor —le dije.

—No tendrás que extrañarlo por mucho tiempo más —me dijo—. ¿Está tu compañera en tu departamento?

—No, viajó con su novio a Vermont —le dije.

—¿Puedo quedarme a dormir contigo, así te hago compañía? No quiero que duermas sola.

—Si insistes... —le dije encogiéndome de hombros.

Cuando llegamos a mi edificio, subimos rápidamente a mi departamento. No podía esperar a dormir a su lado.

—Tu pijama está aquí —le dije.

—Creí que lo habías cortado en trocitos luego de nuestra discusión —me dijo ensanchando media sonrisa.

—Me gustaría verte esbozar una amplia sonrisa. —En ese momento esbozó una sonrisa que dejó ver sus dientes—. Eres hermoso cuando sonríes, trata de hacerlo más seguido —le dije.

—Solo quiero sonreír cuando te veo a ti —me dijo abrazándome.

—Te quiero, Cameron, te quiero mucho —le dije apoyando mi cabeza en su pecho.

Y yo a ti, Emerson —me dijo y me besó en la cabeza—. Por cierto: estás muy hermosa vestida así, y sexy también. Cuando Sally me envió esa fotografía, creí que me volvería loco.

—Esa era la idea —le dije y lo besé en los labios.

—¿Te vestiste así para volverme loco? Emerson, sabes que mis hormonas de humano solo se alborotan cuando te veo a ti.

—En realidad me vestí así por despecho; por eso también salí. Cuando vi esa fotografía tuya en esa fiesta del sábado pasado, creí que tú habías seguido con tu vida, por lo que decidí hacer lo mismo; por ello le mandé un mensaje a Sally para preguntarle si saldría. No tengo otras amigas y Sienna había viajado, así que le escribí a tu hermana, incluso cuando sabía que en algún

momento te mencionaría y se me partiría el corazón.

—Amor... —me dijo y me dio un beso en los labios.

—A Sally se le ocurrió la idea de enviarte la fotografía.

—Y de no haber sido por ello, nunca hubiera podido ir a rescatarte de ese canalla ni reconciliarme contigo, así que supongo que esta vez le debo una a Sally —dijo él.

—También yo pero, dado que ella no estaba enterada de nuestra ruptura momentánea, lo mismo da.

—Es cierto. Ahora ve a cambiarte, que me estás volviendo loco con ese vestido —me dijo.

Luego de cambiarme y de desmaquillarme en el baño, regresé al dormitorio. Cameron ya estaba acostado con su pijama.

—Cómo extrañaba esto —le dije acurrucándome a su lado.

—Emerson —me dijo mientras me besaba en el cuello—, quiero pasar mis labios en donde ese infeliz te haya besado.

—Y lengua —le dije.

—¿Qué? —me preguntó atónito.

—Me pasó la lengua por el cuello —le dije.

—Tendría que haberlo matado —dijo con los ojos oscurecidos.

—¿Esa es otra característica de ustedes?: ¿que los ojos se les tornen oscuros cuando se ofuscan?

—Sí, saca la parte escondida que tenemos dentro —dijo algo apenado.

—¿Cómo hiciste para tumbarlo? Ese tipo era más grandote que tú —le dije.

—Secreto de alien —me dijo guiñándome un ojo.

—¿Otra de tus tantas habilidades?

—Es innato, como lo de transmitir calor. Somos enérgicamente fuertes; supongo que por ello vivía metiéndome en riñas cuando era adolescente, y porque quería saber si sentía algo.

—Bésame en el cuello —le pedí— y puedes lamerme si quieres. —En el

momento en que le dije aquello, comenzó a darme besos suaves y después a pasar su lengua; se sentía tan bien tener ese contacto con él.

Por la mañana me desperté con las piernas de Cameron enroscadas en las mías y con sus brazos encima de los míos. Tomé el reloj de mi mesa de luz y vi que eran pasadas las diez; nos habíamos dormido tarde la noche anterior, y yo estaba muy cansada. Cameron despegó los ojos y me miró.

—Hola, hermosa —me dijo y me dio un beso en los labios.

—Hola, mi hermoso alien —le dije y le di otro beso en el mentón.

—¿Puedo pedirte que nunca me llames así en público?

—Nunca lo haría —le dije.

Luego de desayunar nos quedamos acurrucados en el sofá.

—Tengo mucho en común con Melory —le dije.

—¿La del libro? No tanto. Tú no fuiste abducida ni te fuiste a vivir a Marte.

—¿Cómo es? —le pregunté.

—¿Mi planeta? Pues está en otra galaxia, es grande, pero no tan grande como el planeta Tierra, y no tenemos casas, sino naves —me contó.

—¿Los platillos voladores? —le pregunté.

—Los humanos le pusieron ese nombre porque se asemejan a un platillo y lo entiendo, pero son naves.

—O sea que la escritora del libro está errada —le dije.

—No realmente. Es decir, nosotros tenemos la habilidad de hacer parecer las naves como si fueran casas si queremos —me dijo—; se llama manipulación de imágenes.

—Y cuando dices que tienes familia, ¿te refieres a padres, hermanos, tíos y abuelos?

—No, allá todos somos como hermanos. Nos dividimos en diferentes familias, pero en cada familia todos somos hermanos; por ello nos cuesta entender que las familias humanas tengan tantos integrantes.

—Ya veo —dije—. ¿Cómo sería tu apariencia de alien?

—De color gris, con ojos negros grandes y no muy alto como ahora. Y no tendría cinco dedos, sino cuatro.

—Debe haber sido más difícil de lo que pueda imaginarme el adaptarte a una familia.

—De hecho, convivir con la raza humana en general, verlos interactuar y entender sus emociones, tanto las buenas como las malas, dado que llegué a este planeta desposeído de sentimientos al principio, me costaba mucho discernir entre el bien y el mal —comentó él—. Con respecto a mi familia, siempre se esforzaron por hacerme sentir parte de ellos. Sally era la más apegada a mí desde niños; supongo que porque es la menor. Eddie y Beth siempre se mostraron un poco más distantes, pero aun así siempre estuvieron cerca de mí.

—¿Recuerdas cuándo conociste a tus abuelos?

—Sí, mi abuela Constance estaba muy entusiasmada con mi llegada; después de todo ella también había adoptado a un niño, mi padre, pero fue mi abuela Emma quien me recibió con mucha ternura. Recuerdo que, cuando la vi por primera vez, pensé que era lo que los mortales llaman «ángeles terrenales». Su rostro me transmitía algo; era capaz de emitir una sensación, no como el rostro de las demás personas, que no proyectaban nada. Y cuando tuvo ese accidente por mi culpa, fue la primera vez que sentí tristeza y rabia.

—Deja ya de martirizarte por ello —le dije.

—Fue mi culpa, de hecho. Ese accidente fue arreglado por gente de mi planeta.

—¿De verdad? —le pregunté sorprendida.

—Sí —dijo bajando la vista de forma apenada—. Querían ver qué sentía yo si lastimaban a alguien que me importaba.

—¿Y cómo saben ellos qué es lo que sientes?

—Nosotros estamos conectados, los de mi planeta, y cuando yo siento algo ellos también lo hacen, pero en menor grado, desde luego, dado que yo soy quien está en este cuerpo, quien siente, pero ellos reciben una señal de ello.

—¿Por telepatía?

—No realmente. Tengo un dispositivo en mi cabeza y, a través de un transistor, observan todos mis movimientos. Pues ese aparato es como un implante; de allí ellos reciben las señales, por medio de ese chip, en nuestras naves espaciales.

Lo miré por un instante y me pareció irreal estar hablando de todo aquello con él como si fuese la cosa más natural del mundo.

—¿Entonces hicieron que tu abuela tuviera ese accidente? —le pregunté a continuación.

—Ellos lo provocaron. Me enojé mucho en ese momento, con ellos y conmigo por sentir. Ella pagó las consecuencias por ello y ni siquiera lo sabe pero, cada vez que yo la veo, lo sé y eso me genera un sentimiento de culpa tremendo. Es casi insoportable tener ese tipo de sentimientos.

—Lo lamento —le dije.

—Por ello no puedo permitir que te ocurra nada malo a ti —me dijo.

—¿Crees que la rama que me cayó encima fue obra de ellos?

—No me extrañaría que así fuera —me dijo—. ¿Recuerdas que me dijiste que habías sentido unos ojos posados en ti en Central Park y cada vez que caminabas por Manhattan?

—¿Eran ellos? —le pregunté.

—No, de hecho, era yo —me confesó—. Tuve que seguirte a todas partes cual acosador, casi todos los días, solo para protegerte.

—¿Y cómo lo hacías? Es decir, tienes clases, una familia y amigos.

—Podemos desplazarnos a la velocidad del tiempo sin que nadie lo note. Tuve que observarte para cuidarte y que no te ocurriera nada.

—Gracias —le dije. Ahora entendía por qué decía que era un deber cuidarme: no quería volver a cargar con la culpa si me ocurría algo—. ¿Tu etapa de descarrilamiento se debe a ello también? Es decir, ¿lo hiciste porque no sentías?

—Si te refieres a lo de la orgía, comprenderás que lo hice porque no

entendía la magnitud de tal cosa. Sabía que era «malo» para la mayoría de las personas, pero tuve relaciones sexuales para ver si podía sentir y, tal como te lo dije antes, no sentí nada.

—Gracias por contármelo —le dije. Ahora, que sabía qué era, entendía más a fondo su conducta.

Por la tarde, Cameron se fue al campus con la promesa de regresar por la noche para dormir conmigo. Sally llegó como a las cuatro.

—Me encanta tu departamento, Emerson —me dijo, observándolo.

—Por favor, no es tan modesto como el tuyo, pero supongo que es lindo —le dije.

—Es hermoso —me dijo.

—¿A qué hora regresaste anoche? —le pregunté poniendo café en la cafetera.

—A las cinco. Nos fuimos con esos dos muchachos que habían conocido Amber y Gretchen a una fiesta privada en otro club; no estuvo mal, pero he ido a mejores fiestas —me dijo.

—¿Y ocurrió algo entre tus amigas y esos muchachos? —inquirí.

—Oh, no, Amber tiene novio y les dejó bien en claro eso, y creo que Gretchen le pasó su número a uno de ellos, pero no sé si le habrá escrito.

—¿A ti no te gustó ninguno de ellos? —le pregunté.

—No, el que a mí me gusta está en Connecticut —dijo suspirando.

—¿Te refieres al hermano de Amber? —le pregunté sirviendo el café en las tazas.

—Sí, lo recordaste. Se llama Jonah y es hermoso, pero bueno, de momento no quiero estropear las cosas.

—Lo entiendo —le dije.

—¿Y Cameron se quedó un rato contigo luego de dejarte? —me preguntó.

—Se quedó a dormir conmigo —le dije.

—¿Disculpa? —dijo Sally con los desorbitados.

—No es la primera vez que duerme conmigo —le dije sentándome a la

mesa mientras servía las tazas de té—. De hecho, ya perdí la cuenta de la cantidad de veces que durmió conmigo.

—¿Tienen relaciones sexuales? —me preguntó tomando un *muffin*.

—No, solo dormimos; me hace compañía —le dije.

—Oh, pues qué generoso de su parte —dijo bebiendo su café.

—Pero en realidad sí estamos saliendo; es decir, nos besamos y hacemos casi todo lo que hacen los novios, solo que yo no lo quiero hacer oficial todavía —le conté.

—Oh, Emerson, cuánto me alegro por ustedes. Cameron se merece estar con alguien como tú y tú te mereces estar con la versión regenerada de él —me dijo frotándome la mano con suavidad—. ¿Puedo preguntarte por qué no quieres hacerlo oficial?

—Más que nada por una cuestión de autoestima —le dije—. No sé si me lo merezca, dada su posición social y todo eso, y luego está la cuestión de que yo nunca sentí nada por nadie, y me refiero a seres humanos en general. Nunca quise o extrañé a alguien; si luego se va de mi lado, eso me devastará.

—Pues, en lo referente a lo primero, déjame decirte que la vida es muy corta como para sentirte inferior a alguien y, por ello, negarte a ser feliz. Sí es cierto que Cameron es de buena posición social, pero no nació siendo rico; de hecho, es adoptado y, aun si fuera hijo biológico de mis padres, eso no debe ser un impedimento para que te sientas inferior a él —me dijo—. Y en lo referente a sentir cosas, entiendo que te sea difícil relacionarte sentimentalmente; en ese sentido te pareces a Cameron más de lo que te imaginas. Pero siempre hay una primera vez para amar, para extrañar y para que llores por un corazón roto si te ocurre alguna vez. Sentir es parte de la vida, y hay cosas que van y vienen; lo importante es que sepas disfrutarlas.

—Tienes razón —le dije—. Gracias por tus palabras, Sally.

—De nada, tú, más que nadie, te mereces ser feliz, Emerson. No permitas que nimiedades te priven de ello —me dijo sonriendo—. Ahora dime: ¿te convencí de hacer oficial el noviazgo con mi hermano menor?

—Tal vez. Tendré que hablarlo con él más tarde —le dije.

—¿Lo verás de nuevo?

—Vendrá a dormir conmigo. No quiere que duerma sola en el departamento, dado que Sienna no está —le dije.

—Qué tierno. Desde que te conoció, es un hombre nuevo —dijo sonriendo.

—Yo también cambié mucho —le dije pensando en ello. Cameron había sacado partes de mí que ni sabía que existían.

—Nunca me lo imaginé golpeando a un tipo para defender tu honor —me dijo.

—Pues eso fue gracias a ti —le dije—. Si no le hubieras enviado esa fotografía, no se hubiese vuelto loco al verme y hubiese acudido al club.

—¿Apareció la dirección con el GPS? —Asentí con la cabeza—. Pues nuestros teléfonos tienen dispositivos GPS enlazados.

—Estoy al tanto de ello —le dije—. Como sea, gracias por enviarle la fotografía; de lo contrario nunca hubiese llegado ni me hubiese rescatado ni nos hubiésemos reconciliado siquiera.

—¿Estaban peleados? —preguntó con curiosidad.

—Desde hace más de una semana —le dije—. Y gracias a ti nos reconciliamos anoche, te debemos una.

—No tienen por qué; meter las narices es mi especialidad —dijo en tono burlón.

Por la noche, cuando Cameron llegó a mi departamento, lo recibí con un abrazo.

—Parece que me extrañaste —me dijo y me dio un beso en los labios.

—Mucho —le dije entretanto lo besaba—. Ojalá vivieras conmigo y no te fueras nunca.

—A mí también me gustaría vivir contigo, dentro de un año tal vez —me dijo mirándome.

—¿Dentro de un año? —le pregunté con curiosidad.

—Dentro de un año me gradúo y podríamos intentar vivir juntos —me

dijo.

—Esperemos a ver si lo nuestro sigue a flote —le dije.

—Qué poca fe le tienes a nuestra relación.

—No es eso. No me gusta hacer planes a largo plazo, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo y tienes razón pero, volviendo a lo nuestro: ¿no crees que durará? —me preguntó.

—Si no lo creyera, no se lo hubiese contado a Sally —le dije.

—¿Le contaste a Sally? —preguntó abriendo los ojos de par en par.

—Sí, y cree que debemos hacerlo oficial.

—También lo creo. ¿Qué crees tú?

—También lo creo —le dije y lo besé en los labios.

—¿De verdad? —Asentí—. Te adoro, Emerson, y prometo que te haré muy feliz.

—Lo sé, ahora vayamos a dormir —le dije llevándolo a la habitación. No podía creer que había aceptado ser su novia, pero estaba feliz por ello.

Capítulo 25

MI ÚNICO CIELO ERES TÙ

Por la mañana me apresuré a preparar el desayuno, ya que Cameron debía ir al campus y yo, a trabajar. Cuando estuvo listo lo puse en una bandeja y lo llevé al dormitorio.

—Buenos días, cariño —le dije y le di un beso en los labios.

—Buenos días, novia hermosa —me dijo abrazándome.

—No quisiera tener que ir a trabajar, quisiera quedarme contigo todo el día en la cama —le dije acurrucándome a su lado.

—Yo también. Las obligaciones humanas apestan —me dijo—, pero por suerte el fin de semana lo tendremos para nosotros.

—Así es —le dije.

—¿Cuándo regresa tu amiga de viaje? —me preguntó a continuación.

—Creo que el miércoles o el jueves —le respondí.

—¿Y adónde fue?

—A una cabaña que Dougray alquiló en Vermont.

—Vermont es lindo en esta época del año, cae nieve —me dijo—. ¿Te gustaría ir?

—Algún día —le respondí.

—¿Y qué te parece si vamos el fin de semana? —me preguntó.

—¿Este fin de semana? ¿Y a dónde iremos? Es decir, ¿a un hotel?

—Mis padres tienen una cabaña allí —me dijo—. No creo que vayan por ahora, así que podremos ir.

—Oh, supongo que sí, me gustaría ir —le dije y le di un beso.

En la empresa estuve mucho más animada esa mañana, supuse que se debía

al regreso de Cameron a mi vida, o mejor dicho, estaba segura de ello.

Por la tarde quise ir a correr, pero Cameron me había pedido que no fuera sino hasta el martes, dado que él quería acompañarme y ahora sabía a qué se debía su incesante preocupación por mi bienestar.

Por la noche, él vino desde el campus para dormir conmigo.

—No tenías que venir, en una noche de clases, a dormir conmigo —le dije.

—Quiero dormir contigo, y vendré todas las noches que tu amiga no esté en el departamento.

—Gracias.

—Para eso estoy: para cuidarte. Nunca dejaré que te ocurra nada malo —me dijo y me besó en la frente.

El jueves por la tarde, Sienna regresó de su viaje.

—Oh, Emerson, la cabaña era de ensueño. Solo salimos de allí dos veces: una para esquiar y otra para dar un paseo por la ciudad. No tenía ganas de regresar —me contó Sienna de forma animada.

—Me alegro de que lo hayas pasado hermoso y entiendo que te cueste regresar a la rutina, especialmente cuando estuviste de vacaciones con tu novio —le dije.

—¿Tú qué hiciste?

—Pues la semana pasada estuve bastante aburrida, pero el sábado salí con Sally, la hermana de Cameron, a cenar y a bailar y la pasé bastante bien —le conté.

—Qué bien, ¿y adónde fueron? —me preguntó.

—A cenar al Hotel Gansevoort y luego a bailar a un club llamado Pink Elephant —le conté.

—Guau, ambos lugares son bastante exclusivos. Por lo visto, eso es lo que obtienes cuando te codeas con la realeza —dijo Sienna.

—También me reconcilié con Cameron —le dije a continuación.

—¿De verdad? Pues, si de verdad quieres estar con él, me alegro por ti.

—Ya es oficial: somos novios —le dije sonrojada.

—¿De verdad? Pues felicidades —me dijo abrazándome—. Y más le vale a ese muchacho hacerte feliz; de lo contrario, se las verá conmigo.

—Él me hace muy feliz —le dije. Era bueno tener a una amiga como Sienna, que se preocupara por mi felicidad y mi bienestar.

El sábado, después de regresar de la empresa, ya estaba lista con mi bolso esperando a Cameron para que fuéramos a Vermont. A las tres en punto, el timbre sonó. Luego de cargar mi bolso en el baúl del Bentley, me subí a la parte trasera del automóvil con Cameron.

Luego de una hora de viaje, finalmente llegamos a destino. Don nos ayudó a bajar los bolsos del baúl y luego se fue.

La cabaña era enorme, no tan enorme como la casa de Cameron, pero era muy espaciosa. Por dentro estaba pintada en color salmón y tenía un aspecto rústico pero modesto.

—Este será nuestro dormitorio —me dijo Cameron mostrándome una espaciosa recámara bien iluminada con una cama llena de cojines encima.

—Me gusta mucho —le dije dejando mi bolso sobre un sillón.

—Vamos, salgamos a dar una vuelta por los alrededores —me dijo llevándome de la mano hacia afuera.

Hacía un lindo día. Estaba soleado y, a pesar de que por allí no había más nada que la cabaña, se veían montañas llenas de nieve.

—Me agrada estar aquí —le dije a Cameron—. Es un buen lugar para descansar de la ciudad.

—Lo mismo dicen mis padres, por ello compraron la cabaña: para poder descansar en invierno — me dijo—. Para el verano tienen la casa de Los Hamptons.

Caminamos por una hora por allí abrazados, aspirando el aire fresco y limpio de Vermont.

Por la tarde Cameron prendió fuego en el hogar que estaba en el *living* y nos sentamos en un sofá frente a él a beber chocolate caliente.

—Gracias por traerme aquí —le dije acurrucándome en su pecho.

—A ti por aceptar por venir —me dijo y me besó en la cabeza.

Por la noche cociné un estofado al curri y lo comimos en el comedor a la luz de las velas. Adoraba estar allí solo con él.

—Quisiera venir otro fin de semana —le dije a Cameron cuando estábamos en el dormitorio.

—Te traeré siempre que tú quieras —me dijo yendo al baño. Abrí la gaveta de la mesa de luz para poner mis cosas allí cuando encontré un paquete de plástico de aluminio.

—Ven aquí —me dijo Cameron atrayéndome hacia él bajo las frazadas.

—Abrí la gaveta de la mesa de luz para colocar unas cosas y encontré algo —le dije.

—¿Ah, sí? ¿Qué? —me preguntó.

—Creo que es un condón —le dije.

—Oh, entonces sí es —me dijo mirándome.

—¿Es tuyo? —le pregunté.

—Sí, pero no lo compré ahora, sino hace un tiempo atrás —me dijo.

—¿Y esperabas usarlo conmigo?

—No, ya te dije que lo compré hace un tiempo atrás; es probable que ni sirva —me dijo.

—¿Y pensaste que alguna vez tendremos que hacerlo?

—Sí, pero no estaba planeando que lo hiciéramos esta noche; es decir, muero de ganas por hacerlo contigo, pero cuando tú estés preparada —me dijo y me dio un beso en la mejilla izquierda.

—Yo quiero hacerlo contigo —le dije— cuando tú quieras. Estoy muy segura de lo que siento por ti.

—¿Incluso a pesar de lo que soy? —me preguntó.

—Incluso a pesar de ello —le dije.

—Pues ya te lo dije: yo estaré preparado cuando tú estés preparada.

—¿Y si estuviese preparada ahora mismo?

—¿Quieres hacerlo ahora? —me preguntó con curiosidad.

—Sí —le dije—. ¿Tienes un condón que puedas usar?

—En mi billetera —me dijo algo apenado—. No sabría cuándo estarías lista, pero por las dudas lo tengo conmigo. —Abrió su gaveta y sacó uno de allí—. Espera un segundo, voy hacia el baño —me dijo y me dio un dulce beso en los labios mientras salía de la habitación. Me quedé acostada algo nerviosa pensando que tendría mi primera vez con él allí dentro de un momento. Al rato regresó y se acostó a mi lado.

—Emerson, te adoro y es un honor para mí hacerte mujer —me dijo inclinándose encima de mí.

—Para mí el honor es que seas tú el primer hombre en mi vida —le dije y le di un beso en los labios. Se colocó encima de mí y comenzó a besarme en el cuello; luego me quitó lentamente la parte de arriba de mi pijama y yo le quité la suya. Después me sacó el pantalón y yo el suyo, y ambos quedamos con nuestra ropa interior. Comenzó a besarme por encima del sostén y luego me lo extrajo con cuidado; era la primera vez que estaba completamente desnuda frente a un hombre, pero me encantaba que él me desnudara, me tocara y besara mi piel. Una vez que quedamos completamente despojados de nuestra ropa interior, se introdujo en mi interior. Sentí un leve pinchazo y luego un dolor extraño, pero que se disipó de inmediato cuando comenzó a adentrarse en mí.

—Te adoro, Cameron —le dije cuando estábamos acurrucados.

—Y yo a ti, Emerson.

—Gracias por convertirme en mujer —le dije y le di un beso en la mejilla.

—A ti por convertirme en el hombre que soy ahora.

Por la mañana me desperté con los rayos del sol, que se filtraban a través de las cortinas.

—Hola, amor —le dije y le di un beso en la mejilla.

—Hola, mi vida —me dijo y me devolvió el beso—. ¿Qué tal dormiste?

—Muy bien —le dije—. Siempre que duermo a tu lado, duermo bien.

—Lo mismo digo —me dijo.

Luego de desayunar fuimos a dar un paseo por los alrededores, ya que después de almorzar regresaríamos a Nueva York.

Odiaba regresar a mi departamento sabiendo que el fin de semana había culminado y que no estaría con Cameron sino hasta el martes en nuestra maratón en Central Park. Me estaba acostumbrando a estar con él a toda hora; quería vivir con él, si era posible, para poder verlo todos los días.

El lunes por la noche, me conecté a Facebook para chatear con Cameron y vi que tenía una notificación en la que él me pedía que indicara que era su novia. Acepté de inmediato y en mi muro apareció que tenía una relación con él. Al instante vi que Sally había puesto que le gustaba junto con un comentario que decía:

Al fin puedo llamarte cuñada, Emerson. ¡Felicidades a ambos, estoy muy feliz por la noticia!

Cuando Cameron entró en conexión, me dijo:

Cameron:

Gracias por aceptar hacerlo oficial, me haces muy feliz.

Emerson:

Tú me haces feliz, Cameron.

Al rato vi que George había puesto que le gustaba la noticia y decía:

Felicidades muchachos y, por favor, Emerson, no vuelvas a romperle el corazón: es un desdichado sin ti

Saber que había sido tan desdichado como yo en mi ausencia me hizo ver cuán importante era para él. Luego Beth y Eddie se sumaron a los saludos. Beth decía:

Tenemos que celebrar esta noticia el fin de semana.

Y Eddie comentaba:

Felicidades, tórtolos. Me preguntaba si viviría para ver a Cameron de novio con alguien. Conuerdo contigo Beth: debemos celebrarlo con la familia el fin de semana.

Emerson:

Al parecer ya todos se están enterando de la noticia.

Cameron:

Y están muy felices por nosotros.

Emerson:

Quisiera verte sonreír en persona y más a menudo. ¿De verdad fuiste un desdichado sin mí durante nuestra ruptura?

Cameron:

Esa fue una de las peores cosas que me ocurrieron, Emerson. Estar alejado de ti fue como dejar de respirar.

Emerson:

Si te sirve de consuelo, yo me sentía igual.

Cameron:

Era necesario que te tomaras tu tiempo para asimilar lo mío y lo entiendo.

Aiden y Mark, los muchachos a los que había conocido en el cumpleaños de Cameron, también nos deseaban felicidades por nuestra relación.

El martes al mediodía, Catherine y Amanda se sentaron conmigo durante el almuerzo.

—Disculpa, Emerson, pero vi en Facebook que eres novia de Cameron —me dijo Catherine.

—Sí, así es —le respondí.

—Pues felicidades —me dijo Amanda.

—Gracias —le dije sonriendo.

Por la tarde Cameron pasó por mi departamento a recogerme para ir a correr.

—Mis padres se enteraron de lo nuestro; al parecer Sally o Eddie les comentaron y quieren que el viernes por la noche vayas a cenar a mi casa para que te presente como mi novia.

—Oh, pues entonces, iré —le dije.

—De seguro irán mis cuatro abuelos también, dado que es algo importante

para ellos y para mí.

—Me agrada ir —le dije aun sabiendo que los ojos de todos los presentes estarían posados en nosotros.

El viernes por la noche, Cameron pasó con Don a recogerme.

—Hola, Don —le dije.

—Hola, señorita Emerson —me dijo sonriendo.

—Emerson es mi novia, Don —le dijo Cameron.

—Siempre creí que lo era —nos dijo él sonriendo.

Cuando llegamos a la casa de Cameron, ya todos estaban sentados a la mesa. En cuanto nosotros entramos, voltearon a mirarnos y luego comenzaron a aplaudir.

—¿Esto es lo usual cuando alguien se pone de novio? —le pregunté a Cameron al oído.

—No, creo que es porque se trata de mí —me dijo algo apenado.

—Emerson, bienvenida a nuestro hogar de nuevo —me dijo la madre de Cameron recibéndome con un abrazo.

—Y felicidades por tremendo logro al atrapar el corazón de nuestro hijo —me dijo su padre sonriendo. Todos los presentes comenzaron a felicitarnos. Luego de sentarnos a la mesa, Sally me dijo al oído:

—De verdad estoy muy feliz por ustedes.

—Gracias, Sally. —Vi que su abuela Emma le dijo algo a Cameron en voz baja, pero no pude escuchar qué era.

—Mi abuela dice que siempre quiso tener a una nieta como tú —me dijo Cameron.

—Eso es muy dulce y yo siempre quise tener a una abuela como ella —le dije.

—Pues ahora es tu abuela también —me dijo.

—¿No tenemos que estar casados para que tu familia sea la mía también? —le pregunté.

—Puedo compartirla contigo sin que estemos casados —me respondió.

—Gracias, es muy amable de tu parte —le dije sonriendo.

Durante la cena, Eddie se puso a decir cuán impresionado estaba por que Cameron tuviera finalmente una novia. Me pregunté qué dirían si supieran lo que él era realmente; probablemente enloquecerían.

Después de tomar el postre, Cameron nos pidió que fuéramos hacia el *living* con él. Una vez allí nosotros nos sentamos en el sofá mientras él se sentó frente al Steinway y comenzó a interpretar una melodía. De inmediato reconocí la letra; era «Mi único cielo eres tú». Cuando terminó de tocar, todos comenzamos a aplaudir y él después se levantó y dijo:

—Esa canción la compuse para Emerson.

—Como si no fuese obvio —bufó Eddie.

—Es hermosa —dijo su madre.

—Apuesto a que ahora estás más enamorada de él —me dijo Sally.

—Siempre lo estuve, pero ya había escuchado esa canción antes. —Ella enarcó una ceja—. Para Navidad me regaló un CD con seis canciones que grabó en el estudio de su universidad.

—Ohhh, pues que te compusiera seis canciones te debe haber enamorado aún más. Yo estaría muy enamorada si alguien hiciera eso por mí —me dijo.

Me puse a pensar en la letra de las canciones y recordé que todas ellas componían una historia sobre alguien, pero desde luego que no se trataba de mí aunque me desconcertó que me dijera que había compuesto la última de ellas para mí.

Luego de que sus abuelos se fueran, acompañé a Cameron a su habitación.

—¿Quieres quedarte a dormir aquí esta noche? —me preguntó él—. Don te llevará al trabajo mañana.

—Tal vez —le dije recostada en su cama.

—Estuve pensando en lo que haremos mañana —me dijo yéndose al baño.

—¿Mañana? —le pregunté levantándome de la cama.

—Es San Valentín, por si no lo recuerdas —me dijo alzando la voz desde el baño.

—Oh, sí —le dije sentándome a la computadora—, haremos lo que quieras —le respondí viendo que había puesto una foto nuestra de protector de pantalla; era de mi cumpleaños en el restaurante Petrossian. Observé las carpetas que tenía en su escritorio y una de ellas me llamó la atención porque tenía mi nombre; supuse que era la planilla de la empresa, pero la abrí de todos modos y me sorprendí al ver que había una partida de nacimiento mía, fotografías y datos sobre cada estado en el cual había vivido. No me di cuenta de que Cameron ya había salido del baño hasta que tosió.

—¿Qué es esto? —le pregunté.

—No se suponía que vieras eso —me dijo acercándose a mí.

—Lo vi sin querer. ¿Desde cuando me conociste que me estuviste siguiendo? —le espeté.

—Desde niño —dijo. Yo lo miré atónita.

—¿Cómo es que me conoces desde que somos niños? —le pregunté confundida.

—¿Recuerdas en dónde estuviste hasta los cuatro años?

—En un orfanato en Vermont —le respondí.

—También yo. De hecho, allí fue donde mis padres me adoptaron. Estuvimos en el mismo orfanato.

—¿Y cómo lo sabes? —le pregunté.

—Porque te recuerdo, Emerson, tengo buena memoria. Nunca hablamos cuando estuvimos allí dentro, pero yo te tenía en cuenta y lamenté cuando me adoptaron porque me fui de tu lado.

—Lo siento, pero yo no te recuerdo; es decir, me acuerdo de pocos detalles de aquella etapa de mi vida. Además del hecho de que después de eso estuve en varios orfanatos.

—Pues yo sí, y también a un grupo de niños que solían molestarte a ti y a otras niñas del orfanato. No creas que no les di su merecido. —Recordaba a esos niños; no me querían y, desde que había llegado a ese orfanato, me habían hecho la vida imposible pegándome con objetos, quitándome la comida,

maltratándome como podían, apareciendo en mis pesadillas de vez en cuando.

—¿A qué te refieres con que les diste su merecido? ¿Les pegaste? —le pregunté.

—No, ¿recuerdas cómo, de un día para otro, parecías invisible a sus ojos y no te molestaron nunca más? Pues puedo hipnotizar a la gente para que olvide o piense de tal manera. —Recordé que Stephanie Humphrey parecía no haber notado que existíamos siquiera durante la fiesta de año nuevo.

—¿Hipnotizaste a Stephanie para que no me volviera a molestar?

—Sí, para que se olvide de ambos en realidad. Tendría que haberlo hecho mucho antes, cuando puso sus ojos en mí, pero no la consideré una amenaza sino hasta que comenzó a molestarte. —No podía creer aquello.

—¿Y te debilitas al hacerlo? —le pregunté.

—Sí, por ello no lo hago a menos que lo considere necesario.

—¿Alguna vez lo hiciste conmigo?

—No, nunca fue necesario —me dijo.

—¿Y por qué no me contaste de esa habilidad entonces?

—Porque sabía que creerías que te había hipnotizado a ti. ¿Me equivoco? —Negué con la cabeza—. No lo hice, no creo que vaya a hacerlo nunca; además, de lo único que querría convencerte es de que me quieras y no puedo hacerlo. No se puede convencer a alguien de sentir amor por otra persona.

—¿Y por qué tienes ese expediente mío? ¿Contrataste a un detective? —le pregunté a continuación.

—Sí, lo hice cuando tenía dieciséis años y no podía vivir con el recuerdo de que existías y no saber nada de ti o si estabas bien —me dijo—. Contraté al detective privado de mi familia y le di tus datos; recordaba tu nombre y apellido y él hizo un rastreo de ti. Por aquella época estabas viviendo en Carolina del Norte y luego te mudaste a California. Cuando empezaste a trabajar en la empresa de allá, supe más de ti; entonces le pedí a tu exjefe que te sugiriera venir aquí.

—¿O sea que, después de todo, influenciaste en el hecho de que yo me

mudara para aquí? —le pregunté atónita.

—Solo hablé con Peter y tal vez usé la hipnosis en él para que te sugiriera mudarte aquí, pero la decisión final fue tuya; él no podía convencerte si tú no querías. Yo sabía que te mudabas frecuentemente de estado porque en ninguno te sentías a gusto nunca, sabía que no sería difícil convencerte de que vinieras a Nueva York —me dijo.

—Entonces, ¿qué hacías en mi vuelo? ¿Realmente habías ido a ver a unos tíos allá?

—No, viajé a Los Ángeles para asegurarme de que efectivamente vinieras, pero hasta ese momento no te había visto. Me hospedé en un hotel y el domingo regresé en tu mismo vuelo, porque supe que venías en ese gracias a que había hipnotizado a la mujer del aeropuerto para que me lo dijera. Cuando te vi quise acercarme a ti, pero no podía, por lo que supe que debía esperar a que estuvieras instalada aquí, en Nueva York. —Pensé en la forma en la que me había estado mirando las dos primeras veces.

—¿Qué es lo que viste? —le pregunté—. Cuando nos encontramos en el avión.

—Vi en tu cabeza toda tu vida, me concentré para ver eso a través de tus recuerdos; entonces estuve seguro de que eras tú —me dijo.

—¿Sabías que iría a esa cafetería ese sábado que me viste allí?

—No, como te dije antes, no tengo modo de localizarte a menos que sea de la forma humana: acechándote. Pero es cierto que siempre voy a esa cafetería, por lo que fue fortuito encontrarte allí.

—¿Y qué planeabas hacer? Es decir, ¿cómo pensabas acercarte a mí? —inquirí.

—Pues sabía que pronto sería la cena aniversario de la empresa y que era probable que asistieras; si no, encontraría alguna forma de llegar a ti. Y ese día, en la cafetería, vi tus planes de esa noche y, entonces, te seguí —me dijo.

—Entonces, no fue fortuito encontrarnos en ese club —le dije.

—No, y tampoco es cierto que fui con George o con muchachos de mi

universidad. Fui solo, aunque lo que sí creo es que no estuve solo; tenía a mi guardaespaldas cerca de mí todo el tiempo.

—Es mucha casualidad que nos hayamos conocido durante nuestra infancia y que ahora yo trabaje en la empresa de tu padre, ¿o no es casualidad? —le pregunté vacilando.

—El programa de que se contratase a huérfanos fue idea mía, pero él lo aprobó. Le propuse eso cuando tenía doce años pensando que algún día tú podrías estar en algún estado en donde la empresa tuviera sede. Cuando llegaste a California, le hice una visita a tu exguardiana y la hipnoticé para que te sugiriera trabajar allí; tenía que asegurarme de que estuvieras bien si yo no estaba a tu lado, y de que tuvieras un empleo bien remunerado.

—Yo... no sé qué decir —le dije. A decir verdad, era mucha información para asimilar. Él me había conocido desde siempre y, más aún, me había hecho seguir con un detective, había hipnotizado a Marlene y a Peter para que yo trabajara en la empresa Fitzpatrick y para que me mudara a Nueva York. Pero había creado el programa con una buena intención: que yo estuviera bien y que tuviera un trabajo digno. Nunca antes nadie había hecho nada por mí y de repente él llegaba y hacía todo eso sin que yo lo supiera. Y gracias a ese programa, otros jóvenes con mis mismas condiciones se beneficiaban.

—Lamento si tuve tendencias acosadoras, pero entiende que por ti fue por quien sentí por primera vez. Cuando estábamos en el orfanato y vi que esos niños te molestaban, fue la primera vez que noté algo adentro de mí: rabia. Quise pegarles por molestarte y, a pesar de que fastidiaban a otras niñas, solo por ti me preocupé. Y luego, cuando me llevaron de allí, por primera vez extrañé a alguien. Quería quedarme para estar cerca de ti, y así velar por ti, pero mi adopción estuvo orquestada por seres de mi planeta; en parte para que experimentara tener una familia propia y en parte para que te extrañara. Tenía que encontrarte por mis propios medios y al final lo hice.

—Cameron, yo... —comencé a decir— nunca antes me había sentido querida o importante para alguien y tú... me abrumas con tanto amor. No sé

por qué te importo siquiera —le dije mientras las lágrimas comenzaban a emerger de mis ojos.

—Emerson, tú eres el ser más hermoso que conocí en la vida. No puedo imaginar el mundo sin tu existencia; es desgarrador. Entiendo que te sientas insignificante porque nadie te demostró que te quería, pero yo te amo, te he amado desde toda mi vida de humano —me dijo secándose las lágrimas con sus dedos.

—Entonces, las seis canciones son para mí —le dije percatándome de que hablaban de mí.

—Así es, cada una de ellas relata cómo me siento desde mi infancia con respecto a ti. Te perdí una vez, pero ya no lo haré nunca más —me dijo y me besó en los labios. Apoyé mi cabeza en su pecho e inhalé su aroma.

—Te amo, Cameron, y perdona que no te recuerde de la infancia, pero creo que te he amado desde que te vi en el avión le dije levantando la vista hacia él.

—Me alegra que sea mutuo—me dijo y me volvió a besar—. Por favor, no te enojas conmigo por todo esto.

—No podría. Es decir, tus intenciones estaban bien fundadas y te aseguraste de que tuviera un buen trabajo —le dije—. Te estaré siempre agradecida por ello.

—Me alegro. Ahora, por favor, quédate a dormir conmigo —me dijo.

—Por supuesto que lo haré —le dije.

Luego de acostarnos le pregunté:

—¿Averiguaste algo más sobre mí que deba saber?

—De hecho sí, pero prefiero revelártelo más adelante. Creo que fue mucha información por hoy y no quiero arruinar lo que queda del día y lo que nos espera mañana —me dijo.

De repente recordé que al día siguiente sería San Valentín y que tendría que comprarle un regalo a mi novio. Era la primera vez que celebraría San Valentín o que tenía novio siquiera; no podía esperar para celebrarlo junto a

él. Ahora sabía que lo amaba sin importar quién era, porque él siempre me había amado a mí.

Epílogo
TÚ, EL AMOR Y YO
Un año después

El departamento de Park Avenue era hermoso. Era mucho más espacioso que el de Sally y ciertamente mucho más espacioso que el de Lower East Side, tenía vista a Central Park por el sur.

Mientras desempacaba me puse a pensar en lo mucho que había cambiado todo desde que llegué a Nueva York, y para bien, o mejor dicho: desde que Cameron había llegado a mi vida.

Yo seguía trabajando en la empresa, pero por las tardes estaba tomando clases en la universidad de Siracusa. Nunca creí poder encontrar el tiempo para hacerlo pero, por insistencia de Cameron, me inscribí y la verdad era que me gustaba mucho.

Sienna se había casado con Dougray hacía como tres meses atrás y se habían ido a vivir juntos. Cameron se fue a vivir conmigo al principio y, luego de que se graduó de Juilliard, me ofreció mudarme con él al departamento de Park Avenue porque, de todas maneras, se mudaría pronto y en parte porque no podía despegarse de mí por las noches. Y la verdad era que yo tampoco podía despegarme de él. Me costó un poco aceptar su propuesta, dado que el departamento fue un regalo de su abuelo para su cumpleaños número veinte, pero al final terminé cediendo. Cameron tiene el don de ser persuasivo naturalmente, sin tener que recurrir a uno de sus tantos dones. En cuanto a él, su padre le regaló un estudio de grabación tras graduarse, ni más ni menos, pero Cameron es increíblemente talentoso, por lo que se merece tenerlo; ahora muchas bandas componen allí. Por otro lado, él está componiendo las bandas

sonoras para algunos estudios de filmación que lo contrataron, por lo que es muy feliz haciendo lo que realmente le gusta.

Sally estaba saliendo con Jonah, el hermano de Amber; finalmente él le pidió ser su novia y ella aceptó. Es un muchacho muy amable, como Amber, y se nota que quiere mucho a Sally.

Beth se casó con Christopher en junio. Fue una boda muy ostentosa en el Hotel Plaza, fue la primera boda a la que asistí y me encantó haber podido ir con Cameron. Ahora ella estaba embarazada de seis meses.

Eddie y Carla también esperaban a un nuevo integrante en su familia, una niña que nacerá en dos meses. El pequeño Jeremy estaba más grande y se volvió muy apegado a Cameron y a mí desde que los visitamos más seguido; es un niño muy adorable.

Conrad y Melinda seguían bien, patrocinando obras benéficas.

La abuela Emma estaba más feliz que nunca dado que, gracias a una terapia que estaba realizando, podía pararse. Sé que es todo un logro y que tal vez nunca llegue a caminar de nuevo, pero ella se ve contenta con ello. Sé que Cameron se sigue culpando por su accidente, pero por lo menos ahora se muestra más comunicativo con ella y la visitamos más seguido.

A sus abuelos paternos también los visitamos. Constance es muy activa y social para su edad; me quiere como si fuese su propia nieta, al igual que Simon, lo cual me hace sentir parte de la familia.

Esa noche era San Valentín otra vez y Cameron me dijo que me tenía preparada una sorpresa.

—¿Estás lista para conocer nuestra nueva habitación? —me preguntó Cameron.

—Desde luego, amor —le dije.

Me cubrió los ojos con las manos y, en cuanto me los destapó, abrió la puerta y empezó a sonar mi canción preferida: «I, and Love and You». En el suelo había un camino de pétalos de rosas que iban desde la puerta hasta nuestra nueva cama; allí estaba escrito con pétalos las palabras «Cásate

connmigo». Miré a Cameron con los ojos llenos de lágrimas y le dije:

—Sí. —Él se acercó a mí y me besó.

—Te amo, Emerson, y no puedo esperar a hacerte mi esposa. —La verdad es que yo tampoco podía esperar. Nunca había tenido nada y, desde que él había llegado a mi vida, me había puesto el mundo a mis pies o tal vez, incluso antes de ello, y no podía estar más que agradecida por tenerlo en mi vida, lo amaba. Aun siendo un alien, era capaz de darme todo y yo sabía que a su lado finalmente podría tener todo lo que había anhelado tener alguna vez.

FIN

Agradecimientos

Quiero agradecer a todo el equipo de Penguin Random House y de Selección BdB, a todos los que confiaron en mí y trabajan detrás de cada libro. A Paulina Burgos, por ser mi primera lectora y una gran amiga. A Lisa Montanino, Jennifer Miller y Becca Barrett por su amistad y sus consejos a la distancia. A Edwebs.com (Writer's Help en Tumblr), por responder a todas mis dudas y por motivarme siempre en cuanto a mi escritura. Y a todos los escritores que alguna vez me contaron una historia, y que a través de ella me hicieron creer que, cuando la realidad no es buena, siempre puedo escapar a un mundo de ficción.

Luciana V. Suárez. Nací y me crié en el norte de Argentina, estudié comunicación. En la actualidad tengo treinta y cuatro años y escribo desde los quince.

Cada día escribo entre ocho y diez horas, y cuando no estoy escribiendo estoy leyendo.

Si te ha gustado

Pasajero 64A

te recomendamos comenzar a leer

La promesa

de *Jimena Cook*



Prólogo

—¿Dónde estoy? —pregunté a la mujer despeinada y con ropa del siglo XI que tenía frente a mí. Ella, al escucharme, se giró para mirarme.

—¡Vaya pregunta! Lo sabe muy bien, lady Katherine. No se demore, él la está esperando —continuó andando a paso ligero.

—Él, ¿quién es él?

—¿Se puede saber qué le pasa hoy, señorita? Su padre se lo explicó antes de que abandonáramos Dunnottar. Por favor, no hable, ya sabe que no debemos llamar la atención y tenemos que pasar desapercibidas. —Se puso la caperuza de su capa marrón para ocultarse tras ella. Se detuvo, estaba frente a mí—. ¡Cúbrase! No la pueden reconocer. Nadie debe saber, ni siquiera él, que es la primogénita del conde de Dunnottar. Recuerde las palabras de su padre, en el momento que descubran su identidad no dudarán en matarla.

No entendía nada de lo que me estaba pasando, preferí no hacer más preguntas. La imité, me cubrí con la capucha de mi capa negra. La noche era fría y húmeda, y la niebla cada vez más espesa en un bosque desconocido para mí.

A pesar de la oscuridad, la mujer conocía a la perfección el camino que debíamos seguir. Llevaba una antorcha que iluminaba el suelo que pisábamos. Después de mucho caminar llegamos a las proximidades de un río, se detuvo.

—Esto no me gusta —susurró.

—¿El qué? —le pregunté asustada por la incertidumbre y desconcierto de la situación.

—Su caballo no está. No se mueva —ordenó.

Pero yo era incapaz de obedecerla. La seguí con sigilo y en ese instante ambas lo vimos. Junto a la ribera del río yacía muerto un hombre de avanzada edad, un hilo de sangre recorría su boca. Ella se giró, apagó su antorcha. Tapé mi rostro con mis manos al ver la imagen.

—¡Le dije que no se moviera!

—¡Está muerto! —dije asustada.

—Sí, lo han asesinado y el ejecutor no debe estar muy lejos de aquí. Debemos regresar otra vez a Dunnottar. —Escuchamos el relinchar de varios caballos.

—¡Corra, señorita! ¡Están aquí!

Sentía su presencia muy cerca de mí. La mujer se detuvo, me señaló unos arbustos tras unos árboles. Nos escondimos allí, entonces los vi, tres jinetes ocultos tras sus capas negras detuvieron sus caballos y uno de ellos desmontó de su corcel; observaba, presentía nuestra presencia. Una ráfaga de viento retiró su capucha mostrando su rostro, me asusté al verlo, tenía quemada una parte de su cara. Volvió a montar en su caballo e hizo una señal a sus acompañantes para continuar en otra dirección. Me percaté que los tres caballeros llevaban un anillo de oro con un rubí incrustado en el centro en el que había tallado un dragón.

—¡Uff, eran ellos! Esta vez los hemos despistado, pero vienen a por usted. Regresamos a Dunnottar. —Cogió su alforja y me la dio—. Tiene que llevarlo usted. —Me miró con sus grandes ojos azules—. Lady Katherine, es nuestra salvación, ya lo sabe. El manuscrito y amuleto del que le habló su padre están dentro del bolso, protéjalo con su vida —dicho esto se quitó un cordón de cuero del que colgaba la cruz de David, me la puso—. La protegerá, pero jamás lo deje a la vista de nadie. Ahora, ¡dese prisa!, tenemos que llegar antes de que amanezca.

Atravesamos el bosque con cautela, podía sentir la respiración de los guerreros tras nosotras.

¿Qué ocurría? No entendía nada, debía ser una pesadilla, pero era demasiado real como para engañarme. Algo había pasado en la Torre de Hércules mientras contemplaba el destello de luz que proyectaba el faro. La niebla era espesa y la oscuridad de la noche había irrumpido con brusquedad. Recordé que sentí una fuerza que me empujaba y me forzó a caer al suelo en el momento que decidí regresar a mi casa, cuando me quise incorporar mis manos estaban sobre tierra húmeda, mi ropa no era la misma y me encontraba

en un bosque con la mirada severa de una mujer quien se dirigía a mí con otro nombre, Katherine.

—¡Dunnottar! —dijo la anciana señalando en la lejanía.

Alcé la mirada y divisé una gran fortaleza desafiante al borde de unos acantilados, un lugar estratégico para una buena defensa. Los primeros rayos de sol aparecieron en el horizonte, la luz intensa me cegó, entonces volví a sentir la misma fuerza.

Me dolía la cabeza, abrí los ojos y allí estaba otra vez, en la colina donde se levantaba desafiante la Torre de Hércules. La intensa claridad me deslumbraba, oculté mis pupilas con el brazo.

Edición en formato digital: octubre de 2018

© 2018, Luciana V. Suárez

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17540-56-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer